PANDEMON

HISTORIA DE UNA EXTINCIÓN

BORJA LAITA GARCÍA-LUZÓN

SPANDEMON

PANDEMON
HISTORIA DE UNA EXTINCION
Borja Laita García-Luzón

Primera edición: 2012
© Borja Laita Garcia-Luzon
Coordinación editorial: Borja Laita y Tamarán Junco
Realización de cubierta: Borja Laita y Tamarán Junco
ISBN: 978-84-615-9082-7
Depósito legal: M-19747-2012
www.pandemon.es
Impreso en España / Printed in Spain

A Merche.

Lo que tienes entre las manos es un documento único y tremendamente valioso. Se trata de una transcripción literal del testimonio escrito a modo de blog, encontrado en los archivos de lo que antes se conocía como “internet”, de Borja Laita, una de las personas que vivieron en primera persona la Gran Infección.

Borja Laita trabajó como informático en una de las sedes de los laboratorios causantes de la infección y, casualmente, se disponía a contar sus experiencias en un blog cuando todo empezó. Afortunadamente continuó usando esta herramienta para detallar todo lo que estaba pasando y tratar de mantenerse en contacto con quien pudiera haber sobrevivido.

Gracias a este testimonio podemos comprender el tremendo desastre que diezmó a la humanidad convirtiéndola en una especie en extinción.

E.L.PJ.

PRÓLOGO

Llevo diez años trabajando en el sector de la informática. Soy administrador de bases de datos y analista de BI. Con la que está cayendo uno se agarraría a lo que tiene, que es lo que hice yo hasta hace un año. Un día, navegando por Infojobs por curiosidad, encontré una oferta de trabajo bastante interesante. Buscaban un DBA SQL Server con al menos ocho años de experiencia y otros cinco en análisis de datos. El lugar de trabajo se situaba en las afueras de Madrid. La lista de beneficios sociales era muy interesante. El sueldo era a negociar según valía pero informaban con un "a partir de treinta y nueve mil euros brutos anuales".

Me apunté por curiosidad. Vendían el trabajo como una gran oportunidad en el sector de los laboratorios e investigación. Siempre me ha llamado el tema pero no he estudiado para ello. Me pareció interesante tener la posibilidad de entrar en una empresa de ese tipo.

A los dos meses de apuntarme me llamaron. Querían establecer una entrevista personal conmigo. Me informaron de que la entrevista duraría aproximadamente seis horas. Tendría que cogerme el día libre en mi actual trabajo.

La cita fue un martes a las nueve de la mañana en un edificio de oficinas del centro de la capital. Al parecer estábamos en las dependencias de uno de los clientes. De momento tendría que hacer las entrevistas en ese edificio hasta que pasara al cuarto nivel.

Llegué diez minutos antes. Me pasaron a una pequeña sala con una mesita en el centro y un espejo en una de las paredes. A los pocos minutos entraron dos personas, un hombre de unos cincuenta años y una chica de unos treinta.

-Buenos días -dijo el hombre-. Soy Luís Jiménez, Country Manager de los laboratorios en España. Ella es Marta Martínez, la responsable de recursos humanos.

-Buenos días.

-Buenos días -respondí, levantándome para darles la mano.

-Bien, empecemos -dijo la chica-. ¿Podría contarnos un poco su curriculum y las áreas donde este especializado?

Durante unos treinta minutos estuve hablándoles de mis tareas habituales en mi empresa actual en los últimos cinco años. El hombre me escuchaba atentamente, interrumpiéndome en ocasiones con alguna pregunta sobre lo que le contaba. La chica apuntaba rápidamente en un bloc de notas.

-Es una experiencia considerable -dijo el hombre-. Podría hablarme de sus experiencias anteriores, por encima, no hace falta que me lo explique tan detalladamente.

En unos diez minutos les conté, muy por encima, las tareas que realizaba en los anteriores trabajos. En este bloque ninguno de los dos me realizó ninguna pregunta. Pareció que estaba bastante claro y estaban de acuerdo con todo lo que les contaba.
-Perfecto -dijo la chica-. ¿Ha realizado algún curso o certificación?
-Sí. -Respondí.
Conté los cursos y certificaciones oficiales que había realizado. Las notas en el bloc abarcaban ya tres hojas.
-Es un curriculum muy interesante -dijo el hombre-. ¿Podría decirme qué es lo que le llevó a apuntarse a la oferta?
-Pues verá, de vez en cuando entro en las ofertas de trabajo y, si alguna me interesa, me suelo apuntar por curiosidad -fui franco en mi respuesta.
La respuesta pareció sorprenderle.
-¿Pero no se encuentra a gusto en su actual trabajo? –preguntó interesado.
-Se podría decir que la situación es mejorable -respondí.
En este punto la conversación se tornó más distendida, el hombre me contó algunas de sus experiencias en trabajos y dio a entender que alguna vez había hecho lo mismo que estaba haciendo yo ahora.
-Así encontré este trabajo -me dijo-. Y llevo más de quince años en la empresa.
Tras tres horas de charla en las que la entrevista de trabajo quedó en un segundo plano, la chica se levantó y salió de la habitación. El hombre se quedó unos quince minutos más conmigo hablando de sus hobbies mientras preguntaba por los míos. Descubrió que teníamos un par de aficiones en común, cosa que le agradó mucho.
-Bien -terminó por fin-. Hasta aquí ha llegado su reunión conmigo. Espere unos minutos y entrarán con una serie de test que necesitamos que realice. Estoy seguro de que no serán un problema.
-De acuerdo -respondí.
Me dio la mano y salió de la habitación. Comencé a aburrirme de esperar a los veinte minutos. No hubo señales de ninguna persona en mucho tiempo, ni gente en los pasillos, ni en las habitaciones colindantes.

Tras cuarenta minutos de espera decidí salir al pasillo. Me dirigí hacia el mostrador que se situaba en la entrada del piso donde estaban las oficinas.

-Perdona -le dije a la chica de la recepción-. Llevo bastante tiempo esperando en la sala del fondo y no ha venido nadie.

La chica me miró y cogió el teléfono. En un par de minutos tenía detrás de mi otra pareja de empleados con cinco carpetas cada uno.

-Perdone la espera señor Laita -dijo un chico de unos

veinticinco años-. La impresión de los test ha llevado más de lo que pensábamos. Venga con nosotros.

Me llevaron de nuevo a la habitación de la que salí, depositaron en la mesa las diez carpetas y un montón de bolígrafos.

-Por favor, rellene todos los test y avísenos a través de ese teléfono llamando a la extensión uno, uno, dos, cinco. Tiene cuatro horas. Aquí le dejamos agua y una bandeja con el menú de la comida.

"¿Cuatro horas? Llevo ya más de tres" La pereza me invadió, pero ya que había pedido el día para esto… Decidí descansar y comer tranquilamente.

El menú consistía en una ensalada mixta de primero y un par de filetes de pollo empanado con patatas fritas de acompañamiento. De postre tenía un yogur de plátano.

A las cuatro de la tarde me puse a rellenar las hojas. Los primeros eran los típicos test sobre personalidad y toma de decisiones. Los siguientes eran de inteligencia. Los finales ya tenían que ver con conocimientos específicos para el puesto. Me pidieron que los realizara en orden, así que cuando llegué a los de conocimientos mi cabeza estaba hecha un bombo. Afortunadamente estos últimos no eran demasiado complicados.

Por fin, a las siete y media de la tarde, terminé.

-Hola, Soy Borja Laita -dije a través del teléfono-. Ya he terminado los test.

Nadie respondió. A los cinco minutos los mismos que me dejaron los test aparecieron por la puerta.

-Genial -dijo uno de ellos sonriendo-. Ha terminado un poco antes de la hora.

Recogieron las carpetas y me acompañaron a la puerta. La oficina estaba totalmente desierta y la chica de recepción ahora era un tremendo guardia de seguridad con cara de pocos amigos.

-Le llamaremos en cuanto tengamos los resultados. Muchas gracias por venir.

Al llegar a casa, Merche me preguntó sobre la entrevista. Mientras cenábamos le conté todo lo acontecido aquel día.

Pasaron tres meses. La entrevista la daba ya por perdida cuando me volvieron a llamar. Me dijeron que todos los resultados eran favorables y que era uno de los dos finalistas en el proceso de selección. Quedaron en llamarme lo antes posible.

Otros dos meses más sin noticias hasta que por fin me citaron para una nueva entrevista. Nuevamente tendría que dedicarle un día entero. El lugar al que tuve que ir eran las oficinas de un cliente distinto. La entrevista consistió en un nuevo proceso de test y una firma de varios papeles donde me comprometía a guardar el secreto profesional de todo lo que me contarían a partir de ese momento.

Seis horas encerrado en una habitación. Conocí a varios jefes de proyecto, algunos biólogos e incluso un par de miembros del consejo. Las preguntas se centraron más en temas personales que en temas curriculares.

Las cosas que me contaron prefiero no trasladarlas de momento. Algunas me sorprendieron bastante, como la de que trabajaría en una central de Madrid donde se realizaban algunos de los experimentos. También temas sobre desarrollo militar.

Tras todas las reuniones que mantuve me volvieron a citar a las dos semanas, en otras oficinas distintas. Querían que conociera a más miembros del consejo de la filial española.

Más de seis meses entre entrevistas y esperas. Creo que he conocido a más de treinta personas. He tenido que realizar más de cincuenta test. Incluso en una de las entrevistas me pareció ver un informe policial y un registro con lo que podría ser mi árbol genealógico.

-Señor Laita -mi teléfono sonó a las nueve de la noche-. Me complace informarle de que ha sido elegido como el candidato más preparado para el puesto. Le esperamos mañana por la mañana para darle la oferta económica y las condiciones de su contrato.

-Muchas gracias -respondí.

Le conté a Merche la noticia, me dio la enhorabuena y dijo que me acompañaría mañana para aprovechar y realizar algunas compras después.

ENTRADA 1

Jueves, 1 de septiembre de 2011

Se me ha ocurrido la idea de crear un blog, un poco de "estrangis", sobre mi nuevo trabajo. Hace unos meses me llamaron ofertándome un gran puesto como administrador de base de datos de una empresa química que se dedica al análisis, testeo y contención de sustancias fármaco dependientes. Para aquellos que, como yo, os quedáis flipando con el tema, simplemente se trata de una empresa que valora el impacto social e individual de lo que conocemos como drogas; desde el tabaco o el alcohol pasando por las más duras como la cocaína o heroína, incluyendo las nuevas de diseño que tan de moda se están poniendo entre los jóvenes.

La oferta era bastante jugosa, una muy buena cantidad de pasta para ser un administrador, horario flexible siempre y cuando, entre las ocho de la tarde y las cuatro de la mañana, los sistemas estuviesen activos, sin problemas y no se perdiese ningún dato de las pruebas realizadas. "Joder, currar por la noche, menuda mierda", se puede pensar, pero cuando puedes llegar al curro a cualquier hora, si es que te apetece ir, hacer tus chequeos de estado de servidores, comprobar que las conexiones están correctas y demás parafernalia tranquilamente, tomarte un café, volver a casa a la hora que quieras, conectarte desde la comodidad de tu salón para comprobar que todo está correcto en ese lapso de tiempo y solo hacer "intervenciones presénciales" nocturnas por lo menos cuatro veces al mes, con el consiguiente día libre… realmente es una gozada y más si tu sueldo supera ampliamente los ansiados cincuenta mil euros brutos anuales.

Pues bien, tras mi primer día puedo decir que pinta muy, pero que muy bien. Me han pedido que estuviera en el trabajo a las once de la mañana. Cuando he llegado he ido a tomar un café con mi encargado, Juan, y hemos estado charlando tranquilamente durante una hora.

Después me ha llevado a lo que serían los puestos de administración de sistemas, una amplia sala con cuatro mesas, tres de ellas ocupadas por otros compañeros informáticos y, lo que más me ha llamado la atención, un enorme ventanal que da a la calle, dejando entrar un gran haz de luz natural, con otro enorme ventanal enfrente que da a lo que parece una zona de laboratorios con diversos cubículos.

-Este es Jesús, técnico de sistemas y redes -me dijo Juan mientras una enorme mano se tendía frente a mí con un tío de casi dos metros detrás.

-Encantado -dije mientras me sacudía la mano con fuerza.

-Lo mismo digo y bienvenido al paraíso -me respondió el gigantón con gesto amigable y una enorme sonrisa.

-Allí tienes a Oscar, es nuestro encargado de material y responsable de que no falte ningún equipo que sea necesario.

Miré al fondo de la sala y vi como un pequeño hombrecillo, medio calvo y con gafas, me levantaba la mano a modo de saludo mientras hablaba por teléfono, con quien debía de ser un proveedor, al que le exigía que esa misma tarde tendrían que estar los equipos de radiografía instalados y configurados.

-Y aquel es Sergio, el otro técnico de sistemas y redes -finalizó Juan señalando a un atareado chaval de unos veinticinco años, que parecía estar bastante en forma, mientras sacaba y preparaba equipos de varias cajas, tan exhorto en su tarea que ni reparó en nosotros.

Después de las presentaciones nos acercamos al ventanal que daba al laboratorio y me explicó que allí es donde se realizaban las pruebas con seres vivos. Mi cara de sorpresa debió ser un poema porque Juan se echó a reír de inmediato.

-No te preocupes. Principalmente se hacen con animales, algo de lo que oirás muchas cosas y verás muchas manifestaciones en la entrada, y en algunas ocasiones con humanos voluntarios a los que se les paga muy bien por dejarse pinchar una pequeña cantidad de algún compuesto.

Me fijé que al fondo había una serie de habitaciones que parecerían de hotel, con amplias camas, televisión y demás comodidades, si no fuera porque al lado de cada una había una enorme cantidad de pequeñas pantallas, cables, bombonas y material de monitorización.

-Ahí meten a los voluntarios a los que se les hacen pruebas más complejas o que reaccionan mal a las sustancias. Pero de todos modos, del cristal para allá ni te preocupes, tu trabajo estará aquí -señalándome mi mesa, mientras dejaba un taco de folios de documentación-. Como ya te ha dicho Jesús, bienvenido al paraíso -se marchó a su despacho, una pequeña habitación contigua cercana al gran ventanal del laboratorio.

Y así pasó mi primer día. Cafés, conversaciones amenas sobre lo bien que se vive allí y lectura de documentación, muy sencilla, de cómo estaban montados los servidores de base de datos, las instancias creadas y cómo se espera que se manejen los datos. Al día siguiente tenía una larga reunión con el responsable del laboratorio donde se me explicaría qué esperaban de mí y el porqué de mi contratación, con lo que a las cinco horas de estar allí, Juan me dijo que me fuera a casa, descansara y me preparase, ya que esas reuniones eran muy pesadas.

ENTRADA 2

Viernes, 2 de septiembre de 2011

En mi segundo día, a pesar de la flexibilidad del horario y de que la reunión era a las doce y media de la mañana, pensé que lo "decente" sería llegar pronto, así que a las nueve estaba sentado en mi mesa preparando mi equipo para tener acceso a todas las bases de datos con la ayuda de Jesús, que me iba diciendo la configuración de red de cada servidor.

-Hay dos servidores más, de los que no te puedo dar la configuración ya que no hemos terminado de instalarlos –me comentó Jesús mientras señalaba dos enormes cajas que estaban en la puerta del CPD-. Según parece son algo bastante importante y el motivo de que estés aquí –sonrió y me invitó a acompañarle a desayunar.

En la cafetería fue contándome quién era cada uno de los personajes que nos cruzábamos o a los que iba saludando en la lejanía con la mano. Diez estudiantes de química, juntos en una mesa, planeaban el fin de semana; cinco doctores en bioquímica hacían cola enfrente de las máquinas de café mientras discutían airadamente sobre las directrices de lo que debía ser un futuro e importante proyecto; dos vigilantes de seguridad hablaban con cuatro policías nacionales… ¿policías en una empresa privada? Me resultó muy curioso y se debió notar bastante porque Jesús me dijo que mejor no preguntara y me mantuviera a raya de esa "pandilla".

A las diez y media volvimos a la sala de informática. Óscar y Sergio estaban allí dejando sus bártulos y, saludándonos, se dirigieron a la escalera de la que veníamos, con intención de hacer el mismo proceso que nosotros hace unos minutos.

-Borja, está todo listo para la reunión, ven aquí, vamos a preparar un par de cosas antes de juntarnos con los pedantes –me gritó Juan desde su despacho.

-¿"Pedantes"? – repetí en bajo.

-Sí, así es como se refiere Juan a ellos, no les tiene mucha simpatía a esos científicos, y menos a los jefazos –me informó Jesús. Ánimo.

Cogí un cuaderno y me dirigí al despacho.

-Bueno, llegó el momento, te van a contar el verdadero motivo de tu contratación y puede que no te guste, pero ya recuerdas la entrevista; "tenemos un nuevo e importantísimo proyecto en el que se necesita a un buen administrador de bases de datos. La retribución es muy atractiva y el trabajo será muy complicado" –me dijo mientras abría una puerta que me pareció bastante pesada, con varios cierres que giraron cuando metió una larga combinación de números en un

pequeño panel a la derecha.

Bajamos unas escaleras que nos llevaron directos al laboratorio. Todos los que allí estaban se giraron para vernos, o mejor dicho, para verme y estudiarme de arriba abajo. En tres de los cubículos se encontraban dos hombres y una mujer, todos con pijama hospitalario y una intravenosa en su brazo derecho, observados detenidamente por sendas personas enfundadas en batas blancas mientras apuntaban apresuradamente en sus cuadernos las reacciones de los sujetos.

De repente se oyó un grito. Nos giramos sorprendidos, dos guardias pasaron a nuestro lado corriendo con lo que parecían disparadores eléctricos en la mano.

-¡Aaaaaah, me ataca, está tratando de comerme! ¡Tiene dientes enormes! –gritó una chica de unos treinta años mientras saltaba por encima de una mampara, tirándola y arrancándose la vía dejando salir un ligero hilillo de sangre, destrozando el material que había al otro lado.

Cuando los guardias llegaron hasta ella, trataron de calmarla. La levantaron del suelo. Un charquito de sangre se vio en el sitio donde había caído, se había clavado una bandeja de bisturís, tres en concreto, pero parecía que ni se hubiera dado cuenta.

-¡Dios mío! –gritó, cuando uno de los guardias la levantó. Con una fuerza asombrosa, para lo pequeña que era, le lanzó un derechazo que dejó al guardia KO contra una cajonera.

-¡Dispárela con la pistola de electrodos, rápido! –gritó uno de los científicos.

El segundo guardia, sin dudarlo, disparó la pistola y dos ganchos se introdujeron en el cuerpo de la muchacha, que empezó a convulsionar como loca hasta que se desmayó.

Mi cara era un cuadro.

-No te preocupes, a veces pasa, pero nosotros no solemos enterarnos –me dijo Juan poniéndome la mano en el hombro–. Lo normal es que la reunión se cancele.

Y así fue. Cuando llegamos a la sala de reuniones, una secretaria salió con la cara blanquecina y nos dijo que se retrasaba a mañana.

-El doctor Montero ha ido a supervisar el ingreso del sujeto MB098 -nos comunicó.

Decidimos irnos todos a casa. Cuando llegué aún estaba flipando por lo que acababa de ver. Me gustan los retos y los trabajos complicados, por eso acepté éste, pero lo que vi ese día superaba con creces la palabra “complicado” y de mi cabeza no se apartaba la imagen de una chica de unos cincuenta y cinco kilos dándole un derechazo a un tío de más de uno ochenta y cinco de altura y noventa

kilos de peso (por lo menos) dejándolo KO en un segundo.

ENTRADA 3

Sábado, 3 de Septiembre de 2011

Después de dos días de curro, y estando en mi primer fin de semana de guardia, las cosas van bastante bien. Los servidores funcionan perfectamente, los datos se están insertando según el modelo que me facilitaron y ninguno ha fallado, a pesar de llevar un millón de transacciones en menos de diez horas y con apenas dos días de poco trabajo para preparar el modelo relacional.

De vez en cuando me asaltaban a la cabeza diversos recuerdos de los días pasados. Una pequeña chica alucinando y dejando KO a un guardia de seguridad, una (supuesta) importantísima reunión cancelada y unos compañeros más que relajados a pesar del tumulto.

La verdad es que en este curro no te debes de aburrir a menudo. Sonó mi teléfono de guardia, me senté enfrente de mi portátil, ya conectado a mi equipo del laboratorio, y respondí.

-¿Borja? -me habló una voz de un chaval joven–. Soy Pedro, investigador del laboratorio.

-Sí, dime –pregunté, interesado por mi primera intervención sin la supervisión de Juan.

-Necesito que me compruebes si la base de datos de “Contención” está actualizada a día de hoy y que me mandes un informe de los veinte últimos movimientos de la sala C04. Número de identificación XXXXXXXX, nivel uno.

-De acuerdo, en diez minutos lo tienes en el FTP de informes -dije, sin verle mayor problema mientras chequeaba en la base de datos de códigos de seguridad la autenticidad del número de identificación.

-Muchas gracias –y colgó rápidamente.

En escasos ocho minutos realicé el informe y, al sacar los datos, comprobé que se trataban de chequeos incomprensibles sobre un sujeto denominado HB075. El último de ellos, realizado hoy a las doce y media, simplemente era “HB075 – DEP 03/09/2011 12:16:04”. No quise ni pensar en el clarísimo significado de ese DEP. Lo colgué en el FTP y apagué el ordenador. Me levanté a por una cerveza y no volvió a sonar el teléfono en todo el día.

ENTRADA 4

Lunes, 5 de Septiembre de 2011

Mi tercer día de curro. Llegué al trabajo pasadas las nueve y media de la mañana. No pude dormir muy bien después de lo vivido este fin de semana, pero me estuve repitiendo a mi mismo las palabras de Juan "a veces pasa, pero nosotros no nos enteramos" y me alegré de no ser uno de esos científicos de ahí abajo.

El ambiente era totalmente normal, parecía que a nadie le había afectado lo sucedido el viernes. De hecho, Óscar ni siquiera se había enterado hasta que le pregunté por su opinión en el desayuno. En fin, un nuevo día, una reunión a la vista y tranquilidad por todos lados.

Cuando bajé de nuevo por las escaleras que llevaban al laboratorio me fijé en que no había ningún voluntario en los cubículos, todo estaba totalmente recogido y los científicos simplemente estaban atareados mirando por los microscopios, apuntando en sus cuadernos y consultando diagramas extraños en los ordenadores.

Atravesando el pasillo que dejaba ver las habitaciones del final del laboratorio, me fijé en que había dos con la puerta cerrada, con un guardia apostado frente a ellas y una luz roja en el marco superior de cada una.

-Parece que tenemos un par de huéspedes conflictivos -dijo Juan mientras reparaba en mí cuando miraba fijamente esa luz roja.

-¿La chica de la semana pasada? -pregunté.

-Quién sabe, nosotros no tenemos conocimiento de la gente que entra o sale -respondió Juan, mostrando claramente lo poco que le importaba lo que sucediese allí abajo-. Hay que ser gilipollas para ofrecerse como conejillo de indias de pruebas que afectan a tu cuerpo y te pueden hasta matar -pensó en alto.

Le miré sorprendido. Sí que había leído y oído que las pruebas biológicas son peligrosas en ocasiones, pero por eso se prueban en animales antes que en humanos, para evitar que una persona pueda morir.

Llegamos a la sala de reuniones a la que nos acercamos ayer. La misma secretaria, esta vez con mejor color de piel, nos recibió con una amplia sonrisa mientras salía de la sala con varias carpetas entre sus brazos.

-Pasen por favor, les están esperando -invitándonos a entrar.

La sala era rectangular, con una enorme mesa ovalada en el centro y sillas suficientes como para reunir a su alrededor a unas cincuenta personas. Un proyector coronaba el centro de la mesa, apuntando a una pared blanca de unos tres metros de ancho por otros cuatro de alto. Desde el proyector hacia la pared los sitios estaban completos.

Calculé que había, por lo menos, unas veinte personas allí metidas.
-Siéntense, por favor -nos dijo un hombre de unos cincuenta años que estaba de pie, a la derecha de la imagen proyectada en la pared-. Hemos empezado sin ustedes ya que aún hay temas importantes que tratar y no son muy de su incumbencia.
Nos sentamos y el hombre continúo su exposición.
-Como ya sabrán ustedes, la semana pasada, el sujeto voluntario MB098 sufrió una reacción de tipo uno cuando se le suministró vía intravenosa dos mililitros del compuesto EB0.1.0. Los resultados que podemos arrojar sobre el incidente pueden darnos a entender que vamos por buen camino con el desarrollo de los potenciadores, pero que aún tenemos algunos problemas a nivel neuronal que provocan alucinaciones graves -decía con lo que me pareció un gesto de orgullo-. Estamos cerca de conseguir nuestro objetivo.
-¿Cuál es el estado actual del sujeto? -preguntó un investigador sentado a mi izquierda.
-Actualmente está en la sala C08, sedado y bajo monitorización. Los datos indican que ha desarrollado en un veinte por cierto su masa muscular a lo largo del fin de semana -continuó-. También hemos comprobado que ha tenido una reacción inconsciente y ha herido a uno de los investigadores que la vigilaban.
-¿Tenemos un nuevo sujeto entonces? -preguntó uno de los militares.
Yo ya estaba flipando. No entendía absolutamente nada de lo que decían y veía cómo Juan jugaba nervioso con su bolígrafo, mientras hacía algunas caricaturas en el cuaderno.
-Así es. En una hora procederemos a la reanimación del sujeto hembra y comprobaremos los daños neuronales, tratando de averiguar qué produjo ese movimiento sonámbulo -continuaba la reunión, ajena a dos tipos que pasaban totalmente del tema porque no se enteraban de nada-. Y antes de continuar, señor López, ¿podría presentarnos a nuestro nuevo técnico de datos?
-Em, sí, perdón -dijo Juan sobresaltado, mientras salía de su pompa de caricaturas-. Éste es Borja Laita, nuestro nuevo Administrador de Bases de Datos y consultor de servicios de reportes -continuó mientras me señalaba con la mano invitando a levantarme.
-Encantado -dije mientras me levantaba-. Tengo diez años de experiencia en montaje, mantenimiento y gestión de datos SQL…
-Muy bien, muy bien -me interrumpió el mismo hombre que estaba realizando la presentación-. Confío en que los sistemas funcionen correctamente y todos nuestros datos se guarden satisfactoriamente -no le importaba en absoluto si yo sabía o no hacer mi trabajo, lo daba por hecho y punto-. Nuestro proyecto es algo tremendamente importante, trabajamos junto a científicos de renombre de toda Europa -dijo señalando a un grupo de unos diez hombres apostados

enfrente de mi-, científicos de nuestro ejército de tierra -señalando a otros cinco hombres y mujeres a los cuales se les veía el uniforme bajo las batas-, y, por supuesto, nuestros propios científicos -señalándose a él mismo y a otras seis personas enfundadas en batas con el logo de la empresa-. Así que entenderá que nos preocupemos por nuestros datos.
-Perfectamente -es lo que salió de mi boca, sorprendido por esa supuesta reunión en la que yo sabría lo que tenía que hacer y de la que no me enteraba de absolutamente nada.
-Me alegro de oírlo. Ahora, si nos disculpan, tenemos que continuar con nuestra reunión. Iré a verles en cuanto pueda.
Y así finiquitó nuestra presencia en la sala. La secretaria ya estaba detrás de nosotros con una sonrisa, indicándonos el camino de salida. Cuando Juan cerró la pesada puerta de su despacho que daba al laboratorio, me quedé mirándolo y sólo alcance a decir.
-¿De qué va todo esto?
-Pues ya ves, quieren que guardes bien sus datos, no se pierdan y no la cagues -dijo mientras se reía efusivamente.
No pude hacer otra cosa más que comenzar a reír junto a él mientras salíamos por la puerta, pensando en lo complicado del trabajo. Al llegar a nuestros puestos, Jesús nos informó de que todos los nuevos servidores estaban instalados y funcionando.
Eran las tres de la tarde cuando todos nos levantamos. Según salíamos por la puerta, la luz roja de una de las habitaciones empezó a parpadear rápidamente mientras una alarma resonaba en el laboratorio. Nosotros pasamos de ello y salimos tranquilamente.
-No son datos ni ordenadores, así que no es nuestro problema -nos dijo Juan a todos.

ENTRADA 5

Martes, 6 de Septiembre de 2011

Son las cinco y media de la mañana. El teléfono ha sonado varias veces hasta que me he decidido a levantarme y cogerlo, sobre todo achuchado por el cabreo de mi chica, por ser la tercera vez que se despertaba.

-¡Ya era hora! -me gritó una voz al otro lado-. Necesito que me pases ahora mismo los informes de las habitaciones C01 a C09 y de C20 a C25 con urgencia, con el número de sujeto, fecha de ingreso, acción, compuesto y evolución. A este mail xxxx@xxxx.com. Código de identificación XXXXXXX. !Rápido!

Y colgó con tanta fuerza que fue lo que necesité para despejarme.

Me levanté, abrí el portátil (lo dejo siempre encendido y conectado por si acaso) y empecé a sacar el informe. Según iban saliendo datos me iba fijando en alguno de los números de sujetos: HB050, HB099, MB015, MB081. Esos números me daban a entender que, por lo menos, debía de haber casi doscientas personas que se habían sometido a pruebas voluntariamente y que, por lógica, los HB eran hombres y los MB mujeres. La información en el campo "evolución" no era menos estremecedora: "HB021 DEP 10/01/2011 00:00:01", "HB077 DESARROLLO 53%, ACTIVIDAD NEURONAL -40%", "MB087 VIOLENCIA - HERIDOS 2 - INGRESO 1 - DEP 1", "MB011 DEGENERACION AL 100% - ATAQUES CONTINUOS - SENSIBILIDAD 0%", textos muy cortos pero que a su vez parecían bastante explícitos.

Mandé el informe al mail y cerré de nuevo el ordenador. Me fui a la cocina y me tomé un poco de chocolate acompañado de un vaso de leche caliente, a ver si me entraba un poco de sueño.

-Ven ya, cariño -se oyó desde la habitación la voz cansada de Merche.

Según me dirigía a la habitación, el teléfono volvió a sonar.

-Buenas noches, ¿Borja Laita? -me preguntó un vozarrón al otro lado del teléfono.

-Sí, soy yo –respondí, un poco arisco por el sueño y la idea de que en pocas horas tendría que levantarme para ir al trabajo.

-Soy Vicente Jiménez, jefe de seguridad del laboratorio, código XXXXXX. Confirme su código por favor -otra vez al ordenador a comprobar que el código era correcto y cantar el mío en respuesta-. Le llamo para informarle de que mañana no es necesario que asista a su puesto de trabajo. Todos los trabajadores de nivel cinco están liberados de esta obligación hasta nuevo aviso -el código era correcto y ese nivel era el que aparecía en mi tarjeta de identificación, bien grande, al lado de mi foto.

-Em, de acuerdo -dije sorprendido a la vez que aliviado, no ir al

trabajo nos alegra a todos-, pero ¿ha pasado algo grave?
-Información clasificada para trabajadores de nivel cuatro en adelante -dijo secamente-. Simplemente no venga mañana a trabajar y esté atento a su teléfono móvil -y colgó.
Por unos instantes me quedé mirando el móvil como esperando una llamada de alguno de mis compañeros que me explicara qué demonios estaba pasando, pero nada sucedió y otra llamada de mi chica me sacó de mi estado. Actualicé el blog para que no se me olvidara nada, me metí en la cama y allí me quede, mirando al oscuro techo.

ENTRADA 6

Martes, 6 de Septiembre de 2011

Son las tres de la tarde de un martes y aquí estoy, en casa, escribiendo tranquilamente.

Después de la llamada de las cinco y media he tenido dos más; una de Juan preguntándome si se habían puesto en contacto conmigo de madrugada e interesándose por lo que tuve que hacer, y otra de uno de los científicos del laboratorio para preguntarme si se habían registrado movimientos sobre un sujeto entre las siete y las nueve de la mañana.

De vez en cuando me voy conectando para ver que está todo correcto y los servidores no están quedándose tirados. Llevan más de dos millones de transacciones en cuatro horas sobre un total de ciento setenta y cinco sujetos distintos… ciento setenta y cinco, pensaba para mí. En el laboratorio no debía de haber más de diez habitaciones, ¿es posible que las plantas superiores fueran una especie de hospital, o algo parecido, donde tenían encerradas a ciento setenta y cinco personas? La idea era un poco retorcida pero tomaba forma con cada registro que se iba metiendo en la base de datos.

"HB067 DEP 06/09/2011 12:00:59"

Los "DEP" iban aumentando. Me imaginaba, mejor dicho, deducía que eso tenía que significar que una persona había muerto, siempre precedidos por registros como "HB067 VIOLENCIA - EB0.3.0 3mgs - CONTENCION NIVEL ROJO", "MB054 EPISODIO PSICOTICO - CONTENCION FALLIDA - CONTAMINACION" cosas que sólo los científicos debían saber qué significaban pero que daban mucho espacio para la imaginación de una persona.

"MB022 DEP 06/09/2011 12:30:01"

Me decidí a trastear un poco con los modelos antiguos de bases de datos "cerradas", sin uso desde hace unos meses, en pos de la actual que mantenía yo mismo en ese momento. Los registros que encontraba no eran muy diferentes a los actuales. Unas tablas de sujetos con códigos para cada persona o animal, número de habitación o jaula, acciones realizadas y demás información.

Trasteando por servidores y FTPS, sin quererlo fui a dar con una carpeta llamada "dossier laboratorio xxxx experimento xxxx" con fecha de modificación 01/08/2011, hace poco más de un mes… No pude evitar abrirla y encontrarme con miles de documentos .doc, .pdf, presentaciones de powerpoint y archivos cuya extensión no conocía. La gran mayoría de los ficheros estaban protegidos con contraseñas, por lo que era imposible abrirlos pero algunos, los menos importantes debían ser, se podían abrir. Uno de ellos tenía esta primera hoja:

Autor: XXXXXX XXXX XXXXXX
Fecha propuesta: XX/XX/2010
Versión: 4.1.0
Estado: Desechado
Proyecto: Viales de Soldado.
Descripción: Desarrollo de viales potenciadores de la actividad muscular, neuronal y psíquica para sujetos de las fuerzas armadas en conflictos bélicos de alto grado.

La cantidad de información del documento era tremenda; fórmulas incomprensibles, párrafos y párrafos contando la intención de esos viales, personas a las que iban dirigidos, necesidades económicas y materiales. Llegando al final del documento había una sección, por llamarlo de alguna manera, que identificaba posibles efectos adversos: desarrollo muscular atrofiado, problemas psíquicos, imposibilidad de identificar personal del mismo bando, conducta extremadamente violenta, episodios de pánico, alucinaciones… y así un sin fin de efectos a cada cual más paranoico.

Cuando me dispuse a abrir otro de los documentos, la conexión se perdió sin más. Me preocupé bastante por si los servidores se hubieran caído, pero al chequearlos estaban todos completamente operativos y a pleno funcionamiento, salvo los accesos a carpetas, que estaban cortados o protegidos con contraseñas.

Sonó el teléfono de nuevo…

ENTRADA 7

Martes, 6 de Septiembre de 2011

Las once de la noche. El teléfono lleva sin sonar desde hace tres horas. Llevo todo el día mandando informes sobre movimientos en habitaciones, sobre sujetos en concreto (ya hablo como ellos) y todo lo que me han pedido desde las nueve de la mañana.

He hablado con Juan un rato esta tarde. Parece ser que algunos de los sujetos se han puesto más violentos de lo normal y han llegado a salir de sus habitaciones. Me dijo que sólo recordaba una vez en la que le llamaron para que no fuera al trabajo un día y al día siguiente diez habitaciones estaban vacías, seis guardias habían desaparecido (se notó su tono de escepticismo) y cinco científicos o doctores habían corrido la misma suerte. Nadie hizo más preguntas de las necesarias, más que nada por no encontrar ninguna respuesta al respecto. También me ha dicho que mañana nos veríamos, que ya han dado orden de que todo el personal debe volver a sus puestos de trabajo.

Once personas de las que trabajaban allí habían "desaparecido" en un día y diez personas más, o sujetos, como los llaman ellos (me contradigo a mí mismo, es imposible hablar como ellos cuando lo piensas fríamente), habían dejado sus habitaciones libres. ¿Qué nos encontraríamos mañana? No dejaba de resonar esa pregunta en mi cabeza.

Tengo sueño, mucho sueño, pero no dejo de darle vueltas en la cabeza a lo que ha sucedido hoy en el laboratorio. Voy a jugar unas partiditas al MW2 (eso siempre me ayuda a relajarme), hablar un rato con Merche mientras cenamos y meternos en la cama a descansar, si es posible.

ENTRADA 8

Miércoles, 7 de Septiembre de 2011

Volvimos al trabajo al día siguiente. Todos llegamos a las nueve de la mañana. El lugar estaba tranquilo. La puerta estaba vigilada por varios policías nacionales y un par de tanquetas. La verdad es que dio un poco de miedo entrar en el laboratorio.

Cuando entramos en el hall principal la cosa no era mejor: ocho policías armados hasta los dientes y unos diez científicos pasando unos aparatos extraños por cada una de las personas que queríamos acceder al interior, mientras varios guardias de seguridad nos vigilaban desde diversos puntos del enorme hall de entrada. Cuando lográbamos entrar, en vez de ir por el pasillo habitual, nos llevaron por unas escaleras que bajaban al sótano, siempre con decenas de ojos vigilantes alrededor.

En el sótano pudimos comprobar que había unos cuantos monitores donde se veían varios nombres y ciudades de todo el mundo. Parece que lo nuestro había sido poco, como mucho pude contar quince nombres españoles; cinco de ellos en Madrid, siete en Barcelona y tres en A Coruña. Recordé lo que me dijo Juan ayer "el número de desaparecidos, la última vez que hubo una alerta de este tipo, no fue mal del todo". Reparé en que en Reino Unido tuvieron algo parecido y las "desapariciones" fueron cuarenta y siete. Lo mismo en Nueva York y en Los Ángeles con ciento setenta y tres personas "desaparecidas". Miré a Juan totalmente alucinado por el tema, lo único que recibí fue la misma mirada.

-Jamás había pasado algo simultáneamente en todo el mundo -me comentó por lo bajo.

Según avanzábamos subimos unas escaleras que terminaban en un enorme auditorio, con un impresionante escenario coronado por una gran pantalla de cine. Sobre el escenario se podían ver casi un centenar de científicos sentados o de pie, aquí y allá. Nos fueron pasando y pidiendo que nos sentáramos.

-Por favor, vayan tomando asiento –nos dijo el doctor que estaba haciendo la presentación el día de mi "importante reunión"–, tenemos que comentarles una serie de puntos importantes sobre lo sucedido ayer y las directrices de actuación para los niveles cuatro en adelante.

Tardamos como cuarenta y cinco minutos en estar todos sentados y en silencio. Pude ver que en cada puerta se apostaban dos guardias de seguridad y los policías nacionales paseaban por el patio de butacas.

-Como saben, ayer les pedimos que no asistieran al trabajo por motivos de seguridad –comenzó a hablar el doctor–. El motivo fue que una serie de sujetos del proyecto Sansón escaparon de sus

habitaciones y trataron de salir a la calle –un murmullo generalizado, sobre todo entre los estudiantes y algunos científicos de nivel cuatro, tomó el eco del auditorio-. Por favor, silencio –gritó el doctor–, nos hemos puesto en contacto con los laboratorios del resto del mundo y, al parecer, el intento ha sido generalizado –el murmullo se tornó casi en chillidos de preocupación y miedo–. Eso sólo puede significar que han tratado de sabotear el proyecto, por eso tenemos tantos policías y vigilantes hoy aquí.

La verdad es que lo sucedido después fue algo raro. Los científicos y estudiantes se pusieron muy nerviosos, algunos trataron de salir corriendo del auditorio pero los guardias lo impidieron.

-Ahora por favor, quiero que los niveles uno a cuatro se queden en el auditorio y los niveles cinco a ocho vayan con la policía –dando por finalizado el pequeño reporte.

Nos levantamos todos los que pertenecíamos a esos niveles y pasamos a nuestros sitios de trabajo habitual. En cada mesa nos esperaba un personaje trajeado con un cuaderno, donde ya estaba apuntando datos.

-Necesito que responda a una serie de preguntas –me dijo–. En su caso serán pocas ya que tenemos pruebas de que estuvo colaborando con su trabajo en los informes de contención y no hubo ningún dato incorrecto.

Me quedé flipando. Al ser el nuevo lo normal sería que fuera uno de los sospechosos más claros pero, por el mero hecho de hacer mi trabajo, me salvé de una situación que seguro habría sido desagradable.

-¿Cuántas llamadas recibió ayer? –comenzó.

-Pues si no recuerdo mal, unas trece llamadas –respondí de memoria–, creo que hice como una veintena de informes.

-Correcto, fueron quince llamadas y veinticuatro informes, así que cuadra –afirmó mientras marcaba la primera de las hojas–. ¿Cuántos códigos de seguridad le facilitaron?

-Si no recuerdo mal, creo que sólo se pusieron en contacto conmigo cuatro personas, así que recibí cuatro códigos diferentes.

-¿Podría identificarlos? –me dijo, enseñándome una lista con más de cincuenta códigos

-Pues para asegurarlo tendría que verlo en la base de datos, pero creo que son estos cuatro –marqué con un subrayador en la hoja.

-¿Podría comprobarlo por favor? –me solicitó.

-Por supuesto, pero necesitaría un código de acceso válido para una petición de este tipo –dije, siendo prudente. El personaje sonrió y dio por terminada la “entrevista”.

-Muchísimas gracias por su colaboración –finalizó y me extendió la mano–, puede estar tranquilo.

-¿Puedo preguntarle algo? –le paré antes de que se levantará.
-Sí, claro.
-¿Qué demonios pasa con la gente con la que hacen las pruebas? –pregunté muy preocupado.
-Sólo le puedo decir que se hacen pruebas para crear unos compuestos que hagan más fuertes a los soldados en combate. Lo malo es que está siendo un camino largo y peligroso. Muchos de los voluntarios sufren episodios de violencia extrema, resistencia a las armas y fuerza sobre-humana… algo que se persigue pero resulta incontrolable –se quedó pensando un momento–. Ya le he dicho más de lo que debería -dando por finalizada la conversación. Miró a su alrededor preocupado y se marchó.
Cuando todos terminamos, nos dijeron que volviéramos a casa y descansáramos, mañana volvería la rutina. La verdad es que estoy mosqueado con el tema, esto se va pareciendo a una película de terror. Espero no ver zombies ni infectados… qué chorrada.

ENTRADA 9

Jueves, 8 de Septiembre de 2011

Finalmente hoy ha sido un día de lo más normal, como se espera que sea un día de curro cualquiera, aunque después de lo que ha pasado estos días es una especie de falsa tranquilidad, sobre todo por pequeños detalles.

No pudimos evitar comentar los interrogatorios a los que nos sometieron. Según parece, Jesús, no se lo tomó muy bien y ahora está retenido en una de las habitaciones. Primer pequeño detalle. Eso sí, no le han inyectado nada ni le han hecho nada, o eso nos ha dicho Juan.

El laboratorio estaba funcionando normalmente. Había cuatro cubículos donde unos científicos experimentaban con jaulas llenas de ratas blancas, inyectándolas una sustancia y metiéndolas de dos en dos en otras jaulas más pequeñas. Vi que había dos voluntarios humanos, bastante relajados y con los típicos pijamas de hospital, con una ligera diferencia con los primeros que conocí, estos tenían el pijama algo desgastado y con alguna mancha de lo que podría ser café o sangre seca. Segundo pequeño detalle.

-Parece que estos son algunos de los “evadidos” –me dijo Juan, mientras se situaba a mi lado–. No deberías cotillear tanto lo que pasa en el laboratorio.

-Tengo la cabeza hecha un lío -le dije, mientras me apoyaba en el cristal-; la policía, las pruebas, los interrogatorios, el hecho de que se hable de “desaparecidos” -dije, haciendo como que le ponía comillas a la palabra-. Este trabajo no es complicado, es muy raro -continué-, da la sensación de ser incluso peligroso.

-Y puede que lo sea, pero son ellos -señalando a los científicos- los que deben preocuparse de los problemas. Ten en cuenta que quien juega a ser “dios”, por decirlo de alguna manera, se arriesga a que sus creaciones se vuelvan en su contra -se quedó pensativo un rato-. Y además, tratándose de investigaciones que tienen que ver con la guerra, el tema se vuelve más arriesgado todavía.

-Pero ésta se supone que es una empresa de farmacología, o por lo menos así es como se me presentó -comenté.

-Y lo es. Aquí se investiga de todo. Hay una planta en la que tienen gente que se ofrece a beber durante tres días todo el alcohol que puedan, otros que no les importa esnifarse un par de rayas de cocaína y otros -hizo un gesto con la mano abarcando todo el laboratorio- se dejan inyectar sueros que son simplemente un número -me miró-. En estos tiempos, cualquier cosa que de pasta es un buen recurso. Hay muchos desesperados ahí fuera que por quinientos euros se dejarían inyectar mierda, literalmente, para poder vivir y mantener a su

familia.
-Tiene sentido -las palabras de Juan me estaban dando mucho que pensar y era la primera vez que le oía hablar tanto-. Pero para alguien nuevo esto es muy extraño.
-¿Sabes que el sesenta por cierto de los que se presentan a estas pruebas son “voluntarios” de los ejércitos de todo el mundo? -los datos se iban agolpando en mi mente y cada vez eran más sorprendentes-. Hay ocasiones en las que se llevan las pruebas a campos de batalla reales. Afganistán, Irak, Libia, son solo algunos ejemplos y a saber lo que hacen allí. El ser humano es violento por naturaleza. Imagina que te inyectan algo que convierte esa violencia en algo primario y extremadamente necesario para el cerebro.
Demasiado, ya tenía demasiada información, ¿me está diciendo que las revueltas populares que se ven en la tele, tan sangrientas, con tan poco respeto por la vida, son inducidas por países que quieren probar sus productos químicos en campos reales?
-Por cierto, que sepas que al doctor Montero le has caído en gracia por cómo te has portado estos días y por tus respuestas en el interrogatorio -me comentó, dándome unas palmadas en el hombro-, eso es muy bueno -y se marchó, mirando al laboratorio como buscando a alguien o algo.
Me quedé pensativo durante un momento y me fui a mi sitio. Juan me había contado muchas cosas, al igual que el entrevistador de ayer. Era información muy perturbadora, ¿hasta qué punto es capaz el ser humano de machacarse a sí mismo para conseguir lo que quiere? ¿Ciertamente el respeto de los lideres por sus seguidores, civiles o soldados es tan nimio? No sé, me duele la cabeza sólo de tratar de procesar tantas preguntas, tantas posibilidades y tantos datos.
Hace unos días no paraba y hoy… ¿La calma que precede a la tempestad? No pude evitar pensar en esa famosa frase… Algunos informes, esta vez bastante normales, sobre depósitos de material y poco más es lo que hice hoy.

ENTRADA 10

Viernes, 9 de Septiembre de 2011

Creo que no lo comenté cuando inicié el blog, pero soy de esas personas que se van de vacaciones cuando todos vuelven y, curiosamente, en este trabajo no me dieron ningún problema a cogerme unos días nada más entrar.

Eso sí, me han preparado un ordenador portátil, un pincho 3G y un par de móviles: uno para cosas sin "importancia", vamos que si no lo cogía tampoco pasaba nada, y otro de urgencias "tremendamente importante" me dijo Juan. Si me llamaban a ese teléfono tendría que hacer el esfuerzo (recordemos que estaré de vacaciones) de cogerlo y atender la petición lo antes posible dentro de mis posibilidades.

Me voy a Londres unos días y me han comentado que allí hay un laboratorio que trabaja con nosotros y está realizando las mismas investigaciones. Me preguntaron si me importaría tener que acercarme algún día y realizar el mismo trabajo que aquí, me lo compensarían económicamente. Sin problemas siempre y cuando no abusen mucho, no quiero joderle las vacaciones a Merche.

El trabajo sigue igual de tranquilo. Hoy los cubículos están llenos de voluntarios y el laboratorio es un continuo ir y venir de científicos, bandejas con viales, guardias de seguridad en cada esquina… pero por mi parte, poca cosa. He sacado un par de informes y recuperado una serie de backups de bases de datos que parece que se habían tocado más de lo normal y erróneamente.

Por fin hemos visto a Jesús. Hoy estaba en su puesto, con una cara de susto que no pegaba con alguien de semejante estatura y corpulencia. No quiso contar mucho de su experiencia pero básicamente lo encerraron para hacerle unas pruebas y un interrogatorio más profundo. Al recordar esto, me pareció que se estremecía de miedo.

A las tres de la tarde Juan decidió que podíamos irnos a casa sin ningún problema, tras reunirse en su despacho con tres científicos.

-Necesitan que esta noche las bases de datos estén bien - me dijo-. Por lo demás, poco más hay que tener en cuenta.

ENTRADA 11

Sábado, 10 de Septiembre de 2011

La cosa es tremenda, nada más empezar mi nuevo curro parece que se avecina un apocalipsis y ahora llevamos unos días en los que podríamos definir el trabajo como uno de lo más normal.

Ayer por la noche me conecté para comprobar el estado de los servidores y la carga de datos, ya que Juan me informó de que trabajarían hasta tarde algunos científicos, confirmando que estaba todo correcto. No había demasiadas transacciones y no hubo ninguna petición de informes.

A media mañana me han metido en una reunión con unos investigadores ingleses. Me la están liando, me temo, a sabiendas de que me voy para allá mañana. Les han comentado mi actuación ante los acontecimientos de nivel uno que pasaron hace un par de días y el contento general que hay respecto a mi persona y mi trabajo.

Los británicos han comentado que la situación en sus laboratorios sigue siendo complicada aunque la están consiguiendo contener, no sin tener muchísimos problemas. Además han informado de que una de las filiales en oriente, no recuerdo el país que han nombrado, ha dejado de reportar la situación de la investigación desde hace tres días y la preocupación se está extendiendo entre los inversores, que han decidido mandar una compañía de científicos americanos, españoles, franceses e ingleses apoyados por una unidad de los marines americanos, no sólo por la seguridad del equipo en las instalaciones, sino porque parece que la situación del país es de por sí peligrosa, estando al borde de un golpe de estado.

Al terminar, los ingleses me han dado sus teléfonos y, lógicamente, me han solicitado el mío de urgencia. Me han deseado que pase una feliz estancia en Londres y esperan no tener que avisarme mientras esté disfrutando de mis vacaciones.

Juan me ha dicho que me pire para casa y me prepare tranquilamente para mi viaje. No quiere que pase horas muertas en el trabajo pudiendo estar en casa. Además, me ha comentado que durante dos días el laboratorio permanecerá cerrado para realizar unas obras en las plantas superiores. Este es un buen jefe.

ENTRADA 12

Domingo, 11 de Septiembre de 2011

¡Me piro de vacaciones!

Actualizaré el blog cuando pueda y, sobre todo, si pasa algo. Lógicamente aprovecharé que me llaman y que seguramente me tendré que conectar a los laboratorios, para poner unas líneas aquí, continuando con mi pequeño diario de trabajo… cómo se nota que estoy a nada de desconectar por unos días, no me alargo tanto como en otras entradas.

Pasadlo bien todos, me reclaman para terminar de montar el equipaje.

ENTRADA 13

Jueves, 15 de Septiembre de 2011

Era demasiado bonito para ser cierto, después de tres días de visitas por Londres no pudieron evitar llamarme al teléfono de emergencias. No sin el previo cabreo por parte de los dos por tener que cortar una visita al British Musseum, cogí el teléfono secamente.

-¿Sí, quién es? -traté de que se notase un tono de molestia absoluta con respecto a esa llamada.

-¿Borja? Soy Juan, perdona que te llame y no desde mi móvil -me dijo con voz de culpa-. Tenemos un grave problema aquí y necesitan que te pases por los laboratorios de Londres lo antes posible.

-Joder, estoy en plena visita -dije cabreado.

-Lo entiendo y ya me gustaría no haber tenido que llamarte -me dijo con voz apagada- ¿Tienes todos los documentos de identificación encima? Pasaporte, DNI, tarjeta del laboratorio, los billetes de avión… -ese cambio de tema radical me dejó fuera de juego.

-Los billetes de avión no, están en el hotel -respondí sorprendido.

-Antes de ir al laboratorio pasa por el hotel a por ellos -un largo silencio-. Por si acaso…

-Juan, ¿qué pasa? Me estás dando miedo.

-Te lo contarán allí -se notaba que trataba de terminar la conversación-, trata de ir lo antes posible -colgó.

Cuando se lo dije a Merche, lógicamente se cabreó, pero cuando vio mi cara de preocupación entendió que no quedaban más cojones y nos teníamos que ir de allí. Ni yo pensaba dejarla sola ni ella quería estarlo.

El viaje al hotel fue corto, pero los pensamientos no dejaban de pasar por mi cabeza, ¿qué demonios habrá pasado? ¿Habría vuelto a haber disturbios? Ni idea. Al llegar, subimos rápidamente a la habitación, cogimos toda la documentación del viaje, cerré las maletas como pude mientras Merche daba un último vistazo y bajamos a la consigna.

(Comentaros que hasta aquí lo he escrito yo antes de salir de la habitación, lo siguiente lo irá poniendo Merche según van sucediendo las cosas y de lo que se pueda enterar)

-¿Le importaría que dejásemos las maletas en consigna en lugar de en la habitación? -le preguntó Borja al gerente del hotel-. Ha pasado algo en mi trabajo y tengo que irme rápidamente a una reunión y como no sabemos qué pasará, preferimos que las tengan a mano por si nos las tienen que enviar de algún modo -mientras terminaba su frase, dos tipos totalmente trajeados y con pinganillos en los oídos se acercaron a la recepción.

-No habrá problema en absoluto mister Laita -dijo uno de ellos

dirigiéndose a Borja-, de hecho pueden llevarse las dos maletas con ustedes si lo prefieren -dijo, señalando un coche que nos esperaba fuera, mientras le mostraba una identificación de los laboratorios donde trabajaba, pero de su filial inglesa, y el otro hombre se identificaba como de la Interpol.
-Ella viene con nosotros, por supuesto -dijo Borja sin separarse de mi, mientras me agarraba fuertemente de la mano.
-Por supuesto, no pensamos dejarla aquí -le respondió el hombre de la Interpol
Joder, la Interpol, estaba cayendo ahora mismo, uno de los organismos de seguridad mundial más potentes estaba delante de nosotros y nos trataban como si fuéramos personas de lo más importante. Se me hizo muy raro y a la vez me dio muchísimo miedo.
En treinta minutos llegamos a una nave a las afueras de Londres, no sabría identificar dónde. Varias personas nos esperaban en la puerta. Pude ver que había una docena de soldados británicos acompañados de cinco personas con batas blancas.
-Bienvenidos a las instalaciones de XXXXX en Londres -dijo un hombre mayor con cara de haber estado trabajando desde hacía siglos sin parar-, espero que no les haya supuesto demasiado problema tener que acudir y que nuestros compañeros -señalando a los hombres trajeados que nos acompañaban- no les hayan molestado.
-Hombre, no es agradable que te corten las vacaciones, pero qué le vamos a hacer, cuando te invitan tan amablemente… -respondió Borja estrechándole la mano, con desgana e ironía en sus palabras.
-Le entiendo perfectamente -respondió, con una media sonrisa, mientras me saludaba y nos invitaba a entrar-. Imagino que usted es la que más disgustada debe estar.
-No se imagina cuánto -respondí con visible cara de cabreo. No me ando por las ramas cuando me molestan y Borja lo sabe, lo confirma con su mirada y una sonrisilla cómplice.
Pasamos un pequeño control, rutinario según ellos, y nos metieron en una sala de reuniones. Allí hicieron que me sentara unos sitios alejada de ellos y le plantaron a Borja un par de ordenadores portátiles enfrente, mientras una serie de personas se interesaban por mis necesidades y mi estado, preguntando si necesitaba algo y atendiéndome servicialmente.
-Por favor -comenzó a hablarle uno de los científicos de la sala-, conéctese con el laboratorio de España, con el nuestro y abra una conferencia de video con el doctor Montero -solicitó amablemente.
Supuse que Borja se conectó con España a través del equipo que tenía enfrente para poder sacar informes. Un hombre de unos treinta y cinco años estaba a su lado, informándole de cómo conectarse con sus servidores de datos, mientras que con el otro portátil comenzaba con

las invitaciones para la conferencia de video.
La luz hizo un raro, parecía como si nos fuéramos a quedar sin ella en breve. Le hice un gesto a uno de mis “guardaespaldas”, que a su vez se lo comentó a los científicos de la sala. Uno salió corriendo como un loco con cara aterrada, mientras los que nos rodeaban se comenzaban a poner nerviosos.
-Rápido, antes de que pase algo con la luz, saque el informe d

ENTRADA 14

Martes, 20 de Septiembre de 2011

Acabo de leer lo que puso Merche de nuestra vivencia en Londres, han pasado cinco días desde entonces y estamos en Madrid de nuevo.

La verdad es que no sé por dónde empezar. Tengo una libretilla con algunos apuntes del caos que hemos vivido en la isla pero, al leerlos, algunos no son muy coherentes y otros apenas los puedo entender.

El día que estuvimos en el laboratorio londinense y se fue la luz comenzó un caos tremendo que sacudió, o mejor dicho, está sacudiendo a toda Inglaterra.

Cuando nos quedamos a oscuras, sólo iluminados por las tenues luces de emergencia que marcaban la salida del edificio, se desató una escena digna de la mejor película de acción americana. Qué coño, lo superaba con creces.

A los quince minutos de oscuridad se comenzaron a escuchar chillidos y golpes tremendos en todo el edificio. Al cabo de un rato empezaron los disparos, imagino que de la docena de soldados que había en el exterior, que por fuerza tuvieron que entrar en el edificio. Los presentes nos quedamos hacinados al fondo de la sala, protegidos por un par de mesas que volcamos entre algunos para darnos un pequeño parapeto, en caso de que los disparos se dirigieran hacia nosotros. Hubo un silencio sepulcral después de treinta minutos de acción incesante de armas automáticas, gritos, golpes e incluso alguna que otra pequeña explosión.

-¿Qué deberíamos hacer? -preguntó uno de los científicos

-No se muevan de aquí -ordenó uno de los hombres trajeados que nos habían llevado allí, mientras sacaba una pistola de su sobaquera-, vamos a echar un vistazo.

Junto al hombre de la Interpol, salió de la sala y les perdimos de vista, dejando de oír sus pasos mientras se alejaban por el pasillo.

-¿Qué tal estás? -le pregunté a Merche mientras le acariciaba el pelo.

-Asustada joder, ¿qué coño hacemos aquí y qué demonios ha pasado? -me dijo, muy cabreada pero siendo incapaz de ocultar su tremendo miedo.

-No te preocupes, seguro que no pasa nada y salimos bien de ésta -casi no me creía mis palabras.

Recordaba que casi un mes antes de llegar a Londres hubo tremendos disturbios en casi toda la ciudad y murieron algunas personas. Me dio por pensar que las revueltas se habían reavivado y estábamos en medio de un enfrentamiento entre miles de encapuchados y una docena de soldados, que habrían disparado para tratar de ahuyentarlos o se habrían defendido de sus cócteles Molotov y batazos

mientras se refugiaban en el edificio.
-¡Nos vamos de aquí, ya! -nos chillaron desde la puerta.
Cuando me levanté pude ver que el hombre de la Interpol estaba en la puerta junto a tres soldados que parecían defender un perímetro.
-Hay que sacar a los españoles del país y ponerles a todos ustedes a salvo -ordenó rápidamente al científico más anciano, el que nos recibió cuando llegamos.
Todos nos levantamos y corrimos hacia la puerta. El otro hombre trajeado se asomó y nos pidió tranquilidad, debíamos hacerlo en orden y en silencio.
Nos dirigimos por el pasillo en dirección contraria a la que habíamos recorrido al entrar. El edificio seguía a oscuras, los soldados nos iluminaban el camino con sus linternas acopladas a sus fusiles de asalto y las luces de emergencia ayudaban a que se viera un poco mejor en la penumbra.
-Por aquí -nos dijo uno de ellos señalando unas escaleras que bajaban oscuras y silenciosas.
Nos quedamos todos bastante asustados, pero nos trataron de tranquilizar diciendo que ese era el camino más seguro, la salida por los depósitos de suministro de agua a través de las trampillas de recarga. Bajamos todos ordenadamente. A nuestras espaldas se empezaron a oír pasos, no sabría decir cuántas personas, ya que iban a la en carrera y eran frenéticos.
-Vamos, vamos, vamos -chilló uno de los soldados, mientras nos iba empujando por los hombros.
Merche y yo pasamos de los primeros y cuando llegamos al rellano del primer tramo, uno de los soldados abrió fuego en dirección al pasillo, dejándonos totalmente sordos por el eco de la escalera. Parecía que estábamos bajo el agua, no podíamos oír nada claramente y solo veíamos a los soldados y hombres de traje haciendo señas como locos. Poco a poco recuperamos el oído gracias a que los teníamos tapados.
-No hay tiempo, ¡cierre la puerta ya! -ordenó el hombre de la Interpol.
Mientras el soldado más cercano a la puerta la cerraba y la atrancaba, destrozando el sistema de apertura, pude oír los gritos de varios científicos y soldados al otro lado suplicando que abrieran. En dos segundos esos gritos se transformaron en disparos y poco después en golpes y aullidos de dolor y pánico, que se apagaron durante unos segundos antes de que alguien (o algo) comenzara a golpear la puerta con una furia asombrosa.
-Vámonos -ordenó el otro hombre de traje, empujándonos cuidadosamente, tratando de sacarnos de nuestro estado de shock y pánico.
Cuando conseguimos salir del edificio, el exterior era un hormiguero de soldados y tanquetas. La zona estaba siendo acordonada y las naves

colindantes estaban siendo vaciadas de personas civiles sin demasiadas explicaciones, mientras los montaban en camiones militares.
A nosotros nos montaron en un humvee del ejército y nos llevaron al aeropuerto, donde nos montaron en el primer vuelo a España.
Llevamos cinco días en Madrid, sin salir de casa por orden del personal de seguridad de los laboratorios de España. Tenemos un coche de la Guardia Civil en la puerta, “es por su seguridad”, nos dicen los agentes, pero no nos dejan salir sin su compañía ni para pasear a las perras. He llamado a Juan pero no me coge el teléfono. A mi mail del trabajo han llegado una serie de correos en los que nos hacen varias recomendaciones de actuación y varios manuales de supervivencia biológica. Es muy intrigante y aterrador. Nos han dicho que mañana nos acompañarán a realizar una serie de compras necesarias, aún no sabemos dónde.
Tengo una anotación en el cuaderno que no entiendo muy bien, sólo consigo descifrar palabras sueltas: “Científico __ ___ derecha” “Alerta” “Sujetos ___dos sueltos ___” “her__” “América, Asia, Europa, ____” y poco más. La verdad es que dan miedo las posibilidades, pero estoy tan saturado que no quiero ni pensar en ello.
Por cierto, no tengo conexión con mi equipo del laboratorio, no consigo conectarme con los servidores y cuando llamo los teléfonos no dan señal…

ENTRADA 15

Miércoles, 21 de Septiembre de 2011

Como comenté ayer, hoy los guardias civiles nos han llevado “de compras”. La verdad es que no hemos tenido que pagar nada y la lista es, cuanto menos, asombrosa.

Hemos comprado latas de comida envasada de la que caduca en tres o cuatro años. Por lo menos tenemos cien latas divididas en varios tipos; albóndigas, lentejas, judías, macedonia de frutas, melocotón en almíbar… unas veinte garrafas de agua, bombonas de camping, mecheros, linternas, algunos cuchillos, material vario y lo más sorprendente: una escopeta con unos cien cartuchos y una pistola con unas doscientas balas.

-Esto es por si acaso y no deben usarlo a no ser que sea extremadamente necesario -nos comentó uno de los guardias civiles-. Guarden estos documentos con sus nombres a buen recaudo, les permiten la tenencia de esas dos armas.

En casa hemos puesto todo sobre la mesa y lo miramos con autentica incredulidad, ¿nos están preparando para una guerra?

Hemos puesto la televisión y los boletines se suceden con información de confrontaciones entre civiles violentos y militares, con grandes bajas en ambos bandos. Dicen que los civiles están como enajenados y son extremadamente violentos, rápidos y fuertes.

No tengo ganas de escribir más, tengo la sensación de que nos va a pasar algo grave y quiero pasar tiempo con Merche.

ENTRADA 16

Viernes, 23 de Septiembre de 2011

Son las tres de la mañana, acabo de tener una pesadilla con lo sucedido en Londres. Lo que más me asusta es que justo cuando nos van a atacar, cuando van a aparecer por la puerta, me despierto sobresaltado. Está claro que no sé a lo que nos enfrentamos en Londres ni lo que puede significar aquí en España.

Merche está preocupada y también tiene pesadillas con lo que hemos vivido hace pocos días. Me siento como si mi cambio de trabajo hubiera desatado algo muy grande y peligroso. No paro de darle vueltas y acabar de leerme el segundo libro de Apocalipsis Z no ayuda demasiado a que mi imaginación se quede tranquila.

Voy a tratar de dormir. No me apetece tener pesadillas, pero el cansancio se está notando. Me he acercado a ver las armas. Aún están encima de la mesa, tal y como las dejamos hace unas horas cuando volvimos de comprar. He cogido la pistola, es bastante fría y algo pesada. En la otra mano he visto que tengo uno de los cargadores, lo he cogido inconscientemente. Me la he llevado al cuarto y la he dejado en la mesilla.

Hoy es el cumpleaños de Merche.

ENTRADA 17

Viernes, 23 de Septiembre de 2011

Hoy es día veintitrés, es el cumpleaños de Merche, una fecha que siempre ha sido muy importante y hemos celebrado.

Las noticias se suceden con diversos focos de violencia en todo el mundo. Parece que en España, de momento, se está conteniendo bastante bien y los informativos no son muy alarmantes.

Después de desayunar he salido un momento a hablar con los guardias civiles.

-Buenos días -me saludaron los dos-, ¿qué tal está? -me preguntó el mayor de ellos.

-Bien, bien, algo cansadillo de estar encerrado en casa pero bueno -respondí.

Ambos eran del cuartel de Galapagar. El mayor debía de tener unos cuarenta y cinco años; se le notaba muy rodado en el cuerpo; tenía la piel cuarteada por el sol en la cara y los brazos; su trato era muy cordial y educado a la vez que algo tosco. El joven no llegaría a los veintiún años, parecía recién salido de la academia. Recordé que en El Escorial tenemos un cuartel de cadetes. Tenía esos ojos de emoción que aparecen cuando te enfrentas a una situación que llevas esperando años, encontrando, por fin, la razón por la que entraste en la Guardia Civil.

-Quería preguntarles una cosilla -comencé-. ¿Cómo está la situación en Madrid?

-Pues parece que esta noche se han producido algunos disturbios en un par de barrios, sobre todo cerca de algunas sedes de los laboratorios para los que trabaja, pero la información que nos llega es que se están conteniendo bien -me respondió el mayor.

-Les están dando bien a esos cabrones -saltó el joven emocionado-. Joder, ojalá estuviera allí.

-Cállese, Pérez, siempre le pierde esa bocaza que tiene -le ordenó el mayor, visiblemente cabreado. No pude evitar sonreír ante la situación.

-Verán, hoy es el cumpleaños de mi novia y me gustaría bajar a Madrid a dar un paseo, ir a comer y estar un rato tranquilos -les comenté, con un medio tono de suplica y de buenazo para que me hicieran caso.

-Uf, tendríamos que hablarlo con el Teniente -respondió el guardia civil al mando-. Entiendo perfectamente que quieran salir un rato, pero tenemos que velar por su seguridad ante todo.

-Lo entiendo, pero entiendan ustedes que estar encerrados no es agradable y menos en un día como hoy.

El guardia civil se dirigió al coche y realizó una llamada por radio. Tras unas cuantas idas y venidas de información con su interlocutor, cortó la comunicación.
-Le permiten ir a Madrid, pero sólo si acepta que le acompañemos -me informó-. Y dándonos un plan detallado de lo que quiere hacer y a dónde quiere ir.
-Eso es mejor que nada -le agradecí que no se hubiera negado de primeras y me fui a casa contento.
Planeamos un día en la capital. Queríamos ir a dar un paseo por el centro, la zona de Callao y Sol, para ir a algunas tiendas. Después teníamos la intención de ir al Hard Rock Cafe a comer, finalizando la tarde dando un paseo por la zona de Goya. Solíamos movernos por esa zona ya que, cuando yo vivía en Madrid, mi casa estaba en ese barrio. Cuando subiéramos, queríamos ir a visitar a la familia de Merche para cenar con ellos y celebrar el cumpleaños.
No pusieron ninguna objeción al plan.
A las doce del mediodía estábamos en Madrid. Cuando recorríamos la calle Princesa con un Nissan de la Guardia Civil siguiéndonos, pude comprobar que en muchas esquinas se encontraban varios miembros de los cuerpos de seguridad del Estado. Moncloa estaba tomada por los soldados del cuartel general del Ejército del Aire. En las salidas de metro, paradas de autobús y en todas las esquinas, se encontraban por lo menos de dos a cuatro soldados perfectamente pertrechados para una acción militar. Bajando por Princesa, en la zona de Argüelles, se sucedían las patrullas de parejas de Policía Nacional o Municipal. La zona centro era una de las más blindadas; tanquetas policiales y militares en los principales cruces vigilaban a los pocos transeúntes que se aventuraban por las calles. Me fijé que en una de las calles había un enorme grupo de personas, vecinos de la zona seguramente, tratando de acceder a la calle Gran Vía, mientras eran parados por unos cuantos antidisturbios y militares. Pude leer en algunas pancartas "Como siempre sin razón ni explicación", "Nos tienen secuestrados en nuestras casas" y diversas protestas lógicas por no tener información de porqué no podían andar libremente por su ciudad.
La comida transcurrió tranquila. El Hard Rock estaba a medio rendimiento, cosa rarísima en este restaurante que suele tener una lista de espera de media hora por lo menos. El paseo por la calle Goya fue agradable y nos cruzamos con algo más de gente, todos caminando con rapidez, con caras de preocupación.
-En la hora central del día se permite más tráfico civil -me contó uno de los guardias civiles.
Cuando estábamos llegando al cruce con Alcalá, un sonido nos paró en seco. Los guardias civiles se echaron encima de nosotros para protegernos. Mientras andábamos, más lentos, al llegar a la esquina,

vimos el desastre; una docena de coches se habían estampado entre ellos provocando un accidente múltiple tremendo, se oían chillidos, gritos pidiendo ayuda, gritos de dolor, llantos, pero también insultos y amenazas. Dos hombres que salieron torpemente de sendos coches se liaron a puñetazos con una violencia endiablada. Lo que sucedió después fue aterrador… un autobús de la EMT apareció a toda velocidad y embistió la enorme masa de coches accidentados. Nos quedamos todos perplejos, el conductor del enorme vehículo se bajó ensangrentado y con un brazo colocado en una posición totalmente antinatural, empezó a gritar y se lanzó sobre los pocos supervivientes que había del accidente, pateándolos y golpeándolos con un trozo de hierro que había arrancado de una de las vallas destrozadas de la acera. Ese hombre estaba matando a gente delante de nosotros, pero lo más increíble es que los otros dos que se estaban golpeando, dejaron de hacerlo y se unieron al conductor en su festín de violencia y asesinatos, atacando a todos los curiosos que se habían agolpado en la zona.

-Tenemos que irnos de aquí, ¡rápido! -gritó el guardia civil mayor que nos acompañaba-. ¡Pérez, dónde coño va! -gritó, mientras el joven se lanzaba a proteger a los viandantes.

-¡Hay que hacer algo! -dijo el joven guardia civil mientras corría sacando su pistola de la funda.

-Mierda -musitó-. No se muevan de aquí.-Salió corriendo detrás de su compañero.

Lo que pasó entonces rozaba lo dantesco. Pude contar que ya había diez personas repartiendo golpes a diestro y siniestro, lanzándose como animales salvajes contra hombres, mujeres y niños, golpeando y arrancando miembros como si fueran mantequilla. Al lugar habían llegado tres coches de policía que trataban de abrirse paso para llegar a los sujetos y contenerlos. Se escucharon los primeros disparos. La reacción de la gente a los disparos es igual en el ochenta por ciento de los casos, te coges la cabeza, te encorvas y buscas un parapeto donde tirarte al suelo y sentirte protegido. El quince por ciento, por dar una cifra, reacciona tratando de defender la posición, definir la procedencia de los disparos y tratar de suprimirlos, lo que harían los soldados y policías… ¿qué pasa con el cinco por ciento restantes? Me lo he reservado para esta ocasión; aquellos hombres y mujeres no tuvieron reacción alguna a los disparos. Algunos habían sido alcanzados y sangraban copiosamente, pero no paraban de atacar y matar a todo lo que se moviera. Unos cuantos se dirigieron hacia los policías que continuaban disparando. Pude ver que dos de los atacantes caían al suelo, aparentemente muertos, tras recibir una docena de disparos cada uno en todo su cuerpo, pero los que consiguieron llegar a los policías se lo pasaron de lo lindo.

Comenzaron a golpearles, algunos les quitaron las porras y las armas usándolas sin piedad contra ellos; se regodeaban en sus actos, disfrutaban haciendo sufrir a los policías, disparándoles y golpeándoles, tratando de no matarlos para alargar su angustia y dolor.
-¡Vengan por aquí! -nos sacaron de nuestro trance de un empujón.
Nos metieron en un Nissan de la Guardia Civil que había aparecido poco después que la policía, por la calle contigua a donde nos encontrábamos. En ese momento vi que dos personas se giraron hacia nosotros, tenían la cara ensangrentada y los ojos inyectados de odio.
-¡Que no escapen! -gritó uno de ellos. Era el conductor del autobús. Pude identificarle a pesar de haber cambiado el color de su camisa azul por un rojo brillante.
Cuatro personas se lanzaron en una frenética carrera por coger el Nissan, que ya avanzaba a toda velocidad bajando por Conde Peñalver. No consiguieron alcanzarnos pero lo que vimos mientras huíamos no fue mucho mejor; la escena vivida se repetía en múltiples calles por las que íbamos pasando: coches estrellados, peleas, matanzas, disparos y un sin fin de secuencias que iban pasando delante de nuestros ojos a toda velocidad.
Al llegar a Moncloa, antes de coger la A6, nos detuvimos. Un enorme control militar nos cerraba el paso. Estaba dividido en tres secciones y nosotros pasamos directamente a la última de ellas.
-Esperen aquí -dijo un guardia civil que no era ninguno de nuestros protectores. Salió del coche y se dirigió al punto de chequeo, entregó unos papeles, entró en la garita y salió acompañado por un teniente.
-Buenas tardes, perdonen el trámite pero es necesario. Tenemos orden de no dejar salir a nadie de Madrid sin la documentación y permisos adecuados -nos dijo, mientras nos saludaba.
Estuvimos cinco minutos allí parados. Detrás de nosotros, la primera sección era ya un hervidero de coches y personas gritando y tratando de pasar el control.
-Pasen, por favor -nos ordenaron.
-¿Dónde están los guardias que nos protegían? -no pude evitar preguntarlo, pero sólo obtuve un silencio sepulcral por respuesta.
El guardia civil se montó en el coche y arrancó en dirección a nuestra casa. En ese momento comenzamos a escuchar los primeros disparos y gritos a nuestras espaldas.

ENTRADA 18

Sábado, 24 de Septiembre de 2011

Lo de ayer fue algo impresionante. Aún no me quito de la cabeza el autobús estrellándose contra una masa de coches y personas provocando una auténtica masacre. Los grupos de enajenados atacando como locos a otras personas en muchas calles, matándolos y torturándolos sádicamente mientras disfrutaban extasiados de sus actos.

No sabemos nada de los Guardias Civiles que había en la puerta vigilando, ni siquiera tenemos otra pareja custodiándonos. Nos dejaron en casa y, en cuanto entramos por la puerta, el coche de la Guardia Civil desapareció por la calle a toda velocidad. A pesar de lo grave que parece la situación, las televisiones no le dan más importancia que la de protestas violentas focalizadas en barrios obreros, siguiendo con su programación normal. Además los telediarios se centran más en crisis económicas, revueltas en países orientales y las noticias que se suceden últimamente.

A las doce de la mañana me ha llamado Juan desde los laboratorios, había mucho ruido de fondo.

-¿Borja, qué tal estás? -me preguntó.

-Uf, acojonado, ayer me pasó algo impresionante –comencé a contarle.

-Lo sé, me lo han reportado esta mañana unos agentes de la Guardia Civil –me cortó, dejándome totalmente sorprendido–. Tienes que venir. No, tenéis que venir –se corrigió– a los laboratorios.

-¿Pero no será peligroso? –le pregunté preocupado–. No sabemos cómo está la situación.

-No te preocupes, vais a venir en helicóptero. Debéis ir a la finca que tenéis al lado de la estación de tren, os esperará allí. Tenéis quince minutos.

-Pero… -me había colgado ya.

Avisé a Merche y le conté lo que me había dicho Juan. Después de discutir si sería prudente o no, preparamos a las perritas para salir. Cerramos la casa a cal y canto, como cuando nos vamos de vacaciones, cogí la pistola y nos metimos en el coche que tenemos en el garaje. Al salir a la calle el panorama era como irreal, la gente paseando normalmente, coches pasando de vez en cuando como siempre y mucha calma, como en un sábado normal. “Claro, si no han ido a Madrid no saben qué ha pasado, ¿pero cómo demonios no pueden enterarse?” El viaje hasta la estación fue de lo más normal; aparcamos en el parking adyacente y nos metimos en el helicóptero bajo la sorprendidísima mirada de los que allí estaban paseando o esperando al tren.

En treinta minutos llegamos al helipuerto del laboratorio, había bastante gente alrededor del edificio, incluso vi varias tanquetas del ejército y bastantes grupos de militares. Al aterrizar nos escoltaron cuatro soldados hasta la puerta de entrada al edificio desde la azotea.
-Bajen al piso diez por estas mismas escaleras, allí les esperan un par de doctores y su compañero –me dijo el sargento que tenía a mi lado–. No va a necesitar la pistola allí abajo. Por favor, démela, se la devolveré cuando suban.
Al salir de las escaleras en el piso diez, la planta era como un hormiguero, estaba llena de científicos, militares, policía y personas civiles.
-Borja –me chillaron desde la parte derecha de la sala–, por aquí.
Juan estaba situado en la puerta de una sala agitando la mano para que le viéramos. Nos dirigimos los cuatro hacia allí. En el trayecto hacia la sala me fui fijando en la gente que había allí; los civiles parecían familiares de los trabajadores de los laboratorios, había más perros e incluso gatos y todo el mundo estaba visiblemente asustado. Con cada grupo de familiares y trabajadores había un militar y un científico que parecía realizar unas pruebas mientras apuntaba rápidamente en su cuaderno.
-Por fin estáis aquí, y habéis traído a vuestras perras –dijo Juan, sonriendo mientras acariciaba a Boni y a Yuko–. Bien, se me olvidó decirte que si tenías perro o gato lo trajeras –se incorporó y me tendió la mano–. Me alegro de que estéis bien, lo de ayer ha tenido que ser horrible.
-No lo sabes bien, ¿Qué demonios pasa? –pregunté muy intrigado- ¿Tiene que ver con lo que se hace aquí?
-Lamentablemente, sí –respondió resignado–, pero ahora tenemos cosas importantes que hacer.
Nos invitó a entrar en la sala desde la que nos había llamado. Dentro había un soldado, un científico y un joven auxiliar de laboratorio.
-Pasen, por favor –nos invitó el científico, al que pude identificar como el doctor Montero, el jefe de la investigación–. Quítense las chaquetas, tenemos que hacerles unos análisis de sangre.
-¿Podría explicarnos antes a qué viene todo esto? –ya me estaba poniendo nervioso.
-No se preocupe, en cuanto hagamos los análisis y las pruebas necesarias se lo contaré –sonrió, mientras preparaba unas agujas–, usted ha sido importante para la empresa y su trabajo ha sido muy bien valorado, debería sentirse aliviado de estar aquí.
-Sinceramente, sin tener ni idea de por qué, no puedo ni pensar en sentirme aliviado y menos seguro –le dije mientras me sentaba enfrente de él.
-Lógico, la mente humana es sensible al miedo y el desconocimiento,

nos traumatiza y no nos deja pensar con claridad –me respondió mientras me ponía el vial para sacar sangre–. Dígale a su mujer que se prepare y que deje a los perros en aquella mesa, ahora entrará un veterinario.
Después de pincharnos nos hizo una serie de preguntas sobre nuestro estado de salud y sobre lo sucedido ayer. Le preocupaba sobre todo si habíamos entrado en contacto con los sujetos. En ese momento entró el veterinario que pinchó a las perras para sacarlas un poco de sangre.
-Verán, lo que sucedió ayer se debió a la triste fuga de diez sujetos de nuestros laboratorios -comenzó a contarnos la historia–. Ayer; día veintitrés, a las cuatro y cincuenta de la mañana hubo un corte de luz y el generador de emergencia no funcionó correctamente, eso produjo que las celdas de contención se quedasen abiertas y estos sujetos consiguieran salir –entregó los cuatro botes de sangre a un auxiliar que esperaba en una esquina–. A las ocho de la mañana llegaron al centro de Madrid, supuestamente desorientados y realizaron el primer ataque –el auxiliar salió de la sala después de recibir una serie de órdenes del doctor–. Sobre las diez, las fuerzas de contención del laboratorio localizaron a cinco de esos sujetos cerca del puente de Ventas; dos de ellos estaban muertos, uno estaba agonizando y los dos restantes estaban cubiertos de sangre, golpeándose a sí mismos con unos barrotes que encontraron en la calle.
-Pero ¿cómo demonios puede pasar eso un viernes de septiembre y sin que nadie se entere o le parezca raro? –pregunté sorprendido–. Ventas está hasta arriba de gente en día laboral y diez personas vestidas con batas tienen que llamar la atención a la fuerza.
-Efectivamente, pero estos sujetos no estaban vestidos con las batas, habían asaltado una tienda y estaban vestidos normalmente. Sepa que son perfectamente conscientes, son personas, digamos, normales –prosiguió–. Sigamos. Esos diez sujetos habían sido inyectados la noche anterior con una de las variantes del compuesto EB1.3.1, el último que se está desarrollando con base de Ébola, ¿sabe lo que es el Ébola? –me preguntó- ¿Sí? Continúo entonces. Este compuesto es una mezcla de Ébola con una serie de elementos como esteroides anabolizantes, estricnina y varios compuestos que no vienen al caso. En fin, que estoy divagando. El efecto conseguido con este virus es una rápida propagación por el cuerpo y absorción por parte de las células, que provocan una descarga hiperdesarrollando los músculos, la resistencia y la actividad neuronal.
-¿Pero el Ébola no provoca muchísima fiebre y problemas sanguíneos como hemorragias? –pregunté, con lo poco que sabía del virus.
-Efectivamente, pero eso se palia con más elementos como coagulantes, antibióticos controlados y algunos más –me respondió, agradado por ver que le seguía a pesar de mi cara de asombro–. Lo

que queremos del Ébola es su capacidad de contagio. Con un sólo soldado “contagiado” podemos tener un grupo de veinte a treinta soldados afectados por el virus en poco tiempo y por tanto el gasto es menor. Además, si se mezcla sangre de un herido con otro soldado podemos dejar operativo al primero hasta que llegue al hospital y no será una carga para el grupo. Básicamente se trata de conseguir un compuesto que sea barato de producir, tenga amplio espectro y sus efectos sean los deseados en situaciones de combate, es decir, menos cansancio, más fuerza y resistencia, menos actividad neuronal para evitar la duda, el arrepentimiento y todos los estados anímicos que puedan evitar que un soldado lleve a cabo su obligación en situaciones extremas de combate, así como inhibidor de dolor y cansancio.
-Entonces están tratando de dopar “legalmente” a los soldados para que no “sufran” en situaciones de combate –afirmé.
-Efectivamente. Este proyecto esta avalado por el Pentágono, la OTAN y Naciones Unidas –continuó–. Se trata de reducir el estrés de guerra de los soldados y que las operaciones lleven menos tiempo tratando de paliar las bajas humanas.
-¿Pero entonces? –pregunté– ¿qué pasa con los sujetos? Como ustedes los llaman, ¿por qué algunos tienen alucinaciones? Es más, los de ayer ¿qué demonios les llevo a hacer esas atrocidades?
-Verá, el virus está en pruebas, como usted sabe, y aún tenemos que paliar los efectos secundarios más agresivos –dijo algo desolado, parecía que este tema le frustraba bastante–; alucinaciones, violencia extrema, ansia por la sangre, funcionamiento neuronal muy limitado, desarrollo hipertrofiado de la musculatura, reacciones alérgicas graves, hemorragias… y así un sinfín de reacciones adversas -se le veía perdido en sus pensamientos, su cara se volvió muy cansada y unas enormes ojeras asomaron por sus ojos–. Como no lo consigamos en unos meses, se acabó…
-Perdone pero me está perdiendo –le dije, saturado de tanta información–, ¿por qué demonios me cuenta todo esto? Ni siquiera me ha terminado de contar lo que pasó ayer.
-Es cierto, pero ya sabe como acabó –me cortó sin más–. Además, están aquí para no tener que sufrir un contagio.
Me quedé totalmente alucinado, tenía enfrente a un hombre que estaba trabajando en un proyecto que podríamos enmarcar dentro de la guerra biológica, que empezó a contarme una historia, pasó por otra y ni siquiera terminó de contar alguna de ellas. En ese momento el auxiliar entró en la sala con una sonrisa y le entregó unos sobres al doctor.
-Bien, bien –dijo el doctor–. Me alegro de ver estos resultados. Por favor, aguarden aquí al enfermero, les van a vacunar contra todos los compuestos que estamos desarrollando. Es por su seguridad.

-¿Cómo que vacunarnos? –pregunté totalmente descolocado–. ¿Hay una cura para esto?
-No, no hay cura, hay prevención. Una vez contagiado, si en veinticuatro horas no se actúa no hay vuelta atrás –me informó el doctor– pero estamos vacunando a todos los trabajadores sanos, a sus familiares y sus mascotas, perros y gatos nada más, para evitarles pasar por esto –miró su reloj y su móvil– ahora si me disculpan, mi familia acaba de llegar.
El doctor Montero abandonó la habitación por la misma puerta por la que habíamos entrado. Nuestras caras debían de ser un poema porque Juan soltó una carcajada.
-Es mejor que no sepáis todo lo que pasa –nos dijo mientras nos pinchaban las vacunas– las cosas que se hacen aquí no son buenas y saber más de la cuenta te lleva a estar encerrado –dijo mientras se señalaba– sin poder hacer nada más que esperar.
Le noté visiblemente triste y fatigado. En pocos minutos los cuatro estábamos vacunados, la verdad es que dolía bastante.
-¿Pero esto es algo general o es puntual? ¿Va a pasar más? –preguntó Merche.
-No sabría qué decirte –respondió Juan–. En todo el mundo hay laboratorios como este y en todos han tenido problemas, vosotros vivisteis uno en Londres hace poco.
-¿Y qué pasó allí? -pregunte rápidamente.
-Pues Inglaterra está cerrada al mundo, no dejan salir ni entrar a nadie –nos lo contaba con toda tranquilidad, era muy inquietante.
-Pero en las noticias no dicen nada de nada –afirmó Merche–, es imposible que esto pase desapercibido. Hace unos días sí que comentaron una serie de altercados.
-¿Has visto todo lo que hay fuera? –respondió Juan–. El Pentágono, la OTAN, Naciones Unidas, todos los grandes organismos están en el ajo, todos están controlando la información. Lo de hace unos días se ha vendido como altercados entre minorías, como lo que pasó en Londres hace poco y para la sociedad es algo ya controlado. Cuando esto explote de verdad, lo único que se puede hacer es tratar de sobrevivir.
Sus palabras eran muy perturbadoras. “Tratar de sobrevivir” suena a película, ¿a qué nos enfrentamos, zombis, personas, infectados? Los protagonistas de estas historias me vienen a la cabeza.
-Esto no es una película, está pasando de verdad, pero lo que más debería preocuparos es lo que ellos –dijo señalando a los científicos y militares– decidan hacer para contenerlo. Es más peligroso el ser humano “sano” que una persona asustada, violenta y abandonada –la conversación término en un silencio–. Es mejor que os vayáis a casa y os leáis estos libros –nos dijo, tras un minuto pensativo, tendiéndonos una serie de libros sobre supervivencia, ataques biológicos y demás

lectura militar –. Tomaros unos ibuprofenos en casa, es posible que las vacunas os den fiebre esta noche.

A las nueve de la noche el helicóptero nos dejó en el mismo sitio donde nos había recogido, no había nadie en la calle, raro para ser un sábado. Cogimos el coche y nos fuimos a casa.

Cómo resumir este día, tengo la sensación de que la humanidad ha llegado al tope de maldad posible. El final de la historia humana está cerca y creo que vamos todos a desaparecer.

ENTRADA 19

Domingo, 25 de Septiembre de 2011

La cosa está extraña. Las calles están desiertas, los telediarios tratan de forma habitual las revueltas y brotes violentos que se han estado produciendo en casi todo el mundo. Hemos oído un par de chillidos que venían de las casas que hay dos calles más arriba que se han apagado con un estruendoso golpe metálico, después nada.

Uno de los libros que tenemos contaba un poco los resultados y efectos secundarios de algunas de las muestras que se han desarrollado en el laboratorio. Creo que éste nos lo ha colado Juan para que sepamos a qué podemos enfrentarnos. Son de lo más variopinto, desde lo más usual y normal; vómitos, fiebres, diarreas, mareos… llegando a algunos muy extremos y asquerosos; un desarrollo muscular hipertrofiado, llegando a reventar los músculos desgarrando la piel, hemorragias internas (que acaban saliendo por todos los orificios del cuerpo) pústulas, heridas hemorrágicas, tejido muerto… Así un sinfín de efectos tremendamente inquietantes.

Lo que más me llamó la atención fue el objetivo de la investigación, evitar que un soldado sienta dolor, cansancio o arrepentimiento ante situaciones de extrema violencia. Esto hace que un soldado pueda llegar a sentir un ansia de sangre desatada y necesite matar para relajar la sensación.

Leí una prueba de campo en la que se inyectó un compuesto a uno de los soldados de una unidad de ocho efectivos. Al cabo de veinte minutos, tres de ellos estaban contagiados por compartir la cantimplora. A los treinta minutos, los cuatro sujetos contagiados atacaron a los otros cuatro efectivos ya que necesitaban acción y sangre (obtenido de las conversaciones obtenidas de las comunicaciones por radio, pone a pie de página) y decidieron descuartizarlos mientras dormían. A las dos horas llegaron al objetivo y realizaron una autentica masacre, no especifica el número ni tipo de bajas. Volviendo al campamento, sintieron una furia insostenible que provocó que se mataran entre ellos dejando un solo superviviente que, en setenta y dos horas, murió por hemorragias internas atado a una camilla en el helicóptero que le trasladaba al hospital militar.

Pone la piel de gallina pensar que el ser humano sea capaz de provocar todo esto.

Un nuevo golpe nos ha sacado a ambos de la lectura, esta vez ha sido en la calle de al lado. Hemos abierto un poco las persianas para mirar y hemos visto pasar un grupo de tres personas corriendo, seguidos de dos que parecían tener sangre en la ropa y gritaban como posesos. Los chillidos se han ido alejando y no sabemos qué habrá pasado. Parece

que la epidemia ha llegado a nuestra casa, tenemos las armas preparadas y las perras están bastante nerviosas.
Como he dicho, parece que en la televisión, a pesar de seguir con la programación normal de series y películas, los telediarios tratan el tema como “disturbios focalizados graves” con algo más de preocupación, tratando de informar lo más posible, recomendando no salir de casa a partir de las seis de la tarde y evitar lugares muy concurridos.
Internet funciona y estamos conectados con el laboratorio; no funcionan todos los servidores, las bases de datos están todas cerradas y sólo tenemos acceso a una especie de chat entre los trabajadores. Algunos dicen que están desesperados, no aguantan encerrados en casa y los disturbios son cada vez más frecuentes cerca de sus hogares. Otro dice que un familiar suyo, que vive en Israel, ha oído decir que se está preparando una muy gorda aprovechando la coyuntura que están provocando estos disturbios, cada vez más frecuentes. Otro, que está en Sudamérica (no ha puesto el país) cuenta que los militares están disparando contra los violentos, aquello parece una guerra civil.
Aquí seguimos, algunos ruidos más, gritos y nosotros vigilando por la ventana. De momento no atraemos la atención, veremos cómo pasa esta noche.

ENTRADA 20

Lunes, 26 de Septiembre de 2011

Creemos que nos ha despertado un disparo. Es difícil saberlo. Estábamos durmiendo tranquilamente y fue como si hubiésemos oído un fuerte estruendo. Mi mente me dice que estaba soñando con fuegos artificiales. Qué cosa más rara.

Nos hemos asomado a la calle, desierta como estas últimas noches, pero afortunadamente iluminada por las farolas, todavía.

Yuko ha ladrado un par de veces y la hemos tenido que coger y hacerla callar del susto que nos ha dado. A los pocos minutos hemos oído algo en la calle. He mirado por las persianas y no he visto nada, pero tenía la sensación de que había alguien ahí fuera. No sé cómo he tenido el valor pero he salido al portal a mirar si las puertas estaban cerradas. He asomado la cabeza con cuidado y me he tenido que esconder rápidamente. En la puerta había un tío con las ropas rasgadas y los ojos iluminados, como cuando diriges una linterna a un perro en la oscuridad, mirando pegado al cristal. Creo que no me ha visto porque no ha reaccionado y, tras cinco interminables minutos, se ha marchado hacia la derecha de la calle. Le he oído gritar y parece que ha salido corriendo, ya que se le oía dar alaridos hasta que han desparecido a lo lejos. Tengo el corazón a mil por hora, he bajado rápidamente a ver las puertas del garaje y el jardín. Como se abren hacia afuera, mañana las ataré a la barandilla de la escalera con cuerda de escalada que compré hace tiempo, para que ofrezcan algo más de resistencia. La del portal la voy a reforzar con las macetas que hay, por lo menos para que se haga pesado empujarla.

No me lo puedo creer, estoy aceleradísimo y no paro de pensar en vías de escape, en cómo reforzar la casa y en cómo mantenernos seguros. Merche está igual.

ENTRADA 21

Lunes, 26 de Septiembre de 2011

La noche ha pasado sin más sobresaltos. Eso sí, me ha costado muchísimo dormir.

Por la mañana he bajado a cerrar bien la puerta del jardín trasero. He cogido algo de cuerda de escalada y la he atado a la manilla para después pasarla hasta la barandilla, que hay enfrente, dejándola bien tensa. La puerta es una mierda pero eso debería bastar para hacer algo más complicado el abrirla. Me he quedado un ratillo mirando a través del cristal, fijándome en los pisos de enfrente. Algunos tienen las ventanas rotas, otras están abiertas de par en par con las cortinas salidas y ondeando hechas jirones. No parece que haya demasiada gente, he podido ver que en uno de los pisos del fondo se mueve gente pero no he querido mirar detenidamente para que no me vieran. He caído en que en nuestro bloque de seis vecinos, a parte de nosotros, tenemos a los del tercero B. Hace tiempo que no se les oye y suelen ser de esos vecinos bastante ruidosos. Cuando he vuelto a casa le he comentado a Merche la posibilidad de ver si están o no.

-Es un poco locura pero nos quedaremos más tranquilos si comprobamos que no están -respondió Merche, poco convencida de salir, pero con visible interés por confirmar que éramos los únicos de la casa-. No quiero tener ningún susto.

-De acuerdo entonces, esta tarde subimos -dije, confirmando la odisea que nos esperaba-. No sé qué hacer con la puerta que da al garaje, no quiero dejarnos totalmente encerrados pero tampoco quiero dar posibilidades para entrar.

-Si fuera un garaje cerrado y no abierto daría igual esa puerta, pero pueden entrar como les de la gana -me dijo Merche, informándome de algo que ya sabía y que me preocupaba igual que a ella-. Hagamos una cosa, ponemos el coche enfrente de modo que deje sólo un espacio mínimo para abrirse e impida poder agruparse a más de una o dos personas, dejándola en línea con la puerta del coche para poder meternos directamente por el hueco, la cerramos con un nudo simple, que tirando de la cuerda se suelte más o menos fácil y punto.

-Me parece una buena idea -nos pusimos manos a la obra para prepararnos para todo lo que queríamos hacer ese día.

Pusimos la televisión para informarnos de la situación. Parece que empieza a estar descontrolada, siguen llamándolo “disturbios graves” pero ya no están focalizados en ciertas zonas, sino que están propagándose por todos los barrios de las ciudades. Se ven cantidad de grupos de antidisturbios tratando de contener a los violentos, pero cortan cuando la situación se vuelve desesperada para las fuerzas de

seguridad. Siguen con las recomendaciones de no salir a la calle y evitar el contacto con los grupos violentos ya que no es posible mantener segura a toda la población. Se está propagando rápidamente, demasiado rápido, y mandar sólo a policías con escudos y porras no lo va a detener.

Después de las noticias nacionales han hablado de la situación en todo el mundo. Los Israelís han decidido que es culpa de los palestinos y han lanzado una ofensiva en la franja de Gaza, llevándose por delante a todo lo que han pillado. Ya no hay activistas protestando, ya no se preocupa la OTAN del tema, por lo que no han sido frenados por nadie. Irán está amenazando a la sociedad Occidental con sus misiles nucleares, para ellos la culpa es del gran infiel americano y están dispuestos a borrarlo de la faz de la tierra. Las dos Coreas han entrado en una nueva guerra abierta, el Norte ha invadido el Sur y la situación es desesperada para miles de refugiados que tratan de huir hacia las costas para navegar a China o Indonesia. Estados Unidos se está enfrentando al mayor éxodo del siglo proveniente de Sudamérica. El mundo es un caos, hablan de un inminente conflicto mundial pero no saben explicar los motivos.

Me he conectado al chat de los laboratorios después de ver todo esto. El tío que vivía en Sudamérica ha dejado un comentario final hace unos días: “Nos vamos a USA, esto es un infierno y todo se va al carajo, casi no queda ejército ni policía. Ojalá pudiera volver a Italia y ver a mi familia”. Se suceden los comentarios de matanzas, infiernos y peticiones de socorro. Hay un mensaje general en el correo electrónico, el asunto: “COMUNICADO PARA TODAS LAS DIVISIONES”; Nos invitan a acudir a una serie de puntos seguros y de evacuación si nos encontramos en una de las miles de ciudades en alerta roja; a mantenernos en nuestras casas y no salir a la calle si estamos en las marcadas con alerta verde. A las personas que están en lo que denominan “ciudades cero” simplemente les desean suerte.

Esta noche, después de hacer todo lo planeado, trataremos de contactar con nuestros familiares. Llevo tres días sin hablar con mis padres y Merche dos sin saber nada de su madre. Tenemos más noticias de la hermana de Merche porque vive a unas pocas manzanas de nosotros.

Son las tres de la tarde y tenemos todo preparado para subir a casa de los vecinos. Espero que todo vaya bien. Merche lleva la pistola con el silenciador que nos dejaron los Guardias Civiles y, por si acaso, una linterna. Yo llevo un martillo grande que tenemos y un tablón de madera a modo de escudo, somos un autentico cuadro.

Allá vamos…

ENTRADA 22

Martes, 27 de Septiembre de 2011

Madre mía, menuda mierda acabamos de vivir.

Lo primero que hemos hecho, antes de nada, ha sido colocar el coche en la puerta que da al garaje. Lo hemos atravesado dejándolo de tal manera que la puerta sólo se pueda abrir unos treinta centímetros antes de dar con el lateral, dejando la puerta del conductor a mano, creando un pasillito entre el coche y la casa para así poder montarnos rápidamente.

Al bajar al garaje, ataviados como conté en la anterior entrada y con las perras en brazos, salí por delante de Merche, que vigilaba la parte derecha, donde están los trasteros. Salí pegado a la pared para irme detrás de las motos y poder tener una visión del jardín trasero, para confirmar que no había nadie. Bien, de momento estábamos solos. Merche salió detrás dejando la puerta apoyada sobre el pin, para no tenerla cerrada del todo, y se situó entre las motos para tener un escondrijo y cobertura, vigilando los trasteros y la entrada de coches. Nuestro garaje es uno de esos típicos de la sierra, está justo debajo del edificio, con las vigas de sujeción al aire, dejando una serie de largos huecos y una entrada para los coches. Somos de los pocos edificios de la urbanización que no lo han cerrado para hacerlo más privado, así que, aunque un poco aparatoso, alguien puede tratar de sorprendernos tirándose por uno de esos huecos después de recorrer unos diez metros de césped.

Cuando Merche estuvo colocada yo pasé por detrás de los dos coches que hay aparcados, el Polo del vecino y nuestro Clio, para tener una visión, en línea recta, de la entrada de coches. Todo tranquilo de momento. Avancé y me coloqué pegado al muro. A mi izquierda quedaba la entrada al garaje vecino, con su puerta bajada y al parecer cerrada; enfrente tenia la cuesta de bajada y la visión del jardín y la calle principal. Todo tranquilo de momento. Me deslicé hacia la puerta y comprobé que estaba cerrada. Bien, por aquí no saldrá nadie sin hacer ruido para abrirla. Me acerqué al recodo que hace el jardín vecino y asomé la cabeza para mirar al final de la calle. Todo tranquilo de momento. Crucé agachado la cuesta para asomarme a ver el otro extremo. Todo tranquilo de momento.

-No hay nadie en la calle -le dije a Merche por el walkie del Decathlon que compramos hace años. Por fin les dábamos un uso más que el de hablar desde una habitación a otra para probarlos.

Entonces Merche se deslizó silenciosamente y abrió el coche, con la llave, desde la puerta del conductor, de este modo no hizo el ruido del cierre centralizado.

-Me meto en el coche -me dijo, mientras la veía hacerlo a mis espaldas. Ató a las perras en la parte de atrás.
Llegó el momento más peligroso, encender el coche. Sí, después de mucho sopesarlo decidimos que lo mejor era encenderlo para hacer las maniobras. Si nos pillaban empujando y agotados sería más complicado defenderse y en caso de problemas podríamos salir con el coche a toda velocidad para tratar de despistarlos, de ahí que bajáramos con las perras y una mochila de supervivencia con lo que pensábamos que podríamos necesitar, sin llegar a ser muy pesado. El coche arrancó a la primera, afortunadamente el Clio no hace demasiado ruido. Me asomé a los dos lados de la calle para comprobar el efecto del arranque. Todo tranquilo de momento. Merche comenzó a maniobrar y en diez minutos colocó el coche en la posición que habíamos quedado, apagó y sacó a las perras y la mochila de la parte trasera.
-Ya está, ven rápido -me dijo por el walkie.
Un rugido sonó al final de la calle.
-Joder, creo que nos han oído, entra en casa rápido -le respondí a Merche por el walkie mientras corría cuesta abajo lo más silenciosamente posible y lo más rápido que pude. Cuando llegué al coche vi cuatro piernas en la calle principal.
-Te digo que he oído algo por aquí -dijo una voz rabiosa y llena de ansiedad.
-Estás flipando cabronazo, ¿por qué coño hemos venido? -respondió otra voz más violentamente-. Tenemos presas dos calles más abajo.
"¿Presas?" Hablan como si fueran cazadores.
-Joder, te digo que por aquí hay alguien -chilló la primera voz.
Noté cómo uno de ellos saltaba en la rampa de bajada a nuestro garaje. Mierda, no podía entrar en casa y cerrar la puerta, golpea contra el suelo y haría mucho ruido.
-¡Que te den! -dijo la segunda voz-. Me voy a por los cachos de carne que hemos localizado, te vas a quedar sin tu parte, gilipollas -se oyó cómo corría y chillaba de alegría al mismo tiempo.
-Mierda, mierda -maldijo el primero a la altura del garaje vecino-. Espera maldito hijo de puta, quiero mi parte o te mataré a ti -y salió corriendo detrás del primero.
Madre mía, me siento como en una película de terror. Estaba acurrucándome detrás del coche tratando de no hacer ruido y preparando el martillo. Cuando dejé de oírles gritar a lo lejos me levanté aliviado pero con un "subidón" de adrenalina tremendo. Merche apareció en el garaje y me abrazó fuertemente.
-¿Estás bien? –me preguntó muy preocupada.
-Sí, sí –dije, casi tartamudeando de la impresión–. Ha estado cerca, qué agobio. Espero que nos vaya mejor arriba.

Me sonrió y respiró hondo.
-Si no quieres, lo podemos dejar para otro día –comenzó a decir-. Si en dos semanas no ha pasado nada no creo que vaya a pasar esta noche.
-Prefiero aprovechar el momento de “subidón” –le dije–, no te preocupes, es mejor hacerlo ahora que estamos alerta.
Volvió a sonreírme y asintió.
-Vamos a por ellos –me dijo, con aire valiente y seguro.
Siguiente misión, comprobar el piso de los vecinos. Subimos lentamente las escaleras después de dejar a las perritas en casa, algo asustadas pero tranquilas. Por lo menos no empezaron a ladrar. Eran las siete de la tarde y comenzaba a oscurecer. Mierda, menos mal que llevábamos las linternas, queríamos poder hacerlo con algo más de luz natural. Oímos un ligero golpe venir de la casa.
-O se ha caído algo o hay alguien allí arriba –dijo Merche algo asustada, tratando de contener los nervios -. ¿Cuántos eran?
-Pues, si no recuerdo mal, unos cinco; el padre, la madre y tres niños. –le dije, recordando a los vecinos.
-Joder –es lo único que llegó a salir de la boquita de Merche.
Continuamos subiendo y el silencio era sepulcral, no se oía nada de nada. La idea de que se había caído algo empezaba a reforzarse en nuestras mentes, pero seguíamos alerta y con la adrenalina por las nubes.
Llegamos al último descansillo de escaleras entre pisos, me asomé y vi que la puerta estaba entornada. Paramos un momento a tratar de trazar un plan de acción.
-¿Qué opinas? –le pregunté a Merche.
-Uf –suspiró nerviosa–, no sé, entramos y miramos –empezamos a reírnos los dos ante la idea–. Lo que decidas está bien.
-Pues vamos a probar lo más simple, entramos y aseguramos el descansillo y la cocina, pasamos al salón y después las habitaciones como se nos vaya ocurriendo –le dije improvisando un plan–. Yo entro a la cocina y tú te quedas en la puerta apuntando hacia el salón. Después paso al salón hacia la derecha y tu apuntas hacia el distribuidor. Las habitaciones lo pensamos cuando lleguemos a ese punto, quizá no lleguemos ni a entrar.
-Me parece bien –me dijo sonriendo–. A por ellos.
Llegamos a la altura de la puerta entornada, escudriñé el interior y un fuerte olor me golpeó la nariz, casi vomito.
-¿A qué demonios huele? –preguntó Merche, mientras se tapaba la nariz.
-No tengo ni idea –dije, echándome un paso atrás.
-Parece carne podrida –apuntó Merche mientras nos recomponíamos y nos poníamos unos pañuelos en la cara.
Empujé la puerta y me deslicé hacia la cocina mientras Merche

aseguraba la puerta y apuntaba hacia el salón. La cocina estaba tenuemente iluminada por la poca luz que aún quedaba en el exterior, pero no era suficiente para comprobarla correctamente. El olor era muy fuerte y me pareció golpear algo con el pie. Busqué el interruptor palpando la pared, noté que estaba pegajosa. Encendí la luz.
-¡Joder! –chillé, siendo consciente de que supuso el aviso de nuestra gloriosa entrada en la casa.
-¿Qué pasa? –preguntó Merche mosqueada por el ruido que hice, mientras entraba en la cocina- ¡Joder! –sólo le salió lo mismo que a mí.
La escena era horrible, los tres niños estaban desperdigados por el suelo de la cocina. Y cuando digo desperdigados me refiero a que estaban repartidos por toda la cocina. Habían sido brutalmente mutilados y arrojados al suelo con violencia. Tratamos de recomponernos de la escena y un golpe sordo nos sacó del trance y nos puso otra vez en guardia. Vi que Merche derramaba unas lágrimas y la puse la mano en el hombro para tratar de tranquilizarla.
-Joder –me volvió a decir por lo bajo–, esto es demasiado.
-Lo sé, vamos a terminar cuanto antes –le dije, tratando de mantener la compostura.
Pasé al salón y estaba totalmente despejado, los muebles habían sido movidos como si hubiera habido una persecución, cruzados en puntos por donde estaba el paso de una zona a otra, algunos destrozados, otros simplemente arrastrados. Otro golpe nos llamó la atención, estaba claro que había alguien en la habitación principal.
-¿Miramos las dos habitaciones pequeñas y enfilamos la principal de frente? –le pregunté a Merche, que se limitó a asentir.
Me dirigí hacia el distribuidor. Me asomé poco a poco apoyándome en la puerta y comprobé que la habitación principal estaba cerrada, así como la habitación pequeña. Le hice una señal a Merche haciéndola saber que iba a pasar y a mirar la habitación abierta y el baño. Ella tomó mi posición, acurrucada, y apuntó hacia la puerta de la habitación principal que le quedaba a apenas cincuenta centímetros. Entré en el baño. Vacío. Entré en la habitación abierta. Vacía. Otro golpe de la habitación principal nos llamó la atención. Informé a Merche de que iba a abrir la puerta de la habitación pequeña después de apoyar la oreja, tratando de adivinar algún sonido. Abrí la puerta.
-¡Mierda! –dije tratando de contener la voz–. Mejor que aquí no mires.
La escena era peor que la de la cocina. El padre estaba atado a la cama, las paredes estaban teñidas de rojo con cantidad de trocitos de lo que seguramente eran órganos internos. Tenía el tronco abierto hacia afuera, con todos los restos desparramados alrededor. El olor era tremendamente asqueroso y penetrante.
En ese momento sonó un golpe más fuerte y la puerta de la habitación

principal se abrió.
-¡Borja! –gritó Merche.
La escena me pasó a cámara lenta. Una masa se abalanzó sobre mí, cargando con fuerza. Intuí que era la madre, era la única que no habíamos visto. Tenía el brazo derecho tremendamente deformado y desarrollado y lo iba chocando contra las paredes y marcos de las puertas sin poder moverlo apenas. En una de las rodillas tenía un bulto enorme y le impedía moverse con soltura, cargaba con ansias pero incapaz de hacerlo con agilidad.
-¡Mierda, mierda, mierda! –grité, mientras trataba de contenerla con el brazo del escudo, dándome cuenta de que lo había dejado caer al ver al padre.
Traté de agarrar su brazo "sano" con mi mano derecha mientras lanzaba un golpe contra mí. Caímos los dos en el suelo de la habitación, con el cuerpo descuartizado por encima de nuestras cabezas. Noté cómo me golpeaba el hombro contra la esquina de metal de la cama y cómo la camiseta se desgarraba. Empecé a notar calor por todo el brazo.
-Joder –grité de dolor mientras contenía el peso de la mujer sobre mí, que trataba de golpearme con la cabeza forcejeando violentamente con el brazo que tenía atrapado en mi mano.
-¡Borja! –gritó Merche– ¡Golpéala con el martillo, lo tienes a tu izquierda! ¡No quiero dispararle en esa postura!
Me revolví y puse las rodillas contra su pecho. Ella seguía tratando de golpearme con la cabeza. Alargué el brazo izquierdo y noté muchísimo dolor y calambres. Palpé el suelo hasta que di con lo que supuse que era el martillo, lo cogí y descargué, con la fuerza que pude y el dolor me permitía, un golpe contra su cabeza. La mujer se tambaleó y se echó hacia atrás arrastrándose. Miré mi mano y vi lo que parecía una pierna de muñeco de acción, de esos Action Man enormes que venden ahora. Se lo había destrozado en la cara y se le había clavado en el ojo un brazo y la cabeza se le había atragantado; la situación parecía bastante cómica. El resto del muñeco estaba destrozado en el suelo cubierto por un pequeño reguero de sangre. La mujer trató de levantarse y su cabeza saltó en pedazos. Vi a Merche con los ojos como platos; aprovechó el momento para apuntar a bocajarro contra la cabeza de la mujer y le había reventado los sesos.
-¿Estás bien? –me gritó, yo no salía de mi asombro- ¿Estás bien? –gritó más fuertemente.
-Eh, sí, sí –respondí–. Me duele mucho el hombro y he debido caer en algo húmedo.
-Déjame ver –me dijo mientras se tranquilizaba–. Joder, si te has hecho una herida tremenda en el hombro, lo húmedo es tu sangre -dijo alarmada y cabreada–. Ten más cuidado joder.

-Qué quieres que le haga –dije, asombrado por recibir una charla en esa situación. Los dos nos echamos a reír ante la escena.
Recogimos nuestras cosas y nos quedamos pensando qué hacer con los cuerpos. Si nosotros íbamos a vivir allí no podían quedarse. Bajamos a casa y Merche me curó con suero salino, yodo y me puso tiritas de brechas en el corte. No tenía tan mala pinta aunque dolía muchísimo.
-Mañana metemos los cuerpos en un contenedor y le prendemos fuego –dijo Merche.
-Me parece una gran idea, pero ahora necesito descansar –le dije, agotado.
-Sí, cariño –me dijo con una sonrisa mientras me acariciaba el pelo y me quedaba dormido en su regazo.
Ha sido un día muy agitado, nos hemos enfrentado a nuestros primeros infectados y hemos tenido suerte. La verdad es que menos mal que los primeros se largaron, no creo que hubiera sido tan “fácil” acabar con ellos.

ENTRADA 23

Martes, 27 de Septiembre de 2011

Después de los acontecimientos ocurridos estos días he decidido cambiar el nombre del blog. No tiene sentido mantener el nombre original ya que el curro ha pasado a ser algo muy anecdótico.

PARTE II: **Pandemon**.

Historia de una extinción.

¿Por qué ese nombre? Esa palabra forma parte de la raíz de Pandemia y su significado sería “Todo”(Pan) + “Pueblo”(Demos). Me ha parecido apropiada. He agregado una “entrada 0” recordando el título original.

He dormido bastante esta noche después de la aventura, por llamarlo de alguna manera, de ayer. Me he despertado con esto en la cabeza y he querido cambiarlo antes de que se me olvide u ocurra algo inesperado. Veremos qué tal transcurre el día de hoy.

ENTRADA 24

Miércoles, 28 de Septiembre de 2011

Nos hemos levantado tarde, no es que hayamos dormido demasiado pero estar tirados en la cama también ayuda a que el cuerpo descanse. Le damos vueltas a cómo deshacernos de los cuerpos. La idea de quemarlos en un contenedor gana fuerza pero no queremos hacerlo cerca de casa, así que la idea es tirar los cuerpos por la ventana al jardín de atrás, meterlos en un contenedor que hayamos traído, parte peligrosa, y llevarlo un par de calles abajo para prenderle fuego y dejarlo consumirse, con la esperanza de que no se propague a ninguna casa.

Estamos preocupados con los dos elementos que vimos ayer. Puede que sean más y no queremos llamar la atención de un grupo peligroso, pero el olor se estaba haciendo muy pesado y eso que tenemos un piso entre medias.

En fin, el plan era salir cuando empezase a oscurecer, coger un contenedor de la calle de atrás, estaban como a unos cincuenta metros de la salida del jardín, traerlo haciendo el menor ruido posible, ponerlo bajo la ventana y tirar los cuerpos desde el piso. Con suerte habría bolsas de basura que amortiguarían el sonido. Esta vez íbamos a ir armados los dos, Merche con la pistola y yo con la escopeta. Además llevaríamos un cuchillo de cocina cada uno. Dejaríamos a las perras en casa, preparadas junto a un par de mochilas. Si hay que correr cogeríamos todo y saldríamos pitando. Además, probaríamos una pequeña trampa que hemos pensado.

Eran casi las cinco y media de la tarde. Comenzábamos a estar nerviosos por lo que nos esperaba pero no queríamos adelantar los planes. La calle estaba bastante tranquila. La estuve observando lo más posible por si hubiera alguien vigilando o en las casas cercanas. Pusimos la televisión, no había noticias, sólo una serie de textos con zonas seguras, recomendaciones y directrices de defensa personal y primeros auxilios. Parece que el problema se ha extendido bien por el mundo.

Las ocho. Era el momento. El sol ya había desaparecido y el cielo estaba iluminado de forma tenue. En breve sería de noche y, si todo iba bien, las farolas se encenderían en un par de horas. Salimos de casa. Las perras se estaban portando muy bien y no ladraron cuando nos fuimos. Bajamos las escaleras. Decidimos salir por uno de los huecos del garaje en lugar de abrir la puerta. Todo despejado, nada de ruido. Nos vestimos completamente de negro; gorro y guantes incluidos, y nos pintamos la cara con tinte negro que tengo de jugar al airsoft. No llevábamos linterna para no tener la tentación de

encenderla.
Cruzamos al otro lado del jardín y nos pegamos a la pared de los edificios que tenemos enfrente del nuestro. Fuimos avanzando pegados, poco a poco, por las rendijas de los desagües tratando de no hacer ruido. Paramos en la esquina del jardín que da a la verja, miré al fondo. El piso primero de ese edificio es donde vi el otro día las sombras humanas moviéndose en la cocina. Nos quedamos unos cinco minutos mirando, no pasó absolutamente nada. Decidimos que era el momento de seguir. Cuando llegamos a la puerta de la verja nos paramos y preparamos la trampa. Hace poco tuvimos que comprar una batería de coche para ponerla en el Saab de mi padre pero no tuvimos tiempo de llevársela. Con unas pinzas de coche la conectamos a la alambrada. El chispazo fue considerable. Imaginábamos que si alguien la tocaba se llevaría un buen latigazo.
Salimos del jardín abriendo la puerta con un palo, dejándolo atravesado para mantenerla abierta, así cuando volviéramos con el contenedor simplemente tendríamos que retirarlo y dejar que la puerta se cerrase sola. Avanzamos por los jardines agazapándonos en los matorrales y árboles. No pasó nada de nada. No se oyó nada de nada. Estábamos a cinco metros del contenedor, detrás de unos setos. La situación era complicada. El contenedor se encontraba en un cruce de cuatro calles. Todo estaba oscuro y no se veía nada de nada, pero teníamos la sensación de no estar solos. Esperábamos que solo fuera eso, una sensación.
Merche se quedó vigilando y me acerqué al contendor. Comencé a empujarlo, dentro se oían unas pocas bolsas pero no pesaba. Pude moverlo fácilmente y sin hacer ruido por la vibración que producen cuando están vacíos. Íbamos bien. Seguí avanzando y Merche reculaba detrás de mí cada dos o tres metros, protegiéndome. Llegamos sin problemas a la puerta del jardín. Primer obstáculo, había que subirlo a la acera y tener cuidado de no tocar la verja.
-A la de tres –me dijo Merche.
Levanté el contenedor y ella empujó para dejar dos ruedas sobre la acera. Cambiamos posición. Ella tiró y yo empujé, levantándolo. Bien, el contenedor estaba dentro del jardín. Dimos una patadita al palo. Nos quedamos los dos helados y paralizados. Un grito se comenzó a oír a lo lejos. Parecía en la zona del Mercadona. Dos gritos más se unieron al primero. Uno lo situamos en la calle de la estación, dos calles más abajo. El tercero no logramos situarlo. Eran como aullidos, llenos de energía, se iban moviendo pero no conseguimos saber hacia dónde. De repente, se comenzaron a oír golpes tremendos en la zona del Mercadona. Parecía que estaban tratando de romper la verja y los cristales. Eso nos dio un respiro, estaban entretenidos. Comenzamos a empujar los dos el contenedor hacia nuestro edificio, esta vez íbamos

con más prisa, queríamos acabar con esto cuanto antes.
-Vale, aquí está bien. Subo a tirar los cuerpos y tú vigilas desde casa, ¿te parece? –le propuse a Merche.
-Sí –me respondió aliviada–. Prefiero estar dentro y abrazarme a Yuko un rato –abrazar a nuestra perrita pequeña la relaja.
Subí al tercer piso, entré en la cocina y comencé a meter los trozos de los niños en bolsas de basura. Era muy tétrico pero me facilitó el trabajo. Después me dirigí a la habitación, donde sucedió todo ayer, para abrir la ventana. Tiré las cuatro bolsas que había preparado en la cocina, dos entraron en el contenedor sin hacer apenas ruido y dos se quedaron a los pies. Envolví al padre en papel transparente de cocina y lo apoyé contra el quicio de la ventana. El hecho de que estuviera vacío lo liberaba muchísimo de peso. Lo lancé al contenedor; al caer hizo algo más de ruido porque se golpeó contra los laterales antes de partirse y quedar hecho una V en el interior. Ahora lo más difícil. La madre estaba entera salvo por la cabeza, además ese brazo hiper-desarrollado parecía muy molesto y pesado. Me costó un buen rato dejarla caer por la ventana. Desafortunadamente hizo que el contener volcara y quedaran todos tirados por el jardín.
-Joder –me dije a mi mismo mientras me volvía a la habitación, buscando un poco de relajación y descanso.
Me quedé mirando las paredes y pensé que deberíamos tratar de subir la manguera del jardín delantero y darle un buen repaso.
Bajé a casa, avisé a Merche y salimos de nuevo al jardín. En veinte minutos recogimos todos los cuerpos y los metimos en el contenedor. En aquel momento no se escuchó nada, el silencio había vuelto y la oscuridad dominaba a nuestro alrededor.
-¿Dónde los llevamos? –preguntó Merche.
-Uf, no sé, el haber escuchado esos gritos me ha dejado preocupado y no oír nada ahora me acojona más todavía –respondí.
-Me pasa igual –me confirmó Merche–, pero en algún momento tendremos que hacer algo con ellos. Además, habiendo llegado hasta aquí sería una tontería no seguir.
-Tienes toda la razón –estaba claro que no podíamos rendirnos en ese momento–. ¿Qué te parece si los llevamos a la calle de al lado, que es cuesta abajo, y los dejamos caer hasta donde lleguen, sin prender fuego ni nada?
-Me parece perfecto –respondió Merche, comenzando a acercarse a la verja para abrirla con el palo.
Comencé a empujar el contenedor y llegamos hasta la esquina de la calle objetivo. Empujamos el contenedor y comenzó a deslizarse calle abajo. Nos quedamos un rato mirando cómo el contenedor iba cogiendo velocidad y bajando la calle en línea recta.
-¡Eh! ¿Quién hay ahí? –gritó una voz en la calle de abajo, cuando pasó

el contenedor por ella.
Lo único que se nos ocurrió fue salir corriendo y volver a casa, no nos paramos a saber si era por nosotros, si nos habrían visto o si era una persona normal o uno de los locos asesinos que vimos ayer. Nos encerramos en casa y dejamos la batería en la calle. Ya nos preocuparíamos de ella en otro momento. Estando conectada nos daría algo de seguridad. Ahora mismo buscábamos no dar ni una señal de vida. No nos hemos preocupado de comprobar que no nos siguiera alguien. Mierda de miedo, no deja pensar con claridad.

Dejo de escribir, tengo que vigilar el jardín trasero por si aparece alguien.

ENTRADA 25

Miércoles, 28 de Septiembre de 2011

Por fin he podido dormir un poco. Me he pasado la noche en la cocina, vigilando el jardín. Reconozco que alguna cabezada he dado pero ha sido imposible descansar. Merche ha tratado de dormir, me ha dicho que algo ha descansado pero no demasiado, así que estamos los dos agotados.

La noche ha pasado sin incidentes, por lo menos que nos hayan afectado. He visto a una persona que se acercaba a la valla; no ha llegado a tocarla pero ha tratado de mirar hacia el interior, parecía bastante inquieta y, rápidamente, se ha marchado. También se han vuelto a oír los aullidos y gritos de la noche anterior. Esta vez me ha parecido que estaban en la calle de chalets que hay enfrente de la nuestra. Las fincas son grandes, así que estaban como a trescientos o cuatrocientos metros de nosotros. Se han ido apagando en dirección al camino de El Escorial.

Por la mañana me ha parecido oír un par de coches que arrancaban y salían rapidísimo de la calle por donde tiramos el contenedor. Creo que uno de ellos se ha estrellado llegando al final de la calle que lleva a la estación de Renfe. No sé, ahora mismo no me planteo investigar nada de lo que pase a nuestro alrededor, quiero desaparecer del mapa y que parezca que aquí no hay nadie.

Nos toca hacer recuento de comida. De las cien latas que compramos, nos quedan unas setenta, después de acabar con la comida que teníamos; pasta, carne congelada y alguna cosilla más. Hemos ido usando dos por día para cada uno, más una para las perras, porque nos hemos quedado sin pienso para ellas. La verdad es que ahora vemos la importancia del racionamiento de comida. Vamos a tener que apañarnos con dos latas al día para los cuatro. De agua aún nos quedan diecisiete garrafas, ya que el agua corriente aún funciona y hemos estado usando unas pastillas potabilizadoras que tenemos, aunque nos estamos quedando sin ellas.

De medicinas de momento vamos bien, ambos tenemos como para seis meses. De genéricos tenemos una caja de ibuprofeno, dos de paracetamol y el botiquín de los viajes en moto está completo con vendas, yodo, suero, tiritas y varias cosas que compré ayudado por un compañero médico, que me aconsejo lo que debería tener. Y menos mal, porque mi herida del hombro sería bastante fea de no ser por todo lo que tenemos. Al final he conseguido que Merche me cierre el corte con la grapadora estéril. Las tiras de brecha se soltaban a menudo. Parece que está cerrando perfectamente. Espero que no se abra de nuevo porque sólo nos queda una grapadora, lo siguiente sería

utilizar los kits de sutura de un solo uso, y ni Merche ni yo sabemos usarlos.
De la casa de los vecinos pudimos coger algo de comida, que hay que sumar a lo que tenemos, y una caja de antibióticos genéricos que me están ayudando a curarme.
De todos modos, después de terminar el repaso al material, hemos pensado que convendría hacer una visita al Mercadona para coger lo que podamos, o quede, y, si podemos, pasar por la farmacia o el ambulatorio para pillar más antibióticos. La verdad es que nos preocupa mucho esta decisión de salir de casa, sobre todo porque ayer los aullidos y gritos venían de esa zona. Esta vez vamos a planearlo detenidamente.
Además, ya que bajamos, vamos a pasar por casa de la hermana de Merche, a ver qué tal están y valorar la posibilidad de juntarnos los cuatro en una casa.
Hemos pensado en llevarlo a cabo dentro de cinco días, dar tiempo para que parezca que no hay nadie y poder ver cómo evoluciona mi hombro, además de estar descansados al cien por cien; nos vamos a jugar la vida de verdad. Vamos a bajar con el otro coche, el C4. Lo encenderemos lo menos posible. Al ser cuestas abajo lo dejaremos caer apagado. Hemos pensado aparcarlo en el garaje del Mercadona, si está abierto. Es subterráneo y podrá darnos una buena ventaja en caso de estar despejado. Desde él tendremos dos vías de escape por distintas calles. Después del supermercado iremos por la puerta de atrás a la farmacia, y, en caso de ser necesario, al ambulatorio. Lo vamos a hacer al amanecer. Esperemos que los infectados duerman y lo hagan bien lejos de la zona. Nos vamos a dedicar estos cinco días a estudiar el ambiente que hay, escuchando, marcando los gritos y ruidos. Saldremos a la calle por las noches para comprobar la situación.
Esperemos que vaya todo bien. Voy a intentar dormir un poco, han pasado seis horas desde el último incidente y parece todo tranquilo.

ENTRADA 26

Jueves, 29 de Septiembre de 2011

Menudo día pasamos ayer. Nosotros que queríamos tratar de pasar desapercibidos y vigilar los movimientos en la calle para poder bajar al Mercadona.

La noche fue muy tranquila, nos turnamos para vigilar. Mientras uno dormía, o lo intentaba, otro vigilaba unas tres horas, para que no fuera muy pesado. La idea era estar en la cocina media hora, bajar al garaje otra media hora, salir al jardín trasero y, con cuidado, situarse de tal manera que pudiéramos ver las dos calles que hay, la del contenedor de hace unas noches y la paralela que da a los jardines de otro grupo de edificios de la urbanización, estar media hora vigilando y, sobre todo, atentos a los sonidos para después volver a casa para finalizar la vigilancia en la terraza delantera. Con esto cubríamos la zona trasera, ambas zonas a la vez, la zona trasera más ampliamente y la zona delantera, en ese orden, con la ventaja de que, entre medias, tenemos acceso a las zonas opuestas a la vez.

En mi turno pocas cosas que reseñar, algunos golpes que vienen de casas colindantes pero, al estar fuera de nuestro jardín, no me preocuparon demasiado, de momento. El día que salgamos no vamos a pasar por esa calle, así que veremos cómo evoluciona el tema de los golpes, por si nos pudiera llegar a afectar en un futuro. Cuando he estado en el garaje me ha parecido oír el motor de una moto sierra arrancar y cortar, pero estaba lejos así que no he podido confirmarlo. Se lo comenté a Merche para que lo tuviera en cuenta en su turno. Al salir al jardín la noche estaba bastante tranquila, los golpes de las casas colindantes ya no se oían y el ambiente estaba relajado. Me situé detrás de unos matorrales, me tapé con una manta oscura y me puse a mirar las calles y a afinar bien el oído. Escuché algunos ladridos de perros, algún golpe lejano y poco más. Cuando me levanté para volver me pareció ver una sombra cruzar la calle, era bajita y parecía estar a cuatro patas. Se lo dije a Merche para que estuviera alerta pero al estar la verja, aún electrificada, tendría una defensa por delante. Desde la terraza oí algunos ruidos más, muy lejanos, que me parecieron disparos. Lo que me ha preocupado es que hemos tenido un corte de luz, que duró toda mi vigilancia y, en la oscuridad, me pareció volver a ver la misma sombra que vi detrás.

Cuando llegó el cambio de turno, mientras Merche se despejaba un poco, yo eché un vistazo a todo lo que nos dejó Juan. Aún teníamos algunos libros por leer. De uno de ellos, cuando pasé las hojas rápidamente, cayó al suelo una nota escrita a mano. “Cuando puedas, echa un vistazo a esta página, tienes el usuario y la contraseña más

abajo, te ayudara a enfrentarte con los infectados y comprender lo que les pasa”.
-¿Qué es eso? -me preguntó Merche saliendo del baño.
-Parece una nota de Juan, con una página con información sobre los infectados -respondí dejándola encima de la mesa al lado del ordenador-. Luego la miramos, hay que vigilar para que el plan del Mercadona vaya bien.
En el turno de Merche he tratado de dormir, pero no he podido. A Merche le ha pasado lo mismo, me ha dicho que ha dado algunas cabezadas pero que estaba intranquila, sobre todo la hora que he pasado fuera.
Cuando ella estuvo en la cocina no pasó absolutamente nada, salvo que la luz siguió cortada. Yo me eché en el sofá del salón y pude dormir unos veinte minutos. Cuando le tocaba bajar al garaje, la luz volvió de repente, como tratando de dar una sensación de seguridad por tener que salir a la calle. Como yo no podía dormir le dije que la acompañaba, por lo menos bajaría con ella y vería que entraba en el coche a vigilar, con las ventanas medio bajadas. Se me adelantó mientras yo dejaba a las perritas en casa, aseguraba las ventanas y cogía la escopeta. Yuko se me escapó y bajó como loca detrás de Merche.
-!Yuko¡ -se oyó, claramente, a Merche chillar y, cuando lo hace de esa manera, es que algo pasa.
Yuko es una gamberra y cuando sale, sobre todo al garaje, le gusta salir corriendo por la cuesta a coger una piedra, pero en esta situación es más preocupante. Bajé corriendo, pero con una pequeña sonrisa por ver que la pequeña sigue igual, a pesar de todo.
-Mierda, mierda ¡Borja! -oí chillar a Merche y, acto seguido, un ladrido, muy lejos de ser de Yuko. Era más profundo y enfermizo, como si le costara ladrar al perro que lo lanzó.
Aceleré el paso y, al salir al garaje, vi a Merche en una esquina, abrazada a Yuko, que estaba aterrada y trataba de revolverse para salir corriendo, enfrente de ellas lo que parecía un Pastor Alemán. Digo parecía porque tenía el cuerpo rarísimo, muy deformado y desarrollado, con agujeros por todo el cuerpo que, en lugar de dejar ver carne, tenían forma cavernosa y porosa, como si fuera una cueva volcánica llena de polvo y mierda.
-¡Eh! -reaccioné instintivamente para tratar de atraer su atención sobre mi y se olvidara de ellas-. ¡Ven aquí! -le lancé una pequeña piedra que había en el suelo.
El perro reaccionó como esperaba, pero ahora yo tenía que reaccionar. Apunté con la escopeta, apreté el gatillo, y nada.
-Mierda -maldije mientras comprobaba el arma. El seguro estaba puesto.

Atiné a soltarlo y, cuando fui a colocarme la escopeta para disparar, me encontré frente a frente con las fauces del animal, que había dado un salto increíble y se abalanzaba contra mí. Instintivamente puse la escopeta entre sus tremendos colmillos y mi cabeza. Mordió con tanta fuerza y su peso era tal, que caí de espaldas, con tan mala fortuna que fue sobre el hombro herido. Un tremendo calambre, producido por el dolor, recorrió mi espalda y mi cabeza. Estoy seguro de que estuve forcejeando por unos segundos de manera inconsciente, porque no recuerdo acabar en la postura que estábamos, el perro tenía entre sus fauces lo que parecían restos de la escopeta, que por momentos iba perdiendo cada vez más trozos con cada sacudida. Yo tenía una mano en el cuello del animal, tratando de alejar los dientes de mi cara, y la otra sujetaba la escopeta, como podía, dentro de la boca.
Mientras yo forcejeaba con el animal Merche se levantó y metió a Yuko en las escaleras de casa cerrando la puerta, cogió una de las cadenas de las motos y golpeó al animal en los cuartos traseros, éste tuvo un momento de sorpresa que aproveché para lanzarlo hacia un lado. Traté de incorporarme, pero el dolor era tan fuerte que no puede mantener el equilibrio, caí al suelo de nuevo y noté cómo el perro me lanzaba un bocado, acertando en la bota. Comenzó a tirar como un poseso, le metí una patada en la cabeza que hizo que me soltara, pero, cuando se recuperó, se lanzó sobre mí. Levanté las rodillas para parar la embestida y quedé atrapado de nuevo bajo el animal, con las piernas encogidas y las manos luchando con su cabeza para evitar un mordisco.
-¡¿Qué hago, qué hago?! -se preguntaba Merche, mirando a todos lados
-¡Coge la escopeta y clávasela! -fue lo único que se me ocurría, la había mordido tanto que estaba retorcida de manera que acababa en una punta redonda.
Merche cogió la escopeta y trato de clavársela al animal, que permanecía abrazado a mí, revolviéndose como un loco tratando de mordernos.
-Es imposible, tiene la piel muy dura -me gritó Merche.
-Espera -respondí.
Moví las piernas y, como pude me abracé al animal con ellas. Agarré con cada mano una fila de dientes y comencé a tirar tratando de abrirle la boca, manteniéndola abierta. Noté como mis manos comenzaban a sangrar por culpa de sus afiladísimos dientes. Conseguí abrirle la boca como unos veinte centímetros, mientras le trataba de inmovilizar con las piernas.
-Ahora, clávasela en la boca lo más fuerte que puedas -le grité a Merche con un último aliento, ya estaba empezando a agotarme seriamente.

Merche cogió un poco de carrerilla y cargó contra la boca del animal, clavándole la escopeta, casi hasta la culata. Comenzó a caerme sangre a borbotones sobre la cabeza, el perro se revolvió y cayó a un lado, unas cuantas convulsiones más y se quedó totalmente quieto.
Me incorporé como pude y noté que el estómago me dolía. Me miré y vi que tenía la camiseta destrozada; debajo asomaban unos hilillos de sangre.
-Joder, como siga así, me voy a quedar sin ropa -lo primero que me vino a la cabeza fue esa tontería.
Merche comenzó a reír y me contagió. Nos reímos un buen rato al lado del cuerpo del animal, mientras veíamos cómo Yuko rascaba la puerta como loca.
-Serás capulla -le dije a la perrita mientras me miraba con cara de tristeza, por las ganas que tenía de estar con nosotros.
Abrimos la puerta y se lanzó sobre mí, saltó hacia Merche. Nos empezó a dar vueltas como loca, contentísima por estar con nosotros.
-Me da que vamos a gastar la última grapadora estéril -le dije a Merche mientras hacia un movimiento leve con el hombro.
Ella comprobó la herida y, efectivamente, de diez grapas solo quedaban tres, la herida sangraba bastante. En el estómago tenía tres pequeños agujeros, hechos por las garras del animal, afortunadamente no eran muy profundos. En las manos tenía otra serie de agujerillos con pompas de sangre.
-Esperemos que esa vacuna funcione porque si no… -le dije a Merche.
-Seguro que sí, no te preocupes -me tranquilizó-. Seríamos uno de esos infectados hace tiempo si no funcionara.
Me ayudó a levantarme y subimos las escaleras, me recosté en el sillón. Me limpió la herida y la grapó de nuevo. Estaba tan agotado que me quedé dormido después de tomarme unos analgésicos y antibióticos. Tras cuatro horas me volví a despertar, ya era de noche.
-No te preocupes, no ha pasado nada, no ha habido ningún ruido -me informó Merche-. Parece que estamos solos y no se ha enterado nadie.
Respiré tranquilo, Merche estuvo vigilando mientras yo dormía y la situación era muy favorable. Decidimos no vigilar por la noche y descansar un rato, por la mañana miraríamos la página que nos decía Juan.
A las nueve de la mañana nos levantamos los dos, me di una ducha, sufriendo un poco los escozores de las heridas, y las volvimos a limpiar. Ambas habían dejado de sangrar.
-Cuando vayamos a la farmacia tenemos que buscar coagulantes o geles de esos que paran las hemorragias -le dije a Merche.
-Busca en internet cómo se llaman y así vamos más directos -me respondió.
Tras un rato de descanso, arranqué el ordenador y no funcionó, nos

fijamos en los pocos aparatos eléctricos que manteníamos enchufados, la luz estaba cortada de nuevo. Estuvimos así aproximadamente dos horas. Hoy sí que hemos desaparecido del mundo, no hemos vigilado, no hemos hecho ruido, no nos hemos asomado y, por supuesto, no hemos salido.

Cuando volvimos a tener corriente, entré en la web que me pasó Juan. Efectivamente pedía un usuario y una contraseña para entrar. Introduje las que me facilitó en la hoja que acompañaba a los libros.

Era otra recopilación de documentos e información sobre pruebas de virus, resultados, desarrollo y sujetos afectados. También había unos documentos con directivas de seguridad y puntos donde acudir en caso de contagio masivo; se aseguraba que en ellos se podría vivir aproximadamente cuatro años. Eran centros en plena montaña, defendidos militarmente y con suficiente espacio para unas doscientas personas cada uno. Teníamos uno en La Pedriza. Comenzamos a plantearnos la idea de tratar de ir a uno de ellos.

Esta noche trasladaré alguno de los documentos al blog. Ahora voy a descansar un poco más.

ENTRADA 27

Domingo, 2 de Octubre de 2011

Por fin tenemos electricidad de forma continua. Desde ayer por la tarde hasta hace unas pocas horas los cortes han sido continuos. Creo que hemos tenido, como mucho, treinta minutos de electricidad seguidos. Me ponía a escribir y perdía todo por un corte, así que lo deje hasta que se estabilizase un poco el tema.

Bueno, la noche ha sido curiosa. Hemos oído varios camiones llegar a la urbanización y muchísimo ajetreo en la zona del Mercadona; muchas voces y en el cielo se contemplaba un resplandor tremendo, como si hubieran encendido los focos de un campo de fútbol. De vez en cuando se oían gritos, seguidos de unos cuantos disparos, muy controlados, y después voces que parecían dar órdenes.

Tiene toda la pinta de que el ejército ha llegado, pero no sé si estar aliviado o no. Parece que están haciendo limpieza de la zona. A eso de las siete de la mañana ha pasado un humvee con cuatro soldados, uno de ellos iba hablando por un megáfono.

-Atención, todas aquellas personas que no estén infectadas deben presentarse antes de las diecisiete punto cero horas de hoy en el parque de la rotonda principal de esta urbanización –repetía constantemente–. Todos las personas deben ser trasladadas a los puntos seguros, puestas en cuarentena y chequeadas médicamente para poder estar seguras y a salvo de la epidemia.

Merche y yo decidimos no dar señales de vida. No parecía que fueran a ir casa a casa, pero sí que se veía cómo diversas patrullas tomaban posiciones en las esquinas para proteger a la gente que ya comenzaba a salir de sus hogares. La verdad es que me sorprendió que hubiera tanta gente “sana”.

-Si vamos a un Punto Seguro, me fío más de los de los laboratorios que de estos, que tiene toda la pinta de estar masificados –le comenté a Merche.

-Yo también lo prefiero –me respondió–. En esta situación, cuanta más gente más posibilidades de problemas.

Así que nos quedamos mirando y escuchando la evacuación.

-Atención, tangos aproximándose por el noroeste, siete objetivos, prepárense para contención –se oyó por una de las radios de uno de los soldados que teníamos enfrente.

Al poco tiempo se empezaron a escuchar disparos, algunos gritos muy fuertes y diversos golpes.

-Tangos controlados, solicitamos vehículo de evacuación sanitaria, cuatro bajas y tres heridos con prioridad alta.

Joder, siete infectados han matado a cuatro soldados armados y han

herido a otros tres.
El día fue transcurriendo y se dieron cinco enfrentamientos, solo pude enterarme de que los soldados habían sufrido dieciocho bajas más pero parecía todo controlado. Por delante de nuestra calle conté unas dieciocho personas civiles yendo con los soldados. A una pareja la detuvieron y la metieron en un humvee que salió a toda velocidad por la calle, mientras los pobres estaban totalmente acojonados.
-Atención centro biológico, dos sujetos supuestamente infectados están siendo llevados hacia allí –informó un soldado–. Nivel de contención; Alpha.
Me temo que nada bueno les espera a esos pobres. A las cuatro y media de la tarde se dio un aviso por megafonía diciendo que era la última oportunidad de poder acceder a un Punto Seguro y estar a salvo. Nosotros seguimos en casa sin hacer ruido. A las seis de la tarde los soldados se largaron y pasaron rápidamente por enfrente de nosotros. Un total de diez camiones, cinco humvees y un helicóptero pasaron a toda velocidad.
-Lo bueno de todo esto es que seguramente la zona estará bastante limpia –le comenté a Merche–. Quizá deberíamos adelantar lo del Mercadona antes de que los infectados vuelvan a la zona.
-La verdad es que sí –respondió Merche–, creo que mañana por la mañana deberíamos hacerlo.
-Decidido, mañana por la mañana iremos al Mercadona y a la farmacia y cogeremos lo que quede.
A las ocho de la tarde estaba todo totalmente tranquilo, no había ni un solo ruido en la calle. Merche se dedicó a descansar un poco y tratar de ver algo en la tele y yo me puse a leer los documentos que había en la página que me dio Juan.
En uno de ellos habían infectado a tres personas. El objetivo de la prueba era que un grupo de soldados debía contenerlos y eliminarlos. Tardaron cincuenta y seis horas en hacerlo. Eran doce soldados contra tres civiles infectados y tardaron una barbaridad en acabar con ellos; no solo eso, al final solo sobrevivieron cuatro soldados. Leer el informe es espeluznante. Algunas de las frases: “ 0 horas 05 minutos desde inicio de la misión, hemos sido desplegados en la zona Zulú sin ningún problema; 6 horas 45 minutos desde inicio de la misión, tenemos contacto con los tangos, han tratado de atacar a la primera unidad sin éxito; 12 horas 00 minutos desde inicio de la misión, no tenemos comunicación con la primera unidad, tenemos dos tangos hostigándonos constantemente, dos bajas y cuatro heridos; 21 horas 15 minutos desde inicio de la misión, nos han atacado frontalmente, hemos abierto fuego contra ellos, dos tangos muertos tras recibir múltiples disparos; 37 horas 00 minutos desde inicio de la misión, el último tango ha sido encontrado muerto con múltiples heridas de bala

rodeado de cinco miembros de la primera unidad muertos; 56 horas 00 minutos desde inicio de la misión, hemos encontrado a un solo superviviente de la primera unidad, solicitamos extracción de la zona Zulú". Un informe muy perturbador, sobre todo por los resultados que destacan después: "El virus potencia la resistencia al dolor e inhibe de la acción de las balas en el cuerpo humano que no entra en shock de muerte hasta que se siente colapsado por múltiples heridas, las cuales deben ser sobre puntos vitales. Por lo tanto se recomienda tomar por objetivos zonas criticas del cuerpo como cabeza, muslos, estómago o tratar de destruir las extremidades para diezmar la potencia de combate de los infectados".

Tremendo. Así unos cuantos informes en los que se llega a vaciar un cargador de dieciséis balas sobre un infectado y aun así tarda alrededor de veinte minutos en morir, siendo potencialmente peligroso en un sesenta por ciento.

También hay algunos informes sobre las reacciones en el cuerpo humano. Según parece, en algunos casos el desarrollo muscular es tal que se convierten en masas deformes y torpes, pero tremendamente fuertes. Otro de los casos son el desarrollo atrofiado de la piel, que se transforma en una masa porosa y cavernosa, bastante dura pero que al final se acaba cayendo a trozos hasta que provoca la muerte del sujeto, eso sí, es extremadamente peligroso. Hay múltiples deformaciones, mutaciones y reacciones a los virus, algunas parecen bastante peligrosas, otras simplemente aceleran la muerte del sujeto de manera horrible con múltiples hemorragias y sufrimiento increíble, algunos llegando a estallar, literalmente. Lo increíble es que no diferencian entre humanos y animales, todos son "sujetos".

Sobre los puntos seguros no tengo muy clara la información. Sé que tenemos uno muy cerca y que puede dar cobijo a unas doscientas personas, pero también tienen una serie de normas y de condiciones de acceso que tenemos que estudiar y tratar de comprender mejor. Habrá que leérselo varias veces.

Madre mía, que ya son las doce y cuarto y en breve nos espera el Mercadona, me voy a dormir y continúo mañana con los documentos, quiero estar descansado.

ENTRADA 28

Domingo, 2 de Octubre de 2011

Seguimos con vida, la verdad es que después de lo que hemos pasado hoy es algo que le resultaría sorprendente a cualquiera. Menos mal que ayer estuvo el ejército por aquí y, por lo que hemos visto hoy, ha hecho una tremenda limpieza, no creo que queden demasiados infectados en la zona. En el parque que hay al lado del Mercadona hay una enorme hoguera donde parece que han quemado varios cuerpos.

En fin, a las siete estábamos preparados para salir, volvimos a vestirnos de negro con la cara pintada, nos armamos, Merche con la pistola y yo cogí un cuchillo de cocina. La calle estaba totalmente desierta y se notaba una tremenda tranquilidad en el ambiente.

Arrancamos el coche para poder llegar a la calle principal, fuimos con mucho cuidado y tratando de controlar los acelerones para no meter demasiado ruido. Cuando llegamos al final de la calle, en dirección contraria por cierto, vimos el primer lugar de combates. Los pocos árboles que había estaban destrozados por los disparos y, seguramente, por el impacto de alguna granada. Se podían ver múltiples charcos de sangre reseca en el suelo, cantidad de casquillos y cargadores vacíos, así como palos, palas, estacas y todo tipo de arma contundente casera que uno se pueda imaginar. De uno de los charcos más grandes arrancaban las huellas de un camión en dirección al Mercadona. Por el cúmulo de mierda, de jirones e incluso trozos de carne, que las urracas y cuervos comían, tenía toda la pinta de que allí habían montado los cuerpos muertos para bajarlos al parque.

Cuando dejamos atrás ese primer punto, apagamos el coche y lo dejamos caer por la cuesta. Ambos nos agachamos dentro para evitar ser vistos. Yo conducía asomándome de vez en cuando para ver que seguíamos bajando recto y no había nada por delante. Al llegar al Mercadona empecé a frenar poco a poco, el coche estaba apagado así que las luces no se encendían, teníamos que hacer un giro de noventa grados y no quería que tuviéramos problemas por la velocidad, aunque suponía tener que arrancar el coche para poder enfilar el garaje del supermercado, así que cuando llegamos a su altura paramos totalmente y nos quedamos un rato a la espera, escuchando, mirando y vigilando las calles. Tras veinte minutos arranqué el coche y tomé rápidamente la cuesta del garaje; ésta tiene dos tramos, uno en subida y después la bajada al subterráneo así que en cuanto sorteamos la cuesta en contra volví a apagar el coche y dejarlo caer. Entramos directamente al garaje y por la inercia conseguimos llegar hasta la puerta de entrada al super. Me bajé del coche y Merche tomó el volante, unos pocos empujones y dejamos el coche metido en la

entrada, enfilando la salida, con el maletero abierto para poder entrar de un salto.
El sótano del Mercadona consta de un almacén, el cual estaba cerrado a cal y canto, dos baños, los ascensores y las escaleras. Dejamos delante de la puerta del almacén todos los carros que encontramos para poner difícil salir de él en caso de que alguien se hubiera metido dentro. En total unos dieciséis carros, menos uno que nos dejamos para cargar todo lo que pudiéramos. Sorprendentemente el ascensor funcionaba, así que decimos usarlo. Yo subí por las escaleras con la pistola y Merche esperaría a que la avisara para subir. Cuando llegué arriba el supermercado estaba oscuro, las cajas y carros estaba destrozados y tirados por todos lados, había mucho material desperdigado por el suelo. Avisé a Merche. Al poco apareció el ascensor y ella con el carro. Bloqueamos el ascensor con un trozo de plástico de una caja evitando así que se cerrase.
Nos metimos en el supermercado por la caja que hay enfrente de los ascensores, fuimos retirando poco a poco las cosas que nos bloqueaban y nos dirigimos al final de los pasillos. Allí es donde estaban las latas de caducidad alta. Según íbamos pasando estantes y pasillos, mirábamos por si hubiera algo que nos valiera y que no estuviese pisado o abierto. De aquí y allí cogimos algunas cosas en fecha o que llevaran pocos días caducadas; unos bollos, algo de pan, galletas, mermelada, pastas, sopas, conseguimos algo de jamón y queso, patés. Cogimos cantidades normales, nada de llenar el carro a lo loco. Si teníamos que correr lo íbamos a intentar con el carro. Por fin llegamos al final del pasillo, es curioso que la gente no cuente con las latas de caducidad alta en estos casos, siempre tiran por lo fresco o productos que conocen. Es cierto que las latas no tienen un sabor tremendo, pero ayudan y mucho. Pudimos hacernos con dos cajas completas de albóndigas, unas veinte latas, una caja de lentejas con diez latas, cuatro latas de raviolis, siete de cocido y algunas de judías. Recordamos que el chocolate estaba al lado de las latas y no pudimos evitar coger unas cuantas tabletas. Pasamos hacia el pasillo de la leche para coger un par de bolsas de leche en polvo, aprovechamos y también nos hicimos con cuatro garrafas de agua.
-¿Qué más tenemos o debemos coger? –pregunté.
-No sé, está muy tranquilo, si quieres nos separamos y miramos rápidamente qué nos puede faltar de los pasillos de al lado –respondió Merche.
-Muy bien, pero con cuidado, llévate la pistola y grita si necesitas algo –le dije, mientras dejábamos el carro “aparcado”.
Merche se fue hacia el pasillo de droguería, imagino que para coger vendas, tiritas, alcohol y cosas de higiene que pudiéramos necesitar. Yo me dirigí al pasillo de la comida para animales, las perritas se

merecían algo rico para ellas.
-¡Wuoooo, jajajaja, una presa! –oí de repente en la entrada–. Es mía, es mía.
-¡No, no, es para mí, a ésta la mato yo! –respondió otra voz. Los chillidos se introdujeron en el supermercado y, lamentablemente, en dirección a Merche.
-¡Borja! –gritó Merche, antes de que la placaran.
Se oyó cómo ella y uno de sus perseguidores se golpeaban contra una de las estanterías. Corrieron tan rápido que no le dio tiempo a reaccionar y dispararles.
-¡Ayuda! –gritó Merche desesperada.
-Jaja, nos vamos a divertir –decía animado uno de los infectados.
Me dirigí corriendo silenciosamente hacia ellos, estaban tan enajenados y centrados en Merche que no se habían percatado de mi presencia, saqué el cuchillo y cargué contra el que se mantuvo de pie enfrente de ellos. Le introduje el cuchillo en el costado, por la espalda, con toda la fuerza que pude lo empujé hacia arriba hasta que volvió a salir a la altura del cuello. La sorpresa invadió al que tenia a Merche contra el suelo, le había dado un par de puñetazos en el estómago y ella se retorcía de dolor.
-Hijo puta –chilló, mientras se abalanzaba sobre mí.
Fui a preparar el cuchillo para defenderme pero se me resbaló de las manos por culpa de la cantidad de sangre que tenía encima.
-Mierda, mierda –solté, mientras me placaba el infectado.
Comenzamos a golpearnos mutuamente. Él tenía bastante más fuerza que yo y me estaba agotando cada vez más. Cuando ya lo veía todo perdido y comenzaba a notar que me quedaba poca energía, noté cómo el infectado caía sobre mí de un plumazo. Cuando lo aparté, vi el cuchillo clavado en su cabeza y a Merche detrás de él.
-¿Estás bien? –me preguntó.
-Uf, sí –respondí–. Algo magullado pero bien. ¿Y tú?
-Estoy bien -respondió, mientras me ayudaba a levantarme.
Nos levantamos y nos fuimos a por el carro.
-¿Lo dejamos ya, no? –le pregunté a Merche.
-Por supuesto –me respondió.
-Vamos a la farmacia, de eso no podemos olvidarnos –le dije-. ¿Te sientes con fuerzas?
-No, pero no pienso salir de casa en unos días –me respondió.
Bajamos todo al coche, lo cargamos y salimos del Mercadona. El garaje seguía despejado, afortunadamente, no sé cómo afrontaríamos otro ataque. Bajamos con el coche arrancado hasta la farmacia, estaba cerrada.
-¿Destrozamos el cristal o vamos al ambulatorio? –dudamos los dos a la vez.

Tras un momento de duda, decidimos tratar de entrar, me fui a la parte de atrás en busca de piedras o algo contundente. Avancé por el pasillo y me encontré con el cuerpo sin vida de un soldado tirado entre unos arbustos, parecía que los dos infectados lo habían arrastrado hasta allí, no tenía otra explicación, el ejército no podría haberlo dejado allí. Me acerqué a verle y me encontré con que tenía un G36 colgado del hombro, los infectados no lo habían cogido. Parecía que la suerte nos daba un poco la cara, un fusil de asalto es algo que no se tiene todos los días. Me hice también con una navaja, tres cargadores y una radio. Cuando me disponía a volver oí un golpe tremendo y cristales rotos, corrí hasta la farmacia y vi que Merche había tirado contra el cristal un extintor.

-Menos mal que los cristales son una mierda –me dijo con una sonrisa en la boca.

-Mira lo que he encontrado –le respondí, mientras le enseñaba el fusil –. Creo que nos ha tocado un poco de suerte después de lo del Mercadona.

Ambos nos sonreímos y nos metimos en la farmacia, yo cogí todas las cajas de insulina que pude encontrar, dando igual la marca, me hice también con unas cuantas cajas de antibióticos y analgésicos. Merche apareció con una bolsa con sus medicinas y con bastante material para curar heridas.

-Yo creo que ya tenemos más que suficiente –me dijo.

-Sí, además tengo ganas de volver, quiero sentirme seguro y aquí no lo estoy en absoluto –respondí mientras me dirigía hacia la puerta.

-¡Malditos cabrones! –nos chilló una voz desde la calle–. Habéis matado a mis compañeros.

-Joder, había uno más –le dije a Merche.

-Pues ya puedes estrenar el cacharro ese –me respondió, señalando al G36 que tenía colgado del hombro.

Me coloqué detrás del mostrador y apunté hacia el agujero del cristal. En poco tiempo un cuerpo asomó y comenzó a chillar como un loco. Por acto reflejo apreté el gatillo y salieron tres balas del rifle, dos de ellas le impactaron en el pecho, lanzándolo hacia atrás, y otra rompió el cristal que quedaba.

-¡Mierda, coño, cómo duele! –maldijo desde fuera.

Me lancé rápidamente hacia el cristal, recordando los resultados de pruebas que habíamos leído hace poco. Un infectado podría levantarse tan tranquilo después de recibir esos impactos. Cuando llegué al cristal, el tío estaba tratando de levantarse pero volviendo a caerse, parecía que una bala le había atravesado y le había alcanzado en la columna. Me acerqué a él.

-Maldito hijo de puta, te mataré, te descuartizaré –me gritaba, poseído y con los ojos inyectados en sangre.

Le puse el fusil en la boca y disparé. La cabeza le saltó en miles de pedazos y cayó redondo en un charco de sangre. Por un momento me quedé alucinado de lo que acababa de hacer, pero después de tener que vivirlo varias veces la cosa estaba clara, o ellos o nosotros.

-Vámonos de aquí –me ordenó Merche, mientras me agarraba del brazo.

Llegamos a casa y nos tiramos en el sofá con todas las cosas alrededor. Luego lo colocaríamos, estábamos totalmente agotados y doloridos. Me he despertado hace poco, Merche sigue durmiendo y yo he aprovechado para escribir esto. La verdad, es duro matar gente, pero está claro que, cuando nos vemos en problemas, no dudamos en hacerlo. Lo único que pienso “ellos no nos habrían dado ninguna oportunidad”.

ENTRADA 29

Martes, 4 de Octubre de 2011

Me acabo de levantar. Después de la experiencia de ayer, desde que llegamos a casa, nos hemos pasado el tiempo tirados en la cama, recuperándonos de los diversos golpes que hemos sufrido. Afortunadamente ninguno tiene una herida de gravedad y mi hombro ha aguantado bien.

Para lo único que nos hemos levantado ha sido para organizar un poco todo lo que hemos traído y racionar un poco lo que nos queda de comida.

He estado dándole vueltas, ayer matamos a personas. Es cierto que hace unos días matamos a la vecina y a un perro pero ambos estaban muy deformados y lejos de parecer lo que fueron originalmente. Los tres que cayeron ayer eran como nosotros, no tenían nada híper-desarrollado, no gemían ni soltaban ruidos extraños, ellos hablaban normalmente, se movían normalmente, si no fuera por su manera de actuar, podría decir que eran personas normales y no infectadas. Si es que realmente estaban infectados.

Esta duda me invade, ¿realmente estaban infectados? cómo saberlo, quizás nos enfrentamos a unos desgraciados que aprovechaban el caos para hacer lo que quisieran y cometer asesinatos y robos. No sé, trato de no pensar en ello, pero no puedo evitarlo. ¿Habría mucha diferencia en matar a un infectado, que está bajo los efectos de un virus que le obliga a actuar así, o matar a un tío que es violento porque sí y no dudaría en hacernos daño? Me escudo en eso, si no hubieran muerto ellos, a saber lo que habría pasado con nosotros. Seguramente seríamos los cadáveres.

También le estamos dando vueltas a la idea de irnos al Punto Seguro del laboratorio, en La Pedriza. Tenemos que decidirlo lo antes posible porque estamos en Octubre, las noches ya son frías y no sabemos lo que podemos encontrarnos ni cuánto podemos llegar a tardar. Además, ayer no nos pasamos por casa de la hermana de Merche; quisimos hacerlo todo tan rápido y centrarnos en el Mercadona, aprovechando el follón que montaron los soldados, que nos olvidamos totalmente de pasar por allí. Queremos tratar de contactar con ellos para saber si están bien y si se vendrían con nosotros. Hoy por fin he tenido mail de mis padres, parece que están bien y encerrados en casa. Deberíamos ir a por ellos para llevarlos con nosotros, igual que con la madre de Merche. Su casa está de camino, así que pararemos a recogerla. Merche ha tratado de llamarla por teléfono, tanto móvil como fijo pero, como hasta hoy, los teléfonos tienen mucho ruido y somos incapaces de saber si dan señal, si lo coge alguien o si ni

siquiera funcionan. Al final ha mandado más mails a su familia, esperando que alguien acabe respondiendo.
Esta noche ha vuelto a pasar un helicóptero por la zona, me imagino que será el del ejército que pasó hace un par de días, pero ni me he molestado en asomarme a verlo. La calle está totalmente tranquila, no hemos vuelto a oír ningún ruido ni grito. ¿Sería más seguro quedarse aquí y sobrevivir solos? Quizás, pero tal y como vimos el Mercadona, poco más vamos a poder coger, así que los víveres son limitados. La luz sigue teniendo cortes y cada vez parecen más largos. El agua de momento sigue saliendo, pero a veces hace raros como si hubiera tenido un corte y las tuberías se hubieran llenado de aire.
Hemos pensado en salir esta noche de “paseo” para dar una vuelta a la urbanización, ver si realmente estamos solos y está todo despejado y tranquilo. La sensación que tenemos es buena pero no queremos relajarnos. Iremos a casa de la hermana de Merche y comprobaremos la calle de la estación para saber si está despejada. El mayor temor que tenemos a decidirnos por abandonar la urbanización es encontrarnos con muchos obstáculos en la carretera.
Tenemos preparadas varias cosas; una tienda de campaña, los sacos, material de camping, dos botiquines, un par de linternas, comida que hemos separado para este caso, las armas, un par de bolsos para llevar a las perras en caso de tener que correr, para poder llevar los brazos libres, y algunas cosas más. Esta noche tenemos que tener decidido si nos vamos o no. Por dónde vamos a pasar y por dónde no.

ENTRADA 30

Jueves, 6 de Octubre de 2011

La luz cada vez está peor, por las noches apenas hay corriente y a lo largo del día los cortes son aleatorios. He decidido escribir las entradas en un Word y en cuanto vea la posibilidad de tener conexión a Internet copiar y pegar directamente.

Hoy decidimos ir a buscar a la hermana de Merche. Estuvimos descansando por la noche y por la mañana estuvimos en la calle de enfrente de casa vigilando. Estuvimos atentos a los ruidos, fuimos comprobando puertas de bloques, observando los pisos y chequeando lo que podíamos de las parcelas de chalets, sobre todo los que tenían las ventanas abiertas, rotas o las persianas subidas. Así toda la mañana. No hemos encontrado ni oído nada de mención. Parece que estamos totalmente solos, por lo menos en los edificios que tenemos cerca, pero nos estamos tratando de mentalizar. La calma puede ser engañosa, no tenemos que dejar de estar alerta.

Se ha vuelto a oír un helicóptero y creemos que han pasado dos trenes, uno en dirección Madrid y otro en dirección Ávila. Estamos pensando en acercarnos a las vías y comprobar estos trenes. Tendríamos que salir a una calle principal con chalets a cada lado, sería un punto de seguridad porque hay bastante espacio en la calle y las vallas suelen ser altas, pero lo que me preocupa es que en el noventa por ciento de los chalets hay, o por lo menos antes de todo esto, uno o dos perros. Teniendo en cuenta lo que vivimos hace unos días, podría producirse una situación realmente peligrosa.

Es una tontería, pero hemos vuelto a escuchar cantar a los pájaros. Es curiosa la sensación de seguridad que trasmiten. Oírles cantar tranquilamente en los árboles y verles volar cuando nos acercamos fue algo de lo que no te das cuenta que falta hasta que lo vuelves a vivir. También vimos un par de gatos. La verdad que cuando saltaron de unos contenedores nos quedamos helados y estuvimos a punto de abrir fuego pero al ver que huyeron al vernos ha resultado muy relajante. La sensación de normalidad que estábamos viviendo estos días era increíble. Si no fuera por lo “muerta” que está la calle, podríamos decir que estábamos viviendo una llegada del otoño normal.

Mi herida del hombro está comenzando a cicatrizar bien. La pasta coagulante que cogió Merche de la farmacia, las limpiezas con suero y yodo que le hacemos sumadas a que no hemos tenido sobresaltos graves en dos días han hecho que las grapas actúen bien. Las heridas del estómago y de las manos casi han desaparecido. Merche se encuentra mucho mejor, la paliza que recibió no fue muy grave y las

magulladuras están desapareciendo rápidamente.
Menos mal que esto no está teniendo un ritmo frenético. Podemos descansar y tener estos momentos de tranquilidad. Si llegamos a traernos a las perras esto podría haber sido un paseo de domingo como los de antes. De hecho, nos planteamos salir con ellas un día de estos.
Después de comer, llegó el momento, fuimos a comprobar cómo están la hermana de Merche y su marido. La idea era ir más allá de la manzana que forma nuestra parcela de bloques, andando. Preparamos la pistola y el G36, llevábamos un cuchillo de cocina y un martillo, usaríamos las armas de cuerpo a cuerpo antes que las de fuego, no queríamos que la calma se acabase por meter más ruido del necesario. Nos moveríamos por los jardines hasta donde pudiéramos, pegados a los edificios. Tendríamos que tener cuidado porque no sabemos la situación de los demás bloques. Trataremos de entrar por la puerta trasera de su edificio, la que da a sus jardines. Con suerte estaría abierta y no tendríamos que ir por una calle principal ni pasar al lado del Mercadona.
Salimos de casa por la puerta del jardín. Comenzamos haciendo el mismo movimiento que el día que colocamos la batería en la valla, que por cierto, no hemos tocado y no sabemos cómo está. Nos pegamos a los edificios y fuimos avanzando, esta vez con algo más de rapidez. Confiábamos en que de verdad no hubiese mucha gente. Cuando llegamos a la valla nos quedamos perplejos, había una docena de pájaros muertos a los pies y un gato mutado. Tenía el cuerpo muy parecido al perro de hace unos días y las garras le habían crecido tanto que las llevaba desplegadas y debía de andar sobre ellas. Lo curioso es que no imponía tanto, al ser más pequeño el desarrollo había sido menor, no creo que llegase a doblar su tamaño normal. Estaba cerca de una zona de la valla bastante machacada. Era como si antes de morir hubiera estado mordiendo y golpeándo una y otra vez, sin importarle las descargas, hasta que se quedó enganchado y la descarga fue continua.
-Voy a comprobar si hay corriente -le dije a Merche, mientras me acercaba a la zona donde habíamos pillado las pinzas-. Está seca -le comenté mientras chocaba los polos de las pinzas uno con otro sin obtener reacción alguna.
-Con todo lo que hay aquí, no me extraña -me comentó mirando a los pájaros y al gato muerto.
Recogí las pinzas y me acerqué corriendo al garaje para dejarlas en un sitio a mano, si las necesitábamos mejor cerca que lejos. Cuando volví vi a Merche agazapada y haciéndome señales de que fuera tranquilo y en silencio.
-¿Qué pasa? -le pregunté mientras me agachaba a su lado.

-Mira -me dijo, señalándome al fondo de la calle.
Lo que vi fue un rebaño, sí, un rebaño de ovejas andando, corriendo, en el césped delantero de las casas, pastando.
-¿Ovejas? -pregunté alucinado-. ¿Qué hacen aquí?
La respuesta era evidente, estábamos rodeados de campo y seguramente se habrían escapado de alguna granja o de algún pasto. Quizás alguien las había alterado y habían acabado aquí.
-Chist. -Merche me pidió que guardara silencio-. No son las ovejas lo que me ha llamado la atención -continuó mientras me señalaba a uno de los garajes-. Mira.
Me fijé en el punto que me señaló Merche, la verdad es que describirlo se iba a quedar corto y no trasmitiría lo que vivimos en ese momento, pero lo intentaré. Estábamos a plena luz del día. Los garajes cerrados son oscuros pero reciben una luz tenue natural, sobre todo si las puertas están abiertas. En el garaje se comenzaron a ver pares de lucecillas, o eso parecía. Rojizas, amarillas, incluso había algunas verdosas. En total conté cinco pares de luces. Se comenzó a oír un ligero gruñido que fue en aumento y con el eco de los edificios parecía como una segadora que se iba acercando. En poco tiempo el eco fue bastante desagradable y los gruñidos se multiplicaron. Las ovejas comenzaron a estar nerviosas, algunas salieron corriendo en varias direcciones. Un grupo de ellas vino hacia nosotros y, cuando nos sintieron, se quedaron paralizadas y acorraladas, sentían peligro en las direcciones por las que podían huir. En cuestión de segundos asistimos a una caza salvaje en toda regla, como las de los documentales de la televisión. Del garaje salieron como balas cinco perros enormes; un par de pastores alemanes, un Pitbul, un Rottweiler y lo que parecía un chucho, y volvemos a lo mismo, parecía porque era una masa caótica de músculo híper-desarrollado, agujeros con forma de cavernas y piel bastante desagradable. Los cuatro perros que pudimos distinguir no tenían apenas pelo y su desarrollo no era tan exagerado como éste último, que tenía toda la pinta de ser el dominante. Según iban corriendo a por las ovejas éste iba lanzando ladridos, o algo parecido, a los demás perros. Les tiraba bocados si le adelantaban. Llegó a coger a uno de los Pastores por el cuello en plena carrera y le arrancó la cabeza de cuajo, por el mero hecho de ponerse a su lado. Al llegar al primer grupo de ovejas, solo dos de ellos se centraron en él. Comenzaron a perseguirlas, a matarlas anárquicamente. No era una caza normal, donde eligen al más débil y lo matan para comer, estaban matando a todas las que podían pillar. El perro dominante continuó corriendo seguido del Pitbul. Se acercaron a un pequeño grupo de ovejas y el primero las envistió como si de un tráiler se tratara. Comenzaron a saltar trozos de oveja por todos lados. Pudimos ver cómo iba dando zarpazos a todo lo que tenía cerca, desgarrando y

cortando todo lo que se ponía a tiro. Cuando pasó el pequeño grupo, continuó corriendo hacia el grupo que teníamos al lado. Nos acurrucamos más y flipamos con la visión. El perro dio un salto tremendo y cayó en el centro del grupo comenzando su festín. Llevaba tal frenesí que sin darse cuenta, y sin que le importara demasiado, rajó a su compañero de arriba abajo dejando caer todos sus intestinos sobre el asfalto. En pocos segundos acabó con todo el grupo. Se quedó un momento inmóvil mirando hacia nosotros, nos ocultamos y comenzamos a prepararnos por si acaso.

-Joder, joder -dije acojonado-. No vamos a tener un puto respiro.

Pero no pasó nada, el perro cogió un par de ovejas, o lo quedaba de ellas, y se marchó. Los dos perros que quedaban cogieron sendas ovejas y le siguieron en dirección opuesta a nosotros. Subieron una de las calles y se alejaron.

-Espero que se vayan bien lejos -dijo Merche.

-Yo también -contesté aliviado-. ¿Vamos?

-Yo creo que sí -confirmó Merche después de asomarse.

Salimos por la puerta del jardín y corrimos en línea recta hacia el siguiente jardín, dejando a nuestra derecha la zona de caza. El espectáculo era dantesco, la calle había cambiado de color y había trozos de oveja por todos lados. Por un momento nos pareció oír los ladridos de los perros, pero eran lejanos y enseguida se apagaron.

Espero que realmente sea lejos.

Llegamos al siguiente jardín. Éste, a diferencia del nuestro, no estaba cerrado con verjas y era bastante más grande. Significaba que había bastantes más bloques juntos. Hicimos el mismo proceso, nos pegamos a los edificios y andamos rápidamente. Cuando llegábamos a las esquinas de los edificios nos parábamos un momento y mirábamos a todas las ventanas que teníamos a la vista. Hasta ese momento no había ninguna señal de vida.

-Nos quedan tres edificios antes de llegar a la callejuela que da al jardín trasero de la casa de tu hermana -le comenté a Merche.

-Vale, sigamos -me dijo, la noté nerviosa.

Pasamos el primer edificio, llegamos al segundo y nos paramos de nuevo, sentí cómo Merche me tiraba de la camiseta.

-Mira -me señaló una ventana-. Ese tío nos está mirando.

-¿Dónde? -pregunté-. Joder -no me hizo falta que me lo dijera, en el edificio de enfrente había un hombre, de unos cuarenta años, que tenía los ojos clavados en nosotros.

No supimos qué hacer, cuando fuimos a reaccionar incorporándonos, decididos a acelerar el paso y perdernos hacia nuestro objetivo, el hombre reaccionó y, con cara de terror, cerró las cortinas y bajó la persiana en un segundo. Nos quedamos atónitos.

-Ese tío no es un infectado -me atreví a afirmar, mientras no salía de

mi asombro.
-Si nosotros le damos miedo, no lo creo -me dijo Merche mientras sonreía.
-¿Me estás diciendo que yo no doy miedo? -le respondí mientras cogía el g36 y ponía cara de “Rambo”. Comenzamos a reírnos, menos mal que no hemos perdido el humor-. Vamos a casa de tu hermana, ya nos preocuparemos de él en otro momento.
Continuamos, no sin echar algunas miradas hacia atrás. No teníamos ganas de que nos sorprendiera, estuviera infectado o no. En poco llegamos a la entrada del jardín. Ayudé a Merche a saltar la verja, le pasé todos los trastos que llevábamos y salté yo.
-Vamos a darnos prisa -me dijo Merche-, estamos perdiendo mucho tiempo y la noche se nos va a echar encima.
Asentí y comenzamos a avanzar pegados a los edificios. Tenemos tres edificios por delante, es poco camino, afortunadamente, pero hay que hacerlo rápido y con cuidado.
Al pasar el primer edificio nos dimos de bruces con una escena desalentadora. Vimos a un hombre y una mujer que se habían colgado desde una ventana. Habían preparado dos cuerdas, las habían atado juntas y se arrojaron de la mano tres pisos abajo quedando colgados a la altura de la ventana del primer piso. Mucha gente se debía de estar rindiendo. No comprendían lo que pasaba, estando en esos edificios habían vivido de cerca muchas cosas que nosotros solo llegamos a oír, seguramente habrían visto otras tantas que les hicieron perder la esperanza muy pronto y decidieron acabar juntos y por sus propios medios con su vida, no en manos de unos psicópatas asesinos y sanguinarios.
Dejamos los cuerpos atrás y continuamos avanzando, esta vez más rápido. No pude evitar mirar alrededor, a lo largo del jardín. Lamentablemente la historia se repetía varias veces; unos colgados, otros simplemente se habían arrojado contra el suelo, algunos se deberían haber retorcido de dolor y muerto lentamente ante el golpe. Por fin llegamos a la puerta del edificio, estaba abierta totalmente.
-Bueno, vamos para allá -nos dijimos, tratando de infundirnos un poco de ánimo.
Nos metimos los dos en el edificio, el olor era tremendamente fuerte. Subimos el primer tramo de escaleras y llegamos al descansillo del portal. Las puertas de las casas estaban abiertas pero no parecía que hubiera nadie, decidimos cerrarlas por si acaso. Subimos al siguiente piso, según fuimos avanzando empezamos a ver que las escaleras cambiaban de color, los escalones tenían cada vez más sangre y al llegar al descansillo del segundo piso vimos el origen. Había tres cuerpos acribillados, rodeados de casquillos, sobre enormes charcos de sangre. Eran los vecinos de ese piso. Los soldados los habían ejecutado

allí mismo. Uno de ellos estaba atado a la barandilla, a sus pies había una mujer y en la puerta del piso cercano a las escaleras había otro cuerpo. Estaba claro que el hombre fue un infectado y los soldados quisieron contenerle atándole y ejecutándole. La mujer debió intentar evitarlo y se la llevaron por delante. El cuerpo de la casa no pudimos deducir el porqué, quizás trato de atacar a los soldados, quizás decidieron ejecutarle también, "por si acaso". Mejor no pensarlo.
Nos repusimos y continuamos avanzando hacia el tercer piso. La puerta de la casa de la hermana de Merche estaba cerrada, no así la de enfrente, de la que salía un olor asqueroso.
Volvimos a cerrar la puerta, pasábamos de aventurarnos en otro peligro.
-No puedo abrir la puerta -me dijo mientras trataba de meter la llave en el bombín-, es como si hubieran roto la llave dentro para evitar que se abriera.
-¿Has llamado? -pregunté, mientras miraba hacia la calle desde la ventana de las escaleras.
-Sí, el timbre no funciona y he dado varios golpes -respondió, y se quedó en silencio, pensativa, mientras miraba la pared.
-¿Qué pasa? -volví a preguntar.
-Mira -respondió, mientras me señalaba una zona de la pared.
Escrito en la pared con una navaja pudimos leer "Moral AG 239", estaba claro, ambos se habían ido a casa de la madre de Merche. Por lo menos lo habrían intentado, hace unos días.
-Cuando lleguemos a casa, si hay internet, mándales varios mails a todos para que te confirmen si están allí o no. - Le dije a Merche.
-Sí, vámonos rápido a casa y lo hago lo antes posible, también voy a intentar llamarles.
Bajamos las escaleras y salimos al jardín. Cuando fuimos a pasar las puertas de la verja oímos un golpe tremendo pero muy seco. Nos dimos la vuelta y vimos cómo una persona se arrojaba desde su ventana en un tercer piso. Al caer vimos que había otro cuerpo a su lado, comenzó a retorcerse de dolor y a chillar. Un ladrido profundo se oyó en la esquina, seguido de otros dos, no pudimos evitar salir corriendo.
Cuando llegamos a casa nos cerramos a cal y canto, nos tiramos en el sillón y tratamos de descansar un poco. Merche cogió el ordenador y mandó varios mails. Cuando acabó cogió su teléfono móvil y trato de llamar a su hermana.
-¿Sí?… che… com… …as… Mer… -era todo lo que pudo oír antes de que se cortara.
Unas lágrimas salieron de sus ojos.
-Era mi hermana, estoy segura, yo creo que sí han llegado a casa -dijo llorando.

Estuvo un rato así, el alivio de saber que seguían vivos la hizo sentir tal alegría que no pudo contenerse. Cenamos y nos fuimos a dormir.
Esta mañana he estado preparando todo para salir. Tengo que contactar con mis padres, la última vez que hablé con ellos no tenían muchas intenciones de moverse de casa y de mi hermana no se sabía nada. Vive en Tarragona y no respondió al mail que le mandé.
Llevo toda la tarde repasando mentalmente todo lo sucedido, estoy muy cansado, estamos muy cansados. Tenemos que hacer algo con los tres perros que hay por fuera, no sabemos si se acercarán aquí o no pero parece que tienen su campo de caza en la zona. Además, he visto pasar unas vacas por delante de casa. Después de las ovejas no me ha extrañado, pero una de ellas tenía una herida tremenda en la pata trasera.
Si hay caza, hay cazadores. Si hay cazadores, hay peligro.

ENTRADA 31

Viernes, 7 de Octubre de 2011

Me he despertado porque me ha parecido oír ladridos, gruñidos e incluso pisadas en el garaje. Los perros que hemos visto me han dejado un poco paranoico y bastante preocupado. Seguramente habrá restos del perro que matamos hace días en el garaje y los habrán olido. No me gusta nada la idea de tener que enfrentarnos de nuevo a ese tipo de perro y menos si son tres.

Cuando me he acercado a la ventana a escuchar y tratar de ver algo, la calle estaba desierta y los ruidos no se oían. Quizás los he soñado, pero hay que ser cauto y pensar siempre en la peor opción.

Estoy pensando en tratar de tenderles una trampa y matarlos a distancia con el G36. Estoy seguro que a dos de ellos los mataremos sin problemas pero al otro, después de sentir esa asquerosa piel, de tratar de clavarle algo y no poder, no sé si también resistirá las balas.

Me he acordado de los informes que bajé de la web que me pasó Juan y he buscado algo parecido, pero no hablan de esa mutación en los animales. Quizás sea algo nuevo, quizás el virus se ha adaptado o evolucionado de esa manera.

Lo que está claro es que ya no hay “humanos” infectados en los alrededores y si los hay, seguramente sean presa de estos animales, al igual que nosotros. Qué coño, al igual que todo bicho viviente.

Y hablando de humanos, me he acordado del hombre que hemos visto, parecía totalmente “sano”. Si estuviera infectado no sería normal que se hubiera asustado y escondido. Si solucionamos los problemas con los perros, puede que tratemos de contactar con él.

Sobre movernos, lo hemos estado hablando y cada vez toma más forma hacerlo. Creemos que si conseguimos llegar a casa de la madre de Merche, podemos estar cerca de La Pedriza y si nos cae encima el frío, podemos estar a resguardo. La verdad es que puede ser algo bastante peligroso, pero debemos hacerlo antes de quedarnos aquí atrapados. En un principio vamos a ir en coche, con la gasolina que tengamos. Iremos a la gasolinera de la salida de la urbanización y veremos la posibilidad de rellenar el depósito y algunas garrafas. Después iremos por carreteras hasta nuestro destino, evitaremos en lo posible pasar por zonas habitadas, aunque hay un par de lugares que no podemos rodear, la carretera pasa por allí.

En fin, llevo un par de horas despierto y no he vuelto a oír nada. Voy a volver a la cama, mañana trazaremos un plan para solucionar el problema de los perros.

ENTRADA 32

Domingo, 9 de Octubre de 2011

Acabamos de levantarnos ahora mismo. Me he puesto a escribir lo que ha pasado estos dos días, a la espera de tener corriente de nuevo. Los cortes son cada vez más largos y no siguen un horario concreto.

Lo que ha pasado estos días ha sido tremendo. Ya hemos decidido irnos de aquí, aún tenemos unos días antes de que las noches sean realmente frías y nuestro objetivo es la casa de la madre de Merche. Está a unos veinte kilómetros de aquí así que, si todo va bien y no tenemos problemas con el coche y el camino, en unos treinta minutos deberíamos estar allí.

He conseguido hablar con mis padres por Messenger, por fin hemos coincidido. He tratado de convencerles de que se vengan con nosotros, pero no lo he conseguido. Me dicen que ellos están bien y que, en caso de ponerse más peligrosa la situación, se marcharían a un Punto Seguro de los militares. Sabían que no lo iban a conseguir pero intentaron convencernos para que no nos fuéramos ni saliéramos de casa si estábamos bien. Han hecho una especie de resistencia entre los vecinos que viven todo el año allí y han organizado la comida y la seguridad, muchos de ellos son cazadores, con lo que no les faltan armas, además la urbanización está cercada con muros y verjas altas. No he podido evitar insistirles en que lo mejor sería que se vinieran con nosotros. Iríamos a por ellos y, juntos, trataríamos de llegar primero a casa de la familia de Merche y después al Punto Seguro de los laboratorios. Se han negado rotundamente a que nos arriesguemos, prefieren que tratemos de sobrevivir, “suficiente con cuidaros vosotros, como para tener que cuidar de nosotros, hijo” me ha dicho mi padre. No he podido evitar llorar, menos mal que no me han podido ver. Siempre igual, siempre lo han dicho “lo último que queremos es ser una carga”, aunque nunca lo han sido, ni lo serán. “Tranquilo, lo que tenga que ser, será y seguro que nos volveremos a ver” me escribe mi madre. “No te preocupes por nosotros, solo tened mucho cuidado y trata de avisarnos cuando estés a salvo”. “Os queremos mucho, hijo” la última frase que ha podido llegar antes de irse de nuevo la luz. Cuando ha vuelto, pasadas unas horas, no estaban conectados.

He tardado unas horas más en reaccionar, el sentimiento que tengo es demasiado negativo, pero debemos preocuparnos de nosotros ya. Hemos preparado todo lo que queremos llevarnos. Toda la comida, tienda de campaña, sacos, botiquines, ropa de abrigo y todo lo que pudiera servirnos. Del trastero he cogido un pequeño bidón de cinco litros para llevar gasolina. Hemos terminado de hacer todo el

inventario y de prepararlo lo mejor posible: dos mochilas de “mano” con lo suficiente para sobrevivir cada uno tres o cuatro días; seis latas de comida, ropa (camisetas de manga larga, interior, calcetines), abrigo (un forro polar, guantes y gorro), pequeños botiquines (con tiritas, un kit de sutura, yodo, suero de limpieza, pinzas, vendas, esparadrapo, pastillas varias), un par de cuchillos, un saco, dos cajas de cerillas, una cuerda de escalada de unos metros, linterna con varias pilas de repuesto, alcohol etílico (para encender fuego más que nada) y varias cosas más, entra ellas un bolso pegado a la mochila con “pulpos” para llevar a una perra. El equipaje “gordo” consta de dos maletas de cordura de las motos con todo lo demás, que incluye más ropa, comida, materiales de acampada y cuerdas.

Todo esto ha sido provocado por lo vivido con el hombre que vimos hace unos días. El sábado decidimos que teníamos que hablar con él, debíamos confirmar si estaba infectado o no, más que nada porque no queríamos tener ningún susto que pudiéramos evitar. Nos había visto ir a casa de la hermana de Merche y a saber si en el revuelo que se montó con los perros, nos siguió a casa o qué sabe de nosotros.

El día se presentó bastante oscuro. Entre unas cosas y otras, salimos de casa hacia las seis de la tarde. Bajamos por la calle lateral, aquella por la que lanzamos el contenedor con los restos de los vecinos. Cuando pasamos los tres primeros edificios nos llegó un hedor tremendo. En una de las cuestas que llevan a los garajes vimos que estaba el contenedor tirado por el suelo y todos los restos esparcidos por el asfalto. Tenía toda la pinta de que los perros habían estado por allí, había miembros en lugares muy alejados y en zonas elevadas. Pero lo malo solo acababa de empezar. Al llegar al edificio en el que habíamos visto al hombre decidimos meternos por el garaje, ya que estaba abierto y ofrecía más “protección”, o eso parecía. Cuando entramos, el olor era mucho más fuerte que en la calle, la putrefacción se notaba por todos lados y era casi vomitivo.

-Enciende la linterna –me dijo Merche–, se está haciendo de noche y aquí no se ve nada.

Al encenderla nos dimos cuenta de dónde nos habíamos metido. Era una guarida en toda regla, la entrada estaba despejada y no nos dimos cuenta hasta que estuvimos a mitad del garaje. Al fondo pudimos ver lo que parecía un enorme pila de cadáveres. Esparcidos por el suelo había multitud de huesos, la gran mayoría masticados y destrozados.

-Aaaah –un lamento vino del fondo del garaje.

Merche se quedó a la altura de las escaleras y yo me adentré con la linterna. Al girar una de las esquinas vi un espectáculo horrible. Un hombre sin parte de sus piernas y sin manos se retorcía en el suelo, aún estaba vivo pero no le debía quedar mucho tiempo. Consiguió girarse hacia mí.

-Ayuda –un hilillo de voz salió de su boca, apenas audible pero ayudado por el silencio sepulcral llegó a mis oídos.
-Joder –sólo acerté a decir eso–. Hostia puta –el miedo y la adrenalina se fueron apoderando de mí.
-¿Qué pasa? –preguntó Merche desde la puerta.
-Aquí hay un tío destrozado, pero está vivo todavía –le comenté.
-¿Qué coño hacemos? –dijo Merche igual de acelerada–. Vámonos de aquí, que le den al viejo ese, que les den a todos.
Pero era muy tarde, la poca luz que entraba por la puerta del garaje se apagó, un gruñido resonó en el interior.
-Mierda –salí corriendo de la esquina–. ¡Métete en la casa! –grité.
En el momento que Merche abrió la puerta de las escaleras, la bestia comenzó su arrancada para atraparnos. Apenas diez metros nos separaban de él.
-¡Corre, corre! –me gritó Merche desde las escaleras.
Cuando llegué a la puerta, el perro estaba a suficiente distancia como para saltar y abalanzarse sobre mí. Me agarré a la manilla de la puerta y me tiré al suelo para deslizarme, girar sobre mí y meterme como pude en las escaleras. Noté como la puerta tembló y se abolló mientras el animal chocaba contra ella con furia.
-¡Cierra la puerta! –dijo Merche mientras cogía un extintor de la pared.
Cerré la puerta y comprobamos que ya casi no encajaba con el marco. Merche enganchó la manguera del extintor en la manilla y lo encajó contra la pared. Un método muy poco fiable, pero que nos daría unos segundos. El perro metió la garra por el hueco que había entre la puerta y el marco, no pudo abrirla en un primer momento pero el invento no aguantaría demasiado.
-Sube, vamos a salir por detrás –le dije.
Merche subió el tramo de escaleras que nos separaba de la puerta del jardín trasero.
-¡Está cerrada! –gritó, mientras la pateaba desesperada.
El maldito animal estaba metiendo medio cuerpo por el hueco, el extintor comenzó a soltarse.
-¡Trata de salir por el portal! –comencé a subir las escaleras. El perro estaba atascado en la puerta, que se iba convirtiendo en un amasijo de hierros y cristal. El extintor ya no hacía resistencia.
Merche subió rápidamente al portal, le dio al timbre de apertura. A la vez que llegué al descansillo Merche fue a abrir la puerta.
-¡Dios! –otro animal se lanzó contra la puerta del portal, abriéndola contra Merche, que la paró como pudo mientras yo cargaba contra ella para empujarla y cerrarla.
El animal era otro perro. Éste estaba menos desarrollado pero tenía una tremenda mirada asesina, ojos purulentos y espuma en la boca.

Comenzó a cargar contra la puerta. Pusimos dos macetas de cemento para tratar de hacer de tope pero las embestidas estaban destrozando la puerta por todos lados.
-No queda otra, sube para arriba –le dije–. Nos meteremos en una casa.
-Pero, ¿y si hay alguien? –me preguntó.
-Mejor eso que estos dos –respondí–. Los cuchillos no les van a hacer ni cosquillas, por lo menos sabemos que podemos matar personas con ellos.
-Pero también tengo la pistola.
-¿Tú crees que podremos apuntar y disparar contra estas bestias a esta distancia? –pregunté–. Yo creo que antes perdemos la pistola o nos matan.
Fue suficiente. No estábamos en disposición de probar nuestra puntería o nuestra suerte en esa situación. Merche subió las escaleras y me fui detrás de ella. El primer piso estaba totalmente cerrado.
-Sube a casa del tío que vimos, creo que es el tercero B –le ordené a Merche.
Cuando llegamos al descansillo del tercer piso, abajo se oyeron miles de cristales rotos, hierros por todos lados y los gruñidos de los animales que comenzaron a subir las escaleras, dándose empujones y golpeándose fuertemente contra las paredes.
-¡Abra, ábranos por favor! –gritábamos mientras golpeábamos la puerta. Era el momento de comprobar si era un infectado o no-. ¡Ábranos!
En ese momento pude ver a uno de los perros en el último descansillo. Se frenó y comenzó a mirarnos, a estudiarnos, a comprobar si teníamos alguna escapatoria. Merche, ya desesperada, sacó la pistola y comenzó a disparar. Ni una sola bala le hizo algo, todas rebotaron o se metieron en su cuerpo deforme pero sin reflejar ni una sola herida, ni un solo arañazo y ni una sola muestra de dolor.
Llegó el segundo perro al descansillo. Ambos se empujaban, se mordían, parecía que se peleaban por quién sería el primero en elegir presa. El primero se decidió, arrancó desesperadamente desde el descansillo y se lanzó sobre nosotros. “Joder, hasta aquí hemos llegado”.
-¡Al suelo! –gritó una voz a nuestra espalda.
Y un tremendo disparo salió por encima de nuestras cabezas. El perro se golpeó fuertemente contra la pared que tenía en su costado. Se quedó totalmente atontado, pero de nuevo ni una sola herida, nada de sangre.
-¡Rápido, entrad! –nos ordenó la voz, mientras tiraban de nosotros.
Un segundo estruendo se oyó cuando estuvimos dentro. Esta vez sí que oímos un quejido, debía ser del animal. Tras él se cerró una pesada

puerta. Durante unos minutos se oían golpes tremendos, aullidos y ladridos llenos de rabia. Cuando nos recuperamos, vimos delante de nosotros a un hombre que nos apuntaba con una escopeta de caza enorme.
-¿Quiénes sois? -preguntó.
Fui a levantarme para hablar y me empujó con el cañón de la escopeta contra la pared.
-Ni un solo movimiento -me amenazó-. Cómo seáis unos de ellos estáis muertos.
-No, no somos de ellos, estamos sanos -le dije-. Te vimos el otro día desde la calle y queríamos comprobar que estabas bien y no estabas infectado. Queríamos descartar que fueras un peligro.
Mis palabras le hicieron gracia. La verdad es que la situación era la contraria, él era el que estaba al mando, comprobando la situación y a nosotros.
-Me parece que no lo estáis haciendo muy bien -dijo con una sonrisa-. Casi acabáis muertos.
-Lo sé. ¿Cómo puedes vivir con esas cosas allí abajo? -le pregunté. Nuestro anfitrión parecía estar más tranquilo.
-Bueno, yo no les hago nada y ellos a mí tampoco -respondió, mientras apartaba la escopeta-. Hasta ahora.
-Sí, claro, gracias por salvarnos -dijo Merche.
Ambos nos incorporamos y nos presentamos. El hombre dijo llamarse Luís. Cuando empezó todo, estaba reunido con su familia en uno de los bares del centro comercial. Trece infectados asaltaron el centro y comenzaron a matar a todos los que pillaron. Su mujer y su hija cayeron en manos de uno de ellos. A la mujer la hicieron todas las depravaciones imaginables mientras que a su hija la “contaminaron” con la sangre de un infectado que había muerto a manos de él, mientras defendía a su familia. Cuando se convirtió, la soltaron contra él. Jugaron al gato y al ratón por el centro comercial mientras los demás se divertían matando a los pocos supervivientes que quedaban. Consiguió huir de allí, pero tuvo que matar a su propia hija arrojándola contra unas verjas de seguridad acabadas en punta de lanza.
Siendo la hora que era, el hombre nos ofreció dormir en su casa. No era seguro irse ahora.
Pasamos la noche allí, yo no dormí, la situación era demasiado tensa. Estábamos con un tío que vivía encima de dos perros mutantes que no le habían atacado.
A la mañana siguiente, el hombre nos dijo que los perros se habían ido. Estuvieron vigilando toda la noche por si decidíamos salir, pero por la mañana, afortunadamente, un rebaño de vacas pasó cerca de allí y llamó su atención.

-¿A dónde ibais el otro día? -preguntó con naturalidad.
-A comprobar si unos familiares estaban en su casa -le dije.
-¿Y qué tal? -trató de mostrar interés.
-Bueno, digamos que no hubo mucha suerte -respondí.
-Vaya, lo siento -no sé por qué pero no me resultaba muy creíble-. ¿Y qué tenéis pensado hacer?
-Pues nos vamos a largar de aquí. Ya casi no hay comida y vamos a tratar de llegar a un Punto Seguro de los militares -no pensaba decirle la verdad.
-Eso es un poco arriesgado -continuó la conversación-. Quizás deberíais quedaros aquí, esperando ayuda.
-¿Y si no llega? -pregunté.
-¿Y si morís en el camino? -me devolvió la pregunta, y se marchó a mirar por la ventana.
No tenía mucho sentido. Parecía que estaba tratando de interesarse por nosotros, pero en el fondo todo le era indiferente. Se puso a vigilar, esperando que pasase algo.
-¿Esperas a alguien? -preguntó Merche, visiblemente desconfiada.
-No, hace tiempo que no espero a nadie -dijo con la mirada perdida-. Sólo espero poder comer cada día.
"¿Pero qué dice?" Ese tío estaba muy mal de la cabeza, nos había salvado de la muerte, pero algo le rondaba la cabeza. Estuvimos toda la mañana sentados en el salón, sin decir nada. No tenía nada de comida o eso decía, yo creo que no quería compartirla con nosotros. Merche se levantó para ir al baño y cuando volvió me enseñó una llave. "La del jardín trasero", me susurró. Iba pasando el día y no hacíamos nada, no hablábamos de nada.
-Tengo hambre -por fin rompió su silencio-. Voy a preparar la cena, creo que tendré para varios días.
Desapareció en la cocina, Merche y yo nos levantamos y nos pusimos a hablar y a tratar de pensar un plan para escapar.
-Nosotros nos vamos a marchar -le grité desde el salón-. Yo creo que ya no hay demasiado peligro, y si nos abres la puerta de atrás podremos llegar a casa rápidamente.
-No os podéis ir -dijo desde la cocina mientras se acercaba-. La cena estará lista en breve -apareció en el salón con un cuchillo enorme y un delantal lleno de sangre-. Será carne muy fresca y no ésta, que ya está podrida.
El hombre había perdido la cabeza totalmente. En su otra mano nos mostró un trozo de pierna, seguramente la del tío que había en el garaje. La lanzó al suelo y se abalanzó contra nosotros. Merche le esquivó y yo casi conseguí hacerlo, le agarré de un brazo y lanzó una cuchillada que esquivé por poco, consiguió rajarme un poco en un costado. Comencé a revolverme y le lancé un puñetazo. Merche en ese

momento le rompió un jarrón en la cabeza.
-Salgamos de aquí -gritamos a la vez.
Llegamos a la puerta y estaba cerrada. No teníamos las llaves. El hombre apareció detrás de nosotros.
-Tengo hambre, no seáis pesados -nos dijo con cara de loco-. Me enfado si tengo hambre.
Volvió a lanzarse contra nosotros. Le esquivamos y nos metimos en la cocina. Cerré la puerta y traté de contenerle mientras Merche buscaba una forma de defendernos o de salir de allí. Encontramos unos cuantos cuchillos, unos espráis de limpieza y un mechero. Escuché al hombre al otro lado, cargando la escopeta.
-¡Al suelo! –grité justo en el momento en que la parte superior de la puerta saltó por los aires–. ¡Pásame el bote de limpiador y el mechero, prepárate para tirar los cuchillos como puedas!
El siguiente disparo destrozó la parte baja y casi me alcanzó. El hombre arrojó la escopeta al suelo y entró en la cocina. Se acercó a mí.
-Tú serás el primero –dijo, mientras me agarraba del hombro.
Cuando se dispuso a clavarme el cuchillo me volví y le lancé una llamarada contra la cara. Ésta comenzó a arder, el hombre soltó el cuchillo que me cortó la pierna y comenzó a revolverse tratando de apagar el fuego que se propagaba rápidamente por su cabeza.
-¡Ahora! –le grité a Merche.
Comenzaron a volar los cuchillos, el primero le golpeó con el mango, el segundo dio en la puerta, el tercero por fin acertó en el estómago, pero no llegó a clavarse, el cuarto se introdujo en su pecho y el quinto le cortó el cuello. No sé cómo, el tío abrió la puerta y salió corriendo chillando y soltando sangre como un cerdo degollado en una matanza. Aprovechamos ese momento para salir corriendo y abrir la puerta del jardín. Mientras bajábamos trataba de cargar la escopeta. Al llegar pasó lo que tenía que pasar, los dos perros aparecieron por el portal y el garaje. El primero se dio un festín con el hombre que había tenido la mala fortuna de ir directo a sus enormes dientes, el segundo pensó que nosotros seriamos el mejor plato.
-¡Sal ya! –le grité a Merche mientras apuntaba al animal que subía por las escaleras. Le noté algo magullado, éste debió de ser el perro al que el hombre disparó dos veces.
Noté cómo la bestia sentía algo de duda al verme con ese trasto en las manos, con el que hace poco le había hecho tanto daño. Me dispuse a dispararle y se acurrucó gimiendo, la verdad es que me dejó muy asombrado. Se dio la vuelta y se metió en el garaje. Aproveché ese momento para salir por el jardín detrás de Merche y cerrar la puerta.
Cuando llegamos a casa se lo conté a Merche y puso la misma cara de asombro. Después de lo vivido con otras criaturas, no podemos

comprender que uno sienta miedo al dolor. Claramente estaba infectado pero su miedo era patente. ¿Sería por el instinto de los perros de no acercarse a las cosas que les provocan dolor? No tenemos ni idea. Nos vamos a marchar de aquí, las cosas están cambiando demasiado y se escapan a nuestra comprensión.

Y así hemos pasado el fin de semana, totalmente decididos en este momento a dejar la casa y tratar de llegar a casa de la madre de Merche. Tenemos que prepararnos para lo que nos espera fuera.

Madre mía, he comenzado a las seis de la tarde a escribir esto y por los parones de recordar lo que hemos vivido he tardado muchísimo en terminarlo.

ENTRADA 33

Martes, 11 de Octubre de 2011

Me he vuelto a despertar por culpa de los ladridos y aullidos. Lo que ha pasado estos días casi nos cuesta la vida a ambos. Queríamos pensar la posibilidad de solucionar el problema de los perros y conocer al hombre que vimos y al final nos hemos juntado con los dos problemas en uno.

Quizás nos hemos confiado y centrarnos en el hombre antes que en los perros ha sido un grave error, pero afortunadamente estamos bien. Hemos conocido al hombre y casi nos mata. Hemos encontrado sin querer la guarida de los perros y, lo mas intrigante, uno de ellos ha mostrado miedo ante el arma que le quitamos al caníbal.

Tal y como están las cosas y habiendo decido marcharnos, no sabemos si terminar con los perros o dejarlos en paz y que cada uno siga su camino, cosa que me preocupa también porque no me gustaría que nos siguieran el rastro. Los animales pueden ser muy obsesivos y, aunque recibiera una paliza el otro día, puede que tenga ganas de venganza y se obsesione con nosotros. Sé que solo es un perro, pero también sé que pueden llegar a obsesionarse con algo, y si lo tienen localizado no lo van a dejar escapar.

Merche aún duerme, la verdad es que estamos agotados y hemos pensado en tratar de descansar lo más posible antes de aventurarnos en una salida que, a pesar de que en un día normal sería lo más simple del mundo, en esta situación puede convertirse en un peligro constante. No tenemos ni idea de qué nos podemos encontrar. Basándonos en lo que hemos vivido, nos imaginamos algunas cosas, pero está demostrado que nos quedamos cortos en las posibilidades cuando nos enfrentamos a la realidad.

Siento cómo los perros andan por la zona, pero no se acercan demasiado. Está muy claro que saben que cerca hay alguien pero, afortunadamente, gracias a las ovejas y vacas que campan por la urbanización, suelen distraerse cuando tienen ganas de comer o simplemente de matar.

Tenemos todo cerrado lo mejor que podemos, puede ser una tontería enorme pero he decido quemar muchas varillas de incienso a la vez. Aún me quedan unas cien varillas, así que iré quemando todos los días unas pocas con la esperanza de que oculten nuestro olor. Es una de esas ideas que te vienen a la cabeza, que no sabes si tienen sentido pero que si no las haces no te quedas tranquilo.

Me vuelvo a la cama, aunque no me quede dormido quiero estar tumbado y cerca de Merche y las perritas.

ENTRADA 34

Jueves, 13 de Octubre de 2011

La urbanización está muerta. Si no fuera por nosotros, las vacas, las ovejas y los perros mutantes, sería una zona fantasma. Los ruidos en las casas han dejado de oírse hace días, ya no hay personas que huyen frenéticas en sus coches, gritos lejanos, golpes o cualquier rastro de vida humana, ni siquiera infectados.

Ayer me asomé a la terraza y estuve un buen rato sentado mirando y escuchando. El viento estuvo soplando un rato pero no le acompañaba ningún sonido en su viaje. Es muy inquietante. A mediodía pensamos que la tranquilidad se nos acababa, los perros a los que nos enfrentamos aparecieron al final de la calle. Estaban paseando tranquilamente, ni siquiera atacaron a un pequeño grupo de ovejas que había pastando en los jardines. Me dio la sensación de que nos buscaban. Estaba claro que sabían que andábamos por esa zona. Se pararon enfrente de nuestro portal, olisquearon, gruñeron, pero no pasó de eso. Tengo bien cerca la escopeta con la que nos hicimos al escapar del loco que cayó en sus garras, cuando conseguimos deshacernos de él y evitar que nos comiera. Recuerdo la cara de miedo-odio del perro más grande al verme apuntarle con ella. Lo malo es que solo nos pudimos hacer con cinco cartuchos, los que tiró al suelo el hombre cuando la recargó para volar por los aires la puerta de su cocina.

Después de varios días, hemos encendido la televisión. Casi no hay canales, de hecho, los de TDT no funcionan, solo nos llegan los del servicio de internet y casi todos están con programación continua de series o películas. Al final hemos optado por dejarlo en la CNN americana. Su programación se basa en varios titulares enormes con franjas que desarrollan la información, con algunos vídeos y fotos de vez en cuando.

El mundo se ha ido a la mierda, totalmente. Los iranís, o por lo menos eso sospechan, han atacado EEUU lanzando misiles nucleares sobre toda la costa Este; New York, Washington, Boston, Philadelphia han sido borradas del mapa junto a otras tantas ciudades de la zona. De vez en cuando ponen imágenes de vídeo grabadas desde Las Vegas, Los Ángeles o San Francisco de cientos, miles, de rastros de humo en el cielo pasando por encima de ellos. Es tal la cantidad, que en pocos minutos el cielo está totalmente cubierto y el sol desaparece. Es imposible que su escudo anti misiles sirva de algo contra ese despliegue. Después aparecen fotos de zonas devastadas, de gente huyendo, del caos tremendo que el ataque ha ocasionado. Pero no solo eso, Corea del Norte ha hecho lo mismo pero con distintos objetivos,

Japón, China, incluso Rusia han sufrido una lluvia de misiles nucleares. En Europa la cosa no es mucho mejor, además de cientos de atentados, Londres, Paris y Berlín han sido objetivo de más ataques nucleares. Además hay que sumar las lluvias de misiles no nucleares que están cayendo en un lado y en otro. El mundo ha entrado en guerra pero sin tener soldados con los que luchar. Por curiosidad, y acordándome de que las ofertas de televisión privada lo tienen, he puesto el canal de Al Jazeera. En él se muestran también imágenes de destrucción; Irán, Irak, Israel, Palestina, Egipto y así un sin fin de países han sufrido también ataques nucleares y no nucleares por parte de EEUU y la OTAN. Es como si alguien se hubiera vuelto loco y hubiera querido llevarse por delante a toda la humanidad antes de caer. En ambas cadenas se recomienda acudir a puntos de control militares para ser atendidos y estar en zona segura.

También hay unas recomendaciones curiosas y preocupantes. Según dicen, ha crecido el número de grupos paramilitares que se dedican a robar, matar y extorsionar a los supervivientes. Sobre todo se están dando en zonas donde el ejército no ha podido llegar o donde ha tenido que ser retirado para enfrentarse a los infectados. Por fin llegan las noticias sobre infectados. Por lo que me ha parecido entender, parece que comienzan a estar algo organizados. Hay múltiples enfrentamientos entre militares y ejércitos de infectados, es una guerra en toda regla. Al parecer son una especie de marabunta, se van juntando grupos cada vez más numerosos y se dirigen hacia zonas donde hay personas sanas, es como si tuvieran un sentido que les guía en la dirección correcta. Múltiples ciudades e incluso algunos puntos de control han sido arrasados por cientos de miles de infectados. Se ven algunas imágenes de aviones bombardeando algunos de estos puntos hasta reducirlos totalmente a escombros. Contención de la infección, lo llaman.

Así que resumiendo, el mundo como siempre, tenemos un enemigo común pero cada uno vela por sus intereses. Lejos de unirse contra los infectados, la mayoría de los países han optado por cerrarse en banda y eliminar a todo aquel que consideran enemigo, ya sea infectado o sano. Tras todos los ataques, se estima que la población mundial se ha visto reducida en un setenta y nueve por ciento. Además, de lo que queda vivo, se cree que un ochenta y cinco por ciento está infectado. Eso nos deja en clara desventaja. Los ejércitos se han convertido en pequeños focos de resistencia, pocos mantienen en funcionamiento carros de combate o aviones.

Después de todo el resumen aparece un cartel que dice “Last Update 11 days ago”. Joder, hace doce días que no se actualizan las noticias. El mundo se ha ido a la mierda a finales de Septiembre, mientras nosotros tratábamos de sobrevivir a unos locos cuando buscábamos

comida y al ataque de un perro mutante.
Nosotros seguimos planeando la forma de salir de aquí, estamos bastante convencidos de que primero deberíamos hacer algo con las bestias que hay unos edificios más abajo. Se nos ocurre tratar de atropellarlos con el coche que vamos a abandonar y rematarlos con la escopeta. Otra idea es tratar de prender fuego a la guarida. Todo lo que se nos ocurre es bastante peligroso, pero qué no lo es a estas alturas.
Esta noche nos hemos puesto como objetivo tomar la decisión de cómo acabar con ellos. Como ya sabéis no nos gusta la idea de que nos persigan y tiene toda la pinta de que lo harán, tal y como se están comportando estos días.
He aprovechado para leer correos. He visto algunos de los laboratorios, según parece se valora la posibilidad de un asalto a una de las oficinas, básicamente un ataque terrorista. Piden con insistencia que si alguien tiene información de personal no conocido en alguno de los laboratorios, debe facilitarlo lo antes posible. Otras investigaciones no descartan un sabotaje en las investigaciones por parte de empresas "rivales", dejando sueltos varios sujetos infectados en ciudades donde solo nuestros laboratorios, o ex laboratorios, tenían sedes de investigación.
Vamos que, como siempre, y como he dicho antes, el ser humano será el asesino del ser humano.
El foro del laboratorio está totalmente desierto, no hay mensajes desde hace días. Los últimos que han dejado no son muy alentadores, unos que se despiden; "espero que les vaya todo bien y que Dios me perdone por lo que voy a hacer", otros que cuentan sus últimos momentos; "nos han atacado. Hemos caído en manos de los infectados. Nos han hecho beber sangre de uno de ellos al cual le han rajado el cuello y han llenado garrafas con ella. Cada vez tengo más ganas de matar, necesito arrancarle los brazos a alguien. Vamos a la zona residencial a por presas. Quiero sangre, quiero asesinar, quiero descuartizar…" y así en casi todos los países. ¿Es posible que las vacunaciones no se dieran en todas las filiales?
Me he descargado los mapas de cómo llegar hasta el Punto Seguro de los laboratorios en La Pedriza. He mirado en google la mejor manera de llegar, tanto andando como en coche, por carretera o por caminos forestales. Esquivando zonas muy pobladas.
He encontrado un documento en el que explican un poco el factor de infección y posibles anfitriones. Según parece, el virus está diseñado para afectar a seres vivos con "instintos asesinos". Este es el resumen que he creído entender, básicamente si un ser vivo es capaz de matar por sangre, tiene muchas posibilidades de contagiarse. Vamos que un perro que puede matar a otro con tal de ser el líder de la manada, se

puede infectar; un hombre que mata por placer, desde luego que es un anfitrión perfecto para el virus; las vacas, ovejas o animales herbívoros tienen unas posibilidades nimias de contagio. Es algo muy extraño pero, qué demonios, lo que está pasando es real y lo extraño cada día es más habitual.

Sigo leyendo pruebas y resultados, problemas y posibles soluciones, consejos y normas, todo referente a posibles problemas de contagio masivo. Todo se desarrolla muy parecido a las pruebas con militares. En un pueblo africano infectaron a varias personas y en cuestión de horas el noventa por ciento de los habitantes estaban muertos y el otro diez por ciento contagiado y dirigiéndose rápidamente hacia la aldea más próxima. No sé si la cepa actual tendrá el problema con el que se encuentran las primeras. Los anfitriones suelen sufrir colapsos nerviosos que acaban con ellos, derritiéndoles el cerebro que cae goteando por la nariz, la boca y las orejas; o un desarrollo tan brutal que acaban explotando, desparramándose por todos lados. Desde luego eso no lo hemos llegado a ver, de momento.

Voy a dejarlo aquí, Merche y yo vamos a hablar del asunto de los perros.

ENTRADA 35

Domingo, 16 de Octubre de 2011

Estamos destrozados, agotados. No sé si habrá sido la mejor decisión pero por lo menos nos iremos de aquí con la tranquilidad de que no seremos perseguidos por ninguna bestia. Esta será la última entrada por algún tiempo, esperemos que no mucho.

La noche del viernes tomamos la decisión de enfrentarnos a los dos perros que rondan la urbanización y que tienen su guarida en el garaje del psicópata que casi nos mata.

El plan es el siguiente, haremos unos pequeños cócteles Molotov con los cuatro botellines de Mahou que tenemos en la nevera. Afortunadamente internet sigue funcionando y hemos podido buscar cómo preparar unos muy simples; sacaremos la gasolina y el aceite de las motos, no sabemos la cantidad que habrá pero para cuatro botellines de veinte centilitros seguro que tenemos. Con camisetas viejas haremos las mechas impregnándolas en alcohol. Con ellos pretendemos encargarnos de los perros, sobre todo del grande. Con la piel que tiene las botellas se romperán fácilmente al lanzárselas. Nuestra intención es sorprenderles en la guarida, atacarlos con los cócteles Molotov tratando de cerrar la puerta del garaje, esperemos que con todo lo que tienen allí abajo se acabe incendiando rápidamente. Si no recordamos mal, la puerta del jardín trasero la dejamos cerrada con llave. Nos quedan la que da al garaje y la del portal, ambas destrozadas. Ésta es la parte del plan que más peligro tiene. Con uno de nuestros coches, el Clio ha sido el elegido, si salen del garaje por la puerta del portal, tratar de arrollarlos, o por lo menos a uno, con la mayor fuerza posible para matarlo del golpe, salir rápidamente y atacar con la escopeta al que siga en pie disparándole todos los cartuchos posibles en la cabeza. Lo sabemos, es un plan bastante peligroso y nos vamos a jugar la vida pero el viaje va a ser largo y agotador, no queremos que nos sorprendan pudiendo haber solucionado el problema antes.

Por la mañana del sábado bajamos a sacar la gasolina y el aceite de las motos. Nos ha dado una pena tremenda, dos Harleys que vamos a dejar abandonadas, pero es lo que hay y no creo que disfrutásemos mucho de ellas en la situación que estamos viviendo. Hemos conseguido gasolina para los cuatro botellines, además, hemos llenado una botella y media de plástico con el resto, es Súper 95 así que no nos vale para los coches con lo que las vamos a usar para a rellenar botes de cristal que lanzaremos contra los perros para que haya más combustible que pueda quemarlos.

A parte de la escopeta vamos a llevar el G36, de algo servirá la

posibilidad de tener disparos a ráfagas y sesenta cartuchos. No nos gustaría quedarnos sin ellos pero hay que salir vivos y cuantas más posibilidades de defendernos, mejor.
Por la tarde hemos colocado el coche en la calle que da a la casa donde están los animales, a unos treinta metros para poder reaccionar rápidamente y pegar un buen acelerón. Merche se quedará en el coche y hará la embestida en caso de ser necesario. Yo atacaré la guarida y me esconderé cerca de las escaleras del portal para dar apoyo con el G36. Nos hemos quedado un rato en la calle mirando hacia el garaje, ambos perros están dentro, parece que tienen algo de caza para comer hoy y están tranquilos.
La noche del sábado ha sido muy larga, no hemos podido dormir mucho por los nervios de lo que nos espera, queremos hacerlo lo más pronto posible para tener luz natural y no tener que usar linternas. Durante un buen rato nos ha parecido oír a las bestias, algo lejanas, como si estuvieran dando vueltas por la urbanización.
Son las ocho de la mañana del domingo. Nos hemos preparado lo mejor posible, con ropa lo más dura que hemos encontrado; las chaquetas de las motos, botas, guantes e incluso hemos cogido los cascos. Merche no va a estamparse contra nada si no se protege, por lo que se ha puesto el suyo de moto y yo me he puesto uno que tengo del ejército, de cuando jugaba al airsoft antes de todo este follón. La verdad, hay mucho material que tengo de este juego de guerra que nos está ayudando muchísimo.
Llegado el momento hemos salido de casa por la puerta principal, avanzamos por la calle vigilando todos los puntos por donde puede aparecer algo o alguien, siempre alerta. Poco a poco hemos caminado en dirección a la posición donde dejamos el coche aparcado la tarde anterior. Está aparcado en la esquina con lo que no llamamos la atención desde nuestra posición.
Mucha calma, es algo que no sé si agradecer o preocuparme, no me gusta la maldita ley de Murphy, siempre se dice que antes de una tempestad hay una calma extrema.
Con tranquilidad, Merche se ha montado en el coche, ajustándose todo de tal manera que no pueda sufrir demasiado cuando se estrelle con su objetivo, que esperamos que sea una de esas criaturas; cinturón, casco, guantes. Todo preparado.
-Ten mucho cuidado, por favor –me dijo con voz temblorosa mientras baja la ventanilla.
-Sí, no te preocupes, tú apunta bien cuando vayas a chocarte con el bicho –respondí con una sonrisa tratando de calmarla un poco-. Allá voy.
Comencé a bajar la calle en dirección al garaje, apuntando con el fusil de asalto hacia la entrada y con los botellines chocando entre sí en la

mochila que llevaba colgando en mi costado derecho. Cuando tuve a la vista el garaje, me pareció que algo se movía en el interior. Decidí echarme un poco hacia la izquierda para perder línea de visión con el interior y que desde dentro no se viera cómo me iba acercando. Llegué a la altura del garaje, unos metros me separaban de la entrada, un rugido suave surgía del interior, se asemejaba mucho a un ronquido, parecía que estaban durmiendo. Respiré hondo, me ajusté la mentonera del casco, me puse las gafas y los guantes. "Llegó el momento, ánimo" me dije a mi mismo.

Saqué los cuatro botellines y los coloqué en el suelo, con cinta de embalar até dos de ellos dejándome otros dos a parte que lanzaría hacia los montones de huesos y material que hubiera por el garaje. Cogí los dos mecheros que tenía, los probé, "bien, funcionan los dos". Metí uno en un bolsillo y el otro lo mantuve fuera. Ajusté el G36 a mi espalda. Cuando sentí que estaba preparado me asomé a la carretera para ver a Merche, levanté el pulgar en señal de confirmación de que todo estaba listo, ella me respondió con un par de ráfagas.

Encendí las dos botellas que tenía en la mano y salí corriendo hacia la puerta del garaje. Al llegar me asomé para localizar los objetivos. En cuanto vi unos ojos mirándome las lancé en esa dirección, el sonido de los cristales rotos resonó en el interior y una llama de fuego lo iluminó todo. La bestia del interior se revolvió. En ese momento encendí otra de las botellas y la lancé contra el montón de huesos sobre el que estaba apoyada. Una nueva bola de fuego estalló en el interior prendiendo todo lo que tenía alrededor, tablones y varios cartones ardieron rápidamente. La bestia comenzó a ladrar y gruñir fuertemente, tenía bastante fuego pegado a ella y su cuerpo parecía un excelente combustible ya que se prendía con rapidez y facilidad. Cogí la cuarta botella, la encendí y miré hacia el interior buscando rápidamente contra qué lanzarla, en ese momento oí el coche arrancar y derrapar por un fuerte acelerón. "¿Qué pasa? No me ha parecido ver que los animales se movieran", Merche bajaba rápidamente la calle pitando continuamente, cuando me quise dar cuenta de lo que pasaba sentí un fuerte golpe, la botella de cóctel Molotov se me escapó de las manos y fue a parar a una esquina del garaje, estallando y prendiendo fuego a unos muebles de cocina que había colocados en la pared.

Cuando conseguí darme la vuelta vi lo que pasaba, el perro "pequeño" me había sorprendido por la espalda. Debía de estar fuera del garaje y no me había dado cuenta. Con la idea de lanzar los cócteles lo más rápido posible no valoré la posibilidad de que no estuvieran los dos animales dentro, por lo que en cuanto vi algo moverse lancé el ataque sin pensarlo. El perro me había lanzado un zarpazo que me alcanzó en el casco y me lanzó contra el suelo. En el momento en que el animal se dispuso a saltar sobre mí, Merche lo embistió con fuerza haciendo

que su cabeza acabara en mi regazo y sus intestinos y vísceras se esparcieran por todo el coche y la calle haciendo que Merche se estrellara contra otro coche.
-¡Merche! –chillé mientras me levantaba.
Cuando me dispuse a acercarme al coche, un golpe seco me distrajo. El fuego había hecho que las puertas de los muebles se soltaran y lo que vi dentro me dejo acojonado. Tres bombonas de butano estaban rodeadas de fuego, al rojo vivo. “Que no estén llenas, por favor”, pensé mientras miraba hacia el interior. El perro grande estaba tratando de levantarse, dolorido por las quemaduras pero con una mirada de ira tremenda. Cogí un par de botes con la gasolina sobrante y los arroje con fuerza contra él volviendo a generar una tremenda bola de fuego.
-¡Merche! ¿Estás bien? –grité mientras me hacía con el G36–. ¡Responde!
Varios chasquidos surgieron de nuevo de la esquina donde estaban las bombonas, una de ellas se estaba hinchando alarmantemente. Apunté con el fusil hacia el perro que se revolvía envuelto en llamas mientras comenzaba a avanzar hacia mí. Lancé varios disparos apuntando hacia sus patas, la delantera izquierda saltó por los aires destrozada y el animal cayó de bruces contra el suelo.
-¡Borja! –por fin Merche daba señales de vida–. Estoy bien pero me duele mucho un hombro –estaba saliendo por su propio pie del coche pero visiblemente magullada.
-¡Aléjate! –le grité–. Lo más rápido que puedas, aquí hay varias bombonas y mucho fuego.
Vi que tenía algunas heridas en la cara, la pantalla del casco se había roto al chocar con el airbag y algunos trozos se le habían clavado. Me volví hacia el perro, avanzaba cojeando hacia mí. Una nueva ráfaga salió del fusil y de nuevo una pata, esta vez de atrás, salto por los aires. Al ver que el animal volvía a caer, me giré y salí corriendo. Cogí a Merche en brazos como pude, no sin que antes ella soltara un fuerte quejido, seguramente por el dolor del hombro y salté detrás de un coche, bajo unos arbustos que había en la acera de enfrente de la casa. Dejé a Merche en el suelo “lo siento” le dije al oído antes de volver a centrarme en el garaje.
-Joder –no pude contenerme.
-¿Qué pasa? –preguntó Merche mientras trataba de incorporarse.
-Quédate en el suelo –la ordené.
La maldita bestia había conseguido llegar hasta la puerta del garaje. Casi no tenía fuego pegado en su piel, al arrastrase debía de haber apagado las llamas con el suelo, pero estaba visiblemente herido. Su mirada de odio era impresionante y nos buscaba con ansia. Estaba claro que tanto humo y fuego le habían afectado y no podía oler bien.

Me incorporé decido a atacarle con el G36. En ese momento una terrible explosión salió del garaje, medio edificio saltó por los aires y una enorme bola de fuego se propagó por toda la calle. Salí despedido hacia atrás y me golpeé con un árbol, Merche se encogió y aguantó todos los cascotes que le cayeron encima. El edificio comenzó a derrumbarse y el animal quedó atrapado en el fuego y los escombros.
No sabría decir cuánto estuvimos inconscientes, pero cuando abrí los ojos ya era casi de noche. El olor a quemado invadía todo el lugar. Al levantarme vi que el fuego se había propagado en las casas colindantes y poco a poco iba cogiendo fuerza. Un quejido me sacó de mi abstracción con el fuego.
-Merche, ¿estás bien? –unas ramas de árbol le habían caído encima.
-Me duele todo, y el hombro está muy agarrotado y no puedo moverlo bien.
-Tenemos que salir de aquí, el fuego está comenzando a ser muy peligroso –le dije mientras la levantaba con el mayor cuidado posible.
Comenzó a levantarse una leve brisa y el fuego tomo fuerza cuando alcanzó los árboles del jardín trasero. Subimos la calle lo más rápido que pudimos. Al llegar al final nos volvimos, tres edificios eran pasto total de las llamas, los árboles parecían antorchas que propagaban el fuego a los edificios colindantes.
-Madre mía, la que hemos montado –dijo Merche mientras observábamos el espectáculo.
-Me temo que tendremos que irnos de aquí antes de lo planeado –pensé en alto–. No hay nadie para controlar ese fuego y toda la urbanización acabará reducida a cenizas.
-Sí, vamos a casa y nos preparamos –fue lo último que dijo Merche antes de desmayarse.
Cuando llegué a casa dejé a Merche en la cama, boca abajo y le levanté la camiseta. Tenía un enorme moratón en el hombro, a la altura del omoplato. Lo toqué con cuidado, no me pareció que estuviera nada roto. Moví un poco la articulación y no sonó nada raro ni sentí ninguna resistencia ni rotura. Merche soltó un leve lamento. Afortunadamente era un simple golpe, más bien un golpazo pero no tenía nada roto. Le unté la espalda con una crema para golpes, le curé los cortes de la cara y la dejé durmiendo. Salí al jardín trasero, la noche estaba iluminada por el resplandor del incendio que estaba unas casas más abajo. “Mañana nos tenemos que ir de aquí sin falta”, la brisa ya no se notaba, afortunadamente no había nada de viento. Fui por todo el jardín abriendo los grifos de las mangueras que hay distribuidas y dejándolas en los árboles colgadas para que fueran mojando lo más posible ramas, hojas, suelo y todo lo que pudieran para evitar un poco la propagación del fuego.
Al volver a casa Merche estaba despierta y sentada en la cama.

-¿Dónde estabas? –preguntó con cara de susto.
-Fuera, mirando el fuego y poniendo las mangueras por el jardín para que lo inunden –respondí.
-Me he asustado, cuando me he despertado estaba sola y no respondías –me dijo mientras unas lágrimas se le escapaban de los ojos.
-No te preocupes, no te abandonaré jamás –respondí mientras la abrazaba–. ¿Qué tal el hombro?
-Me duele, pero no es mucho, puedo moverlo un poco.
-Mañana nos tenemos que ir de aquí, no creo que ese incendio se apague solo y estamos en peligro –la informé de la situación y de lo que había pasado antes de desmayarse.
Nos preparamos algo de comer, dimos a las perras su ración y terminamos de guardar todo lo que teníamos y queríamos llevarnos.
Antes de irnos dejaré aquí un comentario con la idea que tenemos y las novedades antes de dar la casa por cerrada. Tengo un par de cuadernos y varios bolígrafos preparados, haré el diario en papel hasta que lo pueda transcribir al ordenador y ponerlo en el blog, si es que encontramos algún sitio donde conectarnos a internet y cargar los aparatos electrónicos. Seguramente en casa de la madre de Merche podremos hacerlo, que la suerte nos acompañe y nos salga todo bien.

ENTRADA 36

Miércoles, 19 de Octubre de 2011

Llevo tres días sin publicar nada en el blog. En la última entrada comenté que trataría de escribir algo a modo de información antes de irnos de casa, pero lo que ha pasado no me lo ha permitido. Ahora mismo estoy conectado a internet desde un restaurante, cerca de casa.

El lunes por la mañana estuvimos preparando las cosas para marcharnos, recogiendo todo lo que pudiera servirnos para el camino y, sobre todo, para sobrevivir. Metimos en el coche todas las latas de comida que nos quedaban, el agua, las bolsas de pasta, algo de pan, en definitiva todo lo que cogimos del Mercadona y aún no habíamos consumido. Chequeamos las armas que teníamos; el G36, del que solo nos quedaba un cargador; la pistola, que afortunadamente casi no habíamos usado y aún nos quedaban algo más de cincuenta balas; la escopeta de caza mayor, que nos llevamos de casa del caníbal, con los cinco cartuchos especiales y las cajas de cartuchos normales, que teníamos sin usar porque la escopeta se la comió un perro mutante.

A mediodía estábamos colocando todo en el coche, tratando de organizarlo lo mejor posible para que entrara la mayor cantidad de cosas que el tamaño del maletero nos permitiera, y dejando a mano el material que entendíamos como “de emergencia”; botiquines, munición, parte de la comida, botellas de agua, por si tuviéramos que abandonar el coche rápidamente o, esperemos que no pase, tengamos que ir andando.

-Ya casi está todo -me dijo Merche cuando subí del garaje-. Solo queda eso -señalándome siete bolsas y bolsos que había en el suelo.

-Bien, vamos a preparar a las perras y nos vamos -respondí, mientras echaba un último vistazo a la casa-. Nos estamos retrasando -dije mirando el reloj que marcaba las tres y cuarto de la tarde.

No me gustaba la idea de abandonarla, hemos pasado nuestra vida en común en ella y da pena pensar en que es posible que no podamos volver. Este paso significa que las cosas han cambiado y hay muchas probabilidades de que no vuelvan a ser como antes.

-Voy a bajar esto -Merche estaba en la puerta preparada para bajar una pequeña maleta de mano -. Ahora subo.

-Ok -respondí.

Me quedé delante de las estanterías del salón, mirando las fotos que teníamos colocadas. Alguno de nuestros viajes en moto, Disney, París, algún cumpleaños, las perritas. Un sin fin de recuerdos plasmados en papel. Caí en que todas las fotos las teníamos grabadas en cds y me fui a buscarlas. Entré en el cuarto donde teníamos el ordenador y cogí la funda para cds donde guardábamos las copias, las guardé en algunas

cajas, ya que no son tantos cds como espacio hay en la funda y las fui metiendo en la mochila. Cuando me quedaba uno por guardar, un tremendo estruendo sacudió la casa completamente. Me quedé paralizado, a la espera. Un segundo estruendo llegó más fuerte y las cosas comenzaron a caerse de las estanterías.
-¡Borja! -gritó Merche desde la puerta-. ¡Están explotando los depósitos de gas de la calle de abajo!
Joder, es cierto, nuestra urbanización aún tiene depósitos enormes de gas, y es posible que con tanto calor y el abandono tengan alguna fuga. En ese momento vi por la ventana cómo el edificio de enfrente comenzaba a arder rápidamente. La última explosión debió ser del depósito que estaba al otro lado y la bola de fuego afectó al edificio. Para más inri, el viento comenzaba a soplar con fuerza y por las ventanas se veía cómo las llamas se iban convirtiendo en grandes lenguas de fuego que iban pegándose a los enormes árboles de los jardines. En un momento todo el jardín trasero de nuestra casa estaba en llamas.
-Tenemos que irnos de aquí ya -chillé, mientras salía corriendo de la habitación-. El fuego nos va a coger en breve.
Notamos cómo los cristales de los pisos de arriba iban estallando por el calor. En un momento la casa estaba invadida por una creciente humareda que se movía lenta pero firme.
-Coge a las perras y métete en el coche -le ordené a Merche, mientras cargaba con tres mochilas que teníamos en la entrada-. Arráncalo y sácalo del garaje, salgo por la puerta del portal.
-Vale -respondió Merche con las perras en brazos.
Miré las otras cuatro mochilas que nos quedaban tratando de hacer memoria de las cosas que habíamos metido en ellas. Una era de ropa, en la segunda habíamos metido algunas mantas y no conseguía recordar el contenido de las otras dos. “Espero haber cogido las correctas” pensé, mientras salía rápidamente de casa. Los crujidos dentro eran cada vez mayores y pude ver, mientras cerraba la puerta, que las llamas ya habían tomado la habitación donde estuve hace un momento y la de al lado.
-¡Baja al garaje, que aún no he terminado! -me gritó Merche. Me había oído salir de casa y todavía le quedaban un par de cosas por colocar antes de poder arrancar.
Bajé a toda prisa por las escaleras, cuando llegué a la altura de la puerta del jardín trasero me quedé hipnotizado; los árboles, los edificios, todo era un impresionante baile de color rojizo y negro. Azuzado por el viento, el fuego se movía de aquí para allá, creando formas extrañas e invadiendo implacable todo lo que aún no había sido alcanzado por su tremenda fuerza de destrucción.
-¡Borja! -Merche me devolvió a la realidad de un chillido.

Cuando reaccioné me di cuenta de que los cristales estaban comenzando a resquebrajarse y, en el momento que arranqué para continuar mi camino hacia el garaje, saltaron en mil pedazos. Todos y cada uno de ellos hacia dentro de la casa, noté como golpeaban la mochila que llevaba a la espalda. Me puse las cosas sobre la cabeza, pero mis piernas estaban vendidas, varios trozos me alcanzaron provocándome algunos cortes e incluso clavándose en ellas.
-¡Joder! -dije, mientras maldecía con todo tipo de palabras mal sonantes por el dolor que me estaban produciendo, mientras trataba de bajar las escaleras. Tenía la sensación de ser un puto objetivo para todas las desgracias.
Merche me vio tambalearme y acudió en mi ayuda. Cogió algunas de las mochilas para liberarme de peso. Yo sentía un dolor punzante en la pierna derecha. Con la mano me agarré a ella y comencé a cojear hasta el coche.
-Espera -supliqué, mientras me apoyaba en el coche-. Mírame la pierna y quítame lo que sea que tenga.
Merche se acercó a mí, con cuidado me apartó la mano y suspiró.
-Mejor que te montes como puedas, te lo quito luego -me dijo, tratando de mantener la calma.
-Joder, ¿tan malo parece? -gruñí, el dolor me estaba poniendo de mala leche-. Duele de cojones.
-Si te lo quito ahora, la montamos y no salimos de aquí -me increpó.
Comenzó a empujarme cuidadosamente hacia el coche, cambió a las perras de sitio, atándolas en el asiento delantero, y me hizo meterme en la parte trasera, tumbado boca abajo, con la pierna estirada por debajo del asiento.
-No te muevas -ordenó.
Se situó en el asiento del conductor y arrancó el coche. Tuvimos que dejar un par de mochilas que no cabían por mi culpa. Si las llevábamos podrían darme en la herida y eso sería muy doloroso. Subió la cuesta rápidamente. Por encima de nosotros, nuestra casa era pasto de las llamas, los cristales estaban rompiéndose, las cortinas ardían rápidamente mientras ondeaban por el viento, pequeñas explosiones por los muebles de madera o las bombillas se oían en el interior. La escena era la misma para casi todas las casas de la calle, las llamas surgían feroces de sus interiores, propagándose por los árboles que a su vez extendían el fuego a las demás casas o árboles. Era una cadena continua y ordenada, pero implacable y destructiva. Es alucinante la rapidez con la que el fuego coge fuerza y se extiende, absorbiendo todo a su paso.
La calle estaba despejada, salvo por algún que otro coche que estaba estampado contra algún muro, el espacio para pasar era suficiente. El avance era muy lento, pero de momento no teníamos que detenernos.

Cuando llegamos a la estación de tren, Merche aparcó en el parking, lo más apartada posible y a cubierto.
-Veamos eso -me dijo, mientras salía del coche con un botiquín en la mano.
Salí como pude y me eché en el suelo, el dolor se había apaciguado un poco, imagino que por la tensión y la adrenalina, pero notaba algo en la pierna que no debía de estar ahí. Merche cogió unas tijeras y comenzó a cortar el pantalón.
-Tienes un trozo, de unos cinco centímetros, clavado en el muslo -me informó, mientras echaba suero salino por la herida-. No sangra mucho, parece que no es muy profundo, el vaquero parece que te ha salvado. La herida debe ser de unos tres centímetros.
Después de limpiarla, preparó unas pinzas, yodo, un paquete de gasas y una venda. Tiró del cristal lentamente con las pinzas. Cuando lo sacó, un chorrillo de sangre salió del muslo. Lo paró con unas gasas y, cuando dejó de salir, vació el botecillo de yodo sobre la herida y comenzó a vendarla.
-De momento la dejamos así, cuando estemos más tranquilos la revisamos y si hace falta, te damos unos puntos… aunque no tenga ni idea de cómo se hace -pensó en alto.
-Tú piensa que estás remendando un roto de una camiseta -dije sonriendo.
-Pero si nunca lo he hecho -respondió sorprendida.
-Pero lo habrás visto hacer en la tele -le dije-. Yo lo he visto, pero no llego a hacerlo -volví a sonreírle.
-Eres bobo -me dijo, mientras me daba un golpecito con la mano en el hombro y comenzaba a reír.
Ese momento nos relajó, nos vino muy bien reírnos un rato. Me incorporé y miramos hacia la zona de nuestra casa. Un resplandor parpadeante de color rojizo iluminaba el cielo, mientras enormes columnas de humo negro trepaban hacia arriba rápidamente. Nos quedamos unos minutos allí, mirando, descansando.
-Bueno, ¿continuamos? -me comentó Merche.
-Sí, se está haciendo tarde.
El camino en coche a casa de la madre de Merche era, en situaciones normales, fácil. Se tardaban unos treinta minutos en llegar. Teníamos que atravesar un camino de unos tres kilómetros para salir definitivamente de la zona residencial en donde se encontraba nuestra urbanización. Después debíamos coger una carretera de unos seis kilómetros hasta llegar a la A6, a donde debíamos incorporarnos, recorrer tres kilómetros más hasta el desvío, entrar en la vía de servicio, conducir por ella unos ocho kilómetros hasta llegar al pueblo, bordearlo durante unos cinco kilómetros y coger la carretera secundaria que llegaba a nuestro destino y tenía una longitud de unos

diez kilómetros. Teníamos en mente parar en la gasolinera que hay a la salida del camino de la zona residencial, queríamos rellenar el bidón de gasolina y coger algunos más.
Tardamos alrededor de cuarenta minutos en recorrer tres kilómetros, la carretera del camino es bastante estrecha, de las que tienes que bajar la velocidad cuando te cruzas con otro coche. Encontramos muchísimos coches atravesados, empotrados o, simplemente, abandonados con las puertas abiertas. Hubo una zona donde la acumulación de coches era tal que, ayudándome de un palo, andaba por delante del coche e iba cerrando puertas, moviendo coches, si tenían las llaves puestas, o dirigiendo a Merche por los pequeños huecos que encontrábamos. En varias ocasiones tuvo que rozar nuestro coche con otros o empujar poco a poco alguno para apartarlo lo suficiente y poder pasar. El ambiente estaba realmente tranquilo, no se escuchaba nada extraño. Los pájaros cantaban tranquilamente, algún perro cruzó la calle asustado, incluso vimos una pareja de ardillas. El olor del incendio, que dejábamos a nuestras espaldas, era cada vez más fuerte. No llegaba el humo ni las llamas, pero se notaba perfectamente que cerca de allí, un incendio de dimensiones astronómicas se estaba cebando con todo lo que encontraba a su paso.
Cuando la noche comenzaba a caer sobre nosotros, conseguimos llegar a la gasolinera. Moverse en otoño tiene el hándicap de que tienes pocas horas de luz. Afortunadamente estaba totalmente abandonada. Aparcamos el coche en un lateral, donde estaban las cabinas nuevas de los aspiradores. Estas cabinas estaban separadas unas de otras por paneles, con lo que el coche quedaba a cubierto y no se veía desde la carretera que pasa por enfrente. Había algunos coches aquí y allá, pero ni una sola persona. La tienda estaba con las luces apagadas. La puerta corredera, sin energía, no se podía abrir pero uno de los paneles de cristal de su lado estaba reventado. Cogimos del coche las linternas y las armas, llevábamos a las perras atadas para que no se pusieran nerviosas por dejarlas en el coche.
-Miremos la comida de dentro por si pudiéramos usar algo -dijo Merche-. Así no gastamos nuestras provisiones.
Dentro, la tienda era un caos, se notaba perfectamente que había sido saqueada y no quedaba casi nada. Los expositores estaban desperdigados por el suelo, arrastrados y desmontados. Las cajas registradoras habían sido reventadas.
-Bueno, parece que no hay nada que podamos comer -comenté, mientras pateaba un par de bolsas abiertas de patatas-. ¿Nos quedamos aquí o vamos a la trastienda?
-¿Piensas dormir aquí? -preguntó Merche sorprendida.
-Hombre, aquí o en el coche. Ya es de noche y la iluminación publica no funciona -respondí, mientras señalaba hacia la calle.

Merche tenía muchas dudas acerca de parar allí por mucho tiempo. Miró desconfiada alrededor, se paseó un poco por la tienda.
-¿No podemos tratar de llegar a casa, aunque sea de noche? -preguntó, aún sabiendo que sería una locura.
-¿Noche cerrada, a saber cuántos accidentes de tráfico y coches en la carretera habrá, sin saber si hay gente o no? -no tuve que repetirlo-. Sé que la idea no mola nada, pero creo que es peor meternos en un viaje en la oscuridad.
Estaba claro que la única solución pasaba por quedarnos esa noche allí, ahora el problema era decidir si fuera o dentro.
-Aquí a lo mejor estamos más cómodos y calentitos -comencé-. Pero puede ser más peligroso y nos podemos quedar atrapados sin poder llegar al coche.
Merche estaba pensativa. Seria, sin verlo claro.
-Creo que prefiero estar en el coche -dijo por fin-. Si hay algún problema quiero poder escapar.
Y así lo hicimos. Antes de colocarnos para dormir, cogí el bidón de nuestro coche y tres más que había en la gasolinera. Son pequeños, de cinco litros, pero suficientes para un viaje. Merche estuvo trabajando en una gasolinera, hace muchos años, para sacarse un dinerillo mientras estudiaba. Se fue a la trastienda y liberó manualmente los surtidores. En poco tiempo llené tres bidones y los metí en el coche. El cuarto lo dejé para rellenar el depósito de nuestro coche; en cinco viajes estaba el depósito totalmente lleno. Se me ocurrió dejar por el suelo de la gasolinera unas líneas de gasolina, rodeándola y dejando un hueco por el que poder salir. Si nos atacaban, le prendería fuego y saldríamos a toda velocidad. “Tienes ideas de bombero”, me dijo Merche cuando se lo conté.
Me quedé vigilando un par de horas. No pasó nada, afortunadamente. El olor del incendio seguía presente aun estando a tres kilómetros de él. El viento era muy variable, así que no supe si se dirigía hacia nosotros o no. Me quedé dormido. Pasadas unas horas noté cómo Merche me zarandeaba, tratando de despertarme.
-¿Qué pasa? -dije, aún dormido.
-Mira allí -me respondió en voz baja.
Cuando miré hacia el punto que me señalaba Merche con el dedo, vi un coche. Estaba parado en la entrada de la gasolinera con las luces encendidas apuntando hacia los surtidores. Una persona se bajó de él con un bate de beisbol en la mano derecha, hizo un gesto hacia el interior y comenzó a andar, despacio, hacia la tienda.
-¿Qué hacemos? -preguntó Merche.
-Quédate quieta y veamos qué hace.
El hombre llegó a la tienda, entró en ella y escuchamos cómo rebuscaba entre los restos destrozados de los expositores. Bajé un poco

la ventanilla del coche para poder escucharle mejor. Un suave “joder” se oyó en el interior. Salió de la tienda y se dirigió a uno de los surtidores, cogió la manguera y apretó la manilla. Un gesto de alivio surgió de su cara, entró corriendo de nuevo en la tienda y salió con un paquete de bolsas para carburante. Vimos cómo rellenaba dos de ellas y corría hacia su coche con gesto triunfal, depositando la gasolina en el depósito del coche con ayuda de un embudo hecho con un periódico. La cabeza de una mujer asomó por la ventanilla del copiloto y comenzó a hablar con él, se la veía muy tensa y asustada. En contra de la voluntad de la mujer, que trataba de agarrarle el brazo desde el interior, el hombre volvió al surtidor a rellenar de nuevo las bolsas. En ese instante una sombra nos cortó el reflejo de las luces de aquel coche por un momento. Pasó rápido por nuestro lado, tenía que venir desde la parte trasera de la gasolinera. La mujer del coche comenzó a dar ráfagas, tratando de alertar al hombre, que se asomó con cara de sorpresa y le hacía gestos de duda con el brazo. Lamentablemente esos avisos le cegaron, y cuando se dio la vuelta no pudo ver el ataque que se le venía encima. La sombra golpeó fuertemente al hombre con un palo de hierro. Éste cayó al suelo en un charco de sangre, provocado por la brecha que le acababan de abrir en la cabeza. Un grito de júbilo salió del atacante. La mujer gritó asustada y salió del coche corriendo hacia el hombre. En ese momento otra sombra la asaltó y la agarró, levantándola en el aire y llevándosela hacia la tienda. Los llantos y chillidos de unos niños surgieron del interior del coche.

-Joder, tenemos que hacer algo -dijo Merche, mientras observaba la escena.

-Sí, parece que son dos -respondí, mientras trataba de vislumbrar en la oscuridad algún perfil más.

Salimos los dos del coche, Merche llevaba la pistola y yo un martillo.

-Cuidado con la gasolina -le dije.

-Menuda idea, podríamos dispararles desde lejos -no le faltaba razón.

Nos acercamos a la sombra que estaba pateando al hombre, que se retorcía en el suelo. Merche se situó enfrente de él apuntándole con la pistola, el tío quedó totalmente alucinado, tanto que se quedó quieto, mirándola de arriba a abajo con una cara de sorpresa que casi era cómica. En ese momento me acerqué a él por la espalda y hundí el martillo en su cráneo. Cayó fulminado en el suelo sobre un charco de sangre aún mayor, con sus sesos desparramándose por el tremendo agujero que le acaba de abrir en el parietal.

-Dame la pistola -le dije a Merche-. Quédate con él y trata de pararle la hemorragia de la cabeza.

Merche me entregó la pistola y corrió al coche a por el botiquín. Yo me dirigí hacia la tienda de la gasolinera. Podía oír los gritos de la

mujer, desesperados, mientras el otro energúmeno la pegaba y zarandeaba. Entré en la tienda, la zona principal estaba removida, el muy cabrón había arrojado a la mujer al suelo y la arrastró hacia la trastienda. No se dio cuenta de que me facilitó entrar sin hacer ni un ruido. Cuando llegué a la puerta vi que había atado a la mujer a un gancho que colgaba del techo, estaba casi desnuda y él se estaba bajando los pantalones. El muy cerdo no se había dado cuenta de que estaba a sus espaldas, estaba obsesionado con la mujer. De vez en cuando la acariciaba, la golpeaba mientras se tocaba y se disponía a violarla. Me acerqué y apunté con la pistola a su cabeza.
-Eh, hijo de puta -le chillé a un metro de él.
Se giró sorprendido, estaba flipando con la situación, trató de subirse los pantalones. Imbécil, en el momento que se reincorporó hice saltar su cabeza por los aires. Cuando cayó al suelo me acerqué y le metí un par de balas más en el cuerpo, una al corazón y otra a los huevos.
Solté a la mujer, se había desmayado hace tiempo. La tapé con un abrigo de Cepsa y salí a buscar a Merche. Había conseguido parar la hemorragia del hombre, era un golpe muy feo pero no era grave. Le vendó la cabeza y lo apoyó contra un poste. Estaba semiconsciente y no paraba de preguntar por su mujer y sus hijas.
-¿Qué tal? -me preguntó Merche.
-Bien, ya está muerto el otro cerdo -respondí-. Ha intentado violar a la mujer.
-Qué hijo de puta -maldijo Merche con rabia.
Se levantó y fue a la tienda a ver a la mujer, se llevó con ella el botiquín. En ese momento el hombre parecía algo más lucido, le ofrecí una botellita de agua.
-Habéis tenido suerte -le dije, manteniendo la distancia-. Si no llegamos a estar aquí os habrían matado a todos.
Me miró con cara de miedo, muy desconfiado.
-¿Dónde están mi mujer y mis hijas? -me preguntó, mientras trataba de mirar hacia su coche.
-Están bien. Las niñas siguen en el coche, parece que algo más calmadas, tu mujer está en la trastienda -le informé un poco de la situación-. ¿Cómo se te ocurre conducir de noche?
-¿Quién eres tú? -preguntó-. No nos hagas daño, por favor -comenzó a llorar.
-No te preocupes, ahora mismo estás lo más a salvo que te puedas imaginar -le respondí, mientras me inclinaba sobre él poniéndole la mano en el hombro-. Somos unos supervivientes de toda esta mierda, igual que vosotros. Eso sí, un poco más prudentes.
El hombre me miró a los ojos, no parecía creerse que estuviera a salvo, pero comenzaba a relajarse, las lágrimas cada vez eran más abundantes.

-¿Cómo te llamas? -pregunté-. Yo soy Borja, vivía por aquí cerca.
-Me llamo Manuel -respondió-. Vivimos… bueno… vivíamos en Madrid. Salimos de allí con la esperanza de llegar a la casa que tienen mis padres en Galapagar. No hemos podido contactar con ellos, pero sabemos que por la sierra en estas fechas hay poca gente y seguro que es menos peligroso que quedarse en la ciudad.
-Bueno, casi os matan pero sí, menos gente sí que hay.
Le tendí la mano para ayudarle a levantarse. En ese momento Merche salía con la mujer apoyada sobre ella. Me hizo un gesto con el pulgar, dándome a entender que estaba bien y tranquila. Nos acercamos los cuatro al coche a por las niñas. Ambas estaban acurrucadas en el asiento trasero, abrazadas y llorando en silencio. Cuando vieron a sus padres se abalanzaron sobre ellos.
-Será mejor que las cojáis y os metáis en aquella casa -dije, señalando un restaurante que estaba al lado de la gasolinera-. Ahora vamos nosotros.
Ambos cogieron a sus hijas, apagaron el coche y se fueron a la casa. Nosotros fuimos al coche, cogimos dos latas de comida, a las perras y un par de cuchillos que nos escondimos. Será una familia, pero hasta que no estemos tranquilos, pueden ser peligrosos. Cuando llegamos, la mujer había dejado a sus hijas en una esquina, entre dos mesas, tapadas con varios manteles. Ambas parecían tranquilas pero no querían perder de vista a sus padres.
-Toma, comed un poco -le dije al hombre, mientras le tendía las dos latas de albóndigas-. Tendrán que ser frías, pero es mejor que nada.
-Gracias -me miró con la cara iluminada-. Hace dos días que no comemos.
Los cuatro se juntaron en la esquina donde estaban las niñas y se repartieron, en platos pequeños cogidos de un mueble del restaurante, las albóndigas. Para las niñas había más cantidad que para ellos.
-Coged esto también -Merche se acercó a ellos y les tendió un poco de chocolate y dos botellas de agua-. ¿Os gusta el chocolate? -preguntó con una sonrisa a las niñas, que asintieron felices.
Dejamos que comieran tranquilamente y descansaran. Se les notaba a todos muy agotados. Cuando terminaron, Yuko y Boni se juntaron con las niñas y las estaban lamiendo y jugando con ellas, ambas estaban encantadas. Al rato, la madre se abrazó a las pequeñas durante unos minutos hasta que ambas se quedaron dormidas, cada una con una perra a su lado. Las dejó reposar tranquilamente sobre un colchón de manteles y con unos pequeños cojines como almohadas.
-Muchas gracias por salvarnos -comenzó Manuel a hablarnos, mientras se abrazaba a su mujer-. Ella es María, mi mujer. Aquellas pequeñas son Cristina y Elena, tienen once y ocho años.
-Las nuestras se llaman Boni y Yuko -dijo Merche con una sonrisa-.

Parece que se llevan bien.
Los cuatro sonreímos y miramos el cuadro que formaban las dos niñas con las dos perras a su lado, mientras las cuatro dormían profundamente. Transmitían una sensación muy cálida y apacible.
-Será mejor que tratemos todos de dormir, mañana hablaremos -les dije a todos-. No creo que tengamos que preocuparnos por más ataques.
Todos asentimos y nos colocamos en diversos lugares del restaurante. Entre Manuel y yo tapamos el cristal roto, por el que habíamos entrado, con una serie de tablones, mesas y sillas. Yo me quedé un rato mirando hacia la calle, comprobando el coche y mirando el resplandor del incendio que continuaba iluminando el cielo.
Por la mañana, María cogió a sus hijas y se fue al vestuario del restaurante. Comprobó que había unas duchas y aún corría el agua, y estaba decidida a dar una ducha a sus hijas porque llevaban dos días sin bañarse. Merche estaba sentada en una mesa con el ordenador, leyendo un correo de su madre. No quiere trasladarlo todo al blog, pero me lo ha resumido. “Hola hija, estamos bien. Gonzalo y Ana están aquí, vinieron el día de tu cumpleaños, pasaron por vuestra casa pero no había nadie. De Bea no sabemos nada. Laurita también está bien. Si venís, tened mucho cuidado por favor, besos.” La fecha del mail era de ayer por la tarde. Respiró aliviada y se fue al vestuario con María y las niñas, también se quería asear un poco. Las dos perritas se fueron con ella.
Manuel y yo nos quedamos en el comedor. Estuvo contándome que Madrid se convirtió en un autentico caos, venían del barrio de la Estrella. Los saqueos, enfrentamientos y asesinatos cada vez eran más frecuentes. El ejercito había tomado las calles y en algunos puntos no se paraban a comprobar si los civiles estaban o no infectados, la ciudad era una auténtica batalla campal. Consiguieron escapar con los padres de María y algunos vecinos, pero tuvieron un percance con un grupo de infectados que les atacó por sorpresa cuando pararon a recoger a un pequeño grupo de niños que andaban solos por Castellana.
-Fue algo horrible, no tienen piedad, disfrutan matando -contaba con lágrimas en los ojos.
Yo lo sabía. Los había visto actuar y me había tenido que enfrentar a ellos. Nada de lo que me contara sobre ellos me sorprendería. En cambio sí veía sorprendente la manera de actuar de los supervivientes, no parecía que tuvieran cuidado alguno, no iban preparados para defenderse ni sabían cómo actuar. Continuó contándome la historia; perdieron a los padres de María en el ataque, acabaron todos dispersados. Los que tuvieron suerte, como ellos, consiguieron dar esquinazo a sus perseguidores. Seguramente muchos de ellos caerían

en manos de los infectados y habrían muerto en sus manos o formarían parte de ellos. Fueron andando por Madrid durante un día hasta que llegaron a Moncloa. En el camino, me cuenta, vieron todo tipo de infectados; deformados, mutantes, animales, hombres, mujeres y niños. Todos unidos por una causa, matar. Consiguieron encontrar un coche con las llaves puestas y que no hubiera consumido toda la batería. Muchos coches estaban abandonados y sus dueños los habían dejado encendidos, no creo que alguien se pare a apagarlo cuando tiene que salvar su vida. De camino a Villalba se encontraron con cantidad de coches abandonados en la carretera, controles policiales destrozados y rodeados de cadáveres, cantidad de signos de luchas y muchísimos accidentes.

-Es increíble que aún estemos vivos -finalizó así su relato.

En mi turno le conté que a nosotros nos pilló en casa. Un día llegó el ejército y hubo algún que otro combate en la urbanización. Le hablé de los perros hiper desarrollados, de nuestros vecinos y de los infectados que nos atacaron en el Mercadona. No quise contarle todo lo que sabía; las pruebas, el Punto Seguro, los problemas en el laboratorio… son cosas que me guardaré para mí, a no ser que sea extremadamente necesario contar.

El día fue pasando, les contamos que íbamos en dirección al pueblo de la familia de Merche. No estaba muy lejos pero después de lo vivido ayer, quedó claro que el viaje iba a ser complicado. Después de hablarlo Merche y yo, decidimos invitarles a venir con nosotros. La familia se reunió durante un par de horas, seguramente valorando la posibilidad de ir con unos desconocidos o tratar de llegar a casa de los padres de Manuel, ya que estaba más cerca. Estaba claro que nosotros les infundíamos seguridad y por eso dudaban tanto.

-Manuel -le llamé-. Son las cinco y media de la tarde, no tenéis que respondernos ahora, mañana por la mañana nos podéis dar vuestra decisión definitiva. El jueves saldremos de aquí con o sin vosotros -no quise que sonara tan tajante, pero estábamos perdiendo mucho tiempo.

La gasolinera estaba muy tranquila, no hubo ningún movimiento en todo el día. Nos sentíamos muy seguros y, sobre todo, no volveríamos a salir con el tiempo justo. Salí al coche a coger unas latas de comida y algo de agua. “Estamos consumiendo más de lo esperado”, pensé mientras miraba las cajas de latas. Preparamos la cena y nos sentamos a contarnos un poco nuestra vida antes de la infección global. Manuel era aparejador autónomo, María era fiscal en un pequeño pueblo del sur de Madrid. Nosotros les contamos que éramos informáticos. Es cierto, pero yo no dije dónde trabajaba. Manuel encontró unas botellas de vino y algunas cervezas que compartimos tranquilamente entre los cuatro. A las dos de la mañana nos quedamos todos dormidos.

Es miércoles, son las diez de la mañana y soy el único levantado. Todos están tranquilos, la verdad es que nos viene bien a todos. Manuel se está recuperando muy bien de la herida de la cabeza y María parece que ha superado el asalto que sufrió. Hoy nos tienen que dar una respuesta. Les hemos ofrecido venir con nosotros y mantenernos a salvo mutuamente. Ayer estuvieron hablando solos un buen rato del tema.

-Lo primero, queremos agradeceros todo lo que habéis hecho estos días por nosotros –comenzó Manuel–. Sin vosotros no creo que estuviéramos aquí. Ayer María y yo estuvimos hablando de vuestra oferta de ir con vosotros a casa de la familia de Merche y buscar un lugar seguro para todos. Os mentiría si os dijera que me parece un buen plan. Tenemos a dos niñas de las que cuidar y no queremos ponerlas en peligro, pero después de lo vivido, creemos que nosotros no estamos preparados para cuidarlas de los infectados –hizo una breve pausa–. Además, estamos muy cerca de casa de mis padres y volver atrás nos preocupa.

-Lo entiendo perfectamente –dijo Merche–. Pero ¿y si no hay nadie u os encontráis con otros infectados?

-Ya lo sabemos –respondió María–. Eso es lo que nos da miedo.

-Lo que queremos decir –retomó Manuel la palabra–. Es que apenas nos conocemos, no sabemos si en tu casa nos van a aceptar y tampoco si llegaremos vivos.

-Estás en una encrucijada –le dije a Manuel–. El peligro está a ambos lados. Tú mismo lo has dicho, solos no llegaréis muy lejos.

Hubo un largo silencio, que de vez en cuando se veía roto por las carcajadas de las niñas, que jugaban con nuestras perritas al fondo del comedor del restaurante.

-Te podemos decir que encerrarse en una casa, al final, es condenarse –continué con la conversación-. ¿Qué haréis cuando se acabe la comida? Sinceramente, no os voy a insistir, pero creo que lo mejor para vosotros, para vuestras hijas, es quedaros con nosotros.

Se quedaron de nuevo pensativos y en silencio. Nosotros no ofrecemos nuestra ayuda porque sí, a ellos se la estamos ofreciendo porque tenemos una buena sensación con ellos, nos recuerdan a unos muy buenos amigos nuestros de Sevilla.

-Mañana por la mañana nos vamos –finalicé mi turno–. Si venís, bien, si no, también y mucha suerte.

Me levanté de la mesa. Estaba un poco irritado por la indecisión, sobre todo porque estaba suponiendo un tremendo retraso en nuestros planes. Merche me siguió, no sin antes comentarles un último consejo.

-Tranquilo –me dijo cuando llegó a mi lado–. Mañana continuamos y punto.

Merche y yo salimos del restaurante, nos acercamos al coche y recolocamos lo que estuvimos moviendo estos días para coger cosas. Le di la vuelta para tenerlo de cara a la salida. La luz del incendio era más tenue. Tras comer, nos quedamos viendo la televisión. Las noticias españolas tenían el mismo formato que las americanas de la CNN que vimos hace unos días. No decían nada de interés, o por lo menos, nada nuevo. Pusimos una película y nos quedamos toda la tarde viendo la tele y tomando una cerveza.

-Una cosa, si decidís venir con nosotros quiero que estéis totalmente preparados a primera hora –le dije a Manuel.

-No te preocupes, estaremos preparados –me dijo–. Nos vamos con vosotros.

ENTRADA 37

Martes, 25 de Octubre de 2011

Llegar a casa de la familia de Merche nos está costando mucho más de lo que podríamos habernos imaginado. Nos hicimos a la idea, antes de salir, de que era muy posible que no fuéramos a tardar los treinta minutos de un día normal, pero jamás se nos pasó por la cabeza que llevaríamos varios días de viaje y aún nos encontráramos a unos kilómetros de nuestro destino.

Ahora mismo estamos en un chalet, en una urbanización de Alpedrete, encerrados en el garaje y de momento no parece que podamos avanzar más.

El jueves por la mañana estábamos todos preparados para salir. Manuel y María habían metido a sus hijas en su coche. Les entregamos unas diez latas de comida, llenamos unas bolsas de carburante, no sin antes comprobar que el depósito estaba completo, y preparamos unas armas para ellos; un par de cuchillos, un bate de baseball de aluminio que encontramos en la gasolinera, seguramente de los trabajadores para protegerse de atracadores, y varias botellas con la mezcla de cóctel Molotov.

Hacia las diez de la mañana estábamos tomando la carretera que llevaba a la A6. Como bien nos dijo Manuel, había bastantes coches accidentados, algún camión cruzado en la carretera que nos obligó a meternos por el campo colindante para esquivarlo y, lo peor de todo, cadáveres en descomposición. Aquí y allí, centenares de cuerpos sin vida poblaban la carretera, los coches, el campo. Todos destrozados, golpeados, atropellados e incluso tiroteados. Un espectáculo dantesco.

Tardamos un par de horas en dejar atrás aquel maldito lugar; un pinchazo en el coche de Manuel o unas rocas que cortaban la entrada al campo en una zona de la carretera donde cinco coches habían formado un enorme amasijo de hierros levantando un muro infranqueable, hicieron que el trayecto se hiciera larguísimo. Poco a poco conseguimos avanzar, metro tras metro, hasta que llegamos a la autopista, justo en el momento en que una tremenda tormenta comenzó a caer sobre nosotros.

-Joder, casi no se ve –dije, mientras trataba de ver a través de un cristal donde rompían millones de gotas de agua, formando una cortina casi opaca.

-Quizás sería mejor parar un rato –propuso Merche, tratando de ayudarme a orientarme.

En ese momento llegó el primer problema grave del día. Afortunadamente íbamos muy lentos y pudimos ver la montaña de

coches que cortaban la autopista cuando las luces del coche comenzaron a escalar por ella. Cientos de automóviles, camiones y furgonetas habían sido colocados unos encima de otros hasta formar un tremendo muro de más de siete metros.

-Pues qué bien -dije, mientras paraba y me preparaba para bajar del coche.

-Ten cuidado -me pidió Merche, mientras cargaba la pistola.

Bajo la tremenda lluvia me acerqué al enorme obstáculo que nos impedía continuar. Pude ver, a través de las ventanillas destrozadas de la primera línea, varias grúas del ejército, abandonadas con prisa tras realizar su trabajo. Totalmente imposible continuar por allí, ni se me pasaba por la cabeza la posibilidad de empujar alguna columna de coches con las grúas.

-¿Qué tal pinta tiene? -la voz de Manuel sonó a mis espaldas.

-Muy mala -respondí-. Detrás hay grúas del ejército, pero está montado de tal manera que, si movemos algo, seguro que se viene todo abajo. Creo que deberíamos ir por otro camino.

La idea de cambiar de camino no me gustaba en absoluto, suponía dar la vuelta y coger carreteras secundarias, más estrechas, obligados a pasar por multitud de urbanizaciones, además de tener que recorrer muchos más kilómetros.

-Bueno, ve dando la vuelta -le dije a Manuel, mientras echaba un último vistazo al maldito muro-. Ah, por cierto, se me olvidó darte esto -le tendí uno de los Walkies que teníamos-. Así estaremos en contacto.

-Vaya, gracias -respondió mientras lo cogía.

-Vamos.

En ese momento un golpe sonó al otro lado. Le hice una señal a Merche para que apagara las luces, mientras Manuel salió corriendo hacia su coche para hacer lo mismo. Un nuevo golpe vino justo del otro lado, frente a mí.

-Mierda, aquí no hay nada de comer -una voz resonó entre los coches-. ¿Habéis encontrado algo? -gritó hacia su espalda.

-No, nada -respondió una segunda voz.

-Por aquí tampoco -una tercera voz resonó a nuestra derecha.

No sabía qué hacer, me quedé inmóvil observando, a través de los coches, los haces de luz que bailaban al otro lado delante de varias siluetas. Se acercaban a todos los vehículos, desaparecían por un momento y volvían a aparecer para saltar al siguiente. No estaban teniendo suerte en su búsqueda.

-¡Aquí hay una ración militar! -gritó una de las voces.

-Bien -respondieron al unísono las otras dos- ¿Está completa? -preguntó una de ellas después.

-Sí, tiene dos latas y un poco de mermelada -les informó el

primero.

-Guárdalo, tenemos que seguir buscando comida para todos.

“¿Todos?” Joder, no me gustaba nada la idea de que hubiera más gente. Traté de fijarme en los ojos de los individuos. Recordaba al infectado que estaba pegado a la puerta del portal, cuando empezó todo, sus ojos brillaban con un destello siniestro. No conseguía centrar la vista por culpa de la lluvia, las linternas y el movimiento continuo. Me incliné un poco más. “Clonk” un estruendo resonó en la carretera, sin darme cuenta me había apoyado demasiado sobre el capó del coche que tenia frente a mí. “Mierda” pensé mientras me reclinaba de nuevo.

-¿Qué ha sido eso? -una de las voces gritó nerviosa.

-No lo sé, tened cuidado -ordenó la primera que escuché-. Estad alerta, si son infectados tenemos que salir corriendo lo más rápido posible.

Oí cómo uno de ellos se acercaba hacia la parte del muro que daba al coche donde yo me escondía. Pude notar cómo se agachaba y entraba poco a poco en el coche continuo al mío en el muro.

-Ten cuidado Jorge -una voz de mujer sonó al fondo.

Ya van cuatro, si no estaba equivocado. El llamado Jorge se estaba acercando cada vez más. La lluvia comenzó a amainar.

-Creo que veo algo -dijo Jorge-. Hay dos coches tras el muro que no estaban ayer.

Pude ver que Merche se había agachado y no se la veía, pero lo malo fue que los otros tres individuos se acercaban hacia el muro. Noté el aliento de Jorge en la cabeza, estaba a punto de salir del coche. No sé como llegué a esa decisión, quizás fuera el momento de miedo, quizás fuera la idea de sobrevivir a toda costa, pero cuando sacó medio cuerpo del coche solté un derechazo con toda la fuerza que pude sobre su pecho. Un quejido salió de su boca mientras se quedaba sin aire.

-¡Merche! -grité al incorporarme-. Arranca, nos vamos de aquí -le solté otro derechazo en la cara.

Merche arrancó el coche y comenzó a dar la vuelta. Manuel hizo lo propio y comenzó a dar marcha atrás en el suyo. Las voces y pasos comenzaron a crecer con rapidez, acercándose hacia el muro.

-¡Jorge! -chillaron al unísono.

Miré durante unos segundos a Jorge. Trataba de decirle que ni se les ocurriera seguirnos. Sangraba por la boca y lloraba, o eso parecía, la lluvia había cesado pero estábamos todos calados. Me miró, suplicaba por su vida. Me giré y salí corriendo hacia el coche, me monté justo en el momento en que los compañeros de Jorge asomaron por los huecos del muro.

-Cabrón -gritó uno de ellos, mientras nos lanzaba una lata de

Coca Cola que había en el coche por el que se había colado.

Comenzamos a avanzar por la autopista en dirección contraria a las siluetas. Afortunadamente con cada metro que avanzábamos más pequeñas se iban haciendo, no nos estaban siguiendo.

-Manuel, aminora -dije por el Walkie-. Parece que les hemos dejado atrás.

Redujimos la marcha, el cielo comenzó a despejarse, la tarde caía sobre nosotros. La carretera estaba algo más despejada en esa dirección. Seguíamos pasando coches accidentados o abandonados, pero no en la cantidad que habíamos llegado a ver hasta ese momento. Por fin llegamos al desvío de Guadarrama. Estábamos muy lejos de nuestro objetivo pero a salvo, de momento.

-¿Qué hacemos? -preguntó Manuel por el Walkie.

-Vamos a parar aquí, comemos y ahora pensamos qué hacemos -respondí.

Los siete bajamos de los coches, estábamos debajo del puente que forma la A6 sobre la carretera de El Escorial. El coche más cercano estaba a más de quinientos metros, la zona estaba bastante tranquila. Cogimos cuatro latas de comida y nos las repartimos entre todos. Tras la comida, las niñas se durmieron con las perritas en un coche, los adultos nos quedamos fuera hablando.

-No eran infectados -dije-. Cuando me oyeron, uno de ellos aviso a los otros de que tuvieran cuidado.

-Aún así -continuó Merche-. No podemos fiarnos.

Era cierto, en las pocas noticias que pudimos ver antes de irnos de casa, se avisaba de que muchos grupos de gente sana se habían vuelto iguales o más peligrosos que los propios infectados. No podíamos arriesgarnos a enfrentarnos a más problemas de los necesarios.

Cuando decidimos ponernos en marcha, la noche comenzaba a caer sobre nosotros. Es increíble lo rápido que pasan los días, no te das cuenta de la falta de luz hasta que no dispones de la artificial, y si además sumamos que los días son mucho más cortos por el otoño, no estamos haciendo bien las cosas.

Decidimos acampar en el polideportivo de Guadarrama, estaba como mucho a dos kilómetros. Desde nuestra posición podríamos ver los grandes focos del campo de fútbol. Arrancamos los coches y avanzamos por la carretera.

Cuando llegamos a la enorme puerta corredera de metal, estuvimos un rato parados mirando alrededor. La noche estaba realmente tranquila, la carretera parecía un cementerio de coches; camiones, furgonetas y multitud de vehículos se agolpaban aquí y allá, abandonados o accidentados. Algún que otro cuerpo sin vida asomaba por las ventanillas o yacía en el asfalto. Afortunadamente la lluvia se

había llevado consigo el fuerte olor que desprenden los cuerpos en descomposición, y el agradable olor del campo mojado nos rodeaba.

-Bueno, vamos a ver si la puerta se abre -le comenté a Merche, mientras me disponía a salir del coche.

-De acuerdo, ten cuidado -respondió, mientras se preparaba para cubrirme con la pistola.

Le hice un gesto a Manuel para que estuvieran atentos por si tuviéramos que volver a huir. Se limitó a asentir con la cabeza mientras se aferraba al volante del coche.

Me acerqué a la puerta, me paré frente a ella y comencé a echar un vistazo alrededor, buscando un botón, una manilla o algo que me pudiera permitir abrirla, pero lo único que encontré fue un simple tirador y una cerradura. “Bueno, esperemos que haya suerte”, pensé mientras agarraba el tirador y me disponía a tirar con fuerza. Con un tremendo chirrido la puerta comenzó a moverse; poco a poco la fui abriendo, pero el sonido era cada vez más fuerte. El raíl por el que se deslizaba estaba completamente oxidado. Eché un vistazo hacia los coches y vi las caras de preocupación de todos los ocupantes. Era consciente de que el ruido se oiría a varios metros de allí, pero era nuestra única opción. El frío comenzaba a ser muy desagradable y el cansancio se notaba en todos nosotros, sobre todo en Manuel. Finalmente la puerta quedó lo suficientemente abierta para que pasaran los dos coches. Le hice un gesto a Merche para que avanzara con cuidado y se metiera dentro. En unos minutos estábamos todos dentro del polideportivo, con la puerta cerrada de nuevo, tras un nuevo coro de chirridos, y resguardados.

El interior estaba totalmente oscuro. Merche encendió las luces largas del coche iluminando toda la cancha de baloncesto. Enfrente de nosotros se extendían varias hileras de camastros militares, unos cien de ellos aproximadamente. Algunas filas estaban descolocadas, otras mantenían el perfecto orden lineal con que se habían colocado. ¿Sería éste un Punto Seguro? Pude ver que encima o al lado de muchos de los camastros había mochilas, maletas, ropa y multitud de objetos personales.

-No me infunde mucha seguridad todo esto -escuché la voz de Merche a mi lado-. Si aquí ha estado tanta gente, ¿por qué ya no están? ¿Qué ha pasado aquí?

-No sé, quizás decidieron evacuarlos a otro sitio -respondí pensativo-. De todos modos, no montemos nada hasta que comprobemos que estamos en un lugar seguro.

-De acuerdo -afirmó Merche, mientras cogía del coche la pistola y el G36.

-Voy a ir con Manuel a comprobar los vestuarios, por si pudiéramos darnos una ducha, y los despachos, para dejarlos todos

cerrados y aislarnos aquí -informé a Merche.

-Preferiría ir contigo -me dijo.

-Lo sé, y yo, pero no quiero dejarles aquí con todas las provisiones y el material -le dije al oído-. Prefiero no arriesgarnos a que nos roben todo y se larguen.

-Vale -Merche se resignó, me dio un beso y se fue al coche con las perritas.

Avisé a Manuel para que viniera conmigo, le puse al corriente de mis planes. No se mostró muy contento de tener que venir conmigo y trató de protestar, pero no se lo permití.

-No te preocupes, ellas saben defenderse -le dije, mientras comencé a avanzar hacia la pequeña puerta que daba a los pasillos. Oí como maldecía a mi espalda.

Encontramos muchos enseres personales tirados por el camino, algún que otro rastro de sangre, varios casquillos y ventanas rotas pero, salvo eso, no había señales de vida. Estábamos totalmente rodeados de un silencio casi sepulcral. Fuimos comprobando todas las puertas que encontrábamos, la mayoría estaban cerradas con llave, a través de los ojos de buey no se veía nada en el interior, o atrancadas desde dentro. A éstas últimas les atábamos un trozo de cuerda, cogido de las redes de las porterías y protecciones, en las manillas y las asegurábamos atándolas a las verjas de las ventanas para que no se pudieran abrir. Por fin llegamos a los vestuarios. El femenino estaba cerrado con llave pero, por si acaso, hicimos lo mismo que con las puertas atrancadas, ya que era un sitio mucho más grande y no podíamos mirar dentro. El vestuario masculino estaba abierto. Bueno, estaba la puerta destrozada en una esquina. Entramos en él, toallas y ropa se encontraban tiradas por todos lados. En el suelo, desde un par de taquillas, había varios rastros de sangre que llevaban o provenían de las duchas, no lo teníamos muy claro, habría que comprobarlo.

-Acércate mientras yo te cubro -le dije a Manuel, mientras preparaba el G36.

Su cara fue un poema, entre el miedo y la rabia por no tener él el arma y ser el que abriera las puertas de las duchas, volvió a maldecir por lo bajo.

-No te preocupes, no voy a dejar que te pase nada -traté de tranquilizarle.

Nos colocamos enfrente de la primera ducha, el rastro se perdía bajo la puerta. Le hice un gesto a Manuel con los dedos “a la de tres… uno, dos, tres” y abrió de golpe, apartándose rápidamente. Vacía, las paredes estaban repletas de sangre y un pequeño charco en el sumidero hacía entender que la mayoría se había colado por él. “Vamos a la siguiente” le gesticulé a Manuel, hicimos el mismo procedimiento y nos encontramos el mismo resultado, la ducha vacía

y las paredes llenas de sangre. Definitivamente la dirección del rastro era hacia afuera. Comprobamos las duchas limpias, el agua corría con un débil caudal, pero por lo menos era suficiente para darse una ducha, ¡y salía caliente!

-Bueno, hemos terminado, vamos a avisar a las chicas y que vengan a ducharse o lavarse si quieren. Nosotros nos quedamos en el polideportivo preparando el campamento -le dije a Manuel. Un pequeño gruñido salió de su boca-. ¿Estás bien? -le pregunté.

-Sí, déjame, vámonos -respondió algo violento.

No me gustaba nada cómo se estaba comportando desde que entramos en el polideportivo.

Llegamos donde estaban los coches e informamos a las chicas de que todo estaba correcto, los vestuarios masculinos estaban disponibles por si querían darse una ducha o lavarse un poco. Me fijé en María y la vi con la mirada perdida y muy pálida. Cuando fui a preguntarle si estaba bien, Manuel me empujó, me miró con cara de pocos amigos, cogió a María y se fue a los vestuarios con ella y sus hijas.

-¿A qué viene eso? -preguntó Merche sorprendida.

-Ni idea -respondí, mientras miraba cómo desaparecían por la puerta-. Pero Manuel está muy raro.

Nos fuimos al coche a por las perritas, las soltamos por el polideportivo para que corretearan un poco e hicieran sus necesidades, no pensábamos salir fuera para ello. Preparamos unas latas para cenar, los sacos bajo una lona que atamos desde el techo del coche a unos bastones y cogimos algo de ropa para cambiarnos.

-Están tardando mucho, ¿no? -comentó Merche, mientras miraba hacia la puerta.

-La verdad es que sí -respondí, mientras miraba el reloj del coche, llevaban más de una hora y media en los vestuarios.

Entonces apareció Elena por la puerta. Se tambaleaba y lloraba, no paraba de gritar “Papá, papá”. Nos acercamos corriendo a ella, cuando la cogí en brazos vi que estaba cubierta de sangre.

-Joder -dijimos los dos a la vez.

Desde donde estábamos se comenzaron a oír el eco de los golpes que provenían del vestuario. Eran golpes secos, parecían dados contra algo blando. Un débil quejido acompañaba a cada uno de ellos y de vez en cuando, una risa nerviosa los tapaba.

-¿Manuel? -pregunté hacia el pasillo-. ¿Está todo bien?

Los golpes cesaron, la risa calló, solo los quejidos continuaban llegando.

-Esto no me gusta nada -Merche estaba nerviosa y tenía la pistola en la mano.

Dejé a Elena en el suelo, le acaricié el pelo y traté de

preguntarle qué había pasado, pero no respondía, solo balbuceaba y llamaba a su padre. Los golpes volvieron a resonar en el pasillo, esta vez de algo metálico chocando contra las paredes. Se iba acercando torpemente. Desde donde estábamos había unos cien metros de pasillo hacia los vestuarios que giraban a la izquierda por otro pequeño pasillo de unos quince metros. Los golpes se pararon cuando llegaron a la esquina. Como si de una película de terror se tratase, unos rayos comenzaron a iluminar el pasillo, una tremenda tormenta se estaba preparando fuera. Con el tercer destello pudimos ver una silueta al fondo del pasillo, andaba lentamente hacia nosotros. Una risa nerviosa comenzó de nuevo a resonar.

-Mierda, ¡Manuel! ¿Qué coño está pasado? -grité con más fuerza-. ¡Manuel!

No obtuvimos respuesta más que una risa mucho más fuerte, ya convertida en carcajadas. Un nuevo destello iluminó el pasillo, de nuevo la silueta apareció, estaba más cerca de nosotros. Cuando la luz desapareció, una imagen conocida y temida apareció ante nosotros a unos treinta metros. Unos ojos rojizos iluminaban la oscuridad del pasillo, llenos de furia, clavados en nosotros.

-Oh, no.-Un suspiro salió de la boca de Merche -está infectada.

-¿Infectada? -miré a Merche sorprendido.

-Es María -dijo entristecida.

-No me jodas -la sorpresa se hizo más grande.

Un nuevo destello iluminó el pasillo y por fin le vi la cara. Efectivamente, era María, tenía la cara desencajada por una sonrisa siniestra, su ropa estaba cubierta completamente de sangre. En la mano izquierda llevaba el bate de baseball que habíamos cogido de la gasolinera.

-Llévate a Elena -le ordené a Merche-. No quiero que vea esto.

En ese momento María comenzó a correr agotando los últimos metros que nos separaban de ella. Empujé a Merche hacia el polideportivo y cerré la puerta. “Joder, si no tengo armas” me miré las manos mientras me llamaba a mi mismo gilipollas. María cargó contra mí tratando de golpearme con el bate, lo esquivé por poco y la agarré del cuello. Comenzó a revolverse enloquecida, dejando caer el bate al suelo. Conseguí lanzarla contra la pared golpeándola en la cabeza pero, como si nada, ella se volvió a levantar tratando de atacarme de nuevo. Volví a esquivarla y salí corriendo por el pasillo hacia los vestuarios. “Joder, no he cogido el bate”, me estaba luciendo. María sí que se acordó del bate, pero no me siguió, comenzó a golpear la puerta del polideportivo como una loca, con tanta fuerza que se estaba destrozando las manos. Cuando llegué al vestuario vi la horrible escena que había tenido lugar. Las paredes estaban llenas de sangre y pequeños pedazos de carne, una mano cortada que reposaba encima

de un banco de madera era testigo de la carnicería que la rodeaba. Un rastro de sangre muy reciente se dirigía al fondo del vestuario, a la zona de los lavabos. Al entrar vi a Manuel apoyado en la pared, ensangrentado. Un abundante reguero de sangre le caía desde la boca hasta el estómago, a su lado estaba Cristina, o lo que quedaba de ella. Estaba cubierta por el brazo derecho de su padre, que le agarraba su tronco y cabeza, únicas partes que permanecían unidas. Me acerqué a ellos, Manuel todavía respiraba, muy levemente, pero seguía vivo. Levantó un poco la cabeza, no sin antes vomitar una buena cantidad de sangre, tenía un ojo colgando y multitud de golpes.

-¿Borja? -susurró-. ¿Eres tú?

-Sí -respondí.

-Lo siento, no quería que os enterarais, pensábamos que no le iba a pasar nada -cada vez le costaba más hablar-. En la gasolinera, el cabrón del infectado le hizo beber sangre -tosió y más sangre salió de su boca-. No se encontraba mal, pero esta noche tenía mucha fiebre y estaba muy mareada… intenté detenerla cuando cogió a Cristina, pero no pude- comenzó a llorar, su voz se apagaba cada vez más-. Lo siento, cuida de Elena… por favor.

Y dejó de hablar. Por eso estaba tan tenso hace unas horas, estaba demasiado preocupado por su mujer y sus hijas como para tener que comprobar el polideportivo. Se preocupaba porque no nos atacara a ninguno de nosotros.

En ese momento un grito sonó a mis espaldas. En el momento en el que me giré vi un bate acercarse rápidamente a mí, por poco no lo esquivo y casi me revienta la cara. El golpe fue a parar a la cabeza de Manuel haciéndola saltar en varios pedazos. Por un momento María dudó y, tratando de sacar el bate del cráneo de Manuel, tuvo un pequeño traspiés y cayó de bruces contra él. Empezó a gritar desesperada y a resbalarse con la sangre, parecía una marioneta descontrolada. La agarré de la camiseta y del pantalón y la balanceé con fuerza contra una de las pilas de lavabos de mi derecha. Un fuerte golpe sonó y de su frente comenzó a manar la sangre abundantemente. Antes de que se reincorporara, la agarré por el cuello y volví a golpear su cabeza contra el lavabo, con furia. Una nueva brecha dejó salir más cantidad de sangre. Se desmayó. Merche apareció en el vestuario con la pistola.

-¿Estás bien? -me preguntó-. Joder, qué hija de puta, la que ha montado aquí, ¿cómo ha podido hacerle eso a su hija?

-Dame la pistola -le pedí fríamente a Merche, mientras extendía la mano.

Puso la pistola en mi mano y, sin pensarlo dos veces, le pegué dos tiros en la cabeza a María. Cogí varias toallas del vestuario y tapé con ellas a Manuel y a Cristina.

-Vámonos -le dije a Merche, mientras la cogía de la mano.-Mierda.-No pude evitar llorar.

Cuando llegamos a los coches, Elena estaba dormida en el asiento trasero, flanqueada por Boni y Yuko. Merche la había tapado con una manta de Hello Kitty y las perritas le daban el calor que necesitaba.

-¿Y ahora qué hacemos? -pregunté a Merche.

-No sé, vamos a dormir y mañana lo veremos -respondió.

Nos metimos en los sacos, dejando la puerta del coche, que daba al asiento donde estaba Elena, abierta. No sé si dormimos o no, pero el día llegó rápidamente.

*(*De momento tenemos internet, recordar lo sucedido con Manuel y su familia me ha dejado sin ganas de continuar por hoy. En cuanto me recupere continúo contando cómo hemos llegado hasta este chalet.)*

ENTRADA 38

Miércoles, 26 de Octubre de 2011

La mañana del viernes comenzó con una tremenda tormenta. A lo largo de la noche se fueron sucediendo los chaparrones, pero al amanecer el día continuó sumido en la oscuridad bajo nubarrones negros, neblina y un manto de agua que no permitía ver con claridad.

Elena aún dormía dentro del coche, las perritas se habían despertado hace unas horas y estaban correteando por la pista del polideportivo. Merche y yo estábamos en las gradas, mirando, a través de los ventanales, el aguacero.

-¿Qué hacemos? -pregunté a Merche-. Deberíamos continuar.

-Sí -respondió Merche tranquilamente-. Pero con esta lluvia me parece peligroso salir de aquí con el coche. No tenemos ni idea de cómo estará la carretera.

Vimos cómo se iba formando un fuerte arroyo de agua que bajaba por la ladera del monte, llegaba a la carretera, inundándola y dejando a su paso una cantidad tremenda de barro y rocas.

-La verdad es que sí -Merche tenía toda la razón-. Si nos encontramos con algo de eso en la carretera, puede ser muy peligroso.

A media mañana, Elena se despertó. Bajamos juntos hasta el coche para estar con ella. Cuando nos vio, preguntó por su padre.

-Papá se ha ido a buscar ayuda con mamá -le dijo Merche-. Han dicho que nos encargáramos de ti y te quedases tranquila con nosotros.

La niña miró a Merche, con cara de cansada, y se abrazó a ella. No sé si se acordaría de lo que vivió hace unas horas, pero no dijo nada. Los tres nos levantamos, fuimos a un lavabo que había bajo las gradas, dentro del cuarto de mantenimiento, a lavarnos un poco. Por la noche no reparamos en esa pequeña habitación, pero, con la tenue luz que la mañana nos daba, pudimos saber de su existencia. Menos mal, no queríamos tener que volver a los vestuarios, habíamos dejado los cuerpos allí, encerrados y desde luego no queríamos que Elena viera a sus padres así.

Al medio día, la lluvia amainaba poco a poco, nos preparamos un par de latas de comida para los tres. Elena nos sorprendió con una pequeña bolsa de comida para perros que guardaban en su coche. “Era de Luna, nuestra perrita” seguramente Manuel y María ni se acordaban de que la tenían, estarían demasiado preocupados por salvar a sus hijas que un saco de comida para perro no era importante. Yuko y Boni dieron cuenta de la nueva comida, les costó un poco. Normal, después de degustar las latas de comida precocinada de sus dueños, el pienso era comida para chuchos pero, viendo que no

conseguirán nada, se resignaron a comerlo.

Por la tarde, por fin, la lluvia dejó de caer y el día comenzaba a despejarse poco a poco. Pudimos ver, a través de los ventanales, que teníamos un pequeño supermercado enfrente del polideportivo. Tras hacer un recuento rápido de la comida que nos quedaba, estaba claro que era necesario echarle un ojo por si hubiera restos que pudiéramos coger. Si no hicimos las cuentas mal, no tendríamos comida en diez días y, teniendo en cuenta lo que estábamos tardando en llegar a casa de la familia de Merche, ese dato era preocupante.

-Me acerco yo con la pistola y tú me cubres desde los ventanales con el G36 -le propuse a Merche-. Podemos hacer un banco de tiro para que no tengas mucho retroceso.

-Vale, pero ten mucho cuidado.

Y así lo hicimos. En el momento en el que la tarde comenzaba a menguar su luz, salí del polideportivo por el pequeño hueco que abrimos en la puerta corredera. Una vez en la calle, estuve pidiendo, no sé a quién, que por favor ese día fuera tranquilo y no tuviera que enfrentarme a nada ni a nadie.

Llegué a la carretera, coches abandonados aquí y allí la poblaban, había mas de los que creí ver el día anterior. Avancé rápidamente para cruzarla en el menor tiempo posible y me acurruqué detrás de una parada de autobús, a unos veinte metros del supermercado. Antes de continuar, miré hacia el polideportivo. Ver a Merche apuntando hacia mí con el G36 me dio bastante seguridad. Habíamos quedado que, sí ella veía algo fuera de lo normal, me avisaría con destellos continuos de la linterna. Tras esperar unos minutos y sentir que todo estaba totalmente tranquilo, me acerqué a la puerta del supermercado. La verja de seguridad estaba echada. Afortunadamente no era de persiana, sino de esas que se extienden de un lado a otro y solo estaba asegurada con un candado. Apunté con la pistola al candado, como hacen en las películas, me tapé la cara y apreté el gatillo. Lo único que conseguí fue hacer ruido. Mi disparo había alcanzado al candado pero no lo había roto, solo tenía una abolladura en el centro. “Bueno, dispararé a uno de los brazos” pensé y volví a repetir la operación. Esta vez conseguí arrancar un pequeño trozo del candado y abollarlo un poco más, pero no lo suficiente como para abrirlo. “Joder, cómo nos mienten en las películas.” Con ese pensamiento en la cabeza volví a disparar y por fin el candado cayó al suelo. “Tres disparos a conciencia, cuando en las películas disparan a lo loco y lo consiguen a la primera, en fin.” Tiré de la verja lo suficiente como para dejar la puerta descubierta. La empujé, pero estaba cerrada. Con dos empujones mas comprobé que no era de muy buena calidad y, con decisión, lancé un fuerte golpe con el pie sobre el cierre que saltó por los aires, abriendo la puerta de par en par.

Dentro del supermercado, Merche me tendría que avisar por el Walkie, así que lo encendí y comprobé que estábamos en la misma frecuencia.

-¿Merche? -hablé hacia el Walkie-. ¿Estás ahí, me oyes?

-Sí -respondió-. Qué bruto eres.

-¿Por? -pregunté sorprendido.

-Menos mal que querías ir con cuidado, he oído los golpes desde aquí -me dijo con un tono entre enfadado y alegre.

-Joder, es que no es tan fácil como en las películas -dije-. Maldito Eastwood y sus pelis del oeste.

-Deja de hacer el bobo y date prisa -su tono era desenfadado pero firme.

Tras la breve conversación con Merche me adentré en el supermercado. Increíblemente estaba totalmente ordenado, nadie había pasado por allí. Las estanterías no estaban repletas, pero algo quedaba. Tenía toda la pinta de que, antes de irse todo a la mierda, la gente compró lo que pudo y el dueño no repuso las existencias. Quitando los productos caducados, pude hacerme con varios sobres de preparado de sopa, once latas de lentejas (de nuevo la gente no veía la utilidad de la comida enlatada) un par de botellas de agua, toallitas higiénicas, tres chocolatinas y un huevo Kinder, para Elena.

Pasé a la trastienda, estaba más oscuro y tuve que encender la linterna. El desorden aquí era un poco más predominante, se notaba que habían estado buscando nerviosamente entre los archivos, cuadernos y cajones del escritorio. Una caja fuerte en la pared, abierta totalmente, daba a entender que los dueños no querían dejarse nada importante atrás, ya fuera dinero, papeles de los seguros, escrituras. A saber si realmente servirían de algo en la situación a la que habíamos llegado. Rebusqué un poco y, para mi sorpresa, no se habían llevado todo lo realmente importante. Una escopeta de dos cañones descansaba en el fondo de un pequeño armario, acompañada de una caja de veinticinco cartuchos. La suerte nos sonreía un poco. Entre los que teníamos en el coche y estos, sumábamos unos cuantos cartuchos de escopeta. Tener un arma más, con potencia de fuego, era todo un chollo, sobre todo porque el G36 dejaría de ser útil en cuanto gastáramos el cargador que nos quedaba.

Volví hacia la parte delantera del supermercado, echando un vistazo a mi alrededor por si daba con alguna sorpresa más.

-¿Va todo bien? -escuché la voz de Merche por el Walkie.

-Sí, sí, he conseguido bastantes cosillas -respondí-, quedan algunas que podríamos usar pero no tengo sitio en la mochila.

-Déjalo, si las necesitamos iremos de nuevo -me dijo Merche.

-Vale, ya salgo.

Salí del supermercado, cerré la puerta y la verja tratando de

dejarlas lo mejor posible, para que no pareciera que había pasado por allí. Me costó un poco dejar la puerta bien colocada, estaba un poco desencajada del marco por el golpe que había recibido. Comprobé que lo tenía todo encima antes de volver al polideportivo. Cogí el Walkie para apagarlo.

-Hooola -una voz chulesca sonó en el altavoz-. Os estamos viendooo.

“Joder, mierda”, pensaba mientras corría como un loco hacia el polideportivo. Merche me esperaba con la puerta entreabierta y con el G36 en la mano, exigiéndome que me diera prisa en entrar.

ENTRADA 39

Miércoles, 26 de Octubre de 2011

Tuvimos el Walkie encendido toda la noche. De vez en cuando la voz nos decía algunas palabras, aunque la mayoría eran ininteligibles. El caso es que me resultaba conocida, no sabía cuándo pero esa voz la había escuchado antes, y desde luego no fue de forma amigable.

-¿Cómo estáis? -dijo una de las veces-. ¿Habéis encontrado muchas cosas en el supermercado?

-¿Y eso a ti qué te importa? -respondí-. ¿Qué quieres?

-Epa, tranquilo -la voz me resultaba muy cargante-. Es solo curiosidad. ¿Sabes qué pasa? que nosotros íbamos a entrar en ese supermercado y os habéis adelantado.

-Lo siento mucho pero necesitamos comida -dijo Merche-. Seguramente tengáis otro en el pueblo.

-Jajajaja -rió fuertemente-. ¿Y arriesgarnos a encontrarnos con uno de esos locos infectados?

-Ese no es nuestro problema -comenzaba a cabrearme-. Dejadnos en paz y seguid vuestro camino.

-Me parece que no entiendes la situación -la voz tomó un tono serio-. Hemos visto vuestras armas, hemos visto que has cogido comida, no creo que seáis muchos, sino no habrías ido tú solo -respiró un momento-. Queremos esa comida y esas armas.

-Venid a por ellas si tenéis cojones -gritó Merche cortando la comunicación

-¿Y ahora qué? -nos preguntamos mutuamente.

Sí, ¿y ahora qué? Estaba claro que no nos enfrentábamos a infectados. Aquellas personas les tenían miedo, pero a nosotros no. No sabemos a cuántos nos podemos enfrentar. El grupo de la otra noche me vino a la cabeza, ¿nos habrían seguido? Es posible, tampoco habíamos ido muy lejos y los ruidos de la puerta corredera al abrirse fueron bastante altos. Pensábamos lo más rápido posible. ¿Nos arriesgábamos a salir con el coche a toda velocidad? ¿Creábamos un fortín en el polideportivo a la espera de un posible ataque? No cabía duda, estaban cerca, habían visto la comida, me habían visto a mí.

Cuando amaneció, Merche subió a las gradas para mirar por el ventanal, en la zona trasera no vio nada, en la parte delantera, sí, había un par de siluetas en lo alto de la pequeña colina, por la que habíamos visto bajar la riada. Estaban inmóviles pero vigilantes. Uno de ellos tenía unos prismáticos y observaba el polideportivo y las inmediaciones, el campo de fútbol, la piscina, imagino que buscando una manera de entrar sin peligro de caer bajo nuestro fuego. Cuatro

siluetas aparecieron al lado de las dos primeras. Comenzaron a correr colina abajo armados con palos, hachas y palas. Merche se preparó para disparar.

-Espera -le dije-. Aún están muy lejos y quedan pocas balas en el fusil. Coge la pistola -le dije tendiéndosela-. Vamos a usar la escopeta.

-Elena -gritó Merche-. Coge todo lo que puedas y ve metiéndolo en el coche, cielo.

-Sí -respondió la niña, ilusionada por ser útil. Torpemente comenzó a guardar las cosas en el Citroën.

Yo cogí la escopeta y fui a comprobar que la puerta que daba al pasillo de los vestuarios continuaba bien cerrada. Después me dirigí corriendo hacia el pequeño ojo de buey que había al lado de la puerta corredera del polideportivo.

-¿Dónde están? -le pregunté a Merche.-Desde aquí no los veo.

-Dos vienen directos a la puerta, los otros dos han girado hacia el campo de fútbol y no los veo -me informó Merche-. Los dos de la colina siguen ahí parados.

Unos cristales rotos llamaron nuestra atención. El sonido vino del fondo del pasillo. Seguramente estaban intentando entrar por las puertas que daban al campo de fútbol. Antes de dirigirme hacia el pasillo, cogí un rollo de cuerda que teníamos en el coche, lo até a la manilla de la puerta y, dejándolo lo más tirante posible, lo llevé hasta el poste de hormigón que sujetaba la canasta de baloncesto atándolo a él.

-Merche -dije-. Si ves la oportunidad, baja a colocar el coche de cara a la puerta por si hay que salir huyendo.

-Vale -me respondió sin apartar la mirada de la colina.

Corrí hacia la puerta del pasillo, pasando antes por el coche de Manuel para coger un cóctel Molotov. Los ruidos de golpes tratando de abrir la puerta se estaban intensificando. Miré por el ojo de buey, todo estaba tranquilo, no había nadie dentro. Me fijé en una escalera que estaba pegada a la pared. Ésta subía hasta el techo, acabando en una pequeña plataforma, donde estaba el marcador, con un pequeño ventanal cuadrado que daba al campo de fútbol. “Bien”, pensé mientras me cruzaba la escopeta por debajo de la camiseta enganchándola con el cinturón. Subí por la escalera. Cuando llegué arriba supliqué porque, desde ese ventanal, se viera la puerta de entrada al pasillo, “demasiada suerte estamos teniendo”, pensé al ver a los dos individuos en la puerta, golpeándola con un hacha y una pala. Encendí el trozo de tela, abrí poco a poco el ventanal y arrojé el cóctel sobre ellos. De inmediato, ambos comenzaron a arder rápidamente, gritaban, corrían, como gallos sin cabeza, de un lado a otro, uno de ellos cayó al suelo y dejó de moverse, el otro salió

corriendo a la carretera.

Bajé rápidamente las escaleras. En la puerta corredera se comenzaron a oír las voces de los otros dos atacantes mientras trataban de abrirla.

-No puedo, está cerrada con llave -dijo uno.

-No, está atrancada con algo, ¿no ves que se mueve un poco? -respondió el otro-. Tira fuerte.

Cargué la escopeta, por el Walkie le dije a Merche que preparara todo para salir pintado de allí. Dos habían caído y nos quedaban otros dos, que supiéramos, en la puerta principal. Merche bajó corriendo por las gradas. Cuando llegó a mi lado me dijo que los tíos de la colina ya no estaban, se habían ido en dirección contraria.

-Prepárate, voy a hacer una locura y nos vamos de aquí a toda leche -le dije.

Me miró con cara de miedo, temía mucho mis planes locos. La sonreí y me fui a la puerta. Preparé la escopeta, cuando vi que Merche me daba el OK y estaba lista, dentro del coche con Elena y las perritas, comencé con la locura. Solté un poco la cuerda, esto hizo que tuviera poca resistencia a los envites que realizaban los atacantes al otro lado para tratar de abrirla, me acerqué a la puerta, en ese momento consiguieron abrirla, un grito de júbilo salió de ellos pero quedó enmudecido cuando me vieron frente a ellos. Apreté el gatillo de la escopeta, uno de ellos salió disparado hacia atrás por el terrible impacto que recibió en el pecho, se estrelló contra el muro que formaba la verja principal y cayó, deslizándose por la pared, dejando un enorme rastro de sangre. El otro, salpicado por la sangre, se quedó inmóvil mirándome, no sabía qué hacer, se arrodilló y comenzó a llorar, suplicando que no le matara.

-Por favor, no me mates, no me… mates… no… me mates -balbuceaba.

-¿Cuántos sois? -grité. Me acerqué a él.

-No, no, no -se arrastró hacia atrás-. Te lo diré, pero no me mates -su llanto cada vez era mayor.

-¿Cuántos sois y dónde estáis? -estaba perdiendo la paciencia.

Merche arrancó el coche y comenzó a acercarse a mí.

-Somos unos doce -respondió-. Estábamos en el Carrefour de Villalba, la otra noche atacasteis a algunos de los nuestros.

-¿Y qué coño queréis? -le amenacé más violentamente.

-Solo comida, solo comida -estaba realmente acojonado-. Pedro pensó que si os pillábamos podíamos quitaros la comida, los coches, las armas, todo lo que tengáis.

-Entonces no ibais al supermercado -mantuve mi tono de amenaza.

-No, no -respondió-. Os seguimos desde el muro, vimos que

parasteis en el puente y luego entrasteis aquí.

En ese momento se oyó el eco de un disparo. El hombre que tenía enfrente cayó al suelo fulminado y la bala rebotó a mi lado, unos centímetros más y me habría alcanzado en la pierna. Merche aceleró, poniéndose a mi lado, entré rápidamente en el coche. Un nuevo disparo destrozó la ventanilla de mi puerta, por los pelos no encontró su objetivo.

-Vámonos de aquí -grité en cuanto cerré la puerta.

Merche arrancó rápidamente y cogimos la carretera que subía hacia el pueblo. Un nuevo disparo se oyó pero no llegó a alcanzarnos.

-Vamos, vamos -gritaba Merche mientras conducía-. Mierda -dijo cuando miró por el retrovisor.

Me di la vuelta y vi cómo un cuatro por cuatro saltaba a la carretera desde la colina. Nos estaban siguiendo. Llegamos a la rotonda del pueblo y Merche giró a la derecha, en dirección Alpedrete. El todoterreno hizo lo mismo y se iba acercando a nosotros. Nos golpearon por detrás, Merche casi pierde el control pero consiguió mantenerse en la carretera. Aceleró lo más posible. Cogimos un badén y volamos por los aires. Oí cómo, detrás, Elena se quejaba y Yuko lloriqueaba.

-Mierda -dije, mientras rebuscaba en la mochila. Cogí el último cóctel Molotov que nos quedaba.

El todoterreno se estaba intentando poner a nuestro lado, tratando de hacernos derrapar y perder el sentido de la marcha mientras nos daba golpes por el costado. La ventanilla izquierda bajó y un tío se asomó por ella, llevaba una palanca de metal con la que comenzó a golpear el coche. La carretera del pueblo se nos acababa y el comienzo de la nacional seis desde Guadarrama era muy peligroso. Dos curvas ciegas, rodeadas por muros de granito, iniciaban un recorrido muy sinuoso, cuesta arriba.

-Merche, trata de mantenerte a su lado, no le permitas que nos golpee muy fuerte -le dije, mientras encendía el trapo del cóctel.

-No es tan fácil -dijo, manteniendo el coche lo más estable posible.

-Lo sé, pero lo estás haciendo de puta madre -las palabras finas ya no tenían cabida.

Con el codo, rompí lo que quedaba de ventanilla, el disparo la había resquebrajado entera y no me costó mucho deshacerme de ella. Como pude me coloqué sentado en la puerta, mirando al tío que golpeaba el coche con la palanca. Estaba enajenado, me sonreía como un loco y me amenazaba sin parar, no estaba infectado pero se le había ido la cabeza totalmente. Cuando se dispuso a golpear de nuevo el coche, apartando la vista de mí, saqué el cóctel y lo lancé contra él. La botella rompió en su cabeza y se expandió hacia el interior. El

coche comenzó a arder rápidamente, es increíble la acción de la gasolina, el fuego y las telas. Ambos pasajeros se revolvían como locos dentro. El tío que nos estuvo golpeando se arrojó por la ventanilla, golpeándose contra el asfalto y rodando varios metros, una bola de fuego. El conductor no conseguía salir, comenzó a dar bandazos. Las llamas salían por las ventanillas, en uno de ellos se echó sobre nosotros. Merche no pudo evitarlo, me agarré como pude. Los dos coches salieron de la carretera, el todoterreno se estrelló contra el muro de la fábrica de Mahou. Merche consiguió frenar pero no pudo evitar chocar contra una farola.

En pocos minutos conseguimos reaccionar, el coche estaba algo abollado pero funcionaba todavía, solo había saltado mi airbag, que casi me hace caer fuera del coche.

-¿Estáis bien? -preguntó Merche.

-Sí -respondí.

-Sí -respondió Elena-. Boni y Yuko también.

-Menos mal -suspiró Merche.

Increíblemente habíamos escapado. Era alucinante lo que habíamos vivido, era increíble que estuviéramos vivos. Dentro de lo que cabe estamos saliendo bien de casi todos los problemas.

Salí del coche e indiqué a Merche para que sacara el coche de la cuneta. Cuando terminamos, vimos las luces de un coche, estaba parado a lo lejos. Cuando nos giramos, se dio la vuelta y desapareció rápidamente en dirección Guadarrama.

Arrancamos y nos dirigimos hacia Alpedrete. Antes de llegar al desvío tuvimos un grave problema. No podíamos continuar con el coche, el ejercito había levantado, cortando la carretera, varios muros de hormigón. Estaban flanqueados por lo parecían unas garitas de control, pero, al abandonarlo, habían cerrado el único paso con más bloques.

Aparcamos el coche en una finca, tras el muro de rocas y los árboles. La noche estaba sobre nosotros e ir andando no era un plan muy agradable. Descansaríamos allí, turnándonos para vigilar y al amanecer continuaríamos el camino.

ENTRADA 40

Jueves, 27 de Octubre de 2011

No pude dormir ni un poco, estaba demasiado preocupado por nuestros perseguidores así que dejé que Merche durmiera tranquila con Elena. Estuve haciendo, mentalmente, una lista de todo lo que teníamos, seleccionando lo que debíamos llevarnos. Comida, armas, cuerda, navajas, Walkies, linternas, pilas, cerillas, botiquines, agua, ropa de abrigo, tienda, sacos de dormir. Teníamos que meter todo en cuatro mochilas, como mucho. Pensaba darle una pequeña a Elena con cosas poco pesadas y que, quizás, podríamos necesitar.

Cuando comenzó a amanecer avisé a las chicas, ambas se desperezaron. Salimos fuera del coche, ya no llovía, nos lavamos un poco, desayunamos y preparamos las mochilas. Me asomé a la carretera, no había señales de vida. La idea era avanzar siguiendo la carretera, no queríamos ir campo a través, arriesgándonos a encontrarnos de frente con un rebaño de toros, muy usual en aquella zona. Estábamos bastante lejos de nuestro objetivo así que teníamos en la cabeza que, antes de que anocheciera, debíamos encontrar un lugar para refugiarnos.

Pasamos el muro de hormigón por un lateral, encontramos un pequeño hueco al lado de un muro de piedras. Detrás de él vimos unos cuantos coches en fila, aparcados en la cuneta ordenadamente. Según pasábamos cada uno de ellos, nos fijábamos en los interiores, totalmente vacios, ni cuerpos, ni pertenencias, ni llaves, nada de nada. Cuando llegamos al desvío de Alpedrete, nos llevamos una sorpresa, un humvee del ejército español descansaba en el centro de la isleta. Corrí hacia él. “Ojalá tenga las llaves”, pensé cuando abrí la puerta, pero no tuvimos suerte. “Suficiente con la que nos ayuda a sobrevivir, ¿no?”, me dije a mí mismo. Entré en el enorme vehículo, no había llaves que lo arrancaran pero encontré un par de cosas muy útiles, una radio de alta frecuencia y dos cargadores de G36 completos.

Tras revisar un par de coches más, nos metimos por el desvío que llevaba a las primeras urbanizaciones de Alpedrete. En esta zona ya no había coches, estaba extrañamente despejada. Poco a poco fuimos avanzando, en unas tres horas llegamos al pueblo. El avance no era demasiado rápido porque Elena se cansaba a menudo, normal siendo tan pequeña, y Boni es muy mayor para estas palizas. Al llegar al pueblo descansamos un poco en una pequeña plaza. Comimos, bebimos algo de agua y planeamos qué hacer. El día volvía a amenazar con lluvia, así que decidimos buscar un chalet en las afueras, cerca de la carretera de Villalba.

Pasamos el pueblo y al llegar a la carretera comprobamos el

porqué de la falta de coches en el camino, una nueva barrera de coches bloqueaba el paso. Tuvimos que rodearla y tardamos algo más de media hora en encontrar una vía por donde flanquearla. Al cabo de un rato de andar, esquivando coches, todos sin las llaves, llegamos a la última urbanización y entramos en ella. Estábamos a unos metros de la rotonda de Navacerrada, eso significaba que nuestro objetivo estaba más cerca. Volvimos a tener algo de suerte, la primera casa de la colonia estaba abierta. Entramos en ella. Totalmente abandonada. Todas las habitaciones tenían los armarios y cajoneras abiertos y revueltos por el suelo, sus dueños habían salido con muchísimas prisa. Pensamos que lo mejor era meternos en el garaje, no hacía demasiado frío dentro. Cogimos un par de calefactores, que encontramos en la cocina, los colchones de las habitaciones, mantas, almohadas, alguna lámpara y montamos el campamento. Comprobé que la electricidad funcionaba correctamente y vi que en el salón tenían un modem de Movistar. Configuré la conexión wifi del portátil. Merche fue a la cocina y calentó agua para hacer un poco de sopa caliente.

-Borja -Elena tiraba de mi abrigo-. Me duele la cabeza y estoy muy cansada.

-¿A ver pequeña? -respondí, mientras le tocaba la frente-. Dios, si estás ardiendo.

La pobre niña, con tanto esfuerzo y frío, no pudo aguantar y había pillado un buen resfriado. Tenía fiebre y temblaba. Se lo comenté a Merche, que trajo un termómetro que encontró en una de las habitaciones, y sopa caliente para la pequeña. Le dimos un tercio de ibuprofeno, era lo único que teníamos, la acostamos en un colchón, bien arropada y la dejamos dormir.

-¿Y si está infectada? -pregunté a Merche.

-Haremos lo que haya que hacer, pero creo que realmente es un resfriado. Es muy pequeña y la hemos forzado mucho -respondió Merche, que en el fondo se negaba a pensar que la niña estuviese infectada.

Y por eso estamos aquí, la pequeña se recupera, pero no queremos arriesgarnos a salir hasta que esté del todo bien. Hemos encontrado algo de ropa de niño en una de las habitaciones. Son de su talla, así que, aunque sean camisetas de Gormiti o Ben Ten, podemos cambiarla y quitarle la ropa mojada y rota.

Creemos que en un par de días podremos continuar. De momento estamos bien aquí y ella está mejorando.

Me he conectado a los laboratorios y la web da error, no hay servidores activos. Las páginas de noticias no están muy actualizadas. Por fin me he puesto al día con lo sucedido, me preocupaba no poder contar las cosas al final del día, que se me acumulara la información y no consiguiera conectarme a internet en mucho tiempo. Haciendo un

repaso mental de todo lo que ha sucedido hasta ahora, hay que estar muy aliviado de estar solo magullados y con pocas heridas, no muy graves, afortunadamente. Podría ser mucho peor.

ENTRADA 41
Jueves, 27 de Octubre de 2011

La fiebre de Elena está remitiendo rápidamente. A pesar de sus quejas, no la hemos dejado salir de la cama en dos días. Hemos encontrado, en la habitación del niño, un reproductor de DVDs portátil, seguramente el que usaban para entretener al pequeño en los viajes en coche, con unas cuantas películas Disney. Elena ha dado buena cuenta de ellas y está disfrutando muchísimo viendo Blancanieves y los siete enanitos o La Cenicienta.

Hoy, el día ha amanecido con el cielo despejado. El sol del otoño ilumina la sierra, mitigando un poco el frío que estos días nos ha estado acompañando. Por la mañana he decidido aventurarme por la urbanización, revisando las casas abiertas, con la esperanza de encontrar algo de material, o comida, que nos pueda servir.

Las casas colindantes con la que ocupamos están cerradas. Una de las que tenemos enfrente tiene algunos cristales rotos, pero no me voy a arriesgar a entrar. Solo casas con la puerta abierta, esa era la condición para que Merche me dejara salir.

Por fin, después de diez casas, a unos setenta metros de la nuestra, encontré una con la puerta abierta. El interior estaba realmente desordenado. Rebuscando un poco, en las habitaciones, pude conseguir algunos analgésicos, unas aspirinas infantiles, tiritas y algunas vendas. También encontré en el baño un par de tubos de pasta de dientes. Nos vendrían bien, en el polideportivo gastamos la que teníamos.

Pasé a la siguiente casa, también abierta. El desorden era menor pero no encontré nada que valiera la pena. Los dueños se habían llevado todo lo imprescindible.

Cuatro casas más, todas cerradas, fueron lo que encontré al salir de ésta última. Estaba llegando al final de la urbanización. Al fondo de la calle veía cómo el campo comenzaba a invadir el asfalto y los tejados de las casas cercanas. Un ligero olor a quemado me llamó la atención, no me gustó nada la sensación. Recordé el tremendo incendio que provocamos en casa y que nos obligó a salir a toda prisa de ella para no caer bajo su poder de destrucción. El caso es que no veía humo por encima de los tejados. Continué andando, dejándome llevar por el olor. En la segunda calle, paralela a la principal, por fin vi un pequeño hilillo de humo sobre uno de los tejados. Aceleré el paso, estaba claro que no era un incendio en condiciones, pero quería asegurarme de apagar los restos que quedasen para que no se reavivara.

Cuando llegué cerca del origen, pude ver que se había

producido en el patio del instituto público que había pegado a la urbanización. Me acerqué a la verja que separa una zona de otra y subí al pequeño muro de hormigón que la sujetaba. Lo que vi no me lo esperaba, realmente fue algo que me dejó absolutamente alucinado a la vez que aterrado.

A lo largo de los campos de fútbol, baloncesto y zonas de descanso del patio del instituto vi varios camiones y humvees del ejército español. Los camiones eran para el transporte de tropas, conté unos treinta, todos ellos con la puerta trasera bajada y las lonas apartadas. En el interior, cientos de maletas, mochilas y bolsos se apelotonaban unos encima de otros. Varias mesas de madera, colocadas en hileras, se situaban a los lados de cada camión. Los humvees estaban colocados, con sus enormes ametralladoras, en puntos estratégicos que vigilaban toda la zona. En el centro la escena era aterradora, había unos veinte montones, cada uno con decenas de cuerpos, todos carbonizados. Los habían quemado a todos. Casi todos los cuerpos tenían los cráneos destrozados, seguramente los pobres fueron ejecutados y después amontonados para crear enormes piras funerarias. Hombres, mujeres y niños, nadie se salvaba de la purga. ¿Tan grave era la situación? ¿El ejército había decidido acabar con todos los posibles focos de infección? ¿Cuántas personas habrán muerto a manos de los que, se supone, eran sus salvadores?

Volví a casa muy alicaído, la imagen de toda esa gente no se me iba de la cabeza. Se lo conté a Merche, quedó tremendamente afectada.

-Mañana vamos a buscar un coche con llaves -le dije-. Nos vamos de aquí.

ENTRADA 42

Sábado, 29 de Octubre de 2011

Hoy hemos salido en busca de un coche cuyos dueños se hayan dejado las llaves en casa. Hace unos días encontramos varios garajes con un vehículo, pero fue imposible encontrar las llaves para encenderlos. No tenemos ni idea de cómo se hace el famoso puente que los arranca sin ellas y buscarlo en internet ha sido poco fructífero, hemos sido incapaces de repetirlo.

Además, hemos evitado acercarnos al instituto. No tenemos ganas de volver a ver ese espectáculo dantesco, sobre todo teniendo a Elena a nuestro lado.

Al mediodía, cuando estábamos en una de las casas buscando llaves de coche, un helicóptero pasó por encima de la urbanización. Hizo varias pasadas e incluso se quedó en el aire, parado, durante un buen rato. No salimos de la casa hasta que se marchó.

Cuando pudimos salir, nos separamos. La luz comenzaba a menguar y no queríamos estar en la calle de noche, nos habíamos dejado las linternas en la casa. Elena comenzaba a estar cansada y el juego de "busca las llaves" ya no la entretenía. Comprobaríamos tres casas más cada uno y volveríamos al garaje.

Entré en la primera, a la izquierda de la que estábamos, en dirección a nuestro campamento. Quedamos en que yo volvería por ese camino para preparar un par de cosas para cenar, adelantándole la comida a Elena que llevaba todo el día sin comer, lavarnos y acostarnos pronto. Fue idea mía, no me gusta estar mucho tiempo en la calle. Sobre todo no quiero que Elena se exponga mucho al frío, no sea que vuelva a enfermar. Salvo por unas mantas, que pensé nos servirían de algo porque las noches cada vez eran más frías, en la casa no encontré nada interesante. Pasamos a la siguiente. Elena comenzaba a gimotear, tenía hambre y sus ojos lagrimeaban por el sueño. En ésta no encontré nada de nada. Por fin, entramos en la última, rompimos el cristal de una de las ventanas traseras con una piedra y entramos. La casa estaba perfectamente ordenada. No había demasiadas cosas, debía ser una casa que solo se usaba en verano. Entramos en el salón, la decoración era muy simple, la televisión era tremendamente antigua. El ruido de un coche, o un camión (sonaba muy ronco) nos llamó la atención. Se oyó a lo lejos, pero claramente estaba dirigiéndose hacia nosotros. Le dije a Elena que guardara silencio, se escondiera en la habitación por la que habíamos entrado y, si me oía gritar, saliera corriendo hacia el garaje donde estábamos viviendo, saltando por la valla trasera. Me dirigí a la cocina, un enorme ventanal daba a la calle principal y tenía las persianas medio

bajadas, con lo que tendría una visión perfecta de la calle mientras me mantenía a cubierto.

Vi pasar, a toda velocidad, uno de esos humvees del ejército español, como los que habíamos visto a lo largo del camino estos días. Estaba lleno de barro y algo destartalado, no llevaba ametralladora en la torreta, pero un soldado estaba asomado en ella con el G36 colocado en posición de disparo. Dentro del coche pude ver que había otros dos soldados. El que iba de copiloto hablaba por un teléfono y llevaba una pistola en la mano, apoyada contra la puerta, por fuera, con el brazo casi totalmente sacado a través de la ventanilla. El conductor, al que no pude ver bien, conducía frenéticamente. La verdad es que verlos no me dio nada de seguridad. Menos después de saber lo que hay en el instituto. Sonaron un par de disparos, uno de los soldados habló.

-Salga de la casa, con las manos en alto -gritó-. No nos obligue a entrar.

-Ya salgo, ya salgo, no disparen -oí la voz de Borja.

-Al suelo, échese al suelo -las órdenes eran cada vez más imperativas.

No sabía qué hacer, no tenía la pistola y, aunque la tuviera, me tendría que enfrentar a tres soldados armados, estaba en clara desventaja. Pero tampoco podía permitir que se llevaran a Borja.

-¿Qué demonios hago? -pensé en voz baja, agobiadísima por la situación.

-Merche -oí la voz de Elena a mis espaldas.

-¿Qué haces aquí? -le dije-. Te he dicho que esperes en la habitación.

-Es que te he oído hablar, pero como no gritabas, no quería salir sola -respondió la pequeña.

En ese momento, el humvee, pasó de nuevo delante de nosotras. Vi que Borja estaba, con las manos atadas, en la parte de atrás. Giraron a la derecha en la salida de la urbanización, el sonido se fue alejando.

No sé qué hacer, no puedo evitar llorar, tengo que ir a por Borja. “Si en algún momento nos separamos” recordé las palabras que me dijo unas noches atrás. “Si puedes, trata de llegar a casa de tu madre, espera dos o tres días en el garaje y te vas. Actualiza esto, avisándome de cuándo abandonáis el campamento.” Mierda, yo no quiero hacer este blog, quiero a Borja a mi lado, escribiendo mientras me da calor, haciéndome sentir más segura. No quiero perderle…

ENTRADA 43

Martes, 1 de Noviembre de 2011

29 de Octubre - Borja – Calabozo. Punto Seguro.

Mientras Merche y Elena registraban las tres casas que teníamos cerca de la que habíamos ocupado, yo me dirigí, en dirección contraria, hacia un conjunto de cuatro casas que no habíamos registrado aún. Éstas eran las más grandes de la urbanización. Estaban situadas en una parcela enorme, que formaba una especie de lágrima. No las registramos antes porque sus muros eran muy grandes y decidimos dejarlas para un caso de extrema necesidad.

Cuando llegué a la primera de ellas pude comprobar que, al lado de la tremenda verja que hacía las veces de puerta, donde empezaba el muro de piedra con un gran pilar, una enorme enredadera se había adueñado de él, sus ramas eran bastante gruesas y formaba un complicado entramado que permitía apoyar los pies y agarrarla con la mano para escalarla.

En pocos segundos estuve dentro del jardín. Unos metros a mi derecha pude ver una pequeña garita de vigilancia. La puerta estaba abierta. El interior se encontraba a oscuras, tenuemente iluminado por un pequeño monitor en el que se veía la imagen de lo que seguramente sería el patio trasero. Entré. Un pequeño, pero completísimo, cuadro de mandos se situaba debajo de un panel, con otros cuatro pequeños monitores. Eché un vistazo al conjunto de botones que lo formaban. Comencé a pulsarlos uno tras otro. Las luces del jardín se encendieron, la puerta del garaje se abrió y, por fin, la enorme verja comenzó a moverse hasta dejar la entrada de coches despejada.

Cuando salí de la garita, antes de entrar en la casa por el garaje, me asomé a la calle. Vi a Merche y a Elena entrar en la segunda casa que les había tocado revisar, ya solo estaban a una de nuestro garaje.

Entré en el garaje. Dos motos y tres coches me recibieron. Una preciosa BMW descansaba junto a una, mucho más preciosa, Harley Davidson Electra Glide Ultra Classic edición CVO, “lo que hace tener pasta” pensé, “aunque ahora no le vale de nada”. A la derecha de las dos motos descansaba un BMW X5 verde, seguido de un Porsche Carrera rojo y, por último, un Mercedes CLK color negro. “Ójala encuentre las llaves de ese todoterreno”, me dije a mí mismo.

En la pared, que se encontraba a la derecha de la puerta que daba a las escaleras de subida a la casa, encontré un pequeño armario de llaves. Lo abrí rápidamente, con la esperanza de encontrar las

llaves de los vehículos en él, sería una tremenda suerte no tener que revisar la casa. Dentro del pequeño armario encontré las llaves de las dos motos y del Porsche. Cogí las llaves del deportivo y me dirigí hacia él. Si no encontraba las llaves del todoterreno, éste coche nos podría servir si no conseguíamos encontrar otro. Lamentablemente, el depósito estaba totalmente vacío y el coche no arrancó.

Resignado, comencé a subir las escaleras para registrar la casa. Llegué al enorme recibidor. Un gran ventanal, colocado a lo largo del marco de la puerta, iluminaba toda la entrada. Un pequeño mueble de diseño gobernaba la estancia, pegado a la pared que se situaba paralela a la puerta principal. Sobre él, unos cuantos llaveros con sus respectivas llaves, se encontraban sobre un plato de cristal.

Me acerqué al mueble, rebusqué entre todas las llaves. Debía de haber, por lo menos, unas quince llaves distintas. Por fin encontré lo que había estado buscando, las llaves del todoterreno, un reluciente escudo de BMW coronaba el centro de la llave. Era la secundaria, sin los botones del cierre centralizado, pero no podía pedir más. Bajé corriendo al garaje, el coche abrió a la primera. Entré, metí la llave en el contacto, la giré. El indicador de gasolina no se movía. “Mierda” Pensé, pero en ese momento todos los indicadores comenzaron a moverse, realizando comprobaciones, y por fin, la aguja del indicador de combustible se paró en los tres cuartos. Arranqué el coche. Escuchar el rugir de ese motor me produjo un increíble alivio. Por fin teníamos un coche, un gran coche donde poder llegar a salvo a nuestro objetivo. Un coche con el que podríamos meternos por el campo en caso de ser necesario.

Salí del garaje, me paré en la cuesta que llevaba a la entrada. Apagué el coche, cogí las llaves, por nada del mundo me iba a separar de ellas, y me acerqué a la verja.

-Salga de la casa, con las manos en alto -gritó una voz desde la calle-. No nos obligue a entrar.

Por un momento dudé, pensé en meterme corriendo en el coche y salir a toda velocidad llevándome a quien fuera que me había hablado por delante, coger a Merche y a Elena y largarnos a toda velocidad de allí. Pero el sonido de armas automáticas amartillándose me paralizó.

-Ya salgo, ya salgo, no disparen -dije en voz alta.

-Al suelo, échese al suelo -las órdenes eran cada vez más imperativas.

Un humvee del ejército español estaba aparcado enfrente de la casa. Tres soldados, o eso parecían, me esperaban en la calle. Uno de ellos me apuntaba con su G36 desde la torreta. El copiloto del vehículo me controlaba con su pistola mientras se acercaba a mí. El conductor estaba apoyado en su ventanilla, con otro G36 preparado

para dispararme al mínimo gesto sospechoso.

-¿Está armado? –me preguntó el copiloto mientras me ponía la rodilla en la espalda.

-No, no -respondí entrecortado por la falta de aire-. No tengo ningún arma, solo pasaba por aquí buscando comida.

-Ya, ya -me levantó agarrándome por mi brazo derecho-. Eso se lo contarás a nuestro teniente.

Con fuerza me empujó hacia el humvee. Me llevó a la parte trasera y me metió dentro del vehículo. Miré hacia nuestro garaje con la esperanza de que Merche y Elena se hubieran dado cuenta de lo que pasaba y se hubiesen escondido.

-Vámonos -ordenó el copiloto.

El conductor arrancó a toda velocidad, nos dirigimos hacia la salida de la urbanización. Cogí las llaves de mi bolsillo, envueltas en un pañuelo, y las tiré por la ventana, justo cuando pasamos enfrente del garaje donde teníamos el campamento. “Espero que Merche las vea”.

Tomamos la carretera en dirección a Alpedrete. Al llegar a la rotonda, giramos a la izquierda y nos dirigimos hacia Villalba. El conductor del humvee conducía bastante rápido, pero lo hacía bastante bien. La carretera estaba totalmente despejada, todo lo contrario de lo que vimos hace días en Guadarrama o Alpedrete.

En pocos minutos llegamos al Planetocio de Villalba, giramos la rotonda y nos metimos en el garaje subterráneo del centro comercial. Abajo, vi humvees del ejército aparcados, varios soldados patrullaban el aparcamiento. Nos acercamos hasta la entrada peatonal donde paramos.

-Salga -me ordenó el copiloto.

Cuando salí, una pareja de soldados, con sendos brazaletes negros en sus brazos derechos, donde se podían ver las letras PM, se acercaron a nosotros.

-¿Dónde lo han encontrado? -preguntó uno de ellos.

-En la urbanización del sector Charlie del pueblo de Alpedrete -respondió el soldado que me custodiaba.

-Llévelo a la zona de registro B2.1. -ordenó el policía militar-. Que los científicos le realicen pruebas para determinar su destino. Después llévelo a la sala I1.1 para su interrogatorio.

-A la orden.

-Pero…-comencé a decir, no me dejaron terminar.

El soldado que me custodiaba me pegó un empujón, metiéndome en la zona comercial.

-Será mejor que no abras la boca -me dijo-. Te matarán sin dudarlo si eres una molestia.

-¿Qué coño es esto? -pregunté, no esperaba respuesta pero

tenía que intentarlo.

-Estás en lo que queda del Punto Seguro de la sierra noroeste -sorprendentemente me respondió-. Entre soldados, científicos, médicos y civiles, seremos unas ochenta y cinco personas.

-Verás -continué la conversación-. Preferiría que me dejarais donde me encontrasteis, no quiero estar en un punto de estos.

-Yo tampoco, pero son mis órdenes -respondió-. No podemos salir de aquí. Se espera, en poco tiempo, un ataque de sujetos infectados que vienen desde Castilla y León.

-¿Qué? -dije sorprendido-. ¿Y qué demonios hacéis aquí? Os van a destrozar.

-Posiblemente, pero nos han ordenado peinar varios pueblos para sacar a los pocos supervivientes que queden -continuó-. Supuestamente, en un par de días, llegarán los helicópteros y nos sacarán de aquí.

-¿Y ese "poco tiempo" para el ataque, cuánto es? -pregunté.

No recibí respuesta. No me creía lo que oía, me habían cazado y me iban a sacar de allí sin Merche, no podía permitirlo. Además, se esperaba un ataque de infectados y, por lo que había dicho, no hay demasiados soldados.

Llegamos a una zona donde habían colocado varios cubículos separados por biombos de tela, con camillas e instrumental hospitalario. Un médico me esperaba.

-Siéntese -pidió-. Le vamos a hacer unas pruebas rutinarias para establecer si es apto para quedarse o no.

-Estoy vacunado -dije.

-¿Perdón? –preguntó sorprendido el doctor. Un científico asomó la cabeza.

-Que estoy vacunado contra la infección -dije más alto–. No me puedo infectar.

-¿Qué está diciendo? –el científico entró en la conversación–. Sólo se han vacunado personas de alto nivel pertenecientes a la organización XXXXX. ¿Cómo puede ser?

-Yo trabajaba en esa organización, nos vacunaron días después del comienzo de los disturbios en Madrid.

El científico no daba crédito a lo que oía. Le dijo algo al médico. Éste preparó una jeringuilla con la que me sacó un poco de sangre y se la entregó. A los pocos minutos, el científico apareció de nuevo con una cara de asombro impresionante.

-Es cierto que está vacunado -dijo.

-Pues claro -dije nervioso-. Y si me hace el favor, podría pedir que me soltaran y me dejaran volver al sitio donde me encontraron. No quiero estar aquí.

-Eso no va a ser posible -una voz tremendamente ronca

interrumpió la conversación.

Un hombre con uniforme militar, mucho mayor que la mayoría de los que allí había, apareció en el cubículo.

-Soy el Coronel Rodríguez -se presentó-. Estoy al mando de esta unidad.

-¿Un Coronel al mando de esto? -pregunté extrañado–. ¿No es demasiada graduación para tan poca cosa?

-Podría ser -respondió-. Pero diversos acontecimientos nos han llevado a cosas poco comunes.

-Verá, coronel, como ya les he dicho a sus compinches -comencé a hablar, quería irme de allí-. Quiero volver al lugar donde me han encontrado, no quiero estar aquí. Así que le agradecería…

-Ya le he dicho que eso no es posible -su tono era muy tajante–. Nadie puede abandonar el Punto Seguro hasta que lleguen los helicópteros.

“Joder”, pensé. La cosa no pinta bien. En ese momento, un joven soldado apareció detrás de nosotros. Su cara estaba totalmente pálida y sudaba abundantemente. Se acercó al Coronel y le susurró algo al oído.

-Llévenlo a uno de los calabozos, no quiero problemas -ordenó antes de marcharse-. Usted y yo hablaremos más tarde -me dijo.

Dos soldados aparecieron y me escoltaron hasta la zona donde habían montado los calabozos. Estaban en los locales del sótano, en la primera planta del aparcamiento. Me metieron junto a otras dos personas. Una de ellas era un hombre mayor, muy cascado, estaba tumbado en el camastro y no se movía. Murmuraba algo ininteligible pero constante. La otra, un joven soldado, estaba lloriqueando en una esquina.

Me dejaron una manta gris, una bandeja de metal con algo de comida y agua. Cerraron la puerta y allí me quedé esa noche, pensando en Merche y en cómo salir de allí lo antes posible. Tenía tres días para volver antes de que Merche se fuera a casa de su familia, si es que me hacía caso.

ENTRADA 44

Martes, 1 de Noviembre de 2011

30 de Octubre - Merche - Garaje.

Por la mañana he salido a la calle con la esperanza de ver a Borja en la carretera. Me he acercado a la salida de la urbanización. Todo estaba tranquilo. Ninguna señal.

Cuando he vuelto a la casa, con Elena, he visto en el suelo, enfrente de la entrada del garaje, un pañuelo. Era el que usaba Borja cuando íbamos en moto. Cuando lo he cogido, unas llaves de un coche se han caído. Por fin habíamos encontrado un vehículo para continuar el viaje. “Mierda”. Teníamos medio de transporte pero no estábamos todos. Parece que la suerte nos ha tenido que abandonar un poco. Después de salir con vida varias veces, tenemos que sufrir.

No tengo ni idea de a dónde se lo habrán llevado. Una cosa está clara, han tenido que ir hacia Villalba. Alpedrete es una zona muerta y “vallada” con enormes muros artificiales, creados con montones de coches.

Me he acercado a la casa en donde pillaron los soldados a Borja. En la entrada había un X5, bajo la puerta automática del garaje. Seguramente ese era el coche que había conseguido. Abrí el todoterreno con la llave, la introduje en el contacto y lo encendí. Bajé hasta nuestro campamento con el vehículo y lo metí en el jardín de la casa. Le pedí ayuda a Elena para cortar la mayor cantidad posible de ramas de los árboles y arbustos que tenemos alrededor. Con ellos hemos tapado el coche, dejando un pequeño hueco por donde meter las cosas en el maletero. Hemos recogido y guardado cosas que no utilizamos pero que necesitamos, como mantas, comida de reserva, ropa.

Elena ha estado todo el día viendo películas Disney. Por la tarde me ha preguntado por Borja. Le he dicho que volvería pronto, pero ha puesto la misma cara que puso cuando le dijimos que sus padres se habían ido a buscar ayuda, cuando realmente estaban muertos al fondo del pasillo.

No me gusta escribir en este tipo de páginas, la sigo solo por el hecho de esperar que Borja pueda leerla y sepa que estamos todavía aquí. Alargaré lo más que pueda la estancia en el garaje de esta casa de Alpedrete. Tengo la sensación de que si nos vamos, estoy dando a Borja por perdido.

Si lees esto que sepas que te quiero y te estoy esperando.

ENTRADA 45

Martes, 1 de Noviembre de 2011

30 de Octubre – Borja – Punto Seguro.

Debían de ser las seis de la mañana cuando dos policías militares entraron en el calabozo temporal y se llevaron al anciano que hablaba solo. No se resistió en absoluto, es más, sonreía abiertamente mientras miraba a los dos enormes personajes que le llevaban en volandas. Traté de preguntar a dónde se lo llevaban pero la única respuesta que obtuve fue un fuerte empujón por parte de uno de ellos.

Al cabo de dos horas, de la misma manera que antes, los dos policías abrieron la puerta, cogieron al soldado, que continuaba en una esquina agazapado, y se lo llevaron sin más. Me quedé solo en aquel calabozo, que antes era un local de entretenimiento para niños. Por la tarde, aburrido de esperar mi turno, comencé a estudiar el lugar. Esperaba poder encontrar alguna manera de salir de allí. Las dos puertas estaban cerradas, no eran muy robustas, de hecho, me recordaron a la puerta del supermercado de Guadarrama, aquella que conseguí abrir de una patada. Pero estaba claro que, si hacía lo mismo, una tromba de soldados saltaría sobre mí sin dudarlo. O mucho peor, alguno de gatillo fácil me metería unas cuantas balas en el cuerpo.

En una de las paredes vi una toma de aire, pensé que podría escabullirme por allí, como en las películas. Quizás tuviera suerte y saliera al garaje o a alguna toma de aire del exterior. O quizás me pasaría horas dando vueltas, arrastrándome, para quedarme atrapado en cualquier recodo.

-Señor -sonó una voz a mis espaldas-. Deje de mirar la toma del aire y haga el favor de acompañarme.

Parecía como si se hubiera dado cuenta de mis planes. Una sonrisilla salía de su boca, seguramente pensando en lo tonto de mi plan para escapar.

-¿Dónde me lleva? –pregunté.

-El Coronel ha regresado y quiere hablar con usted -me respondió el soldado.

Vaya, tendría que enfrentarme de nuevo a ese viejo militar. Nuestro primer encuentro fue como el de dos chiquillos que se pelean por tener la razón. Yo queriendo salir de allí y él obligándome a quedarme. Su despacho se situaba en la planta de los cines. En el descansillo de las salas habían montado unas cuantas mesas, separadas por paneles de madera. Al parecer, las salas de los cines las usaban como barracones. Habían quitado las sillas, que usaban en el exterior

como parte de las barricadas, para poner los camastros.

-Siéntese, por favor -me invitó el Coronel-. Hoy hablaremos tranquilamente. Perdone por desaparecer ayer con prisas y meterle en el calabozo.

-No pasa nada -respondí sarcásticamente-. He tenido buena compañía.

-Sí, bueno -continuó, tras mirarme un momento-. A pesar de ser pocos, aquí también hay problemas.

-No puedo imaginar los problemas que pueden dar un soldado asustado y un viejo chalado que habla solo -creo que me pasé.

Tras un momento de silencio, continuó hablando.

-Verá, la verdad es que ha sido un error encerrarle. Tenemos orden de proteger a los civiles sanos, sobre todo si encontrábamos civiles de nivel uno, como es su caso. Aunque no sé para qué -sus frases terminaban a bajo volumen.

-¿Civil de nivel uno? -pregunté extrañado.

-Sí, aquellos civiles vacunados, hayan trabajado o no para los laboratorios -respondió-. Nos ordenaron llevarlos a todos a Madrid, al aeropuerto de Barajas, para una evacuación masiva. Existe un Punto Seguro donde no ha llegado la infección.

-¿Un lugar sin infectados? -pregunté sorprendido.

-Sí, realmente hay varios puntos, pero a Europa se le ha asignado uno en concreto. Cada continente tiene asignado uno; América se divide en dos, Estados Unidos y Canadá tienen asignado Hawái, Sur América tiene asignado Las Islas Maldivas; África, Madagascar; Asia y Australia, Tasmania. Nosotros, los europeos, tenemos asignadas las Islas Azores.

-Son todo islas pequeñas -comenté extrañado.

-Efectivamente, son islas con una capacidad para unas doscientas mil o trescientas mil personas -respondió el Coronel-. ¿Cuántos humanos sanos cree que hemos conseguido encontrar sólo en España?

-Si no recuerdo mal, hace días vi en la televisión que la población mundial se había reducido en un ochenta por ciento -respondí con los datos que había visto en la CNN antes de salir de casa-. Contando a los infectados.

-¿De cuándo son esos datos? –preguntó-. ¿De hace semanas?

-Sí, de antes de que tuviera que abandonar mi casa por un incendio.

-Sepa que están obsoletos -dijo, visiblemente cabreado, levantándose de su silla-. Sepa usted que, suponiendo que sean todos, la cifra de supervivientes sanos que hemos conseguido rescatar en España no llega a los treinta y cinco mil -se dirigió a un mapa de la península que había en la pared.

-¿Cómo? –pregunté alucinado-. Si somos más de cuarenta y cinco millones de personas

-Efectivamente –continuó, poniendo la mano sobre el centro de España–. La infección ha afectado a millones de personas. Seguramente no sea fiable, pero sus laboratorios estiman que, ahora mismo, habrá unos quince millones de personas infectadas, vivas, en España. Los millones que le faltan, todos muertos.

Me estaba poniendo malísimo, las náuseas me estaban invadiendo. Más de veinte millones de personas habían muerto en apenas dos meses.

-Entiendo su malestar -el Coronel me miraba fijamente-. Esta infección ha sido lo peor que le ha pasado a la humanidad en miles de años.

"¿Lo peor?", esto está mucho más allá de eso.

-Además -continuó hablando-. La guerra está diezmándonos más todavía si cabe. La tenemos totalmente perdida.

-¿Guerra? -pregunté extrañado.

-Sí, ¿cómo llamaría usted a lo que hacemos para defendernos de los infectados? -preguntó irritado. Volvió a sentarse en su silla, con la mano sobre en la frente-. Ellos avanzan, nosotros nos defendemos. En ocasiones hemos conseguido avanzar, pero sólo para poder escapar por otra vía. La única manera de ganarles es acabando con todos y cada uno ellos. Y dé gracias de que no les guste usar armas de fuego. Aún así, no creo que lo logremos.

Los datos se agolpaban en mi cabeza, tenía una sensación de *deja vu*. Esta conversación se parecía demasiado a la que tuve con el doctor Montero, en los laboratorios, el día en que nos vacunaron.

-Pero bueno, dejémoslo aquí -su gesto cambió-. Explíqueme qué hacia usted en Alpedrete. Cuénteme cómo ha sobrevivido hasta ahora -le noté tremendamente intrigado.

Le conté todo lo que nos paso a lo largo de estos dos meses, desde el inicio, en mi nuevo trabajo, hasta el momento en que conocimos a Manuel y a su familia. La lucha con los supervivientes en Guadarrama y nuestra llegada a Alpedrete. Omití algunos detalles, no demasiados.

-¿Entonces, ha dejado a su mujer y a una niña en aquella urbanización? –preguntó asombrado.

-Sí. Verá, no me fio demasiado de los militares -respondí-. Sobre todo después de lo que vimos en el instituto.

-Ya -dijo, apenado-. Pero son ordenes. Se estableció un foco de contagio en el pueblo, estábamos desbordados. La orden llegó de la OTAN, o lo que queda de ella. "No queremos arriesgar los puntos seguros" Me dijo el Teniente Coronel.

-Pero, ¿todo el pueblo? ¿Así, sin más? -le pregunté, ahora era yo el cabreado-. ¿Usted habría puesto en peligro a su familia si

hubiera visto eso, si estuviera en mi lugar?

-No lo creo… -dijo por lo bajo.

-Verá, si me permite, quisiera ir a por ellas -trataba de convencerle. Realmente no tenía intención de volver, pero debía hacer que lo pareciera-. Volveremos todos aquí y nos puede llevar donde usted quiera.

-No sé si debiera -pensó-. Sepa que tenemos a cientos de miles de infectados a tan solo cinco kilómetros.

-¿Qué? –me levanté de golpe-. Más razón para dejarme ir, no puede pretender que las deje abandonadas.

Dudó por un momento. Estaba claro que me encontraba frente a una persona que ya no sabía qué hacer ni qué decisión tomar. Me dio la sensación de que aquel hombre se estaba rindiendo.

-Está bien, pero le acompañaran dos de mis hombres -dijo, haciéndole un gesto al soldado que estaba en la entrada al cubículo-. Llame al cabo García y al soldado Reguera.

-Muchas gracias -dije, realmente aliviado y siendo totalmente sincero-. Se lo agradezco de veras.

-Bajé al local que hay al lado de donde estaba la tienda de videojuegos, allí hemos establecido la sección de intendencia -se levantó de la silla, con un papel en la mano-. Entregue este papel, le darán un arma, un uniforme y el material necesario -me dio una palmada en la espalda-. Traiga sana y salva a su familia.

Cuando llegué al local, dos soldados me esperaban en la puerta. Sus parches indicaban que eran el cabo García y el soldado Reguera. Ambos eran de la BriPac, brigada paracaidista de España.

-Buenas -les dije-. Así que ustedes son mi escolta.

-Cabo García a su servicio -se plantó delante de mí, saludándome con gesto militar.

-Soldado Reguera -dijo secamente el más joven.

No sabía si sentirme seguro o contrariado. Mi intención no era volver allí, pero con estos dos escoltándome sería difícil darles esquinazo.

-Bueno, el coronel me ha dicho que nos dejará salir mañana por la mañana -dije-. Descansad y mañana a las siete nos vemos en las escaleras mecánicas que llevan al garaje.

Entré en la intendencia. Me dieron un uniforme del ejército de tierra español, sin distintivos, con despuntes en el lugar donde irían los galones y el parche del nombre. Se notaba que los habían arrancado, me habían dado el uniforme de un muerto. También un chaleco de combate, completamente equipado; un G36, con tres cargadores y un casco.

-¿Sabes dónde puedo conectarme a internet? –le pregunté a uno de los soldados de la intendencia.

-¿Cómo? –preguntó sorprendido-. Aquí no hay internet. ¿Dónde cree que estamos? –se rió sonoramente.

-Pero en todos los locales hay tomas de teléfono y datafonos, tiene que haber internet.

-Aquí no funciona nada, la luz sale de unos generadores que tenemos en varios camiones aparcados en el garaje -respondió otro soldado.

Joder, no puedo conectarme para decirle a Merche que vamos para allá.

ENTRADA 46

Martes, 1 de Noviembre de 2011

31 de Noviembre – Merche – Garaje.

Borja, seguimos en el garaje, te estamos esperando, por favor. Espero que estés bien y no te haya pasado nada grave. Elena está totalmente recuperada, juega mucho con las perritas y ha cogido algunos juguetes del cuarto del niño. Dice que no le gustan mucho porque son de chico, quiere una Barbie. Qué pequeña es. Hace un momento me ha dicho que te echa de menos y quiere que vuelvas pronto. Ha vuelto a preguntar por sus padres, pero me ha dado la sensación de que lo ha hecho sin demasiadas ganas.

No nos hemos movido de aquí, nos hemos dado una ducha en el baño que hay al lado del garaje. He calentado agua en las ollas que he encontrado en la cocina y ha sido muy agradable sentir el agua caliente.

Lo tenemos todo preparado para irnos, pero pienso aguantar aquí lo más posible.

Me he conectado a la web de los laboratorios dónde trabajabas, sigue sin funcionar. Tenía la esperanza de encontrar alguna pista, de preguntar a alguien dónde podrían haberte llevado los militares. También busqué en Google “puntos donde llevan a la población civil, Madrid” pero no he obtenido ningún resultado.

Nos mantenemos ocultas, no me encuentro con ganas de enfrentarme a ningún problema. El que tenemos ahora mismo con tu desaparición es más que suficiente para mí.

Voy a preparar algo de comer, esta noche vuelvo a escribir. Un beso muy grande cariño, te quiero.

ENTRADA 47
Miércoles, 2 de Noviembre de 2011

31 de Octubre – Borja – Garaje.

A las cuatro de la mañana las alarmas comenzaron a sonar por todo el centro comercial. He salido de la sala tres de cine, que me habían asignado para dormir, y la locura estaba totalmente desatada en el exterior. Soldados corriendo de aquí para allá, civiles gritando, llorando, buscando un lugar donde ocultarse, un grupo de hombres bajando corriendo a la intendencia para exigir un arma y poder defenderse. El ataque había comenzado.

Me terminé de vestir a toda prisa, había dormido con parte del uniforme puesto, así que solo me faltaban las botas y la camisola. Al volver al descansillo, comencé a escuchar los primeros disparos. Me asomé a la cristalera que había detrás de las taquillas del cine. Menudo espectáculo, enormes focos de luz iluminaban la noche. Pude ver muchísimas personas corriendo en dirección al centro comercial, armadas con palos, palas, bates, azadas, picos e incluso espadas. Parecían poseídas, rastros rojizos se movían locamente por las zonas oscuras. Desde las barricadas que rodeaban el edificio, multitud de destellos bailaban rápidamente, intercambiando posiciones, disparando a discreción contra todo lo que estuviera al otro lado. Comenzaron a llover los cócteles Molotov por encima de las barricadas. Cientos de botellas estallaban sobre los soldados y civiles que las defendían. Una rompió sobre un civil, armado con un G36, prendió rápidamente, éste comenzó a revolverse y sus disparos se dirigieron contra tres soldados que había apostados a su lado, matándolos a todos. Varias antorchas humanas corrían a lo largo de la línea de defensa, gritando, buscando ayuda. Algunos soldados, directamente, disparaban sobre ellos, otros los echaban al suelo y trataban de apagarlos. El caos se apoderó del lugar.

Comenzaron a sonar los disparos de las tremendas MGs de los humvees. Disparaban rápidamente, sin descanso. Un soldado comenzó a gritar a otro, que estaba apostado en una de ellas, realizando ráfagas continuas, sin parar. Trataba de decirle que dejara descansar unos segundos la pesada ametralladora, pero el artillero estaba enajenado. En poco tiempo, el cañón estaba al rojo vivo y poco después explotó, llevándose por delante la cabeza del militar apostado en la torreta y atravesando, con cientos de fragmentos metálicos, el cuerpo del otro soldado que trataba de salvarle. El vehículo comenzó a arder.

En pocos minutos, miles de infectados estaban encima de las barricadas. Comenzaron encarnizados combates cuerpo a cuerpo. Disparos a quemarropa de los soldados, con los que conseguían

quitarse de encima a los primeros atacantes, pero que no evitaban que otros tantos se lanzaran sobre ellos. Muchos habían calado las bayonetas, enormes cuchillos de combate, en los cañones de los fusiles y con ellas atravesaban, incansablemente, cabezas, cuerpos, piernas. Pero no era suficiente. Los infectados se multiplicaban, por cada uno que mataban, aparecían cuatro más.

Bajé rápidamente, en el camino me encontré con el soldado Reguera.

-¿Dónde está García? –le pregunté

-Fuera, con los otros -me dijo.

-Mierda, tenemos que irnos de aquí -grité-. ¿Dónde están las llaves de los humvees?

-En la intendencia.

Ambos corrimos hacia el local. Varias personas se agolpaban en la puerta, mientras se repartían los pocos G36 que quedaban y se racionaban los cargadores. La locura estaba totalmente desatada fuera. Los miembros del destacamento médico no paraban. Soldados heridos se agolpaban en los pasillos, varios cuerpos tapados con sábanas se apiñaban al fondo de uno de los locales.

-Dame las llaves de un humvee -le grité a uno de los soldados-. Rápido.

El pobre muchacho no daba abasto. Los civiles le estaban quitando de las manos los cargadores que estaba tratando de guardar para los militares. Un disparo sonó a nuestras espaldas.

-Todos quietos -la voz del Coronel resonó en el local-. La munición se entregará con prioridad a los soldados. Los civiles que ya estén armados salgan a la calle a defender la posición. Los demás, bajen al garaje.

-No pienso morir aquí, maldito cabrón -gritó un hombre-. Me llevo a mi familia ahora mismo y no me lo vas a impedir.

Se dispuso a disparar al Coronel, pero su cabeza saltó por los aires antes de poder hacerlo. Un policía militar, que estaba al fondo del local, sacó su pistola y no dudo un segundo en apretar el gatillo.

-Por favor -comenzó a hablar el policía militar-. No conseguiremos nada matándonos aquí dentro. Si queremos tener alguna posibilidad, debemos combatir fuera.

Varios hombres salieron corriendo a la calle con los fusiles, otros subieron con sus familias.

-Necesito las llaves de un humvee, debo ir a por mi familia -le dije al Coronel.

-Cójalas, pero no creo que llegue muy lejos -dijo-. Vamos a morir todos aquí.

Me entregaron unas llaves. Los disparos comenzaron a sonar dentro del centro comercial.

-Nos replegamos, la situación fuera es insostenible -gritó un soldado desde las puertas-. Bajad los cierres. Rápido.

Cinco horas de descanso. Los golpes en las puertas eran cada vez más brutales. Algunas personas comenzaban a perder la cabeza, aterrados por el sonido de las persianas metálicas. Subí al piso de arriba para mirar por el ventanal. La visión del campo de batalla era aterradora. Cientos de cuerpos cubrían la zona. En su gran mayoría eran infectados, pero también había bastantes militares y civiles. Al fondo, varios infectados se divertían torturando a los heridos y capturados. Arrancando brazos, clavándoles estacas a lo largo del cuerpo. Era horrible.

-Aún no han entrado por los garajes. Las cuestas están despejadas -me dijo el soldado Reguera.

-¿Cómo te llamas? -le pregunté-. Se me hace raro llamarte "soldado Reguera", preferiría llamarte por tu nombre de pila.

-Luís Javier -respondió-. Imagino que entre nosotros no hace falta guardar la compostura militar.

-Yo me llamo Borja -le extendí la mano-. Encantado.

-Lo mismo digo.

-¿García? -pregunté.

-Se ha quedado fuera -dijo entristecido-. Era un buen amigo.

-Lo siento -dije sinceramente-. Pero nos vamos de aquí, ahora.

Bajé las escaleras rápidamente. Los soldados habían levantado varias barreras en los pasillos para tratar de ralentizar la entrada en el centro comercial. Algunos bajaban al garaje, cargados con cajas de material.

-Según creo, vamos a intentar abandonar el lugar, todos a la vez -me comentó Luís Javier.

Menuda locura. Por lo menos serían unos treinta humvees saliendo al mismo tiempo, uno detrás de otro. Los primeros lo tendrían fácil, pero los últimos. Cientos de infectados se lanzarían sobre ellos. Teníamos que salir antes que nadie.

-¿Cuál es el humvee de estas llaves? -le pregunté, enseñándole el llavero.

-Aquel.

Corrimos hacia un humvee que había aparcado al fondo del garaje. Nos cruzamos con varias personas que trataban de hacer saltar los cristales de los vehículos. Los disparos comenzaron a sonar en las escaleras. Los infectados habían entrado en el centro comercial. Varios civiles y soldados aparecieron, corriendo despavoridos, en el garaje. La situación se volvió descontrolada. Los soldados disparaban a los civiles que trataban de entrar en sus humvees. Por fin llegamos al nuestro.

-Espera, no te montes hasta que no confirmes que no nos mira

nadie -le dije a Luís Javier-. Cuando entres, agáchate y cierra la puerta.

-Vale.

-¡Ahora! -grité.

Nos metimos los dos en el vehículo y cerramos las puertas. En ese momento, los primeros infectados comenzaban a entrar en el garaje. Los disparos se hicieron más numerosos. Gritos, llantos, carreras.

-¡Vamos, vamos, vamos! -me gritó Luís Javier.

Le di las llaves y arrancó el vehículo. Un infectado se lanzó contra nosotros. Comenzó a golpear como loco el cristal. Estaba empapado de sangre por todo el cuerpo, su cara era aterradora. Cargué el G36, levanté la tapa de la tranquila del techo, me asomé y le disparé a bocajarro en la cabeza. Luís Javier dio un acelerón y comenzamos a esquivar coches, humvees y personas. Otro infectado saltó al techo del vehículo, trató de golpearme pero pude esquivarle. Le disparé y cayó al suelo. Se levantó casi al instante y comenzó a perseguirnos.

-Más rápido -le dije a Luís Javier.

Conseguimos enfilar la entrada y subimos la cuesta que llevaba al exterior. Cuatro infectados nos seguían. Varias explosiones sonaron en el garaje. Volví a salir por la trampilla. Apunté a los infectados. Conseguí acertarle a dos de ellos en la cabeza, cayeron redondos al suelo. Los otros dos nos siguieron durante unos metros más, hasta que conseguimos dejarlos atrás.

La visión del centro comercial era abrumadora. Un incendio se había desatado en una de las puertas principales y absorbía rápidamente todo lo que tenía alrededor. La gran cantidad de material que usaron para las barricadas era un increíble combustible que lo alimentaba sin cesar. Cientos de cuerpos se agolpaban por todos lados. Los chillidos se oían aún estando a varios metros del lugar. Miles de infectados trataban de entrar en el edificio, empujándose unos a otros. De vez en cuando salían algunos grupos, empujando a personas violentamente. Habían conseguido su botín y comenzaban a disfrutarlo. No quiero imaginarme las depravaciones que les estarían haciendo a todas aquellas personas.

-A la izquierda, a la izquierda -le grité a Luís Javier, mientras golpeaba el techo del humvee.

Cogimos el puente que pasa por encima de la A6. Vi la enorme muralla de coches que había levantada en la autopista. Afortunadamente el camino estaba despejado y en pocos minutos llegamos a la rotonda de Navacerrada.

-Gira a la derecha y después a la derecha de nuevo en aquel desvío -le dije, dirigiéndole hacia la urbanización.

Por fin aparcamos en la puerta de la casa que usábamos como campamento. El X5 no estaba allí, ni me pareció verlo en la entrada de la casa. “Merche ya se ha ido” Pensé.

Entré en la casa. Las puertas estaban cerradas. Golpeé la principal, no tuve respuesta. Me acerqué al garaje y golpeé suavemente la puerta de metal.

-Merche -dije en bajo-. Merche, soy yo.

-¿Borja? -una voz muy familiar sonó a mi derecha-. ¡Borja!

Merche se abalanzó sobre mí. Había salido por la puerta trasera, con la pistola en la mano, para sorprender a la persona que estaba tratando de entrar.

-¿Estás bien? -me preguntó mientras me abrazaba y me besaba.

-Sí, sí -respondí-. Pero tenemos que irnos de aquí pronto. Ahora te cuento.

-Hola -dijo Luís Javier.

Merche se puso nerviosa y le apuntó con la pistola.

-No te preocupes -le dije-. Podemos confiar en él, de momento. Se llama Luís Javier, es uno de los soldados del sitio del que vengo.

No estaba muy tranquila, pero bajó la pistola. Entramos los tres al garaje. Elena se lanzó sobre mí y las perras me recibieron con la alegría que las caracteriza.

Mientras comíamos algo, le conté a Merche todo lo sucedido. Ella me contó que el coche estaba en la parte de atrás de la casa, oculto.

-¿Qué hora es? –pregunté. Estaba totalmente desorientado en el tiempo.

-Son las nueve de la noche -respondió Merche.

-Descansemos. Mañana veremos cómo lo hacemos.

Estaba totalmente reventado, no podía con mi alma y quería descansar. Esperaba que no nos hubiera seguido nadie, pero me empezaba a encontrar muy débil.

Ya es día uno de noviembre. He estado varias horas escribiendo lo que tengo en el cuaderno y colocándolo en el blog, junto a los mensajes de Merche. Demasiadas cosas han pasado. Vamos a continuar descansando y mañana nos iremos. Volvemos a estar en marcha, todos juntos.

ENTRADA 48

Jueves, 3 de Noviembre de 2011

Un fuerte estruendo nos despertó a todos por la mañana. Luís Javier y yo salimos al jardín para comprobar la procedencia del sonido. El origen estaba en Villalba. Una enorme columna de humo se elevaba, imponente, sobre las copas de los árboles. Tenía toda la pinta de que el Planetocio estaba ardiendo por completo. Nuevos estruendos nos confirmaron que los depósitos de combustible de la gasolinera o los generadores, que el ejército usaba para proporcionar luz al centro comercial, estaban volando por los aires. Las explosiones se sucedían constantemente, acompañadas de un resplandor anaranjado y crecientes columnas de humo negro.

Estábamos bastante preocupados. No teníamos ni idea de hacia dónde se dirigían los infectados. Nuestra huida fue tan frenética que no nos paramos a comprobar si nos seguían, sobre todo los dos que corrieron detrás de nosotros. Pensábamos que, poniendo tierra de por medio, debíamos haberlos despistado. Pero era inevitable sentir el temor de estar siendo observados en ese momento.

Volvimos a entrar en el garaje. Merche estaba preparando las últimas mochilas. Elena jugaba con las perras en el salón. Luís Javier aprovechó para lavarse un poco. Yo traté de entrar en alguna página de noticias, pero no funcionaba casi ninguna de ellas. Las pocas que tenían información estaban tremendamente desactualizadas. Me parece increíble que aún pueda conectarme a internet. Los teléfonos siguen dando señales, pero cada vez con más cantidad de ruido y es imposible contactar con alguien.

Al mediodía comimos algo y planeamos cómo íbamos a continuar. La mejor opción era tomar el camino más directo desde nuestra posición. Si por un casual nos encontrábamos con algún obstáculo que no nos permitiera continuar en el coche, iríamos andando. Teníamos localizados varios lugares donde poder parar, en caso de ser necesario.

Con el humvee en la puerta, estábamos convencidos de que ése iba a ser el vehículo que usaríamos, pero Luís Javier nos dio la mala noticia. El depósito estaba casi seco, no llegaríamos muy lejos, por lo que el BMW se convirtió en nuestro medio de transporte.

A media tarde habíamos terminado de cargar todo el material en el maletero del todoterreno. Entre todos, quitamos las ramas que lo cubrían y Merche se preparó para arrancarlo.

-¡Señor Laita! -una voz conocida sonó en el exterior de la parcela, al otro lado de la valla de la casa-. Salga de ahí, maldito hijo de perra.

-Coño -dijo Luís Javier-. Es el Coronel.

Nos acercamos a la valla y, apartando las enredaderas que estaban

creciendo junto a las arizonicas, nos abrimos un hueco por el que mirar. Efectivamente, era el Coronel. Estaba en la torreta de un humvee, acompañado de otros cuatro soldados. Un segundo humvee se situaba a la derecha de la casa, dentro de la urbanización, con otros cinco hombres, casi todos civiles. En la entrada de la colonia, un camión militar esperaba con una docena de civiles. Todos estaban tremendamente agotados, con las ropas sucias. Algunos tenían vendas en la cabeza o los brazos. Multitud de manchas de sangre en la ropa, acartonada, dejaban patente que todos y cada uno de ellos habían salido del centro comercial.

-Sé que no me lo ha contado todo -gritó el Coronel-. Usted sólo, con su familia, sin rumbo y no queriendo ayuda de los militares. No es una historia muy creíble -su tono era tremendamente amenazador-. Sus putos laboratorios seguro que tenían algún as en la manga para un caso como este. ¿Por qué vacunar a sus empleados y dejarlos morir en la calle? No me lo creo -hizo una pausa-. ¡Señor Laita! Salga aquí.

Nosotros preocupándonos por los infectados y ahora teníamos en nuestras puertas a un Coronel, totalmente cabreado, que quería obligarme a contarle todo lo que sabía. Estoy seguro de que si se enteraba de que existía un Punto Seguro, especial, en La Pedriza, no dudaría en atacarlo, aunque fueran pocos para hacerlo.

-¿Qué hacemos? -preguntó Merche.

-Ten cuidado con la decisión que tomes -dijo Luís Javier detrás de ella-. Ese tío ha ejecutado a cantidad de gente solo por sospechar que podrían ser un problema. Es un peligro, se muestra muy amable pero es un auténtico hijo de puta.

-Me lo dices o me lo cuentas -respondí-. Empiezo a pensar que, el muy cabrón, nos dejó escapar para poder seguirnos. Todo era puro teatro.

-No me obligue a mandar a mis hombres -el Coronel comenzaba a inquietarse-. Si entramos, no daremos cuartel. Con mantenerle vivo a usted me vale pero, si salen ahora, no mataré a nadie.

-¿Y si le matamos? -propuso Luís Javier-. Es tan fácil como dispararle desde aquí.

-No creo que sea buena idea -respondió Merche-. Todos los demás se nos echarán encima. Sin nadie que los mande, harían lo que quisieran y seguramente nos matarían.

La situación era bastante delicada. Si salíamos, acabaríamos todos prisioneros de ese maldito Coronel, sin la seguridad de continuar con vida si se le cruzaban los cables. No podríamos ir a casa de la familia de Merche. Tampoco nos dejarían entrar en el Punto Seguro, provocando un enfrentamiento entre los defensores y estos atacantes, poniéndonos a nosotros de por medio. Acabaría muy mal.

-Contad cuántos tíos armados hay fuera -les dije a Merche y a Luís Javier-. Todos los que serían peligrosos en caso de salir. Elena -

continué, dirigiéndome a la pequeña-. Coge a Boni y a Yuko y métete en el coche, en el asiento trasero. Túmbate en el suelo y tápate con una de las mantas que hay en el maletero, ¿vale?
-¿Qué pretendes? -me preguntó Merche-. No sé quién me da más miedo -sonreía. Sabía que mis ideas eran tremendas, pero, hasta ese momento, nos habían sacado de varios apuros.
-Básicamente, vamos a salir cagando leches de aquí -comencé a contarles el plan-. Voy a darle conversación a ese cretino. Cuando sepáis cuántos hay, meteos en el coche -me dirigí a Luís Javier-. He visto que tienes dos granadas, ¿no?
-Sí -respondió-. Y varias bengalas.
-Genial. Cuando sepamos cuántos hay ahí fuera -continué-, vamos a hacerle creer que salimos. En ese momento, cuando la puerta automática comience a abrirse, quiero que lances las granadas. Una contra el humvee del Coronel y otra contra el que está a la derecha -me dirigí a Merche-. Tú lanza las bengalas hacia la entrada, para asustar a los del camión. Creo que son casi todos civiles. No nos harán nada si están asustados.
-Joder, menudo plan -la cara de Luís Javier era un poema-. Estás como una puta cabra.
-Es posible -dije sonriendo-. Pero no pienso rendirme a ese soplapollas -continué contándoles el plan-. Una vez que salgamos, tenemos que ir, lo más rápido posible, hacia el cementerio. Si tenemos problemas, nos metemos en el campo sin dudarlo, aunque haya que llevarse por delante alguna puerta metálica. Si nos siguen, trataremos de darles esquinazo. Dispararemos solo si es necesario. ¿De acuerdo? -pregunté. Necesitaba que me confirmaran que me seguirían en esa locura de plan.
-Por supuesto -dijo Merche sin dudar.
-No creo que haya muchas más opciones -respondió Luís Javier-. Así que, vamos a darles duro.
-Bien. Merche, tú conduces -le dije, sonriendo.
-Vale.
Merche y Luís Javier se pegaron a la valla, comenzaron a contar.
-Coronel -comencé el espectáculo-. Tiene que prometerme que no nos hará nada. Tengo la sensación de que usted no es muy fiable.
-Maldito idiota -gritó en respuesta-. Valore su situación y piense dos veces sus palabras. Le he dicho que no les mataré si salen, tirando las armas. Tiene mucho que contarme.
-No le entregaré las armas, Coronel -tenía que ponerle nervioso-. No permitiré que nos deje desarmados. ¿Nos defenderá en caso de ser atacados? No seremos sus prisioneros. Debería tratarnos bien.
-¿Pero qué demonios está diciendo? -estaba consiguiendo mi objetivo-. Me interesa usted.

-Verá. Sé dónde podemos estar seguros. Pero todos -continué-. Hay un lugar donde nos acogerán. Comida, camas, agua. Todo lo que necesitamos para sobrevivir.
-Buen chico -dijo-. Salgan ahora mismo, entreguen las armas y valoraremos su situación.
-Coronel. Creo que no me ha oído -respondí-. No le voy a entregar las armas. Ustedes vienen con nosotros, no al revés. Mandamos nosotros.
Merche y Luís Javier pasaron a mi lado.
-He contado dos a la derecha -dijo Merche-. Otros dos con el Coronel.
-Hay uno en la entrada -completó Luís Javier-. Confirmo lo que ha dicho ella.
-Eso nos da un total de unos cinco peligrosos -comenté-. Ok, id al coche. Vamos a empezar.
Cuando los dos estuvieron dentro del BMW, continúe la conversación.
-Coronel. Espero que tenga en cuenta mis peticiones -trataba de liarle-. Si confirma que nos dejará con vida y hará lo que yo le pida, saldremos enseguida.
-Maldito -le notaba dubitativo-. De acuerdo, salga aquí y llegaremos a un acuerdo. Pero no trate de engañarme. Les mataré a todos si me la juega.
Perfecto. Ordenó a los dos soldados de su humvee que se prepararan para nuestra salida. Ambos se colgaron el G36 al hombro y se acercaron a la puerta. Los otros se prepararon. Uno de ellos apuntaba hacia la entrada, los otros no se movieron, seguramente debido al cansancio.
-Muy bien -informé-. Vamos a salir.
Me acerqué a la puerta y apreté el botón de apertura. Ésta comenzó a abrirse lentamente. Corrí hacia el coche. Cogí el G36 y un bate. Luís Javier tenía las granadas preparadas. Merche encendió una de las bengalas.
-¡Ahora! -grité.
Ambos lanzaron, a la vez, la granada y la bengala respectivamente. Merche arrancó el coche y pisó el acelerador. Bajé la ventanilla y saqué parte del cuerpo, con el bate de baseball en la mano. La puerta terminó de abrirse.
-Malditos desgraciados -gritó el Coronel.
La granada explotó a su derecha. Se golpeó la cabeza contra una de las placas de metal que hacían de protección en la torreta, haciéndole caer en el interior del vehículo. Uno de los soldados salió despedido y chocó contra el lateral del humvee, cayendo muerto al lado de la rueda.
El factor sorpresa había funcionado. Luís Javier lanzó la segunda granada contra el otro vehículo. Los cinco ocupantes se echaron al suelo. La explosión se llevó por delante a dos de ellos, que perdieron

parte de sus extremidades y se retorcían en el suelo. Los otros tres quedaron atontados. Cuando llegamos a la entrada de la parcela, los dos soldados que se habían acercado, estaban desorientados. No se esperaban ese ataque. Uno de ellos miraba hacia el humvee del Coronel. El otro trataba de hacerse con el G36 de su espalda. Al pasar a su lado, le golpeé, con toda la fuerza que pude, en la cabeza. Su cuello se retorció de tal manera que acabó roto, giró sobre sí mismo y cayó al suelo fulminado. El primero saltó hacia atrás, golpeándose con el muro y quedó sentado en la acera, con una asombrosa cara de pánico.

-Vamos -grité-. Salgamos de aquí.

Merche salió a la carretera a toda velocidad. Los ocupantes del camión habían saltado de él, aterrados. Corrían en todas direcciones buscando un lugar donde ocultarse. Cuando pasamos a su lado, Luís Javier lanzó una ráfaga con su G36, al aire, para acojonarlos un poco más.

Enfilamos la carretera, la rotonda se situaba frente a nosotros, totalmente despejada.

-Nos están siguiendo -dijo Merche, mirando por el retrovisor.

Efectivamente, los dos humvees salieron de la urbanización tras un tremendo derrape. Desde las torretas, dos soldados disparaban sus fusiles de asalto. En uno de ellos, el Coronel gesticulaba con odio.

-Elena, agáchate y no se te ocurra levantarte -ordenó Merche a la pequeña.

-Toma, ponte esto -Luís Javier le tendía su casco a Merche-. Lo he ajustado al máximo, es de kevlar. Si atraviesa algún disparo el cristal, esto lo parará.

Era una magnífica idea. Merche tenía que conducir y no podía preocuparse de esconderse de los disparos. Llegamos a la rotonda. La cogimos a toda velocidad, casi acabamos por la salida que no era, de la inercia. Uno de los humvees perseguidores la cogió en dirección contraria, imagino que tratando de cortarnos el paso. No sin problemas, Merche retomó el control y consiguió dirigirnos por la carretera que debíamos coger.

- Dispara por tu ventana a esos cabrones -grité.

Luís Javier comenzó a disparar por su ventana contra el vehículo que teníamos casi en paralelo. El soldado que iba en la torreta cayó de la torreta al interior del humvee, le había conseguido acertar a pesar del movimiento. Un segundo soldado asomó y comenzó a disparar.

-Mierda -gritó metiéndose en el coche.

Le habían alcanzado en el brazo. Eso provocó que soltara el G36, no pudo sostenerlo. Le habían desgarrado los músculos y se le escapó de las manos.

-¡Agarraos! -nos advirtió Merche.

Tuvo que meterse por el campo adyacente a la carretera. Varios

coches accidentados cortaban el paso, haciendo imposible continuar por ella. Tras esquivarlos, dando varios tumbos y saltos, consiguió volver al asfalto. Uno de los humvees perseguidores salió por el lado contrario y al volver a la carretera se situó en paralelo a nosotros. La imagen me recordó muchísimo a la persecución que vivimos cuando salimos de Guadarrama. El soldado que conducía el vehículo trataba de echarnos de la carretera. El segundo humvee se situó a nuestras espaldas, empujándonos.

-Joder -Merche estaba esforzándose al máximo-. La cosa está jodida.

-Aguanta -grité.

Me asomé de la misma manera que en la primera persecución y descargué varios disparos contra el vehículo que teníamos al lado. No conseguí acertarle a ninguno de sus ocupantes, pero nos valió para que se despegaran de nosotros y se situaran a nuestra espalda, junto al otro perseguidor.

Subimos la carretera, estábamos llegando a la siguiente rotonda. Merche bajó un poco la velocidad. La curva que debíamos tomar era mucho más pronunciada y estaba muy mal peraltada. Antes del caos vimos cantidad de coches de chavales que volcaban en esa rotonda por cogerla demasiado deprisa.

-Pero qué coño -dijo Merche.

Un enorme tráiler apareció a nuestra derecha, iba a toda velocidad, daba la sensación de que trataba de cortarnos el paso en la rotonda.

-Acelera -le dije a Merche-. Aunque sea por dirección contraria.

Merche dio un tremendo acelerón y pasamos por delante del tráiler, dejándolo atrás por unos milímetros. Éste se llevó por delante uno de los humvees, convirtiéndolo en un amasijo de hierros y sangre. Había destrozado, literalmente, a todos los ocupantes. El tráiler volcó, deslizándose por encima de la rotonda y quedó cruzado en la carretera. Pudimos oír como el otro humvee se estrellaba contra el contenedor de carga. Merche paró en seco. Necesitaba darse un momento para tranquilizarse y retomar el control.

Unas siluetas conocidas salieron de la cabina, tambaleándose. Eran las personas que nos atacaron en Guadarrama.

-Joder, son los tíos que había en la colina mientras nos atacaban en el polideportivo -Merche los reconoció.

Ambos salieron torpemente, con escopetas en las manos. Uno de ellos cayó al suelo tras escucharse un disparo de pistola. Al otro lado, el Coronel y otro soldado, únicos supervivientes del accidente, habían salido de su vehículo y dispararon contra ellos. El hombre que quedó en pie levantó su escopeta y disparó. Un gritó sonó al otro lado y un golpe contra el contenedor de carga confirmó que había alcanzado a uno de nuestros perseguidores.

En ese momento, la radio de Luís Javier sonó.

-Soldado Reguera, soldado Reguera -era la maldita voz del Coronel-. Ayúdeme. Mátelos y venga a ayudarme. Estoy herido.
Un nuevo disparo sonó. La comunicación se cortó.
-Hijo de puta -le dije a Luís Javier-. Tú le has llevado hasta nosotros.
Trató de sacar la pistola, pero le lancé un puñetazo sobre la herida del brazo. Cogí su pistola y le apunté.
-Debería matarte aquí mismo -le amenacé, lleno de rabia.
-No por favor -suplicó-. Sólo cumplía órdenes.
Abrí la puerta y salí del coche. El hombre del tráiler me vio y trató de dispararme. No había recargado la escopeta. Rápidamente trato de hacerlo. Sin dudarlo, le dispare seis tiros con la pistola. Cayó hacia nuestro lado, muerto.
-Sal del coche, cabronazo -le dije a Luís Javier mientras tiraba de él.
Lo dejé en el suelo. Lo observé.
-Da gracias por haberme ayudado a escapar -le amenacé-. Y por llevarme con Merche. Pero aquí se acaba tu camino con nosotros.
Le apunté con la pistola y le disparé. Un grito de dolor salió de su boca. Le destrocé el pie derecho de un disparo.
-No te voy a matar -le dije-. Pero no te lo voy a poner fácil.
Le quité los dos cargadores de G36 que llevaba, la ración de comida y el botiquín. Me subí al coche y Merche arrancó. Le pedí a Merche que parara antes de llegar al pueblo. Debíamos descansar antes de enfrentarnos a una zona poblada. Sin saber qué íbamos a encontrarnos no sería demasiado inteligente estar cansados y sin recargar las armas.
Entramos en una de las últimas fincas antes de entrar en el pueblo. La casa estaba a unos treinta metros de la entrada, rodeada de árboles. No nos costó mucho. Montamos un pequeño campamento. Elena se durmió enseguida, estaba realmente agotada. La pobre recibió un pisotón de Luís Javier. Seguramente no se había dado cuenta, ya que estaba en el suelo tapada. Las perritas estaban algo nerviosas e igualmente cansadas.
Menuda mierda de mundo. No solo nos tenemos que preocupar por unos locos homicidas. Los infectados son peligrosos, pero, estos días, los sanos han sido, de lejos, mucho más peligrosos. Da igual. Todos son enemigos.

ENTRADA 49

Domingo, 6 de Noviembre de 2011

Al fin hemos llegado a nuestro primer objetivo. Después de varios días de viaje, en los que casi perdemos la vida en numerosas ocasiones, estamos con la familia de Merche. La situación en el pueblo es muy extraña. Por lo que nos cuenta su madre, los militares tomaron el lugar con la misma intención con la que tomaron Alpedrete. Llegaron un día, el veintinueve de Septiembre cree recordar, montaron un campamento y pasaron por el pueblo con altavoces en los humvees. Avisaron a todos de que era la única oportunidad que tendrían de salir de allí y ser llevados a un Punto Seguro. Lo que sucedió después fue aterrador. Se realizó una limpieza. Análisis de sangre en masa fueron decidiendo el destino de cada una de las personas del pueblo. Los "negativos" volvían a sus casas hasta nuevo aviso. Los "positivos" eran subidos en camiones del ejército, con todas sus pertenencias, y llevados a un lugar del cual nadie sabe nada. Días después de su llegada, las tropas desaparecieron. De vez en cuando volvían y realizaban una nueva limpieza, llevándose con ellos a nuevos "positivos". Así fue la vida en el pueblo durante tres semanas. En la sexta visita del ejército, se desató el caos. Personas armadas emboscaron los transportes, hartas de sufrir los abusos y controles sin ningún tipo de explicación. Una batalla campal se desató en la entrada del pueblo. Tras varias horas de combate, los militares decidieron retirarse y tomar una solución más drástica. En un par de horas varios helicópteros Apache aparecieron tras el monte y bombardearon la zona. Camiones de transporte llegaron con toneladas de hormigón con las que montaron barricadas en todas las carreteras y caminos de salida. Cientos de soldados minaron los campos colindantes. Varios carteles fueron colgados en todo el perímetro. "Pueblo Clausurado. Madrid. Nº7895. Nivel Alpha de Contención". Durante unas semanas, toda persona que trataba de huir del pueblo, bien saltando el muro, bien por los campos, caía bajo el fuego de los militares o por las explosiones de las minas. Hasta que un día, sin más, los militares abandonaron la zona definitivamente. Muchos trataron de abandonar el pueblo. Otros se quedaron, a la espera.

Gonzalo y Ana llegaron el día veintitrés de Septiembre. Por lo que nos han contado, la situación en la zona no parecía muy peligrosa, pero las noticias de focos de violencia en varios puntos de la comunidad hicieron que tomaran la decisión de pasar unos días en casa de la familia. Gonzalo pensó en poner un mensaje en la pared, por si acaso. Esos días se convirtieron en semanas, hasta hoy.

Somos un total de diecinueve personas. La madre y las

hermanas de Merche; Ana, Bea y Laura; Gonzalo e Igor; varios vecinos; Elena, Merche y yo. Contábamos con varias armas, tanto de fuego como de cuerpo a cuerpo. También contábamos con palas, mazas, picos y demás material de construcción que podíamos usar como armas contundentes. El mayor problema era la comida. Nosotros llegamos con apenas veinte latas de comida, algunas botellas de agua, sobres de sopa y poco más. El grupo tendría comida para una semana, como mucho.

¿Qué ha pasado estos dos días, entre que llegamos a la entrada del pueblo y encontramos a la familia de Merche?

Tras meternos en la casa de la finca, una tremenda tormenta de granizo se desató sobre nosotros. Unas bolas del tamaño de pelotas de tenis caían con una fuerza destructora impresionante. El BMW quedó increíblemente dañado. El capó delantero acabó cediendo a los impactos, quedando totalmente agujereado. Las bolas de granizo comenzaron a golpear directamente contra el motor, destrozándolo en pocos minutos. Era completamente imposible salir a la calle en esa situación. La casa estaba abandonada. No había nada de nada. Dando una vuelta por las habitaciones encontré un cartel de “se vende”, bastante viejo. La crisis había llevado a mucha gente a vender sus casas, pero los compradores eran escasos.

Montamos el campamento en el salón. Con algunos troncos que encontramos en el sótano encendimos la chimenea. Se agradeció muchísimo el calor que desprendía y el olor era tremendamente agradable. Las chicas se quedaron dormidas en seguida. El ambiente que se había creado era tan cómodo que, por un momento, nos sentimos tan relajados que nos olvidamos por completo de lo que estábamos viviendo en el exterior.

Por la mañana comprobamos el estado de nuestro vehículo. Evidentemente, después de la tormenta, estaba totalmente destrozado y era imposible arrancarlo. Tocaría andar.

Sacamos todo lo que teníamos en el maletero y preparamos cinco mochilas con lo que seleccionamos. Nos cambiamos, poniéndonos ropa limpia y tirando la que llevábamos puesta. Comprobamos las armas y la munición.

Pasado el mediodía salimos de la casa. Fuimos por la carretera. Varios coches destrozados a los lados, estampados contra los muros y árboles, dejaban evidencia de la cantidad de accidentes ocurridos en la zona. Otros tantos simplemente abandonados, poblaban la carretera. Tomamos la última curva antes de llegar al pueblo. La visión de un enorme muro de hormigón apareció frente a nosotros. No se parecía en absoluto al que vimos en Guadarrama. Éste parecía el muro de un gueto de la segunda guerra mundial, o, poniendo un ejemplo más actual, se asemejaba al muro de la vergüenza israelí. Sin

puertas, sin controles, simplemente cinco metros de altura de hormigón.

-¿Cómo vamos a pasar? –preguntó Merche.

La verdad es que no me lo planteaba. El muro llegaba hasta los laterales de la carretera, juntándose con los levantados, en piedra, de las fincas. Con entrar en una finca y bordear el muro sería suficiente.

-¿Estás loco? –me gritó Merche cuando me dispuse a saltar el muro de piedra–. Mira ese cartel.

-Mierda -respondí.

A unos metros del muro, un cartel verde con letras blancas descansaba en el suelo. “Área de Peligro. Campo Minado”.

-Menos mal que lo has visto -le agradecí a Merche-. Vamos a buscar una manera de cruzar.

Eché un vistazo al campo. Estaba completamente removido. Varios agujeros dejaban constancia de la existencia de las minas. Zapatillas, zapatos, pantalones, camisetas. El color rojizo de la sangre reseca acompañaba todo tipo de ropa dispersa por el campo. Creí ver varios miembros amputados en diversos lugares. No tenía ganas de confirmarlo, así que dejé de mirar.

-Merche, Borja -la vocecilla de Elena sonó tratando de llamarnos la atención-. Mirad.

La pequeña señalaba una cuerda que colgaba del muro, en el lado contrario de la carretera. Un gancho de hierro la sujetaba a la parte alta.

-Creo que podemos usarla -dije-. Esperad aquí.

Me quité las dos mochilas que llevaba, me puse unos guantes y comprobé la cuerda. Di varios tirones. Aguantó. Me colgué, dejando todo mi peso suspendido en el aire. Aguantó.

-Bien. Parece que aguanta -le dije a Merche-. Voy a subir. Miro lo que hay al otro lado y te cuento.

Comencé a escalar por el muro. Cinco metros no son muchos, pero una cuerda ayuda bastante. Al llegar a lo alto me crucé en el muro, como si montara un caballo. Solo había cuerda en ese lado. Seguramente, la persona o personas que la usaron, se subieron todos, uno tras otro. Cuando estuvieron todos, colgaron la cuerda del otro lado y bajaron.

-Merche -grité-. Tenéis que subir las dos y esperar aquí arriba. Cuando estemos todos aquí, cambiamos la cuerda de lado y bajamos. Ata las mochilas a la cuerda y las subo para tirarlas al otro lado y después subís vosotras.

-Vale -respondió Merche desde abajo.

Mientras Merche ataba las cinco mochilas a la cuerda, miré a mí alrededor. El pueblo daba la sensación de estar abandonado. Una tremenda fila de coches se agolpaba al otro lado, casi todos con las

puertas abiertas. Algunas manchas de sangre decoraban el asfalto. Varios pasos, en los muros de las fincas, daban a entender que, en su huida, la gente había tirado las piedras. Otros tantos agujeros mostraban el caos desatado por múltiples explosiones de minas, mientras la gente trataba de salir atravesando los campos. En las cunetas se podían distinguir varios cuerpos sin vida, posiblemente de personas que se arrastraron hasta allí tras sufrir heridas mortales por las explosiones.

-Borja -la voz de Merche me sacó de mi abstracción-. ¿A qué esperas?

No me había dado cuenta de que Merche llevaba un rato tirando de la cuerda, tratando de avisarme de que ya podía recogerla. Subí las mochilas y las lancé, una a una, al otro lado. Cuando acabé, volví a pasarle la cuerda a Merche.

-Ata el bolso de Boni -le dije-. Me lo subo y me lo pongo a la espalda.

Merche metió a Boni en el bolso que teníamos para llevarla en caso de urgencia. Cerró la cremallera y lo ató a la cuerda. La perra estaba nerviosa pero no se movía demasiado. Cuando la tuve en mis manos, abrí un poco la cremallera y la acaricié. Dejé caer la cuerda de nuevo. Era el turno de Elena. Merche ató la cuerda a su cinturita y le dijo que se sujetara con las manos a ella. Poco a poco la subí.

-Ponte como yo, pequeña -le dije cuando estuvo conmigo-. Sujétate con las manos al muro y no te muevas, ¿vale?

-Vale -respondió la niña.

Ya solo quedaban Merche y Yuko. La perrita se revolvía en el bolso. No le gustaba nada estar encerrada y se agobiaba enseguida. Merche se ató la cuerda a la cintura y tiró para hacerme saber que estaba preparada. Llegó a nuestro lado. Se agarró al muro.

-No te desates -le dije-. Vas directa para abajo-. Le sonreí.

-Vale -respondió-. Cuanto antes pueda sacar a Yuko, antes dejará de hacerme daño.

La descolgué por el otro lado. Cuando llegó abajo, se desató y sacó a la perrita del bolso. Ésta se sacudió y por fin se relajó un poco. Subí la cuerda y realicé el mismo proceso con Elena.

En pocos minutos estábamos todos al otro lado. Comenzamos a avanzar entre los coches, varios cadáveres asomaban por las ventanillas de algunos de ellos. Los muertos por las minas iban en aumento según nos acercábamos al pueblo. Malheridos, trataron de volver a sus casas.

Comenzó a llover. La lluvia era tremendamente fina y abundante. En pocos segundos estábamos totalmente empapados. Por fin, entramos en el pueblo.

-¿Por dónde vamos? –le pregunté a Merche-. ¿Cuál será el

mejor camino?

-Yo creo que por las urbanizaciones nuevas. Cogemos mi casa por detrás.

Subimos las cuestas de camino al centro del pueblo que atravesaban las nuevas urbanizaciones de chalets. Estábamos en un pueblo fantasma, ni siquiera teníamos la sensación de estar siendo observados. El único presentimiento que teníamos era el de la nada. No había nada ni nadie. La vida se había marchado de aquel lugar.

Miles de cascotes, escombros y fragmentos de edificios se agolpaban por todos lados. La destrucción era la nota predominante bajo la lluvia. El agua inundaba las decenas de boquetes que había en el suelo. Ropa, muebles, juguetes y cantidad de objetos personales se encontraban aquí y allí, desperdigados por todos lados. En ese momento no teníamos ni idea de lo que había pasado en aquel lugar.

-Espero que estén bien -pensó Merche en voz alta.

-No te preocupes -respondí, sin creerme casi mis palabras.

En treinta minutos llegamos cerca de la casa de Merche. La zona estaba igual o peor que la que acabábamos de pasar. Decenas de cuerpos se encontraban desperdigados por todos lados. Los cascotes y escombros eran mucho más numerosos. La preocupación invadió la cara de Merche. Aceleramos el paso.

Cuando llegamos a la zona de chalets, donde vivía la familia de Merche, el espectáculo no era demasiado alentador. El chalet estaba medio derruido. Uno de los muros laterales había caído y dejaba ver las habitaciones del piso superior. Merche dejó sus mochilas en el suelo y corrió hacia la casa. Entró por un agujero abierto en el garaje. Elena y yo nos quedamos fuera con las perras, en el descansillo, al resguardo de la lluvia.

-No hay nadie -Merche salió de la casa. La lluvia no disimulaba sus lágrimas.

Se sentó a mi lado. Ya no podía contenerse. Rompió a llorar. La lluvia comenzaba a amainar, las nubes nos abandonaban poco a poco, dejando un cielo grisáceo sobre nosotros. Dentro de poco la noche llegaría.

-¿Merche? -una voz familiar sonó al otro lado de lo que quedaba de verja-. ¡Merche, eres tú! -se transformó en un grito de emoción incontrolable.

Tras el muro derruido apareció la hermana mayor de Merche, Ana. Había vuelto a la casa para ver si podía recuperar algunas mantas. Estaban todos refugiados en la iglesia, uno de los pocos edificios que quedaban en pie casi entero. Merche no podía más, se lanzó sobre su hermana y la abrazó con fuerza. La verdad es que encontrarnos con ella supuso un alivio increíble. Un poco de felicidad nos venía bien.

Nos llevó junto a los demás. La fortuna quiso que nos encontráramos todos y estuviéramos más o menos bien. Algunos de los vecinos tenían heridas producidas por los ataques de los militares. Afortunadamente no estaban muy graves. Habían conseguido sobrevivir encerrándose en la iglesia.

Merche se quedó toda la noche hablando con su familia. Yo caí rendido en uno de los colchones que tenían en el aula de catequesis. Habían conseguido varios braseros antiguos donde metían las ascuas de las pequeñas hogueras que encendían. Estaba todo iluminado con velas.

Cuando llegó la mañana, Merche estaba dormida a mi lado, junto a Elena. Acaban de quedarse dormidas. Estuve hablando con Gonzalo, le pregunté por la situación, lo que más me interesaba era su opinión de los vecinos, ¿eran de fiar? Casi todos eran amigos de Ana, la madre de Merche, así que debíamos suponer que sí podíamos confiar en ellos. Tras una larguísima conversación, en la que le puse al día de lo que habíamos vivido, me comentó las posibilidades que habían surgido para tratar de continuar con vida. Desde ir a la finca de un conocido hasta encerrarse en una nave del polígono industrial.

Le pregunté si había electricidad en alguna casa.

-Sí -respondió-. En la casa de enfrente hay luz e internet, pero ten cuidado, de vez en cuando hay cortos por culpa del agua.

Me contó que usaban esa casa para cargar las baterías de grupos eléctricos, que uno de los vecinos trajo de su taller. Algunos se habían quemado por culpa de subidas de tensión, pero los que funcionaban producían la energía suficiente para tener calor de vez en cuando y poder calentar agua.

De momento estamos descansando. Mañana por la mañana les contaremos lo del Punto Seguro de La Pedriza. Nosotros estamos convencidos de llegar a él, y queremos que vengan con nosotros.

ENTRADA 50

Lunes, 7 de Noviembre de 2011

Me está resultado muy complicado actualizar el blog estos días. Tener que ir a la casa de enfrente es un problema. La señal wifi es imposible de usar, la antena del router está rota y no debe de funcionar correctamente. Las lluvias están siendo cada vez más potentes. El frío en la iglesia es más difícil de combatir cada día, pero lo que más me preocupa son unas criaturas que hemos visto rondando por la zona. Gonzalo me ha contado que no es la primera vez que aparecen, aunque ninguna de las veces anteriores las había visto tan de cerca. Las llamo criaturas por llamarlas de alguna manera, está claro que eran humanoides, más que nada porque la cabeza era, todavía, reconocible.

Pudimos contarlos, eran cuatro. A pesar de los rasgos humanos de la cabeza, andaban casi a cuatro patas. La columna vertebral estaba exageradamente desarrollada, el más pequeño debía de medir unos dos metros. Se arqueaban sobre sí mismos, incapaces de mantenerse sobre las dos piernas unos minutos. Éstas mantenían su longitud natural pero los muslos mostraban unos músculos increíblemente desarrollados, al igual que los gemelos. Los pies habían tomado forma curva y andan casi de puntillas. Uno de ellos saltó hasta un tejado de una casa de dos pisos casi sin despeinarse. Los brazos los tenían medio pegados al cuerpo, parecía que les costaba moverlos pero, cuando lo hacían, demostraban una fuerza abrumadora. La caja torácica era lo más alucinante; las costillas estaban expandidas hacia afuera, algunas sobresalían por tremendos agujeros en la piel. La sangre, totalmente seca, decoraba la zona pectoral de cada una de las criaturas, tuvo que ser algo muy doloroso. Algunos huecos dejaban entre ver los órganos internos. Eran realmente asquerosos. Respiraban bruscamente, inspiraban fuertemente por la nariz y lo soltaban, junto a cantidad de babas, por la boca, con unos suspiros que resultaban dolorosos. Sus ojos eran de ese maldito color rojizo. Dentro de profundas cuencas, sin párpados, se distinguían los globos oculares al completo.

Se comunicaban por gruñidos, parecía como si hubieran vuelto a la edad de piedra. Escasamente vestidos, la piel estaba podrida por casi todo el cuerpo. Habían estado más de dos horas fuera, buscando comida. Cuando un gato apareció en una esquina, se volvieron absolutamente locos. Se pelearon entre ellos por tratar de cazarlo. El pobre animal trató de huir subiéndose a un árbol, plantado en un hueco de la acera, pero una tremenda embestida contra el tronco hizo que cayera de nuevo y no tuvo más oportunidad. Dos de las criaturas se lanzaron sobre él, tirando cada uno en una dirección, lo partieron

en dos y comenzaron a comérselo. Tras unos minutos más de gruñidos y peleas, las cuatro salieron corriendo, atraídos por unos gritos que se escucharon en el monte cercano.

Tras comprobar que las criaturas habían desaparecido, Merche y yo reunimos a todos en la sacristía. Era una zona pequeña pero, por eso mismo, la más cálida de la iglesia. Les íbamos a contar nuestras intenciones.

-Veréis -comencé a hablar.-Como a muchos de vosotros a nosotros, todo esto nos pilló por sorpresa. La diferencia puede ser que, Merche y yo, hemos vivido, posiblemente, el inicio de este tremendo caos. Pero la evolución de los problemas, todos y cada uno de nosotros, nos la hemos encontrado en la puerta de casa.

Mi intención era contarles lo que ya sabían pero sin darles a conocer el origen de toda esta mierda que nos rodeaba. Pensaba que ya no venía al caso contar que, nosotros, hemos vivido los ataques de estos infectados mucho antes que otras personas. Tenía la extraña sensación de que, si la gente se enteraba, nos tratarían de forma distinta. Si bien es cierto que, como sabrá cualquier persona que haya podido seguir este diario, es un secreto a voces todo lo que nos ha pasado.

-Sabemos de un lugar, cerca de aquí -continué-, donde nos aseguran seguridad, comida, camas y las comodidades necesarias para afrontar todo este caos.

-¿Cómo sabes eso? -preguntó uno de los vecinos.

-Gracias a lo poco que ha estado funcionando internet estos días -contesté-. Tratando de investigar sobre lo que estaba pasando, encontré información de Puntos Seguros “extra” -simulé las comillas con las manos-, donde se está alojando a los supervivientes de cada zona.

Las caras no eran de mucha credibilidad. De hecho parecían bastante escépticas. Pensé que era totalmente normal, después de lo vivido con los militares en el pueblo.

-Sabed que estos puntos que hemos encontrado son privados -traté de convencerles-. No tienen nada que ver con los militares.

En este punto caí en que tendría que inventarme una manera de hacerles creer que podrían entrar una vez nos encontrásemos ante sus puertas. Por norma general la gente piensa que “privado” es lo mismo que “pagar”, con lo que no creerían que pudieran entrar en los puntos sin tener que dar algo a cambio. La siguiente pregunta lo confirmó.

-Pero, si son empresas privadas ¿algo pedirán a cambio de nuestra seguridad, no? -una voz sonó al fondo.

-No os preocupéis -respondí-. Podemos llevar algunas cosas de valor con nosotros. Pero, por lo que he leído, lo que piden a cambio es

que podamos funcionar como mano de obra. Necesitan gente para mantener en pie esos lugares, así que con tratar de parecer necesarios podremos quedarnos con ellos.

Creo que la excusa de los “oficios” ayudó. El murmullo fue general.

-Por ejemplo -pensé que poner algunos ejemplos sería de utilidad-. La madre de Merche trabajaba en un jardín de infancia, seguro que agradecen que haya personas que se encarguen de los pequeños -primer ejemplo-. Bea e Igor han trabajado con los cuerpos anti incendios de la comunidad, eso será muy útil seguramente. Pensad qué se os da bien y engrandecedlo para que sea algo necesario.

Por fin las caras de escepticismo habían desaparecido. Pensar en poder formar parte, de nuevo, de una comunidad supuso un rayo de esperanza para los allí presentes. Decidimos dejarles en la sala para que deliberaran sus opciones.

-Que quede clara una cosa -concluí antes de abandonarla-. Nosotros -dije haciendo un gesto sobre Merche, Elena y yo-, nos vamos lo antes posible, con o sin vosotros. No obligo a nadie a venir, sólo creo que esto es una buena oportunidad. Mejor que quedarse aquí esperando la salvación, la muerte o lo que sea que creáis que estáis esperando.

Salimos los tres de la habitación. Noté que Merche estaba un poco triste, seguramente por la forma tan tajante que tuve de cerrar la charla sin incluir a su familia.

-Sabes que aún no nos han confirmado que vayan a venir, ¿no? -le pregunté

-Sí, lo sé -respondió, visiblemente afligida.

-También sabes que no es viable quedarse aquí esperando -continué-. Antes de que llegáramos casi no tenían comida y no salían en su busca. Además…

-Ya basta -me gritó-. Lo sé todo, no hace falta que me digas lo que ya conozco.

Cogió a Elena y me dejó allí. Pensé que quizás me habría pasado. Nos había costado mucho llegar hasta allí y, seguramente, la idea de continuar sin su familia era algo que la dolía demasiado como para pensar en ello. Me quedé unos minutos allí de pie. Antes de que la gente saliera de la sala, me fui detrás de Merche. Ambas se habían metido en la habitación donde estaban las camas. Elena jugaba con las perritas mientras Merche la miraba.

-Merche -dije por lo bajo mientras me sentaba a su lado-. Lo siento. Sé que la situación no es como para…

En ese momento me abrazó y me besó.

-Cállate -me dijo, abrazada a mí-. Tienes toda la razón, pero ya sabes lo que pienso en estos casos.

Elena se vino con nosotros, junto a las perritas, que la seguían. Nos quedamos los cinco allí un buen rato.

-No dejaré que os pase nada a ninguna -les prometí-. Llegaremos al Punto Seguro y estaremos a salvo.

En ese momento, Ana, la hermana mayor, entró en la sala, seguida de toda la familia.

-Merche -dijo-. No te preocupes por nosotros. No nos vamos a quedar aquí.

Toda la familia confirmó que vendría con nosotros. Cuatro vecinos entraron unos minutos después.

-No sabemos a qué nos enfrentaremos allí fuera -dijo uno de ellos-, pero seguro que no es mucho peor que estar aquí esperando la muerte.

Dos de ellos eran guardias civiles, habían sido destinados al pueblo en los primeros controles policiales, cuando la infección comenzó a extenderse. Cuando los militares atacaron, no quisieron abandonarlo. Decidieron ayudar, en la medida de lo posible, a la gente atrapada.

Otros dos eran amigos de la madre de Merche. Uno de ellos, que solía cazar antes de la infección, facilitó varias armas a sus amigos. Al comienzo del contagio eran siete personas, pero cayeron bajo el fuego de los militares cuando trataron de abandonar el pueblo.

Tres personas más confirmaron su adhesión al grupo. Ninguno veía futuro en el horizonte, pero no querían morir sin haber intentado, por todos los medios, tratar de sobrevivir. Los tres eran vecinos del pueblo. Uno de ellos era el dueño de los establos donde la familia de Merche tenía a la yegua. Otra era una de las veterinarias de la clínica a donde llevábamos a las perritas. El tercero era el dueño de uno de los bares del pueblo, conocido de toda la vida por la familia de Merche. El cura del pueblo y dos personas más decidieron quedarse en la iglesia. “Dios proveerá”, fueron sus palabras.

Finalmente éramos dieciséis personas. Teníamos siete escopetas, dos rifles y tres pistolas. Sin contar con la comida para los que se quedaban, conseguimos reunir lo suficiente para alimentarnos durante unos cinco días, quizás siete si lo racionábamos bien.

Aún no hemos decidido cuándo saldremos de aquí, pero no esperaremos mucho. No nos rendiremos, es más, pido a todos los supervivientes que no se rindan. Por muy pequeña que sea la luz de la esperanza, no debemos dejar que se apague.

ENTRADA 51
Lunes, 14 de Noviembre de 2011

Martes 8 Noviembre. La huída.

En la mañana del martes sucedió todo. La situación se complicaba por momentos. Tras la reunión que tuvimos, durante la noche, con todos los que decidieron continuar con nosotros, en la cual decidimos el camino que seguiríamos para llegar hasta La Pedriza, el caos se desató en la iglesia.

Resultó que el cura y el chaval, con síndrome de Down, que vivía con él ayudándole en los oficios, habían ocultado que, durante una de las salidas para encontrar comida, habían sido atacados por una de las criaturas que vimos Gonzalo y yo hace unos días. El resultado fue que ambos sufrieron algunas heridas en el cuerpo por las cuales, el monstruo, dejó caer sangre de sus orificios de la caja torácica, seguramente para tratar de tener una conexión con los pocos supervivientes que quedasen, introduciendo en su escondite unos "topos" que los hicieran salir en el momento oportuno. Y así fue.

Comenzamos escuchando los gritos de dolor del pobre chaval. Éste se retorcía en la sacristía mientras su cuerpo mutaba violentamente. El cura, por su parte, estaba sufriendo el cambio de forma más pausada, pero los instintos asesinos habían comenzado a brotar rápidamente. Con el otro superviviente que decidió quedarse con él, embriagado por su discurso de que llegaría la ayuda divina si se mantenía en la fe y siendo paciente, había hecho un tremendo mosaico de sangre y vísceras que escurrían por las paredes, el techo y se acumulaban en el eje central de la sala en una masa irreconocible de extremidades, cabeza y carne destrozada.

En el momento en que uno de los guardias civiles entró para tratar de pararle, el nuevo mutante se abalanzó sobre él. En vano, el joven de la benemérita trató de librarse de la fuerte presa que había sufrido en su pierna derecha. La criatura, que anteriormente era el joven enfermo y que apenas llegaba al uno sesenta de altura, había crecido hasta casi superar los dos metros y medio. Se puso sobre sus piernas y levantó, volviéndolo boca abajo, al joven al cual tenía fuertemente agarrado a la altura del tobillo. La fuerza del agarre era tal que los huesos de la pierna comenzaban a crujir mientras se iban rompiendo en mil pedazos. La sangre comenzó a resbalar entre los dedos de la criatura.

-Socorro, ayudadme -gritó el guardia civil mientras se revolvía, colgado con la cabeza hacia el suelo.

No nos dio tiempo a ninguno de los presentes a reaccionar. Justo cuando apuntamos con nuestras armas a la bestia, ésta, agarró a su presa del cuello y, tirando de la pierna apresada a la vez, le dio la

vuelta, dejando su pierna izquierda, aún pegada a su cuerpo, colgando. Con fuerza, nos lanzó la pierna derecha del guardia civil. En ese momento de locura, mientras esquivábamos la extremidad que volaba sobre nosotros, la criatura dio un salto y salió por el ventanal que tenía a su espalda, a unos tres metros de altura, atravesándolo mientras una lluvia de cientos de cristales caía sobre nosotros. Un tremendo grito, increíblemente agudo, que nos dejó medio sordos, nos sacó de nuestro estupor. El cura se lanzó sobre nosotros, totalmente enajenado, con un cáliz de plata ensangrentado en la mano. Pedro, el dueño del bar, no tuvo tiempo de reaccionar y recibió un monstruoso golpe con el cáliz en la cabeza. La sangre comenzó a manar por la tremenda brecha que se había abierto a lo largo de su frente. Cayó al suelo, como si se tratara de un enorme muñeco de felpa, con el cura encima de él propinándole multitud de golpes por la cabeza y el pecho.

-Que alguien le pare -gritó una voz a nuestras espaldas.

En ese momento conseguimos reaccionar. Con el bate de baseball, que tenía en la mano, lancé un golpe contra la cabeza del cura. Éste se tambaleó y cayó al lado de Pedro, que ya estaba muerto, pero se recuperó rápidamente. Un disparo sonó en la sala dejándonos a todos sordos. El otro guardia civil había sacado su pistola y disparó a bocajarro contra la cabeza del cura, antes de que se levantara del suelo.

-Dios -casi ninguno de los presentes estaban acostumbrados a esto.

-Tenemos que darnos prisa -traté de sacar a todos de su aturdimiento por el momento vivido-. El otro se ha marchado y no sabemos si atraerá a las demás criaturas -salí de la sala tratando de empujar a los que allí estaban-. Vamos, vamos. Coged todo lo que sea extremadamente necesario, nada de llevar peso de más.

Corrí hacia el aula de catequesis. Merche y Elena ya tenían casi todo preparado para salir. Las dos perritas estaban dentro de las mochilas, muy asustadas.

-¿Qué ha pasado? -me preguntó Merche cuando entré.

-El cura y el monaguillo, o lo que fuera ese chaval -respondí sin mirarla mientras recogía lo poco que quedaba-. Resulta que estaban infectados. El chaval se ha convertido en uno de esos bichos que vimos el otro día. Ha salido huyendo, no sé a dónde.

-Joder -dijo Merche-. Hemos oído los golpes y el disparo y nos hemos puesto a recogerlo todo. No es que hayamos sacado muchas cosas de las que traíamos, pero tal y como están las cosas…

Un rugido cortó la conversación, seguido de otros cuatro más.

-Mierda -maldije-. Ya están aquí.

Efectivamente. Ya no eran cuatro, sino cinco criaturas las que estaban fuera de la iglesia. Aún tenían restos del guardia civil, que comían

ansiosamente.
-¿Qué coño hacemos ahora? -una voz gritó en el descansillo de la entrada.
Dos de las criaturas se lanzaron contra nosotros. La primera de ellas embistió con fuerza contra la puerta de madera, casi rompiéndola. La otra saltó al tejado. Reconocí a ésta como el chaval que había huido hace un momento.
-¡Gonzalo! -grité-. ¡Vigilad la sacristía! Uno de ellos va a entrar por allí.
Tarde. La bestia había saltado dentro de la iglesia a través del ventanal que había roto para salir. Escuchamos los primeros disparos y chillidos. Cogí la escopeta. Salí al descansillo. Justo en ese momento, una nueva embestida contra la puerta la dejó hecha astillas. La criatura del exterior se quedó mirándome. Era imponente. Se levantó sobre sus piernas, apoyando las manos sobre el marco de la puerta destrozada, y lanzó hacia mí un increíble gruñido. El sonido era inaguantable y el olor peor aún, si era posible. Le miré, estaba claro que tenía que tomar la iniciativa. Si me atacaba no podría defenderme. Disparé la escopeta, accionando los dos gatillos a la vez, apuntando hacia una de las piernas. Su pie saltó por los aires y el monstruo cayó de bruces contra el suelo. Empezó a gruñir con furia, sin apartar la mirada de mí.
-Merche -grité-. Salid de ahí ahora mismo. Id hacia la salida del jardín.
Realmente, lo que llamaba jardín era la parte de la parcela de la iglesia que hace años hizo las veces de cementerio del pueblo, ahora cubierta por el manto verde del césped. Éste tenía dos verjas de salida y era nuestra única oportunidad. Merche y Elena salieron corriendo del aula hacia la zona de culto. La criatura estaba incorporándose sobre el muñón ensangrentado. Cargué la escopeta rápidamente, mientras reculaba, siguiendo los pasos de las chicas. Un nuevo disparo hizo que el brazo derecho cayera al suelo, acompañado por un tremendo chorro de sangre. Aún así, la criatura seguía avanzando, inmutable ante las heridas que había sufrido. Volví a recargar. Esta vez disparé contra su cabeza pero, aparte de varios agujeros y chorros de sangre, no tuvo el efecto deseado. Por fin llegué a la puerta de la zona de culto. La cerramos como pudimos entre tres personas mientras los demás traían bancos y sillas para atrancarla.
-Joder, joder -gritó Ana, la hermana de Merche-. ¿Dónde están mamá y Laura?
-Mierda, estaban en el baño de la sala de catequesis -gritó Bea, la otra hermana-. Abrid, hay que ir a por ellas.
Trató de abrirse paso entre nosotros para quitar la barricada. Igor y Gonzalo la cogieron y apartaron de la zona, tratando de hacerla entrar en razón y tranquilizarla. Tuvimos un momento de duda,

quedándonos todos parados, sin hacer nada. Menos mal, sintiéndolo mucho por Javier, que la lucha contra la otra criatura llegó a la zona de culto. Desde la sacristía vimos como Javier volaba, literalmente, atravesando toda la zona hasta llegar a la pared de enfrente, con tan mala suerte de quedar empalado contra las falsas antorchas de metal. Ésta le atravesó la zona lumbar saliendo por la clavícula izquierda. El pobre no murió en el acto, estuvo alrededor de quince minutos chillando y llorando mientras trataba de bajarse, sin éxito.

-Hay que aislar al otro -gritamos todos casi al unísono-. Vamos, vamos.

Nos lanzamos Merche, Gonzalo, Igor y yo hacia la puerta de la sacristía. La criatura comenzó a asomar la cabeza. Entre Gonzalo e Igor cerraron la puerta contra su cabeza, dejándola atrapada. La bestia se revolvió con fuerza y en un par de ocasiones casi consiguió quitarse a los dos de la puerta.

-¡Aguantad! -chilló Merche mientras preparaba la pistola.

Se acercó a la cabeza, apoyó el cañón en uno de los ojos y disparó cinco veces. La bestia comenzó a gemir, tratando de meter la cabeza dentro de la habitación, intentando de huir. Aproveché uno de sus movimientos para incrustarle la escopeta en la boca y soltar los dos disparos a la vez. Los restos de su cabeza volaron hacia adentro de la sacristía, uniéndose a los pedazos del cuerpo asesinado anteriormente allí dentro. El resto del cuerpo cayó al suelo, inmóvil.

-¿Está muerto? -preguntó Ana, la hermana de Merche.

-Eso parece -contestó Gonzalo.

-¿A qué coño esperáis? -gritó Merche a todos los presentes-. Hay que salir de aquí.

Todos se quedaron un momento mirando a Merche. Tras unos segundos, por fin reaccionaron y comenzaron a salir por la puerta que daba al antiguo cementerio.

-¿Qué hacemos con tu madre? -pregunté.

-Creo que desde la sacristía me ha parecido ver un ventanuco que daba a ese baño -me dijo, mientras pasaba por encima del cadáver de la criatura.

Efectivamente, un pequeño ventanuco asomaba en un lateral de la pequeña habitación. Merche cogió una de las sillas rápidamente y se subió a ella llamando a su madre. Se quedó un momento paralizada sobre la silla.

-¿Qué pasa? -pregunté temiéndome lo peor.

-No hay nadie.-Respondió mientras se giraba hacia mí.-Han salido por la ventana que da al patio delantero.-Su voz tenía un tono entre aliviado y preocupado.

-Vámonos entonces -le dije-. Ahora las buscamos.

Cuando salimos de la sacristía, la barricada estaba comenzando a

ceder. Solo faltaban dos personas por abandonar el lugar. Merche y yo corrimos hacia ellos y por fin conseguimos salir todos de allí. Al cerrar la puerta metálica escuchamos cómo una última embestida destrozó la barricada de bancos y sillas. El eco de un gruñido comenzó a resonar en el interior de la iglesia.
-Merche, Elena, Ana, Bea y los amigos de vuestra madre -comencé a organizar el grupo.
-Somos Sergio y Alberto -me dijo uno de ellos.
-Encantado -respondí, sin darle demasiado importancia-. Vosotros formáis el grupo dos. Merche con la pistola, Bea y Ana con los machetes desbrozadores, y vosotros con vuestras escopetas. Avanzareis cuando nosotros tomemos posiciones y veamos el camino despejado.
El grupo comenzó a prepararse. Merche cargó las últimas balas que le quedaban para la pistola. Los dos hombres prepararon sus cananas de cartuchos y las escopetas. Bea y Ana se ajustaron los seguros de los machetes a las muñecas. Cada uno de ellos llevaba una mochila, salvo Merche, que además llevaba el bolso donde iba Boni. Elena iría al lado de Merche, con el bolso de Yuko y una pequeña mochila con cosas para ella.
-Gonzalo, Igor, el guardia civil y la veterinaria -dije dirigiéndome a los que quedábamos.
-Me llamo María -dijo ella.
-Yo soy Iván -continuó el guardia civil, un poco reacio a seguir órdenes.
-Vale -dije-. Nosotros saldremos primero. De dos en dos y uno cubriendo la retaguardia -miré el armamento que llevábamos. Le entregué la escopeta y los cartuchos que me quedaban a Igor. Gonzalo llevaba una escopeta que había encontrado en la casa de la familia de Merche, algo corto de cartuchos. El guardia civil tenía dos Berettas y la veterinaria llevaba el maltrecho bate de baseball. Yo me coloqué el G36 que llevaba a la espalda-. Saldremos en dirección a la gasolinera. Nos iremos cubriendo con los coches y los restos que haya por el camino. Saltos cortos, de no más de cinco metros -Gonzalo me miraba y se reía. Sabía perfectamente de dónde había sacado esa idea.
-¿De dónde te has sacado eso? -preguntó un escéptico guardia civil-. ¿Has estado en el ejército?
-Para nada -respondí-. He jugado durante varios años al Airsoft y en el club en el que estábamos -continué señalando a Gonzalo-, teníamos varios ex-militares que nos enseñaron varias cosas básicas.
El guardia civil se quedó perplejo, imagino que verse dirigido por unos novatos no le gustaba en absoluto, pero era lo que había.
-¿Podemos continuar? -le dije irónico-. No hay tiempo para estar en contra.

-Sigue -respondió.
-Si nos encontramos con las criaturas, el grupo dos tiene que correr lo más posible. Ampliaremos los saltos a diez metros. El grupo uno tratará de contenerlos hasta que el dos esté a salvo -continué-. Si nos vemos muy apurados, nos atrincheraremos en una de las casas del camino.
El plan era simple. Llegar lo más rápido posible a la gasolinera que había en la salida del pueblo, saltar el muro y continuar hacia La Pedriza. Simple pero peligroso. Sobre todo por lo que teníamos en la calle.
En poco tiempo abrimos la verja del lado derecho. El camino estaba despejado. Salí con Gonzalo y nos colocamos en un par de coches que había en dirección hacia la calle principal, donde supuestamente estaban las criaturas. Seguíamos escuchando los gruñidos dentro de la iglesia. Eso daba tres enemigos potenciales de momento.
Igor y María salieron detrás de nosotros y se situaron en el comienzo de la calle que llevaba a la gasolinera. Iván, el guardia civil, se quedó en la verja. Daría paso al grupo dos para salir.
-Todo despejado -le dije a Gonzalo.
-Ya pueden salir -le dijo a su vez a Iván.
Merche salió la primera, con Elena a su lado. Corrió hacia la calle que vigilaban Igor y María. Tras ella, Bea y Ana se situaron a unos metros de la posición que había tomado. Sergio y Alberto, los últimos en salir, corrieron y cambiaron la posición con Igor y María, que avanzaron un poco para apoyarnos. Ya estábamos colocados en el orden de avance.
-Vale.-Dije -vamos allá-. Le hice un gesto a Merche para que comenzaran a avanzar.
Merche y Elena corrieron unos cinco metros hasta llegar a un muro derruido. Cuando llegaron a él, sus hermanas hicieron el mismo proceso. Cuando encontraron cobertura, los dos amigos de la madre continuaron la cadena.
Gonzalo y yo avanzamos hasta la posición de Igor y María. Cuando llegamos a ellos, estos, avanzaron por la calle hasta una posición a cubierto por delante del grupo dos. El guardia civil corrió y se situó entre ambas parejas.
De momento la cosa iba muy bien. Habíamos conseguido avanzar unos cien metros. La sensación de ver la iglesia desde esa distancia producía un ligero alivio.
Por fin llegamos a la curva que tomaba la calle que acababa en la gasolinera. Nos quedaba algo menos de un kilómetro para llegar a nuestro objetivo. Continuamos con el plan de avance. El grupo dos avanzaba primero, buscando coberturas, mientras el grupo uno les cubría.
-Vamos bien -me comentó Gonzalo, mientras miraba hacia las chicas

que avanzaban poco a poco pero sin pausa.
-Hasta ahora -le respondí.
En la curva que acabamos de dejar, unos sesenta metros atrás, aparecieron las siluetas que tratábamos de esquivar. Dos de las criaturas nos habían seguido y nos ganaban terreno.
-Mierda -dijo Gonzalo.
-Tranquilo -le dije-. Nos quedamos aquí y les pillamos por la espalda -le comencé a hacer señas al guardia civil, pero éste pasaba de mí-. Hijo de puta.
El muy capullo había visto a las criaturas y comenzó a correr sin esperar a nadie. “Tonto el último”, debió de pensar. Afortunadamente, todos los demás se ceñían al plan y se habían ocultado lo mejor que pudieron. Lo malo para él es que ambas criaturas le habían tomado por la presa a conseguir.
-Prepárate -le pedí a Gonzalo-. Cuando nos pasen les acribillamos a saco las piernas.
-Vale.
Nos preparamos. Vi como Igor y María se ocultaban y se preparaban para disparar. En pocos segundos las dos criaturas llegaron a nuestra altura.
-¡Ahora! -grité.
Gonzalo y yo salimos de nuestro escondrijo y comenzamos a disparar sobre el mismo objetivo, la bestia de la derecha. Mal hecho por nuestra parte. Gonzalo descargó los dos cartuchos sobre el costado izquierdo de la criatura. Mientras recargaba, yo, por mi parte, disparaba, rítmicamente, sobre las piernas tratando de hacerla caer. La bestia se revolvía con cada impacto. Una nueva descarga de la escopeta, por parte de Gonzalo, sobre el mismo costado hizo que la criatura por fin cayera. Recargué el fusil de asalto. Mientras se mantenía en el suelo, retorciéndose, no sé si de dolor o de rabia, me acerqué a ella. Por un momento me quedé mirando esa impresionante mutación. La carne del cuerpo tenía un color amarillento, realmente enfermizo, arrugada y reseca en muchísimas partes, donde multitud de costras se formaban dando la sensación de estar contaminada de lepra. La sangre manaba abundantemente de las heridas que le habíamos infringido. El espesor, el color rojo oscuro, casi negro, mostraba un sistema sanguíneo falto de agua, totalmente deshidratado. Los enormes globos oculares, totalmente al descubierto, me miraban enrojecidos. Cientos de venillas reventadas transformaban el color blanco en un rojizo pastoso que resaltaba unas pupilas totalmente dilatadas, las cuales ocultaban el color que anteriormente hubiera tenido el iris, dejando un enorme círculo negro en el centro de los ojos, cubierto por una finísima película blanquecina. Era espeluznante, a la vez que hipnótico, el hecho de observarla. La repulsión se

trasformaba en una morbosa curiosidad. Su cuerpo, deformado, mostraba la piel totalmente pegada a unos huesos que habían tratado de salir hacia afuera. Tenía muchas heridas producidas por sus costillas, las cuales habían conseguido asomar una pequeña parte, rajando la piel y los músculos, dejando a la vista un conjunto de puntos blanquecinos casi alineados a lo largo del tronco. Un enorme corazón palpitaba en el interior. Podía verlo perfectamente a través de algunos agujeros. Estos se hinchaban al compás de sus latidos, dejando ver, en algunos casos, pompas de carne, formadas por el órgano cuando trataba de salir por alguno de los huecos.

Cuando la criatura me agarró del tobillo, salí de mi trance de golpe. La imagen del guardia civil que cayó en manos de una de ellas, zarandeado hasta que finalmente fue partido por la mitad como un pedazo de pan, invadió mi mente. Reaccioné por instinto y descargué una larga ráfaga con el fusil de asalto sobre los agujeros por los que el corazón asomaba de vez en cuando. Al recibir los impactos, la bestia me aferró, con mucha más fuerza, el tobillo. Me dio la sensación de que en cualquier momento me lo arrancaría. No pude contenerme y comencé a gritar por el dolor. Un tremendo espasmo de muerte de la criatura hizo que mi cuerpo golpeara el suelo con fuerza. “Joder, me voy a quedar sin pie”, pensé en ese momento, cuando el dolor pasó a ser un calambre continuo. Entonces una descarga de la escopeta separó la garra del brazo de la bestia, haciendo que me soltara. Tenía un enorme cardenal en el tobillo, mis vasos sanguíneos superficiales habían reventado por la presión. El hueso no estaba roto, pero un enorme bulto comenzaba a crecer alrededor de mi tobillo. La inflamación era terriblemente dolorosa. Cuando me incorporé vi a Gonzalo acercándose a mí.

-Tío, lo siento -me dijo, mientras se reclinaba para ayudarme a levantarme.

-Joder, ¿por qué? si me has salvado -respondí agradecido.

-Sí bueno… -dijo.

Entonces comprendí sus palabras. Al disparar la escopeta para destrozar la muñeca de la bestia, para que me soltara, muchos perdigones de cada cartucho acabaron dentro de mi pierna. Tenía una decena de agujeros por los que salían pequeños hilillos de sangre. No había reparado en ellos. El dolor del tobillo era mucho más intenso.

-Mierda -es lo único que pude decir. Tampoco podía quejarme. Estaba vivo, todavía-. ¿Dónde está el otro bicho? -pregunté.

-Pues han tenido mejor suerte que nosotros -me respondió Gonzalo, señalando hacia los demás integrantes del grupo.

Estaban todos en pie. Al parecer, Igor y María habían llamado la atención de la bestia. Cuando pasó a su lado, María le asestó un golpe con el bate en una de sus rótulas, destrozándola. Cuando cayó,

hincando la rodilla en el suelo, Igor disparó la escopeta contra ella. Ésta retrocedió un par de metros, pero lo más alucinante fue que, mientras Igor recargaba la escopeta, un coche embistió con fuerza a la bestia antes de que se recuperara, estampándola contra un muro y destrozándole las piernas y parte del tronco. Sus entrañas se esparcieron por la acera y cayó muerta sobre el capó del coche. Atontadas y medio idas por el impacto, la madre de Merche y Laura salieron del coche, bastante magulladas, pero sanas y salvas. Durante el ataque a la iglesia habían conseguido escapar por la ventana del baño, escondiéndose entre los matorrales que rodeaban la iglesia. Salieron del recinto y se metieron en el primer coche abandonado que encontraron. La fortuna quiso que este coche tuviera las llaves puestas y algo de gasolina. Arrancaron y, trastabillando sobre miles de escombros, se alejaron del lugar. Cuando pararon, nos vieron pasar por la calle perpendicular a la que estaban, a unos cien metros de ellas. Pensaron en bajarse e ir corriendo, pero en ese momento vieron cómo las bestias se lanzaban sobre nosotros. Callejeando llegaron hasta el grupo y, viendo el panorama, la madre decidió estrellar el coche para matar a la criatura que tenía a unos metros enfrente de ellas.

Merche se acercó a mí corriendo. Tomamos un momento de descanso. Me puso sobre el tobillo una pomada antiinflamatoria y me lo vendó fuertemente. El dolor era intenso. Mientras, la veterinaria, me iba sacando los balines de la pierna poco a poco. Según sacaba uno, Merche me ponía yodo. Cuando acabaron, me vendaron toda la pierna.

-Tómate esto -me dijo Merche, mientras me tendía un Ibuprofeno y dos pastillas de antibióticos.

-Ya tocaba -le dije con una sonrisa-. Llegaba tiempo sin sufrir heridas.

-Mira que eres bobo -me dijo, devolviéndome la sonrisa mientras recogía el botiquín.

Tras atenderme, se dirigió, con María, hacia su madre y su hermana pequeña para curarles las magulladuras y pequeños cortes.

-Si no recuerdo mal -oí a Igor a mí lado-, aún hay dos criaturas por ahí.

-Sí -respondió Gonzalo-. Deberíamos continuar, no nos queda mucho para llegar a la gasolinera.

Tenían toda la razón. De momento habíamos tenido bastante suerte, el ataque de la iglesia se había llevado varias vidas y éste casi me cuesta la mía, además de la de la madre de Merche y su hermana. Esa decisión, aunque acertada, fue muy peligrosa. Podrían haber muerto dentro del coche.

Un nuevo rugido lejano nos puso a todos en guardia.

-Vámonos de aquí ya -grité mientras me incorporaba.

El tobillo me molestaba bastante y no podía correr. De hecho, andaba ralentizando a los demás. Una risa malévola y despectiva se oyó desde una esquina.
-Puf, deberíamos dejarle aquí -el guardia civil habló, saliendo de su escondrijo-. Es y será un problema. Será mejor que me hagáis caso y lleve yo el mando. Él no tiene ni idea y está muerto.
Un desconcierto reinó en el grupo. Miré al guardia civil con ira. Desde que salimos de la iglesia supe que no le gustaba nada recibir órdenes. Él se veía como el único capaz de mandar y dirigir el grupo. Los amigos de la madre de Merche me miraron. En sus caras pude ver que estaban de acuerdo, en parte, con el agente de la benemérita. La veterinaria dudaba, pero su balanza interior se iba decantando por la misma opinión.
-¿Estáis gilipollas? -Merche explotó-. Si no es por nosotros aún estaríais en la iglesia esperando a que esas cosas os mataran. Él os está dando una oportunidad -se dirigió hacia el guardia civil con ira en sus ojos-. Además, ¡tú nos has abandonado en cuanto has visto el peligro!
-Que le den por culo -gritó el guardia-. No pienso cargar con un herido. Iremos a La Pedriza y buscaremos ese refugio. Pero sin él -y me disparó.

ENTRADA 52

Lunes, 14 de Noviembre de 2011

Martes 8 Noviembre. La Huida (Gonzalo)

El puto guardia civil había huido cuando las criaturas nos atacaron en la calle. Tras acabar con ellas, mientras continuábamos el camino, más lentos porque Borja estaba con el tobillo malherido, apareció tras una esquina y trató de quitárselo de en medio. El desconcierto reinó en el grupo cuando el guardia civil trató de anular a Borja, haciendo ver a los demás que, en su estado, sería un problema. Podrían llegar ellos hasta el refugio sin él. No entiendo cómo la gente es tan influenciable, sobre todo por una persona que ante un problema no ha dudado en abandonar al grupo por su propia seguridad. Pero lo cierto era que algunos de ellos miraron a Borja con recelo, tragándose cada una de las palabras que salían por la boca de aquel capullo vestido de verde.

La imagen pasó a cámara lenta ante mis ojos. El guardia civil sacó su pistola. En una décima de segundo apretó el gatillo y una bala salió del cañón, dirigiéndose con fuerza hacia el pecho de Borja. Merche, que estaba ayudando a Borja a andar, se puso delante de él. La bala le entró por el hombro. El movimiento hizo que ambos se ladearan y al salir la bala, a la altura de la clavícula, ésta se alojo en el pulmón derecho de Borja. Ambos cayeron al suelo. Un pequeño charco de sangre comenzó a formarse a su alrededor. El puto guardia civil se quedó atontado mirando la escena. Seguramente no se esperaba eso.

-¡Hijo de puta! -Ana, la hermana mayor de Merche, se lanzó hacia el guardia civil.

Éste reaccionó y le apuntó con la pistola.

-Quieta, quieta -dijo chulamente-. No quiero tener que disparar de nuevo. Necesitamos las balas.

La situación se tornó terriblemente tensa. Estábamos realmente enfurecidos, incapaces de hacer algo pero pensando rápidamente, buscando una salida.

-Para empezar -continuó el bastardo-. Tú y tú, me vais a dar toda la comida -apuntó a Ana, la madre de las hermanas, y a Laura-. Y cuidadito con hacer tonterías -se dirigió hacia Igor-. Tira la escopeta, ahora.

Igor arrojó la escopeta al suelo con rabia. ¿Qué coño podíamos hacer?

-Vais a darme todas las armas -pretendía abandonarnos a todos los que teníamos algo que ver con Merche y Borja-. Vosotros -se dirigió a los amigos de la madre y a la veterinaria-podéis venir conmigo, pero haréis todo lo que yo diga. Yo soy la ley aquí.

Viéndole actuar, cada vez estaba más convencido de que había perdido la cabeza. Tenía la cara desencajada, los ojos abiertos como

platos y gotas de sudor le recorrían todo el rostro.
-No hacía falta dispararles -dijo la veterinaria. María se había acercado a Borja y a Merche, estaba comprobando su estado.
Ambos respiraban. Borja se había desmayado. Imaginé que su cuerpo no pudo aguantar tanto dolor a la vez. Merche estaba consciente y lloraba. Preguntaba por el estado de Borja y se dolía del hombro. Su herida era limpia, la bala atravesó de lado a lado su cuerpo pero no había tocado ningún órgano o arteria vital. Borja estaba peor. La veterinaria pensaba que la bala había sido frenada por el cuerpo de Merche y se había quedado alojada muy cerca de un pulmón, seguramente lo habría alcanzado pero no podía asegurarlo, aunque las pompas de sangre que salían de la boca de Borja con cada expiración no dejaban lugar a dudas.
-Déjales -ordenó el guardia civil a la veterinaria-. Vente conmigo, tendrás más oportunidades. Yo te protegeré -su mirada se tornó lasciva.
Tiramos, todos, las armas al suelo. El agente estaba fuera de sí. Los que hace un momento habían casi aceptado su invitación, ahora le miraban con miedo y culpa. Haber pensado en unirse a semejante elemento demostraba un gran error por su parte, posiblemente morirían antes de llegar a La Pedriza, abandonados o a manos de aquel chiflado.
-Yo me largo -dijo, mientras se preparaba para coger las mochilas-. Venid si queréis, desgraciados.
En ese momento se colgó todas las mochilas en los hombros. Al tratar de colocarse la última, todas las que se había colgado al hombro de la mano con la que sujetaba la pistola se le cayeron y la golpearon, haciéndole perder el objetivo al que apuntaba. Igor, un amigo de la madre de las hermanas y yo nos lanzamos sobre él. Trató de recomponerse pero fue tarde para él. Igor le había golpeado en el estómago. Cuando se arqueó, Sergio le lanzó una tremenda patada contra la cara. El guardia civil saltó hacia atrás, cayendo de culo. Aproveché ese momento para recoger el bate de baseball que tenía en el camino hacia el guardia civil. Con la fuerza que me dio la carrerilla que llevaba, solté un tremendo golpe contra su cabeza. Un enorme hueco se abrió en su frontal, mientras restos de cerebro salían por los aires. El cuerpo quedó sentado, dejando caer más trozos de cerebro sobre su regazo, junto a chorros de sangre.
-¡Tengo que operarle ya! -gritó la veterinaria-. Si no le saco la bala, comenzará a infectarse y eso es muy serio.
Igor y yo salimos corriendo hacia la gasolinera. Estaba a poca distancia del grupo, unos cuarenta metros, y queríamos tratar de conseguir un coche para bajar a Borja a la clínica. Cuando llegamos a la esquina vimos algo muy interesante. Un par de ambulancias

descansaban en la cuneta. Nos acercamos a ellas, rompimos los cristales de la cabina de conducción para abrir la parte trasera. Pudimos comprobar, para nuestro respiro, que ambas tenían todo el material.
-Ve a por ellos -me dijo Igor-. Yo voy preparando todo.
Corrí hacia el grupo. Merche estaba de pie. La veterinaria le había curado allí mismo, había limpiado la herida, desinfectado y cosido. Llevaba un cabestrillo hecho con vendas y una camiseta vieja. Los demás habían puesto a Borja sobre la tapa de un contenedor, acolchada con ropa.
-Vamos, hay dos ambulancias aquí al lado -les dije a todos-. No hace falta que vayamos a la clínica.
Cuando llegamos a las ambulancias, Igor había dispuesto la gran mayoría de las cosas necesarias. Preparó suero, puso sobre una bandeja de metal los utensilios y tenía dispuesto un kit de transfusiones.
Tras cuatro horas dentro de la ambulancia, por fin, María asomó por la puerta.
-Ya está -dijo aliviada-. Le he sacado la bala y los restos de hueso astillado. No ha perdido demasiada sangre, afortunadamente, y con el suero que hay, de momento creo que valdrá. De todos modos estad preparados por si hay que hacerle una transfusión.
-¿Qué tal está? -pregunté.
-Bueno -respondió-. Está sedado, las constantes son buenas y el haberse desmayado ha ayudado a operarle, porque no había anestesia. Deberíamos descansar aquí.
Nos acercamos a la urbanización de chalets que había al lado de la gasolinera. Tiramos una de las puertas abajo y nos metimos todos en la casa. Dejamos a Borja y a Merche en la habitación grande, con el sistema de monitorización y los sueros. María dispuso mucho material en la habitación para limpiarle la herida y cambiar los vendajes.
-Tenemos pocos antibióticos inyectables -nos informó-. Tengo que intentar que despierte lo antes posible.
Nos repartimos las habitaciones y el salón. Decidimos dormir aquella noche en esa casa. Ha sido un día tremendamente duro.

ENTRADA 53
Martes, 15 de Noviembre de 2011

Martes 8 Noviembre

Merche se lanzó sobre mí. Con la fuerza de su abrazo nos ladeamos unos centímetros hacia la izquierda. Recuerdo una incómoda sensación de quemazón en mi pecho derecho, a medio palmo de mi clavícula. Sentí cómo el peso de Merche, impulsado por la fuerza de la bala, caía sobre mí haciéndonos caer contra el suelo. La quemazón de mi pecho se fue transformando poco a poco en un desagradable escozor, mil veces peor que el producido por el alcohol etílico cuando te limpias con él una buena herida abierta. Después de eso, mientras miraba la cara de Merche, cubierta por las lágrimas, moviendo la boca y mirándome desesperada, un intenso calor comenzó a recorrerme el tronco hacia la espalda. Noté cómo mis pantalones se iban humedeciendo, con el templado liquido de lo que seguramente sería mi orina. El dolor del tobillo se había pasado. Por un momento pensé que ni siquiera estaba allí, no sentía nada, absolutamente nada salvo escozor.

Miré, dejando caer los ojos a un lado, hacia Gonzalo e Igor, difuminados en un cuadro gris. Vi cómo desaparecieron sin más. Dejé caer mi cabeza hacia el lado contrario. Buscaba algo, aún no sé el qué. Noté un ligero apretón en mi mano derecha. No conseguía controlar mis ojos. Traté de mirar, pero frente a mí solo distinguía una silueta, deformada y borrosa, fui incapaz de reconocerla.

Noté un ligero meneo sobre mis hombros. Por un momento, unas décimas de segundo, el mundo volvió a tener forma, la más bonita del universo, pero lloraba desconsoladamente. “No llores, Merche” quise decir. Ni siquiera sé si mis labios se movieron.

Un saborcillo amargo comenzó a escalar por mi garganta, como si me hubiera bebido un trago de coca cola, pero en dirección contraria, cientos de burbujillas se agolparon en mi laringe. Sentí que me ahogaba y una convulsión de mis pulmones me despejó por un momento el conducto. Noté cómo mi cara se llenó de pequeñas gotitas. En mis ojos, éstas se mezclaron con mis lágrimas formando una película viscosa y opaca.

“No te preocupes, te quiero pequeña” ¿me habría oído? No sentía mis labios. Y ella no dejaba de llorar.

Poco a poco noté cómo la oscuridad iba apareciendo por el rabillo de cada uno de mis ojos. Un túnel negro apareció ante mí. Mi visión se iba centrando en una pequeña luz, situada frente a mí. En pocos segundos el mundo se apagó. Mi cerebro se apagó.

ENTRADA 54
Viernes, 18 de Noviembre de 2011

15 Noviembre

-Estoy alucinando -María no salía de su asombro-. Hace 8 días que te han disparado y la recuperación está yendo tremendamente bien.

-De todos modos lo he pasado muy mal -respondí, recostado en la cama-. Me desmayé enseguida y no recuerdo nada de lo que pasó.

-El tema de la diabetes ha agravado tu reacción a la herida -me informó María. Me lo imaginaba-. Con la pérdida de sangre, tu glucosa bajó rápidamente y el desmayo fue inevitable.

Merche dormía a nuestro lado. María me contó, por encima, lo que había pasado esos días. Merche también se recuperaba bastante bien de su herida. Afortunadamente fue muy limpia y, salvo por el dolor del momento, no acabó siendo tan aparatosa como la mía. En mi caso, teniendo en cuenta que tenía el tobillo machacado y las múltiples heridillas de la pierna, lo raro era que estuviese en ese momento despierto. Las buenas noticias eran que, al haberme despertado y encontrarme mejor, podía tomarme los antibióticos en pastillas. No quedaba ni uno sólo de los inyectables. El guardia civil había muerto. María, incluso, me pidió perdón por haber dudado en dejarme atrás cuando el agente apareció tras una esquina.

Pero también tenía malas noticias. En estos ocho días la reserva de comida comenzó a escasear. Como mucho habría para un par de días más. Hacía tres que Sergio, Igor y Bea habían salido en busca de comida y todavía no se sabía nada de ellos. Muchos se temían lo peor. Los gritos, gruñidos e incluso aullidos en la lejanía no invitaban a pensar que los tres estuvieran a salvo. El desaliento era general, sobre todo entre la familia de Merche.

Gonzalo entró en la habitación. Se acercó a mí y me contó que había actualizado el blog con lo sucedido el día de mi disparo. Al parecer algunos supervivientes habían intentado ponerse en contacto con otras personas sanas y habían encontrado en la página una pequeña luz de esperanza para sus desesperadísimas situaciones. También completó la información que me estaba dando María.

-Las cosas no van muy bien -comenzó-, como ya te ha dicho ella. Igor y Bea han desaparecido, no sabemos nada desde que salieron a buscar comida junto al amigo de Ana madre -así solía referirse a la madre de las chicas, al llamarse igual ella y la hermana mayor-. Ante ayer salí con Alberto a buscarlos pero no dimos con ellos. Nos encontramos a una de esas criaturas -le miré intranquilo-. Estaba muerta, no te preocupes. Creo que era a la que disparaste en la iglesia. Le faltaba un brazo y un pie, o una pata, no sé cómo llamarlo, arrancados. Por cómo

estaba destrozada seguramente, la otra criatura la mató.
“Madre mía”, pensé mientras escuchaba a Gonzalo. Por un lado sentía alivio, ya no había dos criaturas en la calle, solo una (que supiéramos). Pero por otro, haber perdido a Igor y a Bea me preocupaba muchísimo.
-Conseguimos algunas barritas energéticas de un gimnasio. También polvo para hacer batidos de proteínas -continuó-. Ayer por la mañana un helicóptero del ejército pasó sobre el pueblo, se paró en el lugar donde están los restos de la lucha del otro día.
Estuvo un buen rato contándome cosas. Un poco en desorden, no se acordaba de todo. Desde cómo Igor y él encontraron las ambulancias, a cómo acabamos en esta casa. Desde cómo se enfrentaron a dos infectados que había en una de las casas colindantes, a cómo han estado buscando comida.
-Hay algunas cosas más -decía-, pero no son muy relevantes. Lo único que me preocupa es que los ruidos y gritos han crecido desde nuestra huida. No son de criaturas, son humanos. Por las noches hay mucho alboroto y de vez en cuando vemos siluetas en la oscuridad. Parece que nos están buscando.
-Joder –respondí-, eso no nos da más tiempo para quedarnos aquí parados.
-¡Ayuda! -alguien gritó en el piso de abajo.
Alberto había entrado corriendo en casa, con Sergio apoyado en el hombro, mientras tiraba de él para dejarlo en uno de los sillones del salón. Estaba muy mal herido. Mostraba varios golpes y cortes en todo el cuerpo.
-¿Qué ha pasado? -pregunté, cuando por fin terminé de bajar los escalones. Sentía algo de debilidad todavía.
-Hace tres días, cuando estábamos buscando comida -comenzó su relato-, llegamos hasta el supermercado. Me quedé en la entrada vigilando mientras Igor y Bea entraban a buscar entre los restos. Tras media hora de búsqueda, salieron con un par de mochilas llenas de cosas, algunas caducadas, otras en mejor estado. Cuando nos preparamos para irnos, cayó sobre nosotros una lluvia de piedras. Una de ellas alcanzó a Igor en la cabeza y cayó noqueado. Bea tiró de él hacia dentro del supermercado y se ocultaron detrás de una de las cajas. Yo no tuve tiempo de reaccionar y, mientras me giraba buscando el origen del ataque, sufrí un tremendo placaje que hizo que me golpeara la cabeza contra el suelo. Lo siguiente que recuerdo es que me estaban arrastrando por el suelo, mientras veía cómo el supermercado era pasto de las llamas. No sé qué habrá sido de Igor y Bea.
-Mierda -dijo Gonzalo-. Habría que contárselo a las chicas.
-Me encerraron en el sótano de una de las casas cercanas. Me han

torturado -comenzó a llorar-, me han mutilado -nos enseñó la mano derecha, le faltaban tres dedos-, me preguntaban si había más gente sana en el pueblo. Si no les entendí mal, nosotros somos los últimos. Ya han cazado a casi todos los supervivientes y, los que no han caído en sus manos, han muerto a manos de las criaturas que nos atacaron.
-Espera un momento -le interrumpí, comencé a preocuparme seriamente-. Si te estaban torturando para sacarte dónde estábamos… ¿Qué haces aquí? ¿Cómo has escapado?
Su cara se tornó de angustia y las lágrimas afloraban más abundantes de sus ojos.
-¡Mierda! No me jodas, joder -sabía perfectamente la respuesta-. ¡Tenemos que irnos de aquí!
En poco más de veinte minutos, una muchedumbre, de unas trece personas, se acercó por una de las calles. Gritando, chillando, aullando de ansiedad y excitación. La idea de tener carne "fresca" debía ser tremendamente ansiada por todos ellos. Armados con palos, hachas y palas estaban totalmente eufóricos.
-Lo siento -dijo Sergio llorando-. Lo siento, lo siento…
Gonzalo subió corriendo al piso de arriba para avisar a las chicas. En pocos segundos, los pasos se oyeron agitados encima de nuestras cabezas. Comenzaron a recoger las cosas lo más rápido que pudieron.
La turba se paró frente a la puerta metálica que separaba el pequeño jardín de la carretera. Comenzaron a golpear con fuerza los paneles metálicos. Arrojaron piedras contra las ventanas de la casa.
-¡Salid! -gritó uno de ellos-. Salid malditos cabrones.
Estaban todos totalmente desencajados, fuera de sí, tremendamente ansiosos y excitados.
-¿Qué hacemos? -preguntó Merche.
Trataba de pensar con rapidez, pero no se me ocurría nada. Teníamos unas trece personas fuera.
-¿Y si les matamos, disparándoles con las armas? -propuso Gonzalo.
-Sería una buena idea, pero no sabemos si habrá más -respondí-. Quedarnos sin balas teniendo todavía mucho camino por delante no creo que sea bueno.
En ese momento se escuchó un disparo desde el salón. Alberto se había apostado en una de las ventanas y descargó su escopeta contra los dos infectados que ya habían pasado por encima de la verja para acceder al pequeño jardín delantero. Ambos cayeron de bruces contra el césped. Uno de ellos estaba totalmente inmóvil. El disparo le voló la mitad de la cabeza, dibujando un curioso grafiti en el lado interior del panel metálico. El segundo invasor recibió el disparo en uno de sus muslos. Un tremendo desgarro permitía distinguir el hueso y los restos de músculo, cubiertos por los jirones que formaba lo que antes eran los pantalones. Aún con esa herida, se levantó y comenzó a andar,

trastabillando, hacia la ventana desde la cual recibió el impacto.
-Mierda -gritó Alberto. Trataba de recargar la escopeta, pero el temblor de sus manos no le permitía atinar a meter el cartucho en la boca de la recámara.
Tres infectados más saltaron al interior de la pequeña parcela. Sergio, aún conmocionado por su traición, lanzó un grito desesperado y salió por la puerta, armado con un espetón para chimenea. El primer infectado, sobre el que trató de lanzar su ataque, se quedó mirándole perplejo con una cara que mostraba un sentimiento doble. Por una parte la sorpresa de verse atacado y por otra la excitación de tener frente a él una presa. Sergio lanzó un golpe por encima de su cabeza trazando un arco, tratando de clavarle el pincho en la cabeza. Por un momento pensé que lo iba a conseguir, pero los otros dos infectados se lanzaron sobre él como unas bestias. Uno de ellos le quitó el espetón y se lo clavó con furia en el estómago. Un grito de dolor salió, acompañado de vómitos de sangre, de la boca de Sergio. Los tres infectados gritaron de alegría. Ver la sangre fresca de una víctima fue como un intenso orgasmo para ellos.
-¡Sergio! -gritó Alberto desde la ventana.
Entre dos de los atacantes levantaron a Sergio y lo lanzaron al otro lado de la verja. Los chillidos y gritos de júbilo se oyeron por encima de la angustia de Sergio. Una moto sierra arrancó tras varios intentos. El sonido de los acelerones nos puso la piel de gallina. Un grito de histeria sonó mientras las cadenas de la maquina sesgaban las piernas de Sergio. Varios de los atacantes se hicieron con sus trofeos y saltaban con ellos en la mano, mientras la sangre salpicaba sobre el grupo.
Uno de los atacantes trató de entrar en la casa. Por muy poco, la madre de Merche y su hermana Ana, cerraron la puerta sobre la cara del infectado que comenzó a reír al ver que su nariz se colocó en una posición anti natural, sangrando abundantemente.
-Joder, ja, ja, ja, esto duele de cojones -gritó, mientras daba saltos por el césped.
Lo peor comenzó a llegar. Con una catapulta, bastante rudimentaria, comenzaron a lanzar fardos de paja incendiada contra la casa. La mayoría se estrellaba contra la fachada, pero dos de ellos entraron por las ventanas del piso superior. En pocos minutos, un abundante humo negro comenzó a bajar por las escaleras.
-Tenemos que salir de aquí -gritó Gonzalo-. Por la puerta trasera, rápido.
Merche, sus hermanas y Elena corrieron hacia la cocina para salir por la puerta trasera. Ésta daba a un jardín más amplio. Al fondo, un muro de metro y medio coronado por una verja metálica separaba la parcela de la carretera.

-¡Buh! -una cabeza asomó por los cristales destrozados del salón y, sin darle tiempo a reaccionar, cuatro brazos se llevaron a Alberto fuera de la casa.
Un último disparo sonó en el jardín delantero. Los gritos de Alberto se fueron apagando.
-No…No… Hijos de… puta -su voz sonaba entrecortada. El dolor no le permitía hablar con fluidez.
Me asomé por una ventana pequeña situada en el lateral de la puerta principal. Uno de los infectados había puesto el espetón en una de las hogueras formadas por los fardos de paja. Tras unos minutos, éste estaba al rojo vivo. Con la punta fue quemando poco a poco la cara de Alberto. Primero los ojos, la nariz, las orejas, la lengua… Desfigurado, Alberto cayó al suelo. Dos de los infectados le cogieron por las piernas y lo arrastraron hasta los restos de un fardo que chasqueaba fieramente. Le quitaron los pantalones y metieron sus piernas en el fuego. Los gritos de dolor eran espantosos. No le dejaron moverse y, poco a poco, fueron introduciendo el cuerpo de Alberto en la hoguera hasta que solo quedó la cabeza fuera. En pocos minutos el cuerpo entero estaba en llamas. Alberto se desmayó o, más probable, murió tras maldecir a sus atacantes.
-¡María! -grité desde las escaleras hacia el piso de arriba-. Vamos, tenemos que irnos.
No recibí respuesta. Me temía lo peor. El piso superior estaba casi en llamas por completo y María aún estaba en la habitación principal. Comenzamos a subir Gonzalo y yo. No habíamos llegado ni a la mitad de la escalera cuando una bola de fuego salió corriendo de una de las habitaciones. Se echó sobre nosotros, pero la esquivamos por muy poco. Los chillidos penetraban en nuestros oídos. La antorcha humana bajó las escaleras y se lanzó por una de las ventanas del salón. Nos quedamos mirando por un momento hacia el salón. En poco tiempo estábamos perdiendo a casi todos los miembros del grupo.
-Voy a por la mochila que tenia María -dijo Gonzalo-. Creo que la dejó en el baño y tiene bastante material que cogimos de las ambulancias.
-Yo voy bajando y cogiendo a las chicas -era consciente de que, en mi estado, tardaría un poco en llegar hasta el muro y saltarlo.
Gonzalo subió rápidamente. El baño estaba frente a la escalera. El fuego se extendía por las habitaciones con rapidez, pero aún no había alcanzado ese lugar. Cuando acabé de bajar las escaleras, un fenómeno tremendamente peligroso tuvo lugar en el piso superior. El fuego se “recogió” sobre sí mismo, entrando en una habitación y cuando consumió todo el oxigeno, una tremenda onda expansiva ardiente tomó todo el techo del piso superior, prendiendo todo a su paso.
-¡Gonzalo! -grité.

Me lancé al suelo, al lado de la escalera, justo en el momento en que el fuego se extendió por el piso inferior. El calor y el humo transformaron la casa al completo en un infierno. Me arrastré hacia la cocina y conseguí salir de la casa. Un fogonazo me siguió. Comencé a escuchar un silbido rápido en la cocina. “Dios, los tubos del gas”. Dentro de la cocina se estaba preparando una tremenda explosión. Las tomas de gas habían saltado por el calor y se estaba acumulando rápidamente. Me levanté, cojeé lo más rápido que pude.
-¡Borja! ¡Cuidado! -una voz me gritó por encima de mi cabeza.
Gonzalo se había metido en el baño justo antes de la brutal expansión del incendio. Abrió la pequeña ventana que había y se lanzó desde ella al jardín. Por poco no le esquivé y casi me cayó encima. Lo siento por él, pero si eso llega a pasar, a saber qué habría pasado con mi herida.
-¿Estás bien? -le pregunté.
-Sí, menos mal que te has quitado -respondió-, si llego a caer encima de ti, la liamos.
Nos ayudamos mutuamente a levantarnos. Las chicas nos hacían señas desde el otro lado del muro. Primero pasé yo, ayudado por Gonzalo desde dentro y por Merche desde fuera. Cuando pasé, Merche y Ana ayudaron a Gonzalo a pasar. Una tremenda explosión tuvo lugar en la casa justo cuando nos echamos todos al suelo. La casa voló por los aires. Escuchamos varios gritos de dolor al otro lado, a los que se unieron otros de júbilo.
-Tenemos que saltar el muro antes de que se den cuenta de que estamos aquí -dijo Merche.
Ahora sólo quedábamos siete personas y dos perros.
-¿Qué hacemos con Igor y Bea? -preguntó la madre de Merche preocupada.
-Cuando estemos a salvo lo decidiremos -respondió Ana, la hermana mayor.
Los siete nos dirigimos a la gasolinera. Cerca de ella pasaba parte del muro, y podíamos usar unos cuantos bidones que había pegados a él para saltarlo con más facilidad. Llegamos al sitio elegido y comenzamos a movernos para saltar rápidamente y con orden.
-Mierda, no llegamos -dijo Gonzalo.
Él era el más alto de todos y aún tenía casi metro y medio por encima.
-¿Qué hacemos? -todos tratábamos de pensar lo más rápido posible.
-¡Gonzalo! -una voz conocida sonó por encima del muro-. Coge esto.
Igor asomaba por el otro lado del muro. Nos estaba tendiendo una escalerilla de cuerda. La alegría fue incontenible. Ver que ambos estaban vivos y a salvo resultó ser la mejor noticia del día.
-Daos prisa -insistió Bea-. Los infectados se están moviendo, buscando supervivientes.
Se encontraba en un lateral desde donde vigilaba la casa de la que

veníamos. Los infectados la estaban rodeando.
Lo más rápido que pudimos, fuimos pasando uno a uno al otro lado del imponente muro. Cuando terminamos de pasar, nos quedamos unos segundos tomando aire.
-Venid -dijo Bea-. Hay una casa aquí cerca donde podemos ocultarnos un rato, hasta que veamos que está todo tranquilo.
A unos quinientos metros del muro, esquivando coches, camiones, motos y muchos restos, se encontraba la entrada a una pequeña urbanización. Un cartel de madera, colgado de uno de los pilares que franqueaban el paso, ponía “Sin esperanza más allá”. Ocho casas formaban el pequeño reducto. Todas y cada una de ellas cerradas a cal y canto. Totalmente abandonadas. No nos gustaba quedarnos tan cerca del pueblo pero estábamos agotados. Además, mi herida se había abierto. “Menos mal que según María me curó bien”, pensé mientras apretaba la mano contra mi pecho. Sentí un ligero mareo.
-Hay carne congelada aquí dentro -dijo Laura, saliendo de uno de los garajes.
-Es muy raro que todo funcione en estas casas -Gonzalo hablaba extrañado.
Los cables del tendido eléctrico estaban destrozados. Varios postes descansaban a lo largo de la carretera y en el campo.
-Mira el techo -le dije.
Cinco paneles solares descansaban sobre el tejado de la casa. Seguramente, dentro del garaje, habría un acumulador de energía. No debería tener mucha potencia, hacía tres días que no salía el sol.
Nos metimos todos en el garaje. La madre encendió, con algunas ramas, una pequeña hoguera en la chimenea de la casa. Con el tremendo incendio que tenía lugar a pocos metros, el fuego de una chimenea seguramente no llamaría mucho la atención. Preparamos varios trozos de carne y comimos tranquilamente. Mañana haríamos el recuento de material.

ENTRADA 55
Viernes, 18 de Noviembre de 2011

16 Noviembre

Seguimos en la casa de las afueras del pueblo. Tras dos días evaluando el tiempo, la situación, lo que nos rodea, hemos decidido que las cosas no están como para arriesgarnos a salir. Llueve abundantemente y el frío es cada vez más intenso. Tenemos comida congelada para unos cuatro días más.

Esta mañana, varios helicópteros han pasado sobre nosotros. Han estado sobrevolando el pueblo, en especial la zona donde estaba la casa que saltó por los aires ayer. Hemos oído, en varias ocasiones, las ametralladoras de los pájaros metálicos descargar continuamente sobre diversos puntos. Pensamos que están acabando con los infectados. Es una buena noticia. Continuar sabiendo que dejamos a nuestras espaldas una docena de infectados no es muy agradable.

Estamos aprovechando para descansar lo más posible. La suerte ha estado de nuestra parte y en los maleteros de los armarios de la casa hemos encontrado varios abrigos, algunos monos de ski, mantas y diversa ropa de abrigo. Podremos ir bien equipados para llegar hasta La Pedriza.

Hay que dar gracias a los cazadores. En esta zona hay bastante caza y por lo tanto muchos de los residentes se dedican a ella en las temporadas. Tenemos dos cajas de veinticinco cartuchos y dos escopetas, un rifle de caza mayor con una veintena de balas, un arco con media docena de flechas y varios cuchillos. He perdido el G36, me lo dejé en la habitación donde descansaba para recuperarme de mi herida. Merche se ha quedado sin balas para la pistola. Tendremos que apañarnos con lo que tenemos que, afortunadamente, no es poco.

El mayor problema al que nos vamos a enfrentar es la comida. No nos queda ninguna lata de alta caducidad. Tenemos localizados dos supermercados en el camino. Espero que tengamos suerte y encontremos algo que llevarnos a la boca. El agua de momento no es problema.

Nuestras heridas evolucionan bien. El tobillo está casi curado. La herida se recupera después de soltarse un par de puntos y sangrar un poco. Merche está muy bien, su herida está casi cerrada.

No me puedo creer que estemos descansando.

ENTRADA 56

Lunes, 21 de Noviembre de 2011

Hoy por fin ha salido un poco el sol y los paneles solares consiguieron obtener un poco de energía. Llevábamos dos días sin luz. La comida congelada está a punto de terminarse. Pero no podemos salir de aquí. No por el momento. El sábado volvieron los helicópteros del ejército. No fueron sólo los Apache, también llegó un Chinook, un helicóptero de transporte de tropas y material. Desde unos treinta metros de altura descolgó varias cuerdas y las tropas salieron de su interior. No debían ser más de una veintena de soldados. Tras dejarlos en el suelo, los cinco helicópteros abandonaron la zona rápidamente. A la media hora comenzaron los disparos y las explosiones. Primero cerca del muro por el que saltamos para huir del pueblo. Poco a poco se fueron alejando en un compás rítmico y organizado. A las tres horas, dos Apaches aparecieron tras el monte y sobrevolaron una zona del pueblo descargando su artillería. Así durante todo el día. De vez en cuando, varios pequeños helicóptero biplaza, seguramente de reconocimiento, sobrevolaban toda la zona. Tras ellos, el Chinook descargaba cajas de munición y abastecimiento.

Lo preocupante del asunto es que, desde nuestra posición, los ecos de disparos y explosiones no venían sólo del pueblo del que huimos. Tras el monte, más allá de las fincas que nos rodeaban, en la dirección en que la carretera se perdía, también podían oírse. Toda la sierra de Madrid está siendo un hervidero de disparos acompasados, explosiones y helicópteros yendo y viniendo.

Daba la sensación de que lo poco que quedaba del ejército había sido desplegado para acabar con los restos de los pueblos clausurados. Sobre todo después de lo sucedido hace unos días cuando explotó la casa o acabamos con las criaturas.

La noche del sábado al domingo pasó tranquilamente. La actividad era mucho menor, pero la noche estaba tremendamente iluminada. Cientos de incendios decoraban los horizontes, por encima de las copas de los árboles. En la mañana del domingo se repitió el mismo acto que tuvo lugar el día anterior. Helicópteros, disparos y explosiones se sucedieron a lo largo del día. Pudimos ver cómo un Chinook izaba varias camillas, tras desplegar algunos soldados más. Para desgracia de los militares allí destinados, los reemplazos eran menores en número que los evacuados. Estaba claro que no tendrían mucho futuro en el caso de tener que alargar su estancia más de lo necesario.

A lo largo de esta mañana los disparos han sido más contados. Los helicópteros han sobrevolado la zona menos veces, sólo para llevarse

heridos y lanzar material. Ya no hay más soldados para realizar reemplazos.

Por nuestra parte, estamos bastante preocupados. Cuanto más tardemos en llegar a La Pedriza, más peligroso será. A pesar de tener bastante ropa de abrigo, el frío está siendo cada día más intenso, y sin comida puede ser realmente peligroso no recuperar las calorías que nuestros cuerpos necesiten.

Sinceramente, estos días de “tranquilidad” también son de agradecer. Merche y yo nos estamos recuperando muy bien de la herida de bala que recibimos cada uno. Los demás están descansando. Creemos que lo más sensato será salir de noche atravesando fincas. Esperemos que los campos de minas sólo se sitúen en las cercanías del muro.

ENTRADA 57
Jueves, 24 de Noviembre de 2011

Lunes 21 Noviembre. 20.00 Horas.

La relativa tranquilidad que reinó a lo largo de la mañana se vio violentamente turbada a partir de las ocho de la tarde. Tras contados disparos y pocos viajes de los helicópteros, la situación cambió drásticamente. Una tremenda explosión en el muro nos sacó a todos de nuestro descanso. Los cristales de toda la casa en las ventanas, mesas y espejos se destrozaron en mil pedazos. Cuando nos asomamos para comprobar qué había pasado, una tremenda columna de humo sobre una luminosa base rojiza creció amenazante por encima de los árboles. Los disparos se tornaron más frecuentes. Gritos, chillidos e incluso aullidos dominaron el ambiente en menos de diez minutos.

-¿Qué ha pasado? -preguntó Ana, la hermana mayor, detrás de nosotros.

-Ni idea -respondí-. Parece que han destruido el muro y los combates son más fuertes.

-Están demasiado cerca -apuntó Gonzalo.

-Deberíamos pensar en escondernos o salir de aquí lo antes posible -sugirió Merche.

Los sonidos de combates se fueron aproximando hacia nosotros. Lo curioso es que se escucharon disparos desde muchos puntos. El sonido de helicópteros comenzó a resonar tras el monte situado a nuestras espaldas. En poco menos de cinco minutos, tres Apaches aparecieron sobre las copas de los árboles que lo coronaban. Comenzaron a descargar sus misiles y ametralladoras antes de llegar a su objetivo. Una poderosa ráfaga de gran calibre pasó sobre la casa que teníamos enfrente. El impresionante efecto de destrucción de la pesada munición destrozó los muros y el tejado como si fueran de mantequilla.

En pocos minutos tuvimos sobre nosotros tres helicópteros descargando su artillería a discreción en dirección al pueblo. Tres camiones del ejército de tierra llegaron a toda velocidad por la carretera, esquivando hábilmente todos los coches abandonados. Tras varias maniobras, casi suicidas y en pocos metros, colocaron los cajones hacia el lugar del conflicto. Una decena de soldados salieron de los tres vehículos. Me parecieron muy pocos para venir en tres camiones. Rápidamente, se colocaron en posiciones defensivas, lanzaron cientos de bengalas hacia el pueblo y comenzaron a disparar hacia esa dirección. Enormes focos, instalados sobre los camiones iluminaban la zona. El día se hizo en la noche gracias a toda esta iluminación.

-Joder. ¿Qué hacemos? -preguntó Gonzalo-. Están en la entrada de la urbanización, por ahí no podemos salir.
-Vamos a tener que huir por el campo -respondí.
No terminé la frase cuando uno de los helicópteros explotó en el aire. Nos quedamos alucinados. En el tiempo que habíamos sobrevivido, los infectados no habían usado armas de fuego pero, para nuestra desgracia, en ese momento muchos de ellos estaban armados con los fusiles de asalto y lanzagranadas que los soldados habían llevado consigo para limpiar el pueblo unos días antes.
-¡Dios! -gritó la madre de Merche.
Por la carretera aparecieron varios soldados del ejército. Trataban de huir del pueblo, siguiendo un orden militar, avanzando y disparando. Su objetivo era llegar hasta los camiones, pero pocos lo consiguieron. Muchos se quedaron por el camino, abatidos por disparos y granadas que provenían del pueblo. En pocos segundos, una horda de infectados invadió la carretera. Los destellos eran incontables, pareciera como si se hubieran hecho con bastante armamento. En un movimiento totalmente anárquico, multitud de infectados armados con palos se lanzaron por delante de los que disparaban para llegar hasta los soldados. Muchos cayeron muertos por fuego “amigo”. Pero eso no pareció importarle a ninguno de ellos. Los disparos no cesaron aún cuando decenas de ellos avanzaban para atacar al ejército en una violenta batalla cuerpo a cuerpo. Esta anarquía dio a los soldados una pequeña ventaja contra las primeras líneas que llegaban a ellos. La gran mayoría estaban gravemente heridos y, a pesar de sus caras ansiosas por matar a uno de esos soldados, corrían o andaban torpemente y sus fuerzas les abandonaban poco a poco haciéndoles blanco fácil para los disparos a quemarropa contra sus cabezas. Pero esta ventaja no duró mucho. La munición escaseaba y los enemigos eran muy numerosos.
Asistí, de nuevo, al resultado de una decisión brutal y desesperada por contener la infección. Los camiones arrancaron y huyeron sin recoger a las tropas. El desconcierto y terror reinó entre los pocos soldados que aún quedaban con vida. Muchos de ellos corrieron detrás de los camiones, pero no lograron alcanzarlos. Cuando los vehículos estuvieron fuera de alcance, comenzó el dantesco espectáculo. Los helicópteros descargaron todo lo que les quedaba de artillería sobre la multitud, alcanzando tanto a soldados como a infectados. Varias explosiones destrozaron decenas de cuerpos que desaparecieron inmersos en bolas de fuego y escombros. Fue horrible. Los gritos de dolor, las peticiones de auxilio no dejaron de oírse durante interminables minutos. Tres nuevas pasadas de los helicópteros, ametrallando violentamente sobre los montones de cuerpos, dejaron un silencio sepulcral en la zona. En pocos minutos el humo se

dispersó, dejando varias piras de cuerpos en llamas al lado de arbustos y árboles, que prendieron rápidamente, mostrando el resultado final. Decenas de cuerpos descansaban destrozados sobre el asfalto. Algunos infectados, aún vivos, reían doloridos y se arrastraban, vomitando sangre y dejando restos a su paso, unos metros antes de caer definitivamente muertos.
Los tres helicópteros permanecieron unos minutos más en el lugar. Cuando abandonaron la zona salimos de la casa. Nos preparamos para abandonarla mientras sucedía todo aquello.
-Vamos a tratar de conseguir unos fusiles de asalto -le dije a Gonzalo.
-Sí -respondió-. Me parece buena idea.
-Mirad de paso si tienen raciones de combate -nos dijo Merche, mientras los demás se preparaban para salir en dirección a las fincas que se situaban en la parte trasera de la casa.
Era algo arriesgado pero ya no teníamos casi comida y, después de asistir a ese espectáculo, nos pareció que no estábamos demasiado bien armados.
Nos acercamos a los montones de cuerpos donde descansaban casi todos los militares. Pudimos coger tres G36 aún operativos. La gran parte de las armas estaban destrozadas. También nos hicimos con varios cargadores, un GPS, una radio, un mapa militar de la zona, varias bengalas y un poco de comida. Cuando me dispuse a registrar a uno de los soldados, el cual había perdido las piernas en el ataque, su radio chascó.
-Halcon Alpha 1 para Nido -una voz metálica resonó al otro lado-. Bombas montadas, 50 kilómetros para objetivo. 5 minutos para contención.
-¡Gonzalo! -grité-. ¡Tenemos que salir de aquí!
Gonzalo me miró extrañado mientras cogía un par de raciones de combate más.
-¿Qué pasa? -preguntó.
-¡Creo que van a bombardear la zona! -grité, mientras corría hacia los demás-. ¡Rápido! -le hice gestos para que me siguiera.
Ambos corrimos lo más rápido posible. El grupo ya había comenzado a avanzar por una de las fincas. Igor y Bea avanzaban poco a poco con un rodillo metálico por delante de ellos. Era la manera más “segura” que habíamos encontrado para comprobar si había minas en las fincas más alejadas del pueblo. El sonido de aviones en el horizonte retumbó en mis oídos.
-¡Corred! -les grité a todos desde varios metros.
En ese momento todos se quedaron mirándonos. Pero no había tiempo para explicaciones. Cuando llegamos a su lado comenzamos a empujarles, a pedirles que corrieran lo más posible. Cogí a Elena entre mis brazos a la carrera, llevaba con ella el bolso con Yuko dentro, la

pobre perrita gimoteaba asustada. Comenzó una carrera frenética a lo largo de las despejadas fincas, subiendo el monte que lindaba con el pueblo. Desesperados, buscamos un lugar a cubierto. Piedras, montones de árboles, lo que fuera. Los motores de los aviones se oían cada vez más fuertes. Los destellos de sus balizas de posición situadas en las alas se comenzaron a ver a lo lejos. Por fin, tras varios metros, encontramos un enorme montón de rocas. Nos metimos entre ellas. Los aviones pasaron por encima de nosotros descargando tras de sí sus enormes bombas. Los silbidos en el aire eran siniestros. Recordé la multitud de documentales sobre la Segunda Guerra Mundial que había visto. El sonido en vivo de las bombas cayendo desde lo alto era, de lejos, muchísimo más aterrador que el que se oía en la televisión. El suelo tembló violentamente en nuestros pies. Tuvimos que taparnos los oídos. Las explosiones fueron tremendamente violentas. Hasta nuestra posición llegaban restos de casas, coches, piedras, escombros. Incluso bolas de fuego y restos de metralla. La destrucción que nos rodeó en ese momento era inenarrable. Las palabras se quedan muy cortas para describir el calor, los incendios, los destrozos, todo tipo de material volando por los aires cientos de metros, incluso me atrevería a decir que kilómetros. La sensación de vivir un terremoto constante. Los árboles cayendo, partiéndose, perdiendo sus ramas. La tierra moviéndose constantemente, las grietas apareciendo en el suelo. El cielo desapareció tras la cortina creada por el humo, el olor a quemado, las cenizas volando por nuestro alrededor dificultando la respiración.

Tras varios minutos a cubierto decidimos salir. Nos quedamos todos mirando, atónitos, hacia el lugar donde antes se levantaba el pueblo. Desde nuestra posición elevada vimos el resultado del ataque. El pueblo había casi desaparecido. Era una visión terrible. Un manto oscuro cubría todo el suelo, manchado de vez en cuando por colores rojizos. Era increíble que estuviéramos vivos. Los incendios iluminaban la noche.

-Dios -las voces de las chicas a nuestras espaldas rompían a llorar.

Estaban asistiendo a la total destrucción del pueblo que las había visto crecer. La casa en la que tantos años habían vivido desapareció en pocos segundos. Ya sólo les quedaban recuerdos. Nada material.

-Tenemos que encontrar un lugar donde ocultarnos -comenté-. Hace mucho frío y no podemos quedarnos por aquí.

Poco a poco conseguimos sacar a cada una de las chicas de su trance. Subimos más arriba para poder situarnos y comprobar si el GPS que teníamos conseguía señal. Al llegar a la cima comprobamos que la escena se repitió en los pueblos que se veían desde allí. Cientos de incendios iluminaban la oscuridad. Por encima de las demás colinas, resplandores palpitantes crecían tras ellas.

Nos acercamos a un pequeño establo situado en lo alto. A pesar del olor a restos de vaca, nos metimos en él y tratamos de descansar lo que quedaba de noche. Hace un momento asistimos a un brutal combate. En pocas horas vimos lo frágil que es la vida y el poco valor que se le da. Vimos cómo más de cien personas, infectados o no, morían violentamente en pocos minutos.

A lo largo de la noche, el sonido de los grandes bombarderos no dejó de sonar. Pasaron una y otra vez por la sierra de Madrid. Los sonidos de explosiones y los silbidos de las bombas cayendo se oyeron durante horas. Por muy lejos que estuvieran, la tensión y el miedo no nos abandonaba. La contención de la infección se había transformado en destrucción.

Dormir fue imposible. Me quedé toda la noche mirando el mapa que habíamos encontrado y comprobando el GPS. Las señales de los satélites eran muy débiles, pero funcionaban. La pantalla verde con los números en negro mostraba simplemente las coordenadas de situación y una pequeña brújula. Afortunadamente el mapa tenía marcadas las coordenadas de cada pueblo, así como los puntos cardinales. No debería ser difícil llegar a La Pedriza gracias a nuestra orientación, pero la situación tras los bombardeos no sería muy alentadora, con lo que tendríamos que esquivar los puntos poblados y las carreteras. Si el GPS no funcionase, con la brújula podríamos saber, más o menos, la posición de nuestro objetivo.

Pasaron un par de horas. Oímos un ruido en el exterior. Gonzalo y yo nos preparamos para salir, mientras Merche e Igor se colocaban para defender la posición desde dentro. Con las linternas de los fusiles encendidas salimos fuera. El ambiente seguía muy cargado de humo y cenizas. El ruido sonó en la parte trasera del establo. Parecía que alguien estaba golpeando la pared. Giramos la esquina del establo.

-¡Quieto! -le grité a una sombra que se acurrucaba en la oscuridad.

Para nuestra tranquilidad, resultó ser un pequeño ternero. No lo dudamos ni un minuto. Le disparamos a la cabeza un par de veces y lo metimos dentro. Conteniendo las arcadas, lo despedazamos para poder comerlo. Después de lo que hemos estado viviendo, fue curioso que hacer eso nos produjera tanto asco y reparo. Encendimos una pequeña hoguera con la paja del establo y preparamos algo de carne para comer. Estábamos en plena noche comiendo en un establo, pero no nos importaba. Después de la locura vivida y de las carreras que tuvimos que dar, estábamos todos exhaustos. Poder disfrutar de algo de carne fresca nos resultó tremendamente agradable. Además, podríamos reservar las pocas raciones que sustrajimos a los cadáveres de los soldados para un momento más oportuno.

ENTRADA 58
Jueves, 24 de Noviembre de 2011

Martes 22 Noviembre. 11.15 Horas.

Tras la tardía cena que nos dimos, nos quedamos todos durmiendo. Hará un par de horas que me he despertado. Aún están casi todos descansando. Aproveché para salir al exterior y comprobar la situación. Un resplandeciente sol brillaba en lo alto. Una ligera neblina cubría el suelo del monte. El olor a quemado aún dominaba el ambiente. Desde el establo podía ver las enormes columnas de humo que se elevaban amenazantes en múltiples puntos de la sierra. El sonido de los aviones había cesado, habrán pasado unas cuatro horas desde que pasó el último avión. Encendí la radio que le quité a un soldado. Crepitaba constantemente y de vez en cuando se oían lo que parecían voces. Las interferencias eran abundantes y fui incapaz de descifrar lo que decían.

Subí un poco más. Aún quedaban unos cincuenta metros para estar en la parte más alta del monte. Una enorme antena de repetición lo coronaba, poco quedaba de su forma original. Varios trozos se repartían por el suelo y la parte alta estaba retorcida hacia abajo.

Cuando llegué, el espectáculo que se extendía ante mí era increíble. Desde mi posición se veían cuatro pueblos. Bueno, lo que quedaba de cada uno de ellos. Donde antes se extendían cientos de casas y carreteras, ahora sólo había escombros, chatarra, cenizas y decenas de cráteres producidos por las bombas. Muchos de ellos aún tenían varios incendios en diversos puntos. Me pareció ver, en una explanada, una fortificación militar. Cientos de bloques de arena formando muros, garitas móviles, camiones verdes y tiendas de campaña enormes totalmente abandonados. “Quizá podemos hacernos con un humvee”, pensé, pero en un momento se me fue de la cabeza. “Muy listo, ¿y cómo pretendes pasar por las carreteras destruidas?” Mi propia mente se contradecía a sí misma. “Podríamos ir por los caminos forestales.” “¿Te los conoces? porque yo no.” Una pequeña conversación se formó en mi cabeza. Estaba claro que no era buena idea, pero estábamos lejos de La Pedriza. El viaje a pie sería muy duro.

-¿Borja? -una vocecilla me habló, mientras una pequeña manita me tiraba del abrigo-. ¿Qué te pasa?

Elena se encontraba a mi lado, resoplando por la carrera que se había dado para llegar a mi lado. Merche, Yuko, Boni y ella habían subido detrás de mí unos minutos después de que yo saliera del establo. Las perritas correteaban por el monte. Merche se acercó a mí y me dio un beso.

-¿Estás bien? -preguntó

-Sí. Bueno, lo bien que se puede estar en esta situación -respondí, mientras cogía a la niña en brazos-. Es alucinante lo que pasó ayer.
-Es una mierda -respondió Merche, mirando el espectáculo que se extendía frente a nosotros-. Todo esto es un asco.
Nos quedamos un rato allí los tres mirando lo que quedaba de la sierra de Madrid. Las perras, ajenas a todo, correteaban detrás de un ratoncillo de campo.
-¿Les habéis dado de comer? -pregunté, refiriéndome a ellas.
-Sí. Ahora mismo -respondió Merche-. Elena les ha dado un poco de carne.
-Se la han comido toda -dijo la pequeña-. Yuko me ha mordido el dedo -dijo, sonriendo mientras me enseñaba su pequeño dedo índice.
-Ay, ¿y te ha hecho daño? -le pregunté achuchándola.
-No -respondió entre carcajadas.
Los tres nos estuvimos riendo un buen rato. La niña estaba alegre y nos contagió un poco. Estoy convencido de que sabe lo que pasa en el mundo, pero no pierde la inocencia ni las ganas de reír y jugar. Es un rayo de esperanza para nosotros.
-Pues sí que estáis animados esta mañana -la voz de Ana, la hermana mayor, sonó a nuestro lado.
Ella y Gonzalo subían hacia nosotros. El sol de esa mañana era tremendamente agradable y en lo alto del monte, a pesar del ambiente creado por el humo de los incendios, la sensación sobre nuestras caras era cálida. Un pequeño viento frío nos encogió a todos, pero por un momento se llevó con él el penetrante olor de la destrucción que nos rodeaba. Por un momento sentimos un olor fresco, vivo.
-Vamos al establo -les dije a todos-. Tenemos que ponernos en marcha.
Por un momento todos me miraron con cara de súplica. “Un rato más, por favor” decían todas las caras. Les sonreí a todos y comencé a bajar hacia el establo. Al llegar, vi a la madre de Merche en la puerta, desperezándose.
-Buenos días -me dijo.
-Buenas, ¿has descansado?
-Más o menos -respondió
Bea e Igor salieron del establo. Ambos con unas tremendas caras de sueño.
-Jo, que buen día hace -dijo Bea.
-No os relajéis mucho que dentro de un rato tenemos que comenzar el viaje -les dije.
-¿Dónde están mis hermanas? -preguntó Bea.
-Allí arriba -respondí, señalando hacia los restos de la antena-. Tomando el sol y viendo el espectáculo.
Los tres se dirigieron hacia arriba. Yo entré en el establo y comencé a recoger las cosas que teníamos. No era mucho, pero no podíamos

permitirnos perder nada. Guardamos en varias bolsas los trozos de carne del ternero. Por lo menos hoy podríamos comer y cenar tranquilamente. Gonzalo y yo pudimos hacernos con seis raciones de combate y tres paquetes de pan galleta. Eso nos daba comida para todos durante dos días, si las racionábamos bien. Entre los principales y los acompañamientos lo podríamos estirar. Aún nos quedaban cinco botellas de agua de litro y un par de cantimploras casi llenas.
Volví a salir. Encendí de nuevo la radio y los mismos sonidos surgían del altavoz. Parecía gente hablando, pero era incomprensible lo que decían. Ya bajaban todos hacia el establo.
-¿Hacia dónde está el supermercado? -pregunté en general.
-Pues si la carretera está en aquella dirección -respondió Bea pensativa-, debería estar bajando por aquella finca -dijo señalando una tapia de cemento que se situaba a unos ochenta metros de nosotros.
-Creo que deberíamos intentar ir allí -comenté al grupo-. La comida escasea y el agua será un problema en breve. Con suerte aún estará en pie. ¿Estaba en las afueras del pueblo, no?
-Sí. Más bien lejos -respondió Igor-. No creo que lo hayan bombardeado.
-Bien -dije-. Haced lo que necesitéis y preparaos. No quiero estar a la intemperie por la noche. Tendremos unas siete horas de luz.
Todos se metieron en el establo y cogieron sus mochilas y las bolsas que habíamos rescatado de la casa, antes de abandonarla a toda prisa. Gonzalo, Merche y yo llevábamos los G36, Ana, la hermana mayor, y Bea llevaban las escopetas. Igor no se sentía cómodo llevando un arma, así que se hizo con uno de los cuchillos desbrozadores. La madre de Merche prefirió no llevar nada.
El descenso del monte fue de lo más tranquilo. Ya no nos preocupamos por las minas y fuimos saltando de finca en finca. En una de ellas tuvimos que salir todos corriendo y saltar lo más rápido que pudimos a la colindante. Un toro bravo se lanzó sobre nosotros. Menos mal que estaba lejos y Elena nos aviso a todos. “Una vaca negra viene corriendo” Dijo la pequeña apretando la mano de Merche. Un buen susto, pero no pudimos evitar reírnos todos. Sobre todo cuando Gonzalo se quedó enganchado en el muro de piedra al tratar de saltarlo, haciendo una voltereta y cayendo de bruces como una torpe marioneta. “Eso me pasa por hacer el payaso”, dijo levantándose.
Aprovechando el momento saqué el mapa y el GPS. Los satélites no funcionaban, pero la brújula estaba operativa.
-Tenemos que ir hacia aquí -dije, señalando en el mapa el pueblo cercano al supermercado-. Hay que bajar hacia allí -señalé la diagonal que cruzaba la finca de la que acabábamos de huir, indicado por la flecha de la brújula.
-Bajemos por aquí -dijo Igor-, hasta que pasemos la finca del toro y

nos metemos en la siguiente.
Nos levantamos todos y continuamos caminando. La finca era bastante grande. Por fin encontramos un pequeño camino de tierra que bajaba hacia la carretera.
-¿Vamos por aquí? -pregunto Ana.
-Sí -respondió Gonzalo-. Yo creo que desde este camino cogemos la pequeña urbanización de chalets que hay cerca del supermercado.
La tranquilidad del ambiente era tal, que nos decidimos por bajar a través de ese camino. Antes de enfilarlo nos metimos en una pequeña casa derruida y abandonada hace años. Preparamos un poco de la carne del ternero que teníamos guardada y comimos. Descansamos un par de horas antes de continuar. El sol se fue ocultando tras algunas nubes.
-Parece que va a llover -dijo la madre de Merche.
-Vamos a darnos prisa -ordené al grupo-. No sería bueno que la lluvia nos pille en el exterior.
Nos colocamos de nuevo el material y apretamos el paso mientras bajábamos por el camino de tierra. Tras una hora de caminata los tejados de los chalets comenzaron a asomar por encima de los árboles. La destrucción no había llegado a esa zona. Se parecía mucho a la que habíamos abandonado el día anterior. Una pequeña colonia de unas doce casas. Todas abandonadas, todas cerradas. Por un momento dudamos en quedarnos allí o continuar.
-Se ve el supermercado desde aquí -dijo Bea, desde la entrada a la colonia.
Decidimos continuar. El supermercado se encontraba a escasos doscientos metros de nosotros. En su parking descansaban varios coches, casi todos destrozados o abandonados con sus puertas abiertas. Los cristales del edificio habían desaparecido, supusimos que por las explosiones de ayer, aunque no lo podíamos afirmar con certeza. Teníamos que tener en mente que era posible que ya hubieran asaltado el lugar y no quedase nada, incluso que tuviéramos que enfrentarnos a alguien allí dentro.
La entrada al supermercado estaba bloqueada por una barricada. Las puertas correderas se encontraban abiertas, aunque eso hubiera dado igual, los cristales estaban tirados por los suelos hechos pedazos. Gonzalo, Merche, Bea y yo saltamos la barricada. Los demás se quedaron parapetados tras unos contenedores cercanos, cubriendo la salida y la entrada al parking.
Merche y yo comprobamos la planta principal. Gonzalo y Bea subieron a la zona de oficinas. Los estantes de comida estaban desordenados, miles de cajas tiradas por los suelos explicaban que ese lugar había sufrido varios saqueos. La estampa nos recordaba tremendamente a la del Mercadona. Un escalofrío nos recorrió el cuerpo cuando

recordamos el ataque que sufrimos el día que fuimos a por comida. Por un momento nos quedamos mirando hacia la puerta principal. Nos quedamos pensativos, pero recordamos que la situación era distinta. Fuera teníamos gente que nos avisaría en caso de problemas. Continuamos andando por los pasillos buscando los de comida envasada y las sopas preparadas. Al girar hacia la derecha dimos con un estante elevado donde descansaban tres garrafas de cinco litros de agua. Sin dudarlo, escalé por los estantes bajos y se las fui pasando a Merche, que las iba dejando a sus pies.

Un fuerte golpe en el piso superior nos puso en guardia. Estuvimos unos segundos esperando nuevos ruidos, pero el silencio dominó el lugar.

-¿Qué hacemos? -preguntó Merche. El temor a que Gonzalo y Bea se hubieran encontrado con problemas crecía en nuestro interior.

-No sé -respondí.

Mi mente se debatía entre conseguir comida, por lo menos algunas latas para sobrevivir unos días, o subir a comprobar si estaban bien. Un nuevo golpe, más fuerte que el anterior, se escuchó de nuevo. Tras él, varios golpes más.

-Joder -grité y ambos salimos corriendo hacia las escaleras.

Cuando llegamos al piso de arriba nos paramos en seco. El lugar estaba oscuro. No había ventanas y un extenso pasillo se abría ante nosotros. Nuevos golpes surgieron al fondo, en la parte más alejada de nuestra posición.

-¿Gonzalo? -dijo Merche, en un tono poco elevado.

No obtuvimos respuesta. El silencio se hizo de nuevo. Tras unos segundos, los golpes comenzaron de nuevo.

-Mierda -dije por lo bajo-. ¿Gonzalo? -grité más alto, tratando de superar el volumen de los golpes. Éstos volvieron a apagarse. Un susurro sonó al fondo.

Nos pareció más un gemido que una voz normal. Nos temíamos lo peor. De nuevo los golpes comenzaron a sonar.

-No hay más remedio -le dije a Merche, mientras me colocaba el G36 en posición de disparo.

Avanzamos lentamente hacia el origen de los golpes. Poco a poco se iban escuchando más intensamente. Nos encontrábamos enfrente de una puerta blanca cerrada. Un pequeño cartel impreso en un folio verde nos informaba de que tras ella se encontraba el comedor.

-A la de tres -le dije a Merche-. Yo le doy una patada a la puerta y tu iluminas con la linterna.

Merche asintió. “Un, dos, TRES…” Y la puerta se abrió. Nos quedamos atónitos. Gonzalo nos miraba con cara de asombro, con decenas de chocolatinas entre los brazos. Bea estaba detrás de él, con una bolsa de plástico llena de Coca Colas y Fantas.

-¿Pero qué coño? -le dije-. ¿Qué cojones hacíais?
-Joder, que hay dos maquinas expendedoras aquí y las estábamos rompiendo para sacar la comida y la bebida -respondió Gonzalo, como si fuera obvio.
-Serás mamón -le dijo Merche-. ¿No nos has oído llamarte?
-No.-Respondió -me ha parecido oír algo, pero no le he dado importancia porque no se repetía. Bea estaba dando patadas a la máquina y no le di importancia.
-Mierda. Que susto nos habéis dado -le dije.
Bajamos los cuatro a la planta principal. Cogimos las garrafas de agua y algunas sopas y latas que aún quedaban. “Vuelvo a dar gracias a la gente que no valora ésta comida”, dije en silencio. Bea salió para avisar a los demás de que entraran, el supermercado estaba totalmente vacío. Pudimos pasar la noche allí sin problemas.
Mientras Ana madre preparaba los últimos trozos de ternero con la inestimable ayuda de Elena (habíamos encontrado un par de barbacoas de un solo uso y estaban encendiendo el carbón) los demás nos dedicamos a hacer un inventario de todo lo que teníamos. Tres G36 con ocho cargadores, dos escopetas con unos treinta cartuchos y varios cuchillos. Con las prisas, al salir de la casa nos dejamos el rifle de caza y una caja completa de cartuchos para las escopetas. Seis raciones de combate, tres paquetes de pan galleta, ocho latas de comida preparada y seis sobres de sopa es lo que habíamos conseguido reunir. Estábamos a unos quince kilómetros de la entrada a La Pedriza. El parque era tremendamente grande y yo tenía un papel con las coordenadas de posición del Punto Seguro, pero el GPS no había funcionado correctamente desde que lo encontré. Las señales de los satélites eran demasiado débiles y al poner la posición se perdían en el proceso de encontrar la mejor ruta.
Nos pusimos todos a cenar alrededor de un par de linternas y los restos de la barbacoa, para darnos calor. Tras la cena, estuvimos hablando tranquilamente de las cosas que echábamos de menos o que nos gustaría poder volver a hacer. Pasamos un buen rato entre risas y lágrimas.

ENTRADA 59

Jueves, 24 de Noviembre de 2011

Miércoles 23 Noviembre. 03.45 Horas.

De madrugada nos despertaron los gritos de Igor. Estaba teniendo sueños febriles. Deliraba gritando, parecía que buscaba algo y no lo encontraba, produciéndole una sensación de ansiedad que iba incrementando por momentos. Al tocarle le notamos tremendamente caliente. Su temperatura corporal era excesivamente alta. Bea nos dijo que comenzó a encontrarse mal por la mañana y que por eso no se ofreció voluntario para entrar en el supermercado.

Le abrí los ojos, sus pupilas estaban inusualmente dilatadas. Las venillas de los globos oculares se habían hinchado. Miré a Merche con cara de preocupación.

-Me temo que se ha infectado -dije decaído.

-¡No puede ser! -Bea gritó y se agachó a su lado.

"¿Pero cómo?" Me pregunté. Que supiéramos, no habían tenido contacto con infectados. Supuestamente, cuando se quedaron atrapados en el supermercado del pueblo, no les atacaron y consiguieron huir sin problemas. "¿O no?", me dije mirando a Bea.

-Bea -dije-. ¿Cómo escapasteis del supermercado? -ella me miró asustada-. Sergio dijo que prendieron fuego al local cuando estabais dentro.

Rompió a llorar. Se quitó la camiseta, quedándose solo con el sujetador. Su cuerpo estaba lleno de pequeños cortes. Todos habían cicatrizado de manera extraña. Las costras que se formaron en cada uno de ellos parecían podridas, algunas rezumaban algo de pus anaranjado. Hizo lo mismo con Igor. Al igual que ella, su cuerpo estaba lleno de pequeñas heridas mal curadas, tenía mucha más cantidad.

-Nos cogieron dentro del supermercado -comenzó a contar su historia-. Vimos cómo se llevaban a Sergio. Lo arrastraban por la calle, parecía muerto. Estábamos realmente asustados. Nos llevaron a uno de los chalets cercanos. La piscina estaba llena de cadáveres, había muchísima sangre -el recuerdo de lo que les sucedió le provocada temblores-. No nos dijeron nada. Nos desnudaron y comenzaron a hacernos cortes con varias navajas. Después de eso nos colgaron de unos ganchos y nos introdujeron en la piscina. La sangre y los cuerpos nos golpeaban por todos lados. No sé cuánto tiempo nos tuvieron allí metidos. Ambos nos desmayamos por el olor y el dolor producido por los cortes. Cuando despertamos estábamos tirados en el fondo de la piscina sobre todos los cadáveres. No había nadie. Nos vestimos y salimos corriendo. Estábamos convencidos de huir. No queríamos

volver y ser un peligro para vosotros. Recordamos lo que nos contó Merche la noche que nos encontraron, lo que habían vivido con la madre de Elena. Pero cuando saltamos el muro os oímos al otro lado y vimos que estabais en peligro. No pudimos evitar ayudaros.

El silencio reinó durante mucho tiempo. Estábamos tratando de digerir esa horrible historia. Íbamos a perder a dos miembros de la familia.

-Cof, cof -Igor recuperó el sentido un momento-. Dejadnos… ir -dijo sin casi fuerzas-. Dejadnos… ir.

-Estábamos planeando marcharnos esta noche -continuó Bea-. Pero cuando he ido a despertarle estaba así.

La decisión estaba clara, pero era difícil de llevar a cabo. Las hermanas se negaban a dejarles solos en el exterior, pero a la vez sabían que allí serían un peligro mayor para nosotros. Además sería peor tener que matarlos a sangre fría. Tras un par de horas, en las que Igor se recuperó un poco y ya se mantenía en pie, Bea tomó la decisión y habló con su familia.

Dejamos a las cuatro hermanas y a su madre un rato a solas. Todas lloraban y se abrazaban. Igor se despidió de todas y Gonzalo y yo le ayudamos a salir a la calle.

-Tampoco es que nos hayamos conocido mucho -comenzó a decir mientras miraba el cielo estrellado-. Pero sois muy buena gente. Creo que nos habríamos llevado muy bien.

-No lo dudes -dijo Gonzalo.

Yo no pude decir nada. Desde que empezó esta mierda he tenido que dejar a mucha gente atrás, he tenido que matar a demasiada gente. La rabia y la impotencia me consumían y no me dejaban hablar. Recordé a mis padres y sentí mucha desesperanza. No sabía nada de ellos desde hacía mucho tiempo. Tampoco sabía la suerte de mi hermana. Me sentí egoísta y cobarde por no haber insistido más e ir a buscarles, quisieran o no. No pude evitar derramar algunas lágrimas. Gonzalo me miró. Después de diez años, como cuñados, sabía reconocer mi estado de ánimo. No dijo nada. Igor se preguntó qué tal estaría su Madre. Vivía en Madrid y tampoco sabía nada de ella desde que había estallado la infección. Nos encontramos todos pensando en ese momento en la gente que conocíamos y en nuestros familiares, en la suerte que habrían corrido esos días.

La familia de Merche salió por la puerta del supermercado. No lloraban, pero estaban tremendamente tristes. Bea se acercó a nosotros. Abrazó a Gonzalo y después a mí.

-Cuida de Merche -me dijo al oído-. Espero que os vaya bien.

Tras un rato de nuevos abrazos y alguna lágrima más, Igor y Bea se perdieron en la oscuridad. Cuando casi no les veíamos, comenzaron a correr, se dirigieron hacia el pueblo del que habíamos huido. Por la carretera, no querían ocultarse, ya no.

Nadie pudo dormir más aquella noche.

ENTRADA 60

Jueves, 24 de Noviembre de 2011

Eran las seis de la tarde. Hacía doce horas que Igor y Bea nos abandonaron por el bien del grupo. Ambos tuvieron la mala suerte de caer en manos de los infectados y fueron contagiados con el maldito virus.

Los ánimos estaban por los suelos. No sé cómo lo vamos a hacer, pero deberíamos abandonar el lugar lo antes posible. Me fío de que el Igor y la Bea sanos no nos ataquen, pero no puedo afirmar lo mismo cuando se infecten definitivamente.

Mientras todos descansaban abajo, subí a la planta superior. El pasillo, de unos veinte metros, tenía cuatro puertas a cada lado. Dos de ellas eran vestuarios, una la cocina donde encontramos a Gonzalo y a Bea, dos eran pequeños almacenes y tres despachos.

Entré en el primer almacén. Al fondo de la habitación había un cuadro de mandos. Parecían todos los diferenciales del edificio. Los conecté todos. No hubo respuesta. La luz no funcionaba. Seguramente los bombardeos habían destrozado todas las infraestructuras que abastecían a la sierra. El otro almacén estaba lleno de utensilios de limpieza. Los despachos eran pequeños cubículos con una mesita en el centro, precedida por dos sillas para invitados. Un ordenador portátil descansaba sobre cada una de ellas. En los dos primeros, los ordenadores no funcionaban. En el tercero, el portátil tenía algo de batería. Estaba enchufado a un pequeño sait que ya pitaba por la falta de energía.

Con la tranquilidad del momento aproveché para actualizar todas las entradas que me faltaban en el blog. Recordar todo lo sucedido ha sido muy duro, pero no quiero que nada se pierda y ningún detalle se me olvide. La web del correo electrónico no funciona. Pocos sitios están activos. Parece que está llegando el apagón tecnológico. La verdad es que es lo más normal, poca gente quedará que pueda realizar el mantenimiento y mantenerlos en funcionamiento.

Elena acababa de subir, adormilada con Yuko en brazos. Quería ver una película de Disney.

-Pero no tengo ninguna, pequeña -le dije.

-Yo sí -me respondió mientras me tendía el DVD de Blancanieves-. Lo cogí de la casa donde vivíamos.

La pequeña había cogido la película de la casa donde nos refugiamos en Alpedrete. Ese DVD se había convertido en su favorito desde la primera vez que se lo pusimos en el reproductor portátil. Se lo puse. A los diez minutos se quedó dormida. Cogí a las dos en brazos y bajé a dormir junto a Merche.

ENTRADA 61
Lunes, 12 de Diciembre de 2011

Viernes 25 Noviembre.

La mañana del viernes llegó muy rápido. Estábamos todos agotadísimos y dormimos muchísimas horas. Cuando me desperté y me di cuenta de la hora me quedé pensativo por un momento. Si habíamos podido dormir tanto era porque había tranquilidad en el exterior. En el fondo esa idea me preocupaba. Últimamente los momentos de descanso son el prólogo de una situación de extremo peligro. Lo cierto era que llevábamos varios días sin sobresaltos. Hemos tenido que abandonar a más familiares.

Me acerqué a las puertas de entrada. El sol lucía alto en el cielo, pero el frío era intenso. Se notaba que estaba llegando al invierno. Nos quedaban unos quince kilómetros para llegar a nuestro objetivo. Desde donde estábamos se veía perfectamente La Maliciosa, montaña que flanqueaba a La Pedriza por su izquierda. Una de las opciones que barajamos con Bea era llegar hasta su base y tomar La Pedriza desde ella, pero la habíamos descartado por el tremendo frío que hace en la zona. La decisión final fue tomar la "línea recta". Avanzaríamos por Cerceda, El Boalo y llegaríamos hasta Manzanares. El terreno tenía muy poco desnivel y pasaríamos por varios lugares en los que refugiarnos sin necesidad de entrar en los pueblos. Aún y todo, la situación seguiría siendo muy peligrosa.

-¿Qué haces? -la voz adormilada de Merche sonó a mis espaldas.

-Pensar -respondí, mientras la abrazada y besaba.

-¿En qué? -preguntó.

-En todo lo que está pasando, en lo que ha pasado y en lo que pasará -dije, mirando hacia las montañas-. Lo veo tan cerca pero a la vez tan lejos. Es preocupante. Espero que lleguemos todos los que quedamos.

Merche no respondió. Se limitó a devolverme el abrazo y quedarse un rato en esa posición. Dentro, los demás comenzaban a despertarse.

-Vamos a comer algo y a hablar con todos -le dije-. Deberíamos continuar hoy que hace buen día.

Nos metimos dentro. La noche anterior, la madre de Merche había encontrado una bolsa de leche en polvo. Había caducado haría tres semanas, pero nos arriesgamos a tomarla. Una bebida caliente que no fuera sopa sería de agradecer en ese momento. Elena, en una de sus aventuras con Yuko y Boni, había encontrado una bolsa de bollos, algo pisoteados pero en sus envoltorios. Así que nos dimos, todos, un desayuno como los de antes. Nos sentó increíblemente bien.

-¿Cómo lo vamos a hacer? -preguntó Gonzalo.

-Pues iremos andando. No nos queda demasiado. Yo creo que hoy

podríamos cubrir la mitad del camino, para no cansarnos demasiado -respondí-. Si llegamos hasta Manzanares podríamos parar en el picadero que hay en las afueras y ver qué tal están los caballos.
La idea gustó bastante a todos. Poder dejar de andar y tener varios caballos para avanzar y no tener que cargar con el equipo podría decantar la balanza hacia el lado de la supervivencia.
-Tengo una pregunta -dijo Ana, la hermana-. ¿Cómo nos van a dejar entrar en el refugio ese?
La verdad es que fue una pregunta que me extrañó mucho que no me la hubieran hecho antes, aunque es cierto que las situaciones que hemos vivido no han dado tiempo a ninguno a pensar demasiado.
-Veréis -comencé-, tenemos las coordenadas de la posición exacta del Punto Seguro. Esperemos que el GPS funcione, por lo menos un momento, para comprobar dónde se encuentra. De todos modos, en el mapa tenemos la posición del pueblo, con lo que más o menos podríamos establecer la situación del sitio a ojo.
-Pero vagar por La Pedriza por la noche y con el frío que hace será muy peligroso -comentó la madre de Merche.
-Sí. Estoy de acuerdo. Por eso tenemos que ir con cuidado y paciencia -respondí-. O por lo menos con la que nos permita la situación. No pretendo estar vagando por la montaña sin rumbo.
-Vale, eso para llegar, pero yo quiero saber cómo vamos a entrar -volvió a comentar Ana.
-¿Recordáis que cogí una radio militar? -continué-. Tenemos un canal privado por el que tenemos que comunicarnos cuando estemos cerca. Con un código especial que nos dieron debemos establecer contacto y saldrán a buscarnos.
-¿Y no podemos pedir la ayuda ahora? -preguntó Ana de nuevo.
-No. Las instrucciones son claras. Solo actuarán si confirman que estamos dentro de su perímetro -respondí-. Según parece está vigilado por cámaras, radares y demás parafernalia de seguridad.
-Pero puede ser peligroso, ¿no? -la madre de Merche temía por nuestra seguridad-. Si nos confunden con infectados nos pueden matar.
-Ya, es un riesgo que habrá que correr -respondió Merche-. Pero es lo mejor que tenemos.
Lo cierto era que estábamos frente a un viaje peligroso con un final incierto en algunos puntos. Pero Merche y yo tomamos la decisión de ir allí para estar a salvo. No obligamos a nadie a venir, pero les dimos la oportunidad de hacerlo. No es que dudasen ahora de estar allí. Tenían muy claro que no estarían vivos de haberse quedado en el pueblo, pero después de todo lo sucedido fue normal que tuvieran esas dudas.
-Permaneceremos todos juntos -finalicé tratando de tranquilizarles-. O todos o ninguno.

Tras la pequeña reunión delante del desayuno, comenzamos todos a prepararnos.
-Toma -Merche me tendió una cajita de toallas húmedas para limpiar a los bebés-. Seguro que agradeces lavarte un poco.
Lo cierto es que limpiarme un poco con esas toallitas me sentó muy bien, llevábamos varios días sin parar y no hemos podido asearnos bien. Algo de ropa colgaba de las barandillas de la escalera. La noche anterior lavamos con espráis de limpieza en seco la poca ropa que nos quedaba. Cuando llegué arriba, Gonzalo salía de uno de los vestuarios. Se había cambiado de ropa. Llevaba puestos unos pantalones del ejército y un forro polar. Ana salió tras él igualmente vestida con unos pantalones del ejercito y un chaquetón. Entré en el despacho donde estaba el ordenador que usé ayer. El sait estaba apagado y el portátil ya no se encendía. La pequeña tarjeta 3g con la que pude conectarme a internet ya no parpadeaba. Me la metí en el bolsillo por si acaso.
En poco más de media hora estábamos todos preparados. Metimos en las mochilas todo lo que pudimos llevar de comida y agua, repartiéndola equitativamente, esperando no perder más de una en caso de problemas. Cada dos mochilas nos darían para comer dos días e hidratarnos tres a todos. Nos ajustamos las armas y salimos al exterior. La calma seguía reinando. Incluso se oyó algún pájaro que canturreaba a unos metros. El cielo se mantenía despejado.
Comenzamos a andar por la carretera. Tendríamos que llegar a una de las primeras urbanizaciones antes de meternos por el camino rural. El camino más rápido era esa pequeña carretera de unos tres kilómetros. Tardamos algo más de hora y media en conseguir recorrerlos. Sobre el grupo pesó un desagradable ambiente de inseguridad, la carretera estaba llena de vehículos quemados y destrozados. Algún que otro cráter producido por alguna bomba que no llegó a su objetivo decoraba los campos colindantes. Cientos de cuerpos yacían inmóviles en las cunetas y en el interior de los coches. Multitud de cascotes y restos de edificios descansaban humeantes allá donde alcanzaba la vista. Estaba claro que Cerceda había sido objeto de una purga como la del pueblo del que veníamos.
-Cuando lleguemos a la entrada de la urbanización, tenemos que meternos e ir por la carreterilla que va hacia la derecha -dijo Gonzalo, recordando las instrucciones de Bea.
Nos quedaban poco más de cien metros para llegar cuando se escuchó el rugir del motor de un camión que se aproximaba por la carretera. Debía de avanzar embistiendo los coches y restos que se encontraba por el camino, porque se oían multitud de golpes secos que apagaban el sonido del motor de vez en cuando.
-Rápido -grité-. Todos detrás del muro.
Comencé a mover a todos hacia un muro cercano. Se encontraba a

unos diez metros de la carretera, pero estaba medio tapado por varios arbustos, algo quemados, que apenas conservaban hojas verdes. Fuimos tremendamente rápidos en ocultarnos. Gonzalo, Merche y yo nos quedamos en primera línea con los fusiles de asalto preparados. Ana, Laura, Elena y la madre de las chicas se acurrucaron tras unos restos de lo que parecía el frontal de una casa, aún con los marcos de las ventanas y una pequeña campanilla colgada.

-Silencio -dijo Merche, que oteaba la carretera por el hueco formado por las piedras en el muro-. Ya están ahí.

En un principio todos pensamos que se trataría de un camión del ejército, pero lo que apareció tras la curva fue un camión mediano de obra. Del frontal colgaba una pala de buldocer con la que iban apartando los restos. Estaba decorada con alambre de espinos en los bordes, y unos ojos rojos pintados sobre fondo blanco miraban amenazantes hacia el frente. En la cabina pudimos ver a dos personas. Llevaban las caras tapadas con gafas de ventisca y gorros de lana, del cuello les colgaban unas maltrechas bufandas negras. El conductor dirigía el camión con destreza, tratando de esquivar, en la medida de lo posible, los restos que bloqueaban la carretera. Cuando no podía hacerlo, aceleraba bruscamente y los golpeaba hasta que quedaban apartados del camino. El copiloto iba armado con un AK47 bastante viejo y usado. El volquete había sido transformado en una fortaleza móvil. En la pequeña cornisa que quedaba sobre la cabina se había montado un puesto de vigía. Un hombre con barba rugía, desde ella, órdenes para el conductor, informándole de las mejores vías para avanzar. Tras él, la cuenca del volquete estaba decorada de la misma manera que la pala frontal. El alambre de espino se extendía por todo el reborde, cortándose de vez en cuando para dejar una posición de defensa desde la que los hombres y mujeres de su interior pudieran disparar o arrojar lo que tuvieran a mano contra los atacantes. Los laterales estaban decorados con calaveras y palabras como “Muerte”, “Juicio Divino”, “Los Únicos” y todo tipo de palabrería sensacionalista, que daba a entender que ellos se creían los elegidos. Las ruedas de todo el camión estaban tapadas con planchas de acero para protegerlas de ataques.

Cuando llegaron a una gran acumulación de coches, entre los que había un camión de los supermercados Gigante, el vehículo redujo la marcha y de su parte trasera bajaron cuatro individuos. Tres hombres y una mujer corrieron hacia los coches y el camión. Rebuscaron rápidamente entre los restos de coches pero no encontraron nada de interés. Del camión bajaron dos de ellos bastante contentos.

-Hemos conseguido algo de comida -gritó uno de ellos-. Esta caducada, pero puede servir.

No hubo ni una sola pelea. Los hombres entregaron la comida a otro

que les esperaba en el camión. Llevaba unas enormes gafas y apuntaba, con una sonrisa en la boca, lo que le habían entregado en un cuaderno medio deshojado. Los demás volvieron a rastrear la zona. Un grito sacó a todos de su alegría.
-Mierda -gritó el hombre que iba en puesto de vigía-. Los demonios se acercan. Subid, rápido.
Los cuatro individuos dejaron lo que estaban haciendo y corrieron hasta el camión. Subieron veloces y se pusieron de nuevo en marcha. Los gritos se hacían cada vez más cercanos y fuertes. El camión no encontraba un camino despejado y se entretenía demasiado quitando los coches que estaban en el medio.
-Date prisa -gritó de nuevo el hombre del puesto vigía-. Les veo al fondo. Son diez, creo.
En la parte de atrás se afanaban en poner una serie de placas con pinchos que formaban una pequeña cúpula sobre el volquete. Varios se colocaron con sus escopetas y rifles de caza en los agujerillos que quedaban.
-Joder -se oyó dentro del volquete-. ¡Preparaos, nos cogen!
En poco tiempo, una docena de infectados atacaron el camión lanzando piedras, golpeándolo con palos y disparando algunos rifles contra las placas de metal. Del interior del vehículo comenzaron a escucharse los primeros disparos.
-Por la izquierda, por la izquierda -el vigía dirigía la defensa.
El fuego del interior se concentró en el lateral izquierdo. Varios infectados cayeron fulminados por los disparos casi a bocajarro que salían desde el volquete.
-Tened cuidado en la retaguardia -gritó de nuevo el hombre-. Van a… -un infectado saltó sobre la cabina, a sus espaldas, le agarró de la cabeza y tiró de él fuera de su puesto. Le dio un tremendo cabezazo, varios puñetazos y lo arrojó hacia la carretera.
El hombre trató de incorporarse pero recibió una embestida que lo arrojó contra una placa de metal de las que cubría las ruedas. La mala suerte quiso que se quedara enganchado entre la placa y la rueda y comenzó a girar a la velocidad del vehículo, dejando un rastro de sangre contra el asfalto y el camión. Los gritos de dolor se debían escuchar a kilómetros. Cuando la rueda avanzó un poco, el destrozado cuerpo se cortó en dos al chocar contra la placa de metal.
En el tiempo que nos fijamos en esa escena, varios infectados habían arrojado unas piedras enormes contra el tejadillo de placas que habían formado en el camión. El peso y tamaño de las piedras hizo que una de las placas cediera y cayera en el interior. Los gritos de la gente aplastada surgían desde dentro.
-Socorro -gritaba una voz-. Me ha atrapado la pierna. ¡Duele!
Una mujer lloraba y chillaba. Los disparos no cesaron. Dos infectados

saltaron al interior del vehículo. Los golpes de las balas contra el metal sonaban como un martillo que golpeaba con fuerza. Uno de los infectados salió disparado por el hueco, dejando sus sesos esparcidos por el volquete. Más gritos, más disparos. Dos individuos del camión fueron arrojados al exterior. Trataron de levantarse, pero fueron cazados por otros dos infectados que comenzaron a arrancarles los brazos y piernas. Del camión volvieron a salir los disparos contra el exterior, seguramente habían reducido a su asaltante. Por fin, el conductor encontró una vía despejada. Para desgracia nuestra, era la entrada de la urbanización. Sin pensarlo se metió dentro. Los disparos perdidos hicieron que nos ocultáramos más, detrás del muro. Las balas golpearon la piedra y los zumbidos nos pasaban por encima de nuestras cabezas.

Los restos de la batalla se dejaron ver en la carretera. Tres cuerpos de los individuos del camión decoraban, macabros, varios puntos. Seis cuerpos de infectados en posturas imposibles descansaban a lo largo del corto camino que había recorrido el vehículo. Los disparos se seguían escuchando dentro de la urbanización.

-¿Qué hacemos? -preguntó Gonzalo-. Se han ido por donde tenemos que ir nosotros.

-No sé -miré hacia la urbanización con cara pensativa.

-No, no, no -Merche se olía lo que pasaba por mi cabeza-. Ese camión nos vendría muy bien, pero hay demasiada gente. Infectados y no infectados, unos son peligrosos pero los otros no lo sabemos.

-Con ese camión podríamos llegar a Manzanares sin problemas -les dije.

-Sí claro, pero has visto cómo llama la atención -dijo Gonzalo-. No creo que sea buena idea.

-Pero tenemos que ir por allí -respondí-. La otra opción es ir por el pueblo y no sabemos lo que nos vamos a encontrar.

La cosa se complicó. Los disparos bajaron de ritmo y se oían más lejanos.

-Yo creo que se han ido hacia el interior de la urbanización -dijo Merche-. Nosotros tenemos que ir por la calle que está nada más entrar a la derecha.

Estaba claro a dónde quería llegar.

-Está bien -dije-. Vamos lo más rápido que podamos. Si vemos problemas nos metemos en alguno de los chalets.

Les hicimos una señal a las demás que aún permanecían ocultas. Cogimos todas las cosas y corrimos hacia la urbanización. Al llegar a la entrada nos paramos todos y me asomé. Varios cuerpos más descansaban sobre el asfalto. Vi que uno de ellos se arrastraba mal herido.

-Creo que es uno de los del camión -dije.

-Pasa de él -dijo Gonzalo-. Está arrastrándose en dirección contraria a la que tenemos que coger.
Pasamos corriendo por la entrada y nos dirigimos hacia la calle por la que teníamos que avanzar. No le quitaba ojo al cuerpo que se arrastraba tras nosotros.
-¡Cuidado! -grité al grupo-. ¡Agachaos!
El individuo reparó en nosotros y levantó una pistola hacia nuestra posición. Sin pensarlo le apunté con el G36 y descargué una ráfaga contra él. Cayó al suelo.
-Joder -dije-. Espero que esto no haya llamado la atención.
Todos se levantaron de nuevo y continuamos corriendo. Cogí a Elena en brazos. Los disparos del ataque al camión cesaron. El silencio que comenzó a rodearnos se tornó realmente preocupante e incómodo. Nos sentíamos mucho más seguros sabiendo que aún se estaban peleando. Unos gritos muy familiares resonaron en las calles, los infectados habían ganado el combate. Lo cierto era que no parecían tan numerosos como al principio, pero estaba clarísimo que estábamos en peligro.
-Mira -me dijo Merche.
Una columna de humo comenzó a elevarse por encima de los tejados de las casas. Estarían a tres o cuatro parcelas de nosotros.
-Seguid corriendo -ordené a todos-. No pararemos hasta que lleguemos al camino rural.
-Tiene que estar por aquí cerca -dijo Gonzalo, que continuaba repasando mentalmente el plan que nos dio Bea.
Tras varios metros, en los que apenas podíamos correr e íbamos andando lo más rápido que las piernas nos permitían, vimos la puerta de metal que separaba el camino de la urbanización. Nos sentimos aliviados. Gonzalo se adelantó y lanzó su mochila al otro lado antes de llegar. Apoyándose en un montón de piedras que había en un lateral se aupó y saltó la puerta.
-Vamos, daos prisa -nos alentaba desde el otro lado.
Llegamos todos y le entregué a Elena por encima de la puerta. Gonzalo la cogió y la dejo al otro lado. Merche le dio la bolsa con Boni. Después saltaron Laura y la madre de las chicas. Ana, la hermana, comenzó a saltar. Las fuerzas le faltaban y no podía darse el impulso necesario. El maldito grito se oyó a nuestras espaldas.
-Joder -dije, mientras me daba la vuelta.
Tres infectados nos miraban desde una de las calles, sus caras mostraban incredulidad a la vez que ansia. Más víctimas en poco más de unos minutos. Les había tocado la lotería.
-Rápido -grité colocándome el G36 para disparar.
No tenía ni idea de cuantas balas quedaban en el cargador, no lo había comprobado antes de salir. El fusil perteneció a uno de los soldados

que asaltaron el pueblo hace días y lo disparó varias veces.
Los tres infectados arrancaron contra nosotros. Me dio la sensación de que eran mucho más rápidos. Se abrieron para abarcar todas nuestras vías de escape. Merche se colocó a mi lado.
-No, no -le dije-. Ayuda a tu hermana a saltar.
Disparé la primera ráfaga. Alcancé en el estómago a mi objetivo que cayó dando una voltereta hacia delante y con ese mismo impulso se volvió a poner en pie. Sangraba abundantemente y sus intestinos se iban saliendo con cada sacudida de la carrera, pero no parecía importarle. “Me cago en la puta”, pensé para mí. Disparé una nueva ráfaga, esta vez contra el que venía por mi izquierda. Le alcancé en el brazo y en el cuello. Como si de una fuente se tratara, la sangre a presión que pasaba por su arteria carótida comenzó a manar de su cuello. Su carrera cada vez era más lenta. No apartaba los ojos de mí y tras unos pasos se derrumbó. Comenzó a arrastrase con sus últimas fuerzas. Gritaba desesperado, desencajado por no poder llegar hasta nosotros.
-Borja, cuidado -Gonzalo me alertó desde la puerta.
Una ráfaga salió de su fusil pasando a escasos centímetros de mi cabeza, dejándome medio sordo por el zumbido de las balas. Cuando me giré, vi que el infectado que vino por ese lado había recorrido en pocos segundos la distancia que nos separaba y se disponía a lanzarse sobre mí. Las balas de Gonzalo le acertaron en la cabeza, haciéndola desaparecer y provocando que el cuerpo se lanzara sobre mí, tirándome al suelo.
Ana por fin consiguió saltar la puerta. Merche se lanzó hacia mí para ayudarme a levantarme. El infectado al que le había sacado las tripas se lanzó sobre ella. Con los ojos desencajados comenzó a zarandearla. La agarró del cuello y la empezó a estrangular. Me levanté lo más rápido que pude y estrellé la culata del fusil contra su cabeza. Merche consiguió escapar de su estrangulamiento. El infectado se giró hacia mí y descargué con toda la fuerza que tenía un nuevo golpe contra su cabeza. Cuando cayó al suelo le metí la bota en los agujeros del estómago haciendo que la piel se desgarrara e introduje todo el pie hasta la mitad de mi espinilla en su interior. El infectado comenzó a revolverse de dolor pero me golpeaba con fuerza la pierna. Le apunté con el fusil y disparé. Me había quedado sin balas. Descargué un nuevo golpe con la culata sobre su nariz, la cual se rompió en mil pedazos. Quedó inmóvil bajo mi pie. Le había incrustado los huesos en el cerebro.
-¿Estás bien? -le pregunté a Merche.
-Sí -me respondió, mientras recogía su mochila y se disponía a saltar la puerta.
Saqué el pie del cuerpo del infectado. Me di la vuelta para saltar

detrás de Merche. Me placaron con fuerza. Sentí cómo la sangre me corría por la cara. El infectado se levantó y me atacó de nuevo. Tenía casi todos sus intestinos colgando y la cara le sangraba abundantemente. Me golpeó con fuerza. Su sangre me salpicaba con cada movimiento.
-¡Borja! -gritó Merche, que estaba a medio camino de saltar.
Me revolví como pude y conseguí tumbarme boca arriba. Paré los puñetazos que me lanzaba con rabia. Le clavé la rodilla en los agujeros del estómago. Parecía que eso ya no le hacía efecto. Estuvimos forcejeando un buen rato hasta que, de repente y para mi sorpresa, los ojos del infectado se quedaron en blanco y cayó como un plomo encima de mí.
-¿Estás bien? -Merche gritaba al otro lado-. ¿Estás bien?
-Sí, sí -respondí mientras me incorporaba observando detenidamente el cuerpo del infectado.
Recogí el fusil y me fui hacia la puerta de metal. No le quité ojo al cadáver. Estaba convencido de que iba a levantarse de nuevo, pero allí se quedó.
Salté la puerta y Merche me recibió con un fuerte abrazo. Les conté lo que pasó y todos pusieron la misma cara de asombro que puse yo cuando lo viví.
-Continuemos -dije-. Hemos perdido mucho tiempo con todo esto.
El camino de tierra estaba tomado por la maleza. Se notaba que hacía tiempo que no pasaban por allí los tractores ni camiones que llevaban comida al ganado de los campos. Al llegar a una intersección de caminos, tomamos el que avanzaba hacia la izquierda. Seguir recto nos llevaba al pueblo y a las columnas de humo que se veían al fondo. Siguiendo ese camino llegaríamos a otra vía que nos llevaría directos al siguiente pueblo. Pasaríamos de largo y entraríamos en La Pedriza. El camino acababa en Manzanares, al lado del picadero del que hablamos unas noches atrás. Seguíamos con la idea de ver si los caballos seguían allí antes de meternos de lleno en el parque natural.
La luz comenzaba a abandonarnos y el frío era más intenso. Nos estaba costando mucho avanzar. En una situación normal podríamos cubrir unos cuatro kilómetros en algo más de una hora, pero esto no era normal. Ninguno estábamos con energías. Recorrimos unos tres kilómetros en casi cuatro horas. Teníamos que parar. Pasamos de largo el pequeño pueblo por el que cruzaba el camino. La madre de Merche recordaba que por la zona había un refugio. Las montañas comenzaban a imponerse ante nosotros y antiguamente había varias casetas que servían de cobertura para los pastores. Tuvimos que salir del camino unos cuantos metros hasta que dimos con una de ellas. Estaba medio derruida, pero sería el mejor lugar que encontraríamos en esos momentos.

ENTRADA 62
Lunes, 12 de Diciembre de 2011

Lunes 28 Noviembre

Dos días sin poder movernos. Tuvimos que quedarnos en el refugio de pastores todo el fin de semana, la lluvia y el viento eran abundantes. Con ayuda de algunas maderas que había tiradas por el suelo conseguimos levantar un pequeño tejado. Con las pastillas de fuego que venían en las raciones militares pudimos encender una pequeña hoguera dentro de un cubo de pintura hecho de metal. Conseguimos alimentarla de varios papeles, ramas, maderas y ropa rota que decidimos usar para mantener el fuego lo más posible.

Gonzalo y yo salimos un par de veces en busca de comida. Nos pareció oír vacas en algún lugar no muy lejano. Con una botella de plástico rellena con varios trozos de camisetas improvisamos una especie de silenciador. Sacamos la idea de una película que nos gusta bastante a los dos sobre un francotirador. Nuestra primera expedición no fue muy fructífera, oíamos a las vacas pero el eco de la montaña y el silencio no nos dejaban establecer hacia dónde teníamos que ir. Al día siguiente decidimos ir en dirección contraria.

Nos acercamos mucho al pueblo y pudimos ver que de algunas casas salían algunos hilillos de humo junto a pequeños destellos. ¿Supervivientes o infectados? No íbamos a quedarnos para comprobarlo.

Para volver al campamento decidimos dar un pequeño rodeo y por fin vimos cuatro cabezas de ganado. Las vacas estaban bastante famélicas, pero seguían manteniendo partes con bastante carne. Suficiente para nosotros.

-Bueno -dije-. Ha llegado el momento de probar el invento.

Ambos nos sonreímos. La idea era absurda, pero en la película funcionaba. Nos acercamos poco a poco hacia las vacas. Gonzalo preparó un cuchillo y una mochila para cortar trozos de carne y poder llevárnoslos cómodamente.

Me aposté sobre una roca y apunté con tranquilidad a través de la pequeña mira del G36. Cuando tuve al animal en el centro apreté el gatillo. Un sonido ronco salió de la bocacha. Nos dio la sensación de haber metido un ruido tremendo, pero no hubo respuesta del eco. Parecía que el silenciador había funcionado. Una de las vacas cayó desplomada al suelo, la bala le había atravesado la cabeza de lado a lado. Las otras tres salieron corriendo en dirección contraria al cuerpo. Tuve que quitar rápidamente la botella. La camiseta que había dentro comenzó a arder.

-Date prisa -gritó Gonzalo, que ya había comenzado a correr hacia el

cuerpo.
Salté de la piedra. Al caer me quedé unos segundos escuchando el ambiente. Estaba preocupado por el sonido que había salido al disparar. No había sido muy fuerte, pero podría haberse oído. Cuando me tranquilicé, corrí tras Gonzalo.
Al llegar, hasta él ya había comenzado a despedazar el cuerpo. Lo hacía rápidamente y cogiendo trozos grandes. No se paró a quitar la piel ni a limpiar la carne. Metía un trozo detrás de otro en la mochila. La sangre comenzó a acumularse en el fondo de la tela y goteaba poco a poco.
Unos gruñidos nos sacaron de nuestra labor.
-¿Qué coño es eso? -preguntó Gonzalo.
-Ni idea -le dije.
Me asomé por encima del cuerpo de la vaca. Miré a todos los lados posibles. Al fondo, entre unos arbustos, vi varias formas.
-Mira -avisé a Gonzalo, señalando hacia las formas.
Poco a poco las formas se fueron acercando. Estábamos realmente preocupados. Sólo habíamos traído un G36 y no creíamos tener muchas balas.
-Son perros -dijo Gonzalo.
Un sentimiento de terror me invadió. No estábamos preparados para enfrentarnos a unas bestias de ese calibre. Me incorporé y volví a mirar hacia los animales. Cuatro perros se acercaban hacia nosotros. Gruñían, pero no tenían cara de rabia ni furia, más bien parecían tremendamente asustados.
-Joder -suspiré aliviado-. Menos mal, no son perros mutantes.
Los perros se mantuvieron a una cierta distancia. Gruñían, se tumbaban y daban vueltas a nuestro alrededor. Estaban hambrientos. No eran muy grandes. Eran razas caseras y muy dóciles.
-Coge un trozo más y vámonos -le dije a Gonzalo-. Hemos cogido suficiente como para tres días y ya casi no podemos cargar más.
Nos incorporamos. Los perros recularon, un poco desconfiados. Nos fuimos alejando de la vaca y de ellos poco a poco, sin darles la espalda. Cuando estuvimos a unos cincuenta metros, uno de ellos, el más pequeño, se acercó al cuerpo y comenzó a comer. Los demás nos miraban y al ver que seguíamos alejándonos se acercaron al cuerpo y se unieron al festín.
-Mira que pensar en alimentar perros -me dijo Gonzalo, mientras nos alejábamos cada vez más.
-Mejor que no tengan hambre y que decidan atacarnos -le respondí-. Lo agradeceremos.
Gonzalo hizo un gesto de afirmación. Eran pequeños pero cada vez había más. Si no comían podrían ser un serio problema para nosotros. Sobre todo para nuestras perras y para la pequeña Elena.

Esa noche comimos tranquilamente. La mañana del lunes siguió nublado y llovía abundantemente de vez en cuando. Decidimos darnos un día más. Amaneciese como amaneciese, el martes continuaríamos nuestro camino.

ENTRADA 63
Lunes, 12 de Diciembre de 2011

Miércoles 30 Noviembre.

No sé qué ha pasado con las notas que tomé el martes. Decidimos salir del refugio ese día, hiciera el tiempo que hiciera, para continuar avanzando. El frío nos ha estado acompañando todos los días. Las lloviznas matinales han sido continuas. Afortunadamente las tardes han estado despejadas y hemos podido coger algo de calor.

La verdad es que no pasaron demasiadas cosas el día que salimos. Avanzamos bajo la lluvia durante unas horas. El camino estaba embarrado y los charcos abundaban.

Tras cinco horas andando vimos por fin el castillo de Manzanares, estábamos en lo alto de una pequeña colina. Nos pareció tremendamente extraño, el pueblo estaba intacto, totalmente abandonado, no había ninguna señal de vida. Desde donde nos encontrábamos se veía también el picadero al que queríamos llegar.

Encendí el GPS que le quité a uno de los soldados muertos. Tras diez minutos esperando, por fin obtuve la señal de un par de satélites. Introduje las coordenadas del Punto Seguro. Desde nuestra posición teníamos que avanzar en diagonal, dejando el pueblo a nuestra derecha unos cinco kilómetros. Después ir hacia el norte otros cuatro kilómetros y llegaríamos a la zona donde se encontraba el Punto Seguro. EL GPS nos trazó una ruta por varios caminos rurales.

-¿Vamos a seguir ese camino? –preguntó la madre de Merche.

-Sí -respondí-. No pienso arriesgarme a perdernos por el monte.

Tras marcar la posición en el mapa militar, para no tener que depender de las señales del GPS, nos pusimos en marcha hacia el picadero.

-Creo que hay dos caballos en la pista trasera -dijo Merche, afinando la vista.

Aceleramos el paso. Las nubes taparon el cielo azul oscuro de la tarde. Queríamos estar a cubierto lo antes posible. Estábamos empapados por las lloviznas de la mañana, si seguíamos así mucho tiempo seguramente alguno caería enfermo y eso sería fatal.

Llegamos por fin a la puerta del picadero. Éste quedaba a varios metros de la primera rotonda del pueblo. La puerta estaba cerrada y tuvimos que saltarla. Dentro, la mayoría de las cuadras estaban vacías o con un animal muerto. Fuera encontramos tres caballos. Habían sobrevivido gracias a las hierbas que crecían en la pista y los frutos de los árboles que decoraban uno de los laterales, dejando caer sus ramas sobre la arena.

Encontramos una zona de bar dentro del edificio, una pequeña

chimenea decoraba el centro de la sala. Sin pensarlo, la madre de Merche, encendió un fuego con las últimas pastillas de encendido que nos quedaban. “Hay que secar la ropa y preparar comida caliente”, nos dijo. Nos quedamos todos en ropa interior, con las mantas que llevábamos en las mochilas a modo de capa. Teníamos que secar la ropa lo antes posible. Preparamos un par de sobres de sopa caducada que nos sentó tremendamente bien. El calor de la chimenea era muy agradable, en poco tiempo nos quedamos casi todos dormidos. Es lo poco que recuerdo del martes.

El miércoles por la mañana nos levantamos y la ropa estaba seca y calentita. La habíamos colgado del metal que coronaba la chimenea. Olía un poco a restos quemados, pero se agradeció lo bien que estaba. El día se había despertado despejado. Merche y yo bajamos a las cuadras a buscar las sillas y riendas. Ella montó a caballo durante varios años y yo monté un par de ellos con ella. En uno de los cuartitos encontramos el material de equitación. También encontramos pienso para caballos.

-Vamos a darles de comer -dijo Merche-. Si los vamos a usar como mulas de carga será mejor que estén bien alimentados.

La verdad es que a pesar de que habían tenido acceso a comida, no tenían un aspecto muy vigoroso. Nos acercamos a ellos, estaban un poco asustados, pero cuando me vieron sacar la carretilla con el pienso se les pasó el miedo. Parecía que nos agradecían la comida y se acercaron a nosotros sin problemas.

-Podríamos usar éste para llevar las cosas más pesadas -dijo Merche, mientras observaba y tocaba a los caballos-. Este podríamos usarlo para llevar a Elena y a Laura cuando se cansen. Aquel podríamos usarlo para explorar y avanzar más rápido.

Les pusimos las mantas para que cogieran calor. Los metimos en unas cuadras donde les habíamos puesto agua y más comida. Los caballos fueron realmente agradecidos.

-¿Cuánto tiempo crees que deberíamos esperar? -le pregunté a Merche, mientras metía a uno de los caballos en la última cuadra.

-Yo creo que en unos tres días podríamos salir -respondió-. Están bastante mejor de lo que parecía. En cuanto coman un par de días y beban agua, estarán listos.

-Bien -dije-. Vamos arriba y se lo contamos a los demás.

Cuando salimos de las cuadras reparé en una pequeña habitación, dentro había un aparato de metal muy curioso. Un cilindro metálico de unos cien litros de capacidad colgaba del techo. A los lados había restos de madera quemada, parecían hoguerillas que calentaban el metal. Tras un tubo de unos veinte centímetros colgaba una pera de ducha.

-No me lo puedo creer -le dije a Merche, mientras me subía a

un taburete-. Creo que vamos a poder ducharnos.

-¿Qué dices? -dijo Merche con tono alegre.

-El depósito está lleno de agua, está un poco sucia pero hay por lo menos cien litros -le conté-. Encendiendo fuego a ambos lados tendremos agua caliente.

Estábamos contentísimos. Una ducha caliente, por fin. Subimos a contárselo a los demás. Hicimos un sorteo para establecer el orden de ducha. Me tocó el primero pero le dije a Merche que cogiera a Elena y se ducharan juntas las primeras. Tras ellas le tocó a Ana que le dijo a Gonzalo que se ducharan juntos y así usar menos agua. Después irían Ana madre y Laura. Por último me ducharía yo y limpiaría un poco a las perritas. Decidimos que lo mejor era abrir un poco el grifo y mojarse el cuerpo un poco, enjabonarse y después, con otro poco de agua, terminar la ducha.

-Déjame la navaja -me dijo Merche, antes de bajar a ducharse.

-¿Qué vas a hacer? -pregunté.

-Voy a cortarme el pelo a melena -respondió.

Merche tenía el pelo bastante largo y estaba realmente sucio. Pensó que en lugar de gastar agua a lo tonto lo mejor sería dejárselo más corto. Hasta ese momento habíamos tenido la suerte de tener depósitos de agua abundantes pero, desde el último supermercado, el aseo se había complicado. Ana y Laura hicieron lo mismo en su turno de ducha. La madre de Merche ya llevaba el pelo a melena.

La ducha fue como estar en la gloria, nos olvidamos por unos minutos de los problemas que teníamos. Fue como volver a la normalidad.

Para comer preparamos los trozos de carne de vaca que nos quedaban. Dejamos algunos para la cena, junto a un par de sobres de sopa. Teníamos comida para unos cinco días y teníamos que pasar tres en ese lugar.

Los caballos comían bien y se les notó mucho mejor por la noche. Estaban más animados que hace unas horas.

Tres días más. Encendí la radio militar y busqué el canal de contacto con el Punto Seguro. La señal era nítida, sin ruido, pero no se escuchaba a nadie. Sabía que no estábamos cerca pero transmití el código, el número de personas y nuestra posición actual. No obtuve ninguna respuesta. Lo seguiría intentando todos los días. No nos responderían, pero por lo menos sabrían que estábamos por allí.

ENTRADA 64
Lunes, 12 de Diciembre de 2011

Sábado 3 Diciembre.

Tres días. Desde que llegamos al picadero hemos estado cuidando de los caballos para que estén sanos. Han mejorado mucho. El que eligió Merche para llevar la carga estaba bastante fuerte y animado, los otros dos no se encontraban peor. El elegido para llevar a Elena y Laura era un caballo bastante mayor, muy manso y que se limita a seguir a la personas que tenga delante. No movía una pata si no tenía un guía.

En cuanto a nosotros, estábamos bastante descansados. No tuvimos ni un solo problema estos días. Pudimos ducharnos dos veces, todo un lujo. La carne de vaca que conseguimos hace días ya se agotó, pero la disfrutamos muchísimo. Tendríamos que empezar a usar las latas de las raciones militares.

El tiempo, aunque era muy frío, se mantuvo seco a lo largo de los días, salvando las nieblas que se dieron por las mañanas, creando un tremendo manto húmedo en el suelo. La verdad es que hemos estado muy bien.

-¿Crees que mañana podremos continuar? -le pregunté a Merche, mientras miraba a los caballos corriendo por la pista.

-Yo creo que sí -me respondió. Había vestido a un caballo y lo montaba alrededor de la pista. Se portaba bastante bien y respondía a las órdenes.

La madre de Merche y Laura la observaban desde uno de los muros. En el bar, donde habíamos levantado el campamento, estaban Gonzalo y Ana mirando a través del ventanal. Elena jugaba con Yuko y con Boni en un pequeño pasillo que rodeaba la pista tras los muros.

Aproveché ese momento para volver a comunicar nuestra posición, número de personas y código con la radio. Llevaba tres días intentándolo, pero no obtuve respuesta en ninguno de mis intentos. Me dio por trastear un poco con los canales. Muchos de ellos estaban totalmente en silencio. En algunos me pareció escuchar voces, pero el ruido era muy intenso. Por fin llegué a un canal, dando vueltas, en el que me quedé sorprendido por lo que escuchaba.

-Código…XXXXXXXX…cuatro…personas…según…GPS…dos…kilómetros…coordenadas…XXXX

No supe qué hacer en ese momento. Por un instante estuve tentado de responder a esa llamada. Tendrían que ser compañeros del laboratorio, pero tal y como han pasado las cosas y como está el mundo, no sabía si arriesgarme. La voz volvió a sonar, repitiendo de nuevo la secuencia.

Merche se paró delante de mí con el caballo.

-¿Vas a contestar? -me preguntó.

-No tengo ni idea -respondí-. No quiero tener problemas. Creo que no. Ya les conoceremos en el Punto Seguro.

Me sonrió y continuó dando vueltas a la pista con el caballo. Noté que ella estaba también muy reacia a liarnos con más problemas con otras personas.

Por la noche nos reunimos todos delante del fuego por última vez. La mañana siguiente nos esperaba con un largo viaje que debíamos cubrir lo antes posible. Estábamos muy cerca de nuestro objetivo.

-Mañana por la mañana subiremos a La Pedriza -comenté-. Hay que abrigarse bien. Deberíamos buscar lonas o plásticos que nos puedan servir de cobertura, por si tenemos que acampar en algún sitio.

Me acordé de la tienda de campaña con la que salimos de casa. Con todo lo que ha pasado, ni siquiera recuerdo donde la abandonamos, si la perdí o qué pasó con ella. Haberla tenido podría marcar una línea entre morir de frío o no.

Tras cenar, nos juntamos todos alrededor del mapa militar que habíamos conseguido. Nos situamos en el mapa y comprobamos la distancia hasta las coordenadas que marqué hace unos días, cuando el GPS por fin cogió algunos satélites.

-Según el mapa estamos a unos ocho kilómetros del Punto Seguro -dije, calculándolo a ojo con las medidas facilitadas-. Es mucha distancia.

-Esperemos que mañana se levante el día despejado -comentó Gonzalo-. Porque es mucha distancia para un día y, con el frío que hace, puede ser peligroso.

-Por eso vamos a usar los caballos -dijo Merche-. No parece que haya nevado aún en las montañas. Podemos usar un caballo para llevar las lonas y cosas para montar un refugio. Las niñas pueden ir en uno de los caballos para no cansarse. El otro caballo lo podemos usar nosotros para los que se cansen o para explorar.

-No me gusta la idea de separarnos -dijo la madre de Merche.

-En principio no lo vamos a hacer -respondí-. No vamos a explorar ni a avanzar unos por delante de otros.

Estábamos todos un poco nerviosos. Habíamos recorrido una distancia parecida en varios días. Nos tratábamos de hacer a la idea de que era muy posible que tuviéramos que parar en medio de la montaña y refugiarnos de algún modo.

-Bien -dije-. Vamos a registrar los almacenes de abajo. Nos sirve cualquier cosa con la que podamos hacer algo donde protegernos del frío, mantas de caballo, plásticos, cuerdas, lo que sea.

Nos pusimos en marcha. El exterior estaba totalmente a oscuras. Cogimos las linternas y con unos pequeños trozos de tela blanca las tapamos un poco para que no salieran los haces de luz. Con iluminarnos un poco a nosotros y un par de metros nos valdría.

Merche y Elena se fueron al almacén de material de equitación para preparar las sillas y las riendas. También querían dar de comer y beber un poco a los caballos, que descansaban en sus cuadras. Gonzalo y Ana buscaron en dos pequeños almacenes que se situaban en la parte trasera de las cuadras. Estaban al aire libre pero les separaba de la finca colindante un muro de casi dos metros de altura. La madre de Merche y Laura se quedaron arriba preparando las mochilas y racionando la poca comida que nos quedaba. Yo salí a comprobar un pequeño granero que había en un lateral del picadero.

El granero se levantaba cerca de un pequeño camino que llevaba hacia el cementerio del pueblo. El cielo estaba totalmente despejado y una enorme luna iluminaba ligeramente la tierra. Para llegar hasta el edificio fue suficiente con la luz que caía sobre mí, no tuve que encender la linterna. El ambiente estaba muy tranquilo, no se oía nada de nada. En varias ocasiones me pareció ver los malditos ojos rojizos entre algunos matojos, pero no pasó nada. Ni un ruido, ni un grito, silencio absoluto.

Al llegar al granero vi que la puerta estaba abierta. De su interior salía un penetrante olor a podrido. Me temí lo peor. Lo primero que me vino a la cabeza fueron las pilas de cuerpos que vimos en Alpedrete. También pensé en animales muertos y, el peor pensamiento, en que ahí dentro hubiera una guarida de perros.

Me acerqué despacio hasta una de las puertas de la entrada. El olor se hizo más fuerte. Me asomé poco a poco pero no pude ver nada. El interior estaba oscuro y no entraba ni un poco de luz de la luna. Los ventanales parecían estar tapados. Me arriesgué. Encendí la linterna y apunté con ella hacia dentro. Estaba totalmente vacío. En el suelo pude ver que había bastantes manchas rojizas. Dirigí el haz hacia los laterales. Las mismas manchas decoraban las paredes y las pilas de paja que se agolpaban a lo largo del granero. Al fondo pude ver varios plásticos azules que tapaban algo que se elevaba, por lo menos, dos metros desde el suelo. “Esos plásticos nos vendrían muy bien”, pensé, pero me costaba decidirme a entrar. Por fin me decidí y entré en el edificio. Fui avanzando pegado a las pilas de paja sin tocarlas, estaba claro que era sangre reseca lo que formaba macabros dibujos sobre ellas. Me situé delante de los enormes bultos. El olor provenía de allí. Cogí uno de los plásticos por una de las esquinas que colgaba hacia a mí. Tiré con fuerza y se mostró la razón de ese asqueroso olor. Montones de cadáveres se apilaban unos encima de otros, muchos de ellos ya estaban en avanzado proceso de descomposición. Cada uno de

ellos presentaba un solo agujero en su frente. Me pareció que casi todos habían muerto con expresión de pánico, pero las cuencas de los ojos vacías, la carne comida por las ratas, perros y diversos animales, y que pocos de ellos conservaban la forma que habían tenido en vida, no facilitaba reconocerlos. Vi que casi todos tenían las manos atadas a la espalda, habían sido ejecutados uno detrás de otro. Hombres, mujeres y niños. Me quedé frente al montón de cuerpos. Me di cuenta de que ya no me daba asco, de que no producía ningún sentimiento en mi interior, lo único que podía pensar era en la brutalidad que reinaba ahora en nuestro mundo. Matar o ser matado. La vida no significa nada para nadie. Un alto mando, del gobierno o militar, había decidido que la vida de las personas no valía la pena. Para mí no se diferenciaban mucho de los infectados.

Salí de mis pensamientos y di por finalizada mi búsqueda en ese granero. Salí lentamente y volví al picadero. Cuando llegué, vi que habían conseguido un par de plásticos de unos cuatro metros cuadrados cada uno y cuatro mantas para los caballos, las que mejor estaban, ya que muchas de ellas estaban comidas por los ratones o rasgadas por el uso. Encontraron también un par de bidones de unos diez litros, estaban llenos de agua. Parecía estar limpia, pero echamos las pastillas potabilizadoras de las raciones militares por si acaso. Dejan un sabor extraño, pero por lo menos te aseguras de que es potable. Merche encontró varias cuerdas de las que se usan para los caballos con las que podríamos atar las cosas a las sillas.

En pocas horas estaba todo preparado y dispuesto para partir. Decidimos dormir unas cinco horas. Con todo el trajín se nos había hecho muy tarde y en poco tiempo amanecería.

ENTRADA 65
Lunes, 12 de Diciembre de 2011

La Pedriza Parte I.

No sabría decir cuánto tiempo tardamos ni cómo conseguimos llegar. Por lo que me dicen, estuvimos cinco días a la intemperie, pero no sabría contar con seguridad lo que pasó en cada uno de esos días.

Como habíamos decidido, el domingo por la mañana salimos del picadero. Nos habíamos preparado para el frío y llevábamos un poco de ropa, sobre todo camisetas, calcetines y ropa interior para cambiarnos. Los abrigos tendrían que aguantar, se mojaran o no. Daríamos un rodeo al pueblo. Pensamos que la mejor opción, aunque nos llevara más tiempo, era bordearlo. Entrar podría suponer un peligro, a pesar de haber visto a los habitantes muertos en el granero. Pese a la cantidad de cuerpos que encontré, era imposible saber si quedaría gente con vida.

Volveríamos sobre nuestros pasos para ir hacia el aparcamiento de La Pedriza, que se encontraba a la entrada del pueblo. Subiríamos por esa vertiente, llena de caminos y preparada para ser una zona de paseo. Trataríamos de evitar, en la medida de lo posible, el tener que meternos campo a través.

El día comenzó despejado, con algunas nubes altas a las que no les dimos importancia. Los caballos estaban animados, seguramente el salir de aquella pista y de aquel encierro los alegró bastante. Afortunadamente no iban muy fuertes, no tiraban y obedecían las órdenes. Elena comenzó el viaje montada en el caballo más viejo. Fuera de los muros se le veía mucho más enérgico, incluso diría que su pelo cambió de color de un marrón apagado a un rojizo intenso, con varios mechones blancos. Los otros dos también mostraban un color impresionante. El caballo que llevaba la carga tenía un color grisáceo con motas blancas por todo el cuerpo. Su cabeza era de un gris más fuerte, al igual que sus patas desde las rodillas. Sobre su lomo, colgando de la silla, habíamos colocado los plásticos, los bidones de agua, algunos palos de aluminio, un pico, una pala y las mantas de los caballos. El caballo sobre el que iba Laura era de color marrón claro con la crin y el final de las patas negros. Éste era el más joven de los tres, pero no dio ni un sólo problema. Merche, antes de salir, se pasó casi una hora dándole cuerda al caballo para que se relajara.

En poco más de media hora llegamos hasta el aparcamiento. Encontramos muchos coches abandonados, quizás de gente que iba al Punto Seguro o de gente a la que todo esto le pilló de paseo por La Pedriza. Tendríamos que estar alerta. No podíamos descartar la

posibilidad de que nos encontráramos con otra gente en aquellas montañas, ya fueran infectados o sanos.

Por un momento nos quedamos parados frente al camino que íbamos a coger. Serpenteaba a lo lejos hasta perderse entre los árboles y las rocas. El inicio del viaje era al descubierto. La parte baja no estaba demasiado poblada de árboles, más bien eran todo arbustos y rocas. Respiramos hondo, nos miramos unos a otros para confirmar que estábamos todos preparados. Comenzamos a andar. El camino parecía no haber sido pisado en mucho tiempo. Ni una sola huella se veía en la arena. Rocas, arbustos, ramas y algo de basura poblaban la tierra que subía frente a nosotros. En algunas zonas tuvimos que usar los machetes desbrozadores para cortar las ramas de los árboles solitarios que vivían a un lado del camino y que habían formado una barrera cortando el paso. Merche y yo abríamos el grupo. En el centro iban los tres caballos con Laura, Elena, Ana y la madre de Merche. Detrás iba Gonzalo, cerrando el grupo y vigilando la retaguardia. El avance era lento pero constante. La idea de no cansarse demasiado nos rondaba la cabeza. Muchos habrían pensado en hacer una jornada brutal, avanzando lo más rápido posible al principio, pero nosotros queríamos reservar las fuerzas para la parte dura y para enfrentarnos a los imprevistos.

Tras un par de horas llegamos a la zona donde la vegetación era más abundante. Las rocas se situaban a ambos lados del camino, que ya había dejado de estar flanqueado por los muros de piedra.

-Hay que ir con cuidado -dijo Merche-. El camino es muy poco visible por aquí.

El camino de tierra se iba convirtiendo poco a poco en un manto verde. La vegetación lo había tomado. En tan solo dos meses de estado salvaje, sin gente ni animales pasando por el mismo lugar un día tras otro, los brotes de hierba crecían libremente en cualquier esquina. Las ramas de los árboles caían sobre los restos del camino. Rocas caídas nos obligaban a rodearlas, haciéndonos perder bastante tiempo en volver a identificar por dónde teníamos que continuar. A cada paso que dábamos estábamos más cerca de perder el camino de vista.

Encendí el GPS pero no conseguí obtener señales de satélites. Lo mantuve encendido, por lo menos para usar la brújula y orientarnos con ayuda del mapa. Merche llevaba con ella la radio. La habíamos dejado encendida y de vez en cuando daba el mensaje por el canal que nos habían adjudicado, pero sin obtener respuesta.

-Apágala un rato -le dije-. Quedan dos rayas de batería y no sabemos cuánto va a durar.

-Sí -respondió, mientras se guardaba la radio en su mochila-. ¿Crees que vamos bien?

-Espero que sí -le comenté-. El Punto Seguro está hacia el noreste desde el aparcamiento. Estoy yendo en esa dirección. De momento vemos el camino. Supuestamente a unos dos kilómetros tenemos que encontrar una bifurcación. Deberíamos coger el camino que sube, vamos, que queda a la izquierda. Otros tres kilómetros andando y meternos campo a través unos dos kilómetros.

-Joder -suspiró Merche-. Si estamos muy lejos todavía.

Decidimos tomar un descanso, dar de beber a los caballos, tomar algo nosotros y relajarnos un poco. El cielo estaba despejado y el sol brillaba en lo alto. Nos quedarían todavía unas cinco horas de luz.

-¿Sabes que no llegaremos hoy, verdad? -me dijo Gonzalo.

-Es muy posible -respondí-. Hemos recorrido poco más de dos kilómetros en casi tres horas.

-Vamos muy lentos -dijo Ana, la hermana de Merche.

-Ya, pero es preferible ir así que agotarse -dijo Merche.

Todos lo teníamos muy presente, pero era lógico que estuviéramos preocupados por tener que pasar la noche al raso.

-Tenemos que mantener la calma ante todo -dije-. No podemos agobiarnos, después de todo lo que hemos pasado. Estamos muy cerca de nuestra meta, no la caguemos ahora.

Desde donde estábamos se veía el aparcamiento y parte del pueblo. El embalse se extendía a lo lejos. Multitud de puntos decoraban las orillas y la propia agua. No quisimos pensar en lo obvio. Tras media hora, volvimos a ponernos en marcha. El viento comenzó a soplar, de momento no era molesto, pero sí muy frío. Las copas de los árboles danzaban sobre nosotros. El cielo comenzó a tornarse gris.

-No me lo puedo creer -dijo la madre de Merche.

Lamentablemente se estaba formando sobre nosotros una tormenta. Aún no habíamos alcanzado la bifurcación. La idea de que la habíamos pasado se asentaba en nuestras cabezas. Ya casi íbamos intuyendo el camino. El color verde predominaba sobre el amarillento de la arena. El viento se fue haciendo más fuerte por momentos, las ramas y hojas volaban de un lado a otro.

-Esto no va bien -dije, mientras trataba de encontrar la bifurcación. Sentía que ya habíamos recorrido dos kilómetros y no había señal de ella.

-Quizás deberíamos parar y acampar -me dijo Merche-. Montar el campamento con lluvia no será muy buena idea. Aún podemos encontrar un sitio seco.

Me quedé pensativo. La idea era la más sensata que podíamos tener. Miré hacia delante.

-Espera un momento -le dije a Merche.

Salí corriendo hacia un montón de piedras que se levantaban a

unos veinte metros de donde estábamos. Cuando llegué, vi que una pequeña porción de arena se dirigía hacia mi izquierda para luego perderse de nuevo bajo el manto verde. Recordé que en algunos montes me pareció haber visto este tipo de montones para marcar las bifurcaciones. Llamé a Merche haciendo gestos. Todo el grupo se acercó a mi posición.

-Creo que ésta es la bifurcación -dije, con tono de alivio-. ¿A vosotros no os suena haber visto en el monte este tipo de montones para marcar los caminos?

Me miraron con cara de asombro. Parecía que no sabían de qué estaba hablando.

-No sé si será verdad o no -por fin Gonzalo rompió el silencio-. Pero está claro que parece que por aquí pasaba un camino y es lo mejor que tenemos.

-Vale -respondieron los demás al unísono-. Seguiremos por aquí -dijo Ana.

Continuamos por ese camino durante una hora más. Miré el mapa para comprobar la dirección que tomaba el camino con respecto a las coordenadas. Teníamos que estar avanzando hacia el Norte con unos grados hacia el Este. Comprobé la brújula del GPS. Para mi sorpresa, en algún momento el aparato había obtenido la señal de algún satélite y, aunque en ese momento estaba perdida, tenía dibujado una línea sobre el camino que seguíamos.

-Mirad -se lo enseñé a los demás-. Yo creo que vamos bien, ¿no? -dije con una sonrisa.

Las caras de alivio se dejaron ver en cada uno de nosotros. A pesar de no tener señal, el GPS mostraba la ruta óptima para llegar hasta las coordenadas que habíamos introducido y, para nuestra tranquilidad, estábamos encima de esa pequeña línea negra. Sin dudarlo un momento saqué el mapa de nuevo y con un lápiz comencé a señalar el camino que mostraba el aparato. Pulsé el botón para avanzar a la siguiente parte y para nuestra desgracia, el GPS se apagó.

-¡Mierda! -grité-. Nos falta el último kilómetro.

Nos quedamos mirando la pantallita atontados, con la esperanza de que se encendiera. Pero no ocurrió. Pulsé varias veces el botón de encendido pero no tuvimos suerte.

-Según eso estamos a poco más de cinco kilómetros -dijo Ana.

El viento comenzó a soplar con mucha más fuerza. Las primeras gotas de lluvia comenzaron a caer sobre nosotros.

-Vamos debajo de esos árboles -dijo Merche-. Aún está seco y podemos montar el campamento.

Los caballos comenzaron a estar nerviosos por primera vez en todo el camino. El que llevaba Laura comenzó a levantarse sobre sus cuartos traseros nerviosamente.

-Cuidado, cuidado -dijo la madre de Merche.

Laura salió despedida hacia atrás y cayó encima de Gonzalo. El caballo se encabritó y salió al galope, saltando una pila de troncos. Le oímos relinchar durante un rato hasta que el sonido se apagó a lo lejos.

-Olvidaos de él -dije-. Vamos a montar un campamento.

Gonzalo y yo comenzamos a levantar un pequeño perímetro de tierra e hicimos algunos agujeros, para meter los palos de aluminio que sujetarían las mantas de los caballos sobre nosotros. Atamos las cintas de cierre a los tres árboles que rodeaban el hueco. Creamos un pequeño tejadillo bajo el árbol, dejando caer los laterales de las mantas a modo de cortinillas. Con los plásticos tapamos la parte superior para que el agua no entrara e hiciera de caída hacia los laterales. Como estábamos debajo de unos árboles muy frondosos, la lluvia se notó muy poco.

Nos quedamos allí metidos. Fuera había muy poca luz. Imaginé que la noche estaba cayendo sobre nosotros. Los caballos relinchaban bajo los árboles. Los atamos uno a cada árbol para que tuvieran espacio. Merche le puso a cada uno una manta impermeable y les tapó la cabeza hasta los ojos. Dejaron de relinchar. El sonido de la lluvia contra los plásticos era constante. Al no caer directamente contra nosotros, las gotas que se acumulaban en las hojas de los árboles eran más grandes.

Cuando me desperté, la lluvia continuaba cayendo. La oscuridad dominaba el día. No nos movimos de allí. Encendí la radio y comencé a dar el mensaje. Seguimos sin obtener respuesta. Busqué el canal por el que escuché a los otros hablar. Llegué a él y la voz seguía allí dando su mensaje.

-Código… XXXXXX… tres personas… situación desconocida… no funciona… pero… estamos en… Pedriza. Ayuda… por favor.

“Tres personas”. Si no recordaba mal, en el primer mensaje que escuché decía que eran cuatro. Habían perdido a uno en el camino. Volví a mi canal y comencé a cantar mi mensaje de nuevo.

-Atención código XXXXXX -una voz respondió a mi llamada-. Aquí Punto Seguro La Pedriza -era claro y limpio-. Confirmado código de acceso. No les tenemos en nuestro radio de apoyo. Por favor, aproxímense más.

-Aquí código XXXXXX -respondí eufórico-. Estamos atrapados en la tormenta. No tenemos muy claro la dirección que debemos tomar. Solicitamos ayuda.

-Atención código XXXXXX. Negativo. No podemos proceder. Deben acercarse más.

“Joder”, pensé. No les costaba nada salir en nuestra búsqueda. Seguro que tenían los medios necesarios para ayudarnos.

-Atención código XXXXXX. Están en zona caliente. No podemos proceder. Aproxímense más.

¿"Zona caliente"? Qué demonios. Eso no significa nada bueno.

-Atención código XXXXXX. Mantengan comunicación cada tres horas por su canal. Cuando establezcamos su situación dentro de nuestro radio de acción, procederemos a rescatarles. Corto y cierro.

Me quedé mirando alucinado la radio.

-¿Qué es eso de que estamos en una zona caliente? -preguntó Laura.

-Pues que estamos en zona peligrosa -respondió Gonzalo.

La preocupación se hizo visible en nuestras caras. Yo solo podía pensar que sería debido a que en la zona había infectados. Un trueno sonó en el cielo. La tormenta comenzaba a coger fuerza cada minuto. Tuvimos que salir a asegurar con piedras las partes de las mantas que caían sobre el suelo. Los caballos estaban muy nerviosos. El resplandor de los rayos se metía entre los huecos de las mantas. Una desagradable sensación de miedo e inseguridad nos abordó a todos.

Laura y Elena se quedaron dormidas. Merche y su hermana Ana trataban de aguantar el cansancio, pero en pocos minutos se unieron al sueño de las dos pequeñas. La madre de Merche tampoco pudo aguantar y se quedó dormida en poco tiempo. Gonzalo y yo nos quedamos despiertos. Sentíamos la necesidad de vigilar el campamento.

-¿Crees que se referían a infectados? -me preguntó.

-Estoy convencido -respondí sin dudarlo.

-Menudo follón. Tan cerca y no vamos a poder llegar sin problemas.

-Eso parece -dije-. Pero hemos salido bien de todo.

La cara de Gonzalo no dejaba lugar a dudas, estaba muy preocupado. La verdad es que pensar que estás a las puertas de la salvación pero que antes tienes que pasar una prueba de fuego, no es una sensación muy alentadora.

Los caballos comenzaron a relinchar insistentemente. Nos pusimos en guardia. De pronto uno de ellos coceó una de las mantas, desmontando parcialmente el campamento. Las gotas que caían de los árboles comenzaron a caer entre nosotros. Las chicas se despertaron aterradas, pensaron que estábamos siendo atacados. El caballo se revolvía violentamente, comenzó a golpear el árbol hasta que finalmente se soltó y salió al galope hacia la oscuridad.

-Tranquilas, tranquilas -gritó Gonzalo, tratando de calmarlas-. Ha sido uno de los caballos.

-¿Pero qué ha pasado? -preguntó Merche, mientras cogía a Elena y a las perritas.

-Se ha puesto nervioso con los rayos y los truenos -respondí-. Y se ha soltado.

-¿Se ha escapado? -me preguntó de nuevo, con cara de preocupación.

-Sí -dije-. Sólo queda el viejo.

Curiosamente, a pesar de estar asustadísimo, apenas se movía. De vez en cuando relinchaba, pero no hacía nada en absoluto. La oscuridad no me permitió saber en qué momento del día estábamos. Estaba claro que no debía ser de noche completa porque había una ligera iluminación, pero era tan mínima que podría ser de la tarde o de la temprana mañana. Una mano me agarró del hombro. Vi a Ana, la madre de Merche, agarrándome fuertemente mientras miraba aterrada hacia unos arbustos.

-Joder -sólo alcancé a decir eso.

Los malditos ojos rojos se multiplicaban a varios metros de nosotros. Estaban inmóviles, pero nos vigilaban. Algunos se movían de lado a lado, pero ninguno se acercaba. Los gritos comenzaron a escucharse unos detrás de otros. Las carcajadas los siguieron. Pero los ojos seguían sin acercarse.

ENTRADA 66
Lunes, 12 de Diciembre de 2011

La Pedriza Parte II.

Dejamos la mayor parte de nuestras cosas atrás. Durante más de tres horas las luces rojas no se movieron de su sitio, pero casi llegada la cuarta hora de vigilancia, cuando la noche cayó definitivamente sobre nosotros, comenzamos a sentir que la mayoría de ellos se estaban acercando poco a poco.

Por un momento dejamos de verlos. No sé si fue por el cansancio que sentíamos todos, pero ninguno los vimos aproximarse. En pocos minutos, tres siluetas negras se lanzaron contra el caballo que nos quedaba. Lo habíamos dejado en el lugar donde estaba el campamento. Nosotros nos movimos unos metros hasta llegar al siguiente grupo de árboles. Lo arrancaron del árbol y se lo llevaron a rastras chillando y golpeándolo. Fue alucinante ver cómo el caballo viejo se revolvía en vano mientras sus captores lo machacaban a palos y golpes hasta matarlo.

A los quince minutos, unos pulmones y un corazón cayeron a nuestro lado, acompañados de siniestras carcajadas.

-Si queréis vivir un poco más deberíais entregarnos a uno de vosotros -gritó una voz con sorna.

Gonzalo, Merche y yo nos quedamos vigilando las luces mientras Ana, Laura, la madre de Merche y Elena con las perritas se alejaron unos metros más.

-Mierda, ¿qué coño hacemos? -Gonzalo estaba muy nervioso.

-Ni idea -dijo Merche.

-El Punto Seguro está a unos kilómetros en esa dirección, lo único que nos queda es avanzar hacia allí como podamos -respondí.

La única opción que teníamos era esperar la ayuda de los militares del Punto Seguro, aunque no teníamos con nosotros al cien por cien que nos fueran a ayudar.

-Merche, Gonzalo -dije-. Id con las chicas. Id avanzando. Yo me quedo en retaguardia.

Ambos me miraron con cara de preocupación, pensaban que era un suicidio separarse demasiado. Le di la radio a Merche para que la llevara y fuera comunicándose con los del Punto Seguro.

-No pares de llamarles -le dije-. Hasta que se harten. Hay que hacer que salgan a por nosotros.

Las luces rojas comenzaron a avanzar lentamente. Debieron pasar muchas horas. La tenue luz de la mañana se iba acercando a pesar de los nubarrones grisáceos que dominaban el cielo. La lluvia y la niebla dominaban a ras de tierra.

El grupo comenzó a avanzar rápidamente. Me quedé a unos metros de ellos. Por fin pude ver a algunos de nuestros perseguidores. Pude contar por lo menos diez de ellos. Debía de haber más de una treintena hostigándonos. Me levanté de mi sitio y corrí por el mismo camino que habían tomado Merche, Gonzalo y los demás.

-Jajaja. Eres mío -me gritó una voz a mi derecha.

Una cabeza asomó entre los arbustos y trató de saltar sobre mí. Se quedó enganchado en una de las ramas y cayó de espaldas al suelo. Me acerqué a él rápidamente y le disparé en la cabeza. La agitación que eso provocó fue tremenda. Los gritos se multiplicaron, las carcajadas aumentaron, se estaban excitando con la posibilidad de una cacería y de que las presas dieran guerra. Las ramas de los arbustos y de los árboles comenzaron a menearse violentamente a mi alrededor. Dos nuevos atacantes se lanzaron sobre mí. El primero de ellos me empujó, sin quererlo descargué una ráfaga del fusil de asalto, con tanta fortuna que le atravesó dos veces la cabeza y el cuello. El segundo fue a saltar sobre mí mientras estaba en el suelo, pero una ráfaga desde unos arbustos acabó con él.

-Vamos Borja -Gonzalo había acudido en mi ayuda.

El revuelo se multiplicaba por momentos. Corrimos y llegamos a una explanada. Vimos al otro lado que las chicas se ocultaban entre unos arbustos y Merche se colocaba con el fusil para dar cobertura.

-No lo pensemos -nos dijimos-. ¡Aaaaah!

Nos lanzamos chillando por la explanada. Hasta ocho infectados salieron de diversos puntos para atacarnos. La carrera fue un caos. Desde lejos Merche disparó un par de ráfagas. Uno de los atacantes cayó a nuestros pies. Tuve que saltarlo para no tropezarme.

-Cuidado -grité.

Gonzalo iba un par de metros delante de mí. Un infectado me adelantó y se lanzó contra él. Gonzalo saltó en el momento justo en el que el atacante trató de placarle las piernas. Cuando cayó al suelo disparé un tiro contra su cuello. Seguimos corriendo como posesos. Frente a nosotros se encontraba un árbol caído. Gonzalo lo bordeó, le quedaba en mejor posición para hacerlo. Le escuché gritar y disparar varias veces. Yo llegué al árbol y dos infectados se lanzaron desde atrás contra mí. Me arrojé por debajo de las ramas y me deslicé como un jugador de baseball llegando a una de las bases. Sentí cómo uno de los infectados se estrellaba contra el árbol y emitía un agudo chillido de dolor. El otro infectado cayó al otro lado del árbol. Acabé a sus pies. Me agarró del cuello y me levantó como si fuera de papel. El tío debía medir por lo menos dos metros y era un puñetero armario. Comencé a darle patadas en el estómago, pero no sintió nada. Agarré el fusil y lo apunté contra sus piernas. Descargué varias ráfagas que le cortaron una de ellas. Los dos caímos. Conseguí mantener el

equilibrio. El infectado trató de agarrarme pero me alejé lo suficiente.

-¡Borja! ¡Espabila! -me gritó Gonzalo, casi llegando a la posición de las chicas.

Esquivé el último intento del mostrenco por cogerme y continué mi carrera. Conté uno más. Justo cuando llegaba a la altura de la posición donde me esperaban los demás me giré violentamente, tropecé y disparé sin pensar. El infectado no se lo esperó y se "comió" los dos disparos que le lancé a bocajarro contra su boca, la cual saltó por los aires dejando un espacio vacío sobre sus hombros.

-Dios, dios, dios -grité, invadido por la adrenalina.

Al otro lado de la explanada aparecieron multitud de infectados.

-Vamos, vamos, vamos -gritamos todos.

Como si de una película de terror se tratase, la niebla comenzó a caer sobre nosotros. Nos dio la ventaja de ocultarnos, pero también nos desorientó. Los gritos se oían por todos lados. Dejamos de correr y avanzamos más cautelosamente. Los ruidos de ramas rompiéndose o árboles agitándose nos ponía en guardia en todas direcciones. De la niebla apareció una sombra que agarró a Elena y trató de salir corriendo. Merche reaccionó rápidamente y disparó contra las piernas del infectado. Elena cayó al suelo junto con la bolsa en la que llevaba a Yuko. Me acerqué y paré a Merche.

-No malgastes munición -le dije.

Le pedí a Ana, la madre de Merche, el machete desbrozador y descargué con fuerza un golpe contra las cervicales del infectado que se retorcía de dolor, tratando de incorporarse. No le maté, pero le dejé parapléjico. Gritó y trató de moverse, pero fue en vano. Ni un solo músculo le hizo caso. Un nuevo atacante salió de las sombras.

-Cuidado -gritó Ana, la hermana de Merche.

Sin pensarlo, clavó el cuchillo que llevaba en el estómago del infectado. Éste la agarró dolorido. La madre cogió una piedra y la estrelló contra la cabeza del atacante, abriendo un enorme hueco por el que comenzó a salir el cerebro y la sangre.

Estábamos agotados. La visión era cada vez peor. La niebla se cerraba por momentos sobre nosotros y la oscuridad invadió cada rincón de la montaña. Nos movíamos juntos, unos de la mano de otros para no separarnos. La noche llegó.

-¿Qué hacemos? -preguntó Gonzalo.

Nos habíamos agazapado entre varios árboles y matorrales. La visión era nula y éramos incapaces de saber dónde estábamos. Sentíamos cómo a nuestro alrededor se movían y agolpaban una gran cantidad de infectados. No sabíamos el porqué, pero nos habían dejado de atacar haría unos veinte minutos, aunque nos hostigaban constantemente. De vez en cuando pasaba una silueta corriendo a

nuestro lado, golpeando los troncos de los árboles y chillando violentamente. Estábamos totalmente a oscuras. Debieron pasar varias horas cuando empezamos a ver luces a nuestro alrededor. Los infectados comenzaron a encender hogueras. El frío era muy intenso y estábamos helados. Al parecer ellos también lo notaban y se agolpaban alrededor de los fuegos. Los cánticos, gritos y chillidos no dejaron de oírse, de hecho estaba convencido de que se iban intensificando poco a poco con cada hoguera encendida.

-He contado veinte lucecillas -me dijo Merche a mi lado.

Apenas la veía, sentía que estaba a mi lado. La tenue luz que llegaba hasta nosotros a través de la niebla le iluminó un poco la cara. Tenía las mejillas marrones debido al barro y el agua. Sus ojos mostraban un cansancio extremo. El pelo, cortado antes de salir del pueblo, estaba acartonado en mechones serpenteantes, decorados con pequeñas piedrecillas. Mi aspecto no debía de ser mucho mejor.

-Yo no he contado ninguna -le dije-. Estoy esperando que se acerquen.

-Llevan tiempo allí parados -continuó Merche-. Hace rato que ni siquiera se acercan como antes.

-Ya -respondí-. Estoy muy preocupado. No sé si nos hemos desviado del camino. No sé cuántos infectados hay. No sé si lo conseguiremos.

Merche me cogió la mano y se acurrucó a mi lado. Elena dormía cerca de nosotros. Ana y Gonzalo estaban abrazados y parecía que ella se había quedado también dormida. Laura y la madre de Merche estaban enfrente de nosotros, ambas con los ojos cerrados tratando de descansar.

-¿Qué hora es? -preguntó Merche.

-No tengo ni idea -respondí-. Es Gonzalo el que tiene reloj, pero no quiero molestarle.

-¿Qué día es hoy? -volvió a preguntar Merche.

-Pues… -me quedé un momento pensativo-. La verdad es que no lo sé. ¿Cuántas noches hemos pasado fuera?

-No sé -respondió Merche-. Dos o tres ¿No?

Pensé que seguramente mirando los apuntes del diario daría con el día en el que estábamos, pero recordé que no había podido escribir los últimos sucesos. Debimos quedarnos dormidos.

Me desperté sobresaltado. Estuve soñando toda la noche con la situación que vivimos. Me noté muy cansado, seguramente apenas habría podido conciliar el sueño más de una hora seguida. El olor de los restos de hogueras llegaba hasta nosotros. La niebla seguía sobre la montaña y el frío se mantenía intenso. En algunos puntos se podían distinguir, todavía, los bailoteos de las llamas. Los cánticos, gritos y chillidos habían cesado. “Ellos tendrán que dormir también”, pensé.

-Merche -dije muy bajito tratando de despertarla-. Despierta. Vamos a levantar a los demás y nos ponemos en camino otra vez.

-¿Qué dices? -respondió algo adormecida-. ¿Estás loco? Nos van a matar.

-Creo que están durmiendo -le dije-. Estarán infectados pero siguen siendo "humanos", necesitan descansar y después de pasarse toda la noche de juerga, estarán cansados.

Merche me miró incrédula. La idea de continuar, con todo lo que nos rodeaba, le asustaba muchísimo.

-No nos queda otra opción -le dije-. Eso o esperar a que vengan.

Ella sabía que era nuestra única salida. No nos íbamos a quedar allí parados esperando que nos atacaran y nos mataran, teníamos que luchar. Después de todo lo que habíamos pasado no podíamos rendirnos.

Fuimos despertando a todos poco a poco y en silencio. Con cuidado, preparamos las pocas cosas que nos quedaban. Nos ajustamos las armas; cuchillos, fusiles, palos. Y nos reunimos antes de salir.

-¿Hacia dónde vamos? -preguntó Gonzalo.

-La mayoría de las hogueras estaban en aquella dirección -dijo Merche, señalando a la zona por la que supuestamente habíamos llegado.

-Bien, está claro entonces -dije-. Vamos en la dirección contraria.

Comenzamos a andar en silencio. Avanzábamos despacio para hacer el menor ruido posible y poder comprobar el suelo, para no pisar ramas u hojas que pudieran desvelar nuestra situación. De vez en cuando oíamos chascar las hogueras que nos rodeaban. Nos quedábamos parados en el sitio escuchando y comprobando que no hubiera más ruido o movimiento que ese. Habíamos recorrido unos treinta metros cuando nos encontramos con el primer problema. Frente a nosotros se despejó la niebla un poco y vimos un pequeño campamento. Tres hogueras, separadas por unos diez metros cada, una reposaban rodeadas de una veintena de bultos. Una de ellas aún tenía el fuego avivado, las otras dos eran un hilillo de humo que se unía a la niebla unos metros por encima de la tierra.

-Mierda -escuché la voz de Gonzalo a mi espalda.

-Tranquilos -dije-. Despacio y sin hacer ruido. No podemos volver atrás ni rodearlos, perderíamos mucho tiempo.

Era una locura, pero era muy posible que hubiera más grupos como éste o más numerosos en otros puntos, rodeándonos. Volver atrás suponía perder tiempo.

-Merche, coge a Elena en brazos y a las perritas y pasa tú primero -le dije-. Gonzalo y yo nos quedamos para cubriros desde

aquí. Después vosotras tres en fila india.

Se prepararon todas para pasar. Nos fuimos hacia la derecha del campamento. Estaba flanqueado por un muro de piedra y no parecía haber ningún bulto apoyado contra él. Por un momento valoramos la posibilidad de pasar al otro lado, pero el estado de las piedras y la humedad lo hacía muy complicado.

Merche cogió a Elena en brazos. Ésta llevaba a las dos perras encima con sus mochilas. Yuko gimoteaba débilmente. Boni asomaba la cabeza por un rasgado de su mochila y gruñía de vez en cuando.

-Chist -le decía Merche a la perra-. Cállate.

Algunos cuerpos se movían de vez en cuando, acurrucándose o colocándose en otra posición. Las cuatro comenzaron a avanzar. Las mirábamos con los ojos como platos. La tensión se notaba en cada uno de nosotros. Le dije a Merche que se fuera unos veinte metros más allá del campamento, tras un árbol caído sobre el muro de piedra. El tiempo pasó lentísimo. Paso a paso fue avanzando, pasando a escasos dos metros de algunos infectados. Afortunadamente Merche no tuvo ningún problema para cruzar. Cuando dejó el campamento atrás, aceleró el paso para llegar al árbol lo antes posible.

-Venga -dijo Gonzalo-. Ahora vosotras. Tened cuidado.

Laura, Ana y la madre de las chicas comenzaron a andar por el mismo camino que había seguido Merche. Al igual que ella, las tres avanzaban poco a poco. Varios infectados se movieron a la vez y se pusieron muy nerviosas. Gonzalo trataba de calmarlas con gestos desde donde estábamos, pero no sirvió de nada. Comenzaron a correr hacia el árbol. Laura pisó sin querer una rama que estaba atrapada entre las piedras del muro. El sonido de ésta resquebrajándose nos dejó helados. Las chicas llegaron hasta el árbol y se escondieron. Gonzalo y yo nos tiramos al suelo y simulamos formar parte del campamento. Un par de infectados se levantaron. Miraron a su alrededor y se preguntaron uno a otro si habían escuchado el ruido.

-Joder -decía Gonzalo por lo bajo-. Nos van a pillar.

-No te muevas -le dije-, no hagas nada a no ser que esté claro que nos han pillado.

Ambos infectados se incorporaron. Se desperezaron.

-Arg, ya no puedo dormir -dijo uno de ellos-. ¿Cómo estarán nuestras presas? -preguntó, mirando hacia el lugar donde se suponía que estábamos.

-¿Por qué cojones tenemos que esperar? -respondió el otro, mientras bostezaba y se rascaba el pelo-. Quiero matarles ya.

-Ya oíste al jefe -le increpó el primero-. Aquel que los toque antes que él correrá peor suerte que las presas.

-Qué asco -se resignó el segundo.

-Quiero mear -dijo el primero-. De paso voy a buscar algo para

comer.

Ambos se alejaron del campamento en dirección contraria a nosotros. En pocos segundos se perdieron en la niebla. “La niebla se está levantando”, caí en ese momento. La luz era cada vez más clara y se veía más terreno. Le hice una señal a Gonzalo y nos levantamos para cruzar el campamento y reunirnos con las chicas.

-Tenemos que darnos prisa -le dije a Gonzalo cuando me junté con él-. La niebla se está dispersando y verán que no estamos allí.

Procedimos de la misma manera que las chicas antes que nosotros. Pegados al muro, fuimos avanzando lo más silenciosamente posible. Vigilábamos cada uno de los cuerpos que teníamos enfrente de nosotros. Clavé la vista en el cuerpo que tenía a menos de dos metros de mí. Tenía los ojos abiertos y me miraba asombrado.

-Joder -dije lo más bajo que pude.

Me lancé sobre su cabeza en el momento en el que trató de incorporarse y gritar. Le rodeé el cuello con los brazos apretando su cara contra mi estómago con toda la fuerza que pude. El infectado se revolvió violentamente. Sentí cómo Gonzalo tiró de mí para alejarnos de los cuerpos que teníamos al lado y evitar que recibieran una patada que los despertase. Debajo de mi el infectado comenzó a golpearme. Era increíble la fuerza con la que me asestaba cada uno de sus puñetazos. Tenía que aguantar el dolor y mantenerme aferrado a él. Gonzalo sacó un machete y lo hundió en el estómago de nuestro enemigo. Repitió el proceso tres veces más hasta que el cuerpo dejó de moverse. Me separé poco a poco de él. La cara mostraba los ojos y la boca abiertos. La sangre manaba por las comisuras y caía al suelo.

-Vamos -Gonzalo me golpeó el brazo.

Nos levantamos los dos y corrimos hacia las chicas. Los gritos a nuestras espaldas comenzaron a sonar en todas direcciones.

-Mierda -dijo Merche-. Ya se han enterado de nuestra huida.

La niebla era casi nula. Veíamos perfectamente el hervidero de infectados que había alrededor de nuestro antiguo campamento. Corrían como locos de aquí para allá, golpeándose unos a otros. Luchando entre ellos.

-Parece que se están culpando unos a otros de nuestra huida -dijo Ana, la hermana de Merche.

-Tenemos que aprovechar la confusión para huir -dijo Gonzalo.

Nos pusimos en marcha. Apoyados por el árbol caído saltamos al otro lado del muro de piedra y corrimos lo más rápido que nos permitían nuestras piernas, ocultándonos entre los arbustos, tratando de dejar a nuestras espaldas la mayor cantidad de vegetación posible.

ENTRADA 67
Lunes, 12 de Diciembre de 2011

La Pedriza Parte III.

Habíamos conseguido llegar a una pequeña cueva que se abría entre dos enormes rocas. Estábamos agotados y sin aliento. Los gritos y chillidos se oían por toda la montaña. Volví a cantar el mensaje por la emisora de radio.

-Código XXXXXX tenemos sus señales en nuestros monitores -la misma voz de hace unos días respondía a mi mensaje-. Deben acercarse un kilómetro más para poder darles apoyo.

-¿Cómo que un kilómetro más? -grité-. Estamos rodeados de infectados y nos van a cazar.

-Código XXXXXX deben proceder según las normas. Serán rescatados cuando se sitúen en nuestro sector.

Era increíble. Nos tenían localizados pero no nos rescatarían hasta que estuviéramos más cerca. Estábamos desesperados. La comunicación se cortó.

-¿De qué coño van? -la hermana de Merche estaba desesperada.

No sabíamos qué responder. Todos alucinábamos con la situación. Entre los árboles veíamos cómo los infectados corrían de un lado a otro buscándonos.

-¿Qué vamos a hacer? -preguntó Merche.

Teníamos una difícil decisión por delante. Estábamos desorientados y sin brújula. Según nuestro interlocutor nos encontrábamos a un kilómetro de la salvación pero, ¿en qué dirección? Estaba claro que debíamos seguir la misma que habíamos tomado cuando huimos del cerco pero, ¿hacia arriba? ¿Todo recto? ¿Tiramos por la calle de en medio y vamos en diagonal?

-Lo mejor va a ser eso -dijo Gonzalo-. Está claro que tenemos que seguir por aquí, hagámoslo a mitad y mitad.

-Pero eso supone correr en pendiente -dijo la madre de Merche-. Estamos muy cansados.

-Creo que es la mejor, no, la única opción que tenemos -dijo Merche.

-Decidido -zanjé la conversación.

Nos preparamos. Bebimos un poco de agua y tomamos un pequeño bocado de comida. Decidimos quedarnos unos minutos más en esa cueva hasta que la luz fuera un poco más tenue, sin llegar a caer la noche sobre la montaña. Con un poco de oscuridad tendríamos más oportunidades.

Lo gritos y chillidos se oían a lo lejos. Las siluetas no pasaban

frente a nosotros. Era el momento de seguir.

-Vamos -grité-. Merche, Elena, Laura, Ana y Ana, salid detrás de Gonzalo, yo cubro la retaguardia. No os paréis pase lo que pase.

-¡Vale! -respondieron todos al unísono.

-Merche, toma -le tendí la radio-. Siempre que puedas da el código y pide ayuda.

Merche se enganchó la radio en el abrigo. Al otro lado, de vez en cuando, sonaban chasquidos de conexión y se escuchaban voces distantes.

Salimos corriendo de la cueva. Comenzamos a subir siguiendo una diagonal con respecto al camino que habíamos realizado antes. Pocos minutos después el cansancio hacia mella sobre nosotros. El ritmo fue bajando pero, sacando fuerzas de flaqueza, tratábamos de no parar. Merche cogió a Elena en brazos. La pequeña no podía más y el peso de Yuko le agotaba la poca energía que tenía. Ana, la hermana de Merche, y Laura comenzaron a bajar el ritmo bruscamente. Gonzalo, en la vanguardia, trataba de no tropezar con las piedras que tenía en el camino. La madre de Merche luchaba por mantenerse pegada a él, pero el sobreesfuerzo que realizaba la hacía tropezar continuamente. Yo me apoyaba en cada árbol que pasaba, tratando de coger un poco de impulso para continuar.

-Seguid… seguid -mi voz, entrecortada por la falta de aliento, trataba de dar ánimos al grupo.

Los gritos se comenzaron a oír a la altura de la cueva de la que habíamos salido. Giré la cabeza para comprobar el terreno que dejábamos atrás y vi lo inevitable. Más de una treintena de infectados se apostaban sobre las rocas y nos señalaban, saltando y gritando excitados. En pocos segundos los teníamos corriendo detrás de nosotros.

Me pareció que ellos también estaban agotados, pero no lo suficiente como para dejarlos atrás. Los golpes y empujones se sucedían entre ellos haciendo mella en sus filas, obligándoles a muchos de ellos a recuperar el terreno perdido. Esas luchas fueron las que nos dieron la ligera ventaja que nos separaba.

-¡Continuad! -grité-. No miréis atrás.

Me paré apoyado en un árbol y realicé varios disparos. Dos infectados habían despuntado del grupo y casi nos cogen antes de que me diera cuenta. Uno de ellos cayó colina abajo por la fuerza del impacto, pero a unos cincuenta metros se levantó tambaleándose y continuó la persecución a trompicones. El otro, por fortuna, se quedó tirado muerto a unos metros de mí. Continué corriendo. El grupo estaba a unos setenta metros de mi posición. Los infectados nos ganaban terreno y se situaban ya a poco más de cien metros de mí.

La lluvia comenzó a caer. Era el efecto tétrico que nos faltaba

en la persecución. Alguien en las alturas debió pensar que no teníamos suficiente con el terreno blando producido por las frías mañanas del invierno. Los charcos de agua y barro, los pequeños arroyos y las hojas empapadas nos complicaron cien veces nuestra huida. Los infectados parecían regocijarse con la situación. A pesar de todo, ellos tenían más resistencia y, lo más importante, nos superaban en número. Cuando los primeros se cansaban y bajaban el ritmo, los de atrás tomaban la cabeza y tiraban del grupo.

Volví a pararme y a realizar unos cuantos disparos más. Esta vez tres infectados de la primera línea cayeron hacia atrás, tirando tras de sí a otros tantos colina abajo. Abrí una pequeña brecha que nos dio unos metros más de ventaja. Cuando arranqué de nuevo, comencé a contar mentalmente los disparos que había realizado, para saber cuántas balas me quedaban, aproximadamente. Solo dieciocho. No era mucho.

Entonces todo se fue a la mierda. Comencé a escuchar disparos frente a mí. Vi los destellos de los rifles de Merche y Gonzalo disparando hacia ambos lados. Los infectados nos habían adelantado o, seguramente, teníamos algunos por delante y no habíamos reparado en ellos. Traté de apurar el paso lo más que me permitían mis piernas. Tenía al grupo a unos treinta metros y vi varios cadáveres en mi camino. Se estaban enfrentando a una emboscada. Mientras subía comencé a realizar algunos disparos contra siluetas que se acercaban a ellos por sus flancos traseros. Diez balas. Por fin llegué hasta ellos. Se habían parado. La madre de Merche tenía una seria herida en la pierna. Habían transformado ramas en lanzas y una de ellas acertó en el muslo de Ana madre.

-¿Cómo está? -pregunté cuando me puse a su lado.

-Mal -respondió Merche-. No puede andar y está muy metida… no me quiero arriesgar a sacarla -las lágrimas surgían de sus ojos.

-Dejadme aquí -dijo la madre de Merche-. Salvaos vosotros.

-Ni de coña -dijo Ana, la hermana de Merche.

Los infectados ganaban terreno.

-Vamos -dije mientras me agachaba y me colocaba a la madre de Merche a la espalda-. Tenemos que seguir.

-Yo os cubro -dijo Gonzalo, disparando hacia la oleada de infectados que escalaban hacia nosotros.

Laura, Elena, Merche y yo con su madre a cuestas comenzamos a avanzar como pudimos. Merche se giraba de vez en cuando y disparaba una ráfaga para apoyar a Gonzalo.

-Mierda -dijo-. Ana se ha quedado con Gonzalo.

Giré la cabeza y vi que Ana estaba al lado de Gonzalo, con un cargador en la mano y arrojando piedras con la otra. Algún que otro infectado recibió una de ellas en su cabeza y cayó hacia atrás,

perdiendo unos metros de avance.

-Sigue, sigue -le dije a Merche-. Ahora vendrán, no te preocupes.

Seguimos avanzando. Los gritos cada vez eran más fuertes. Gonzalo no pudo contenerlos por mucho tiempo. Se levantó de su sitio, cogió a Ana del brazo y comenzaron a correr hacia nosotros. De vez en cuando se giraba y descargaba una ráfaga contra sus perseguidores, demasiado próximos a él.

-Hijos de puta -gritó Gonzalo a nuestras espaldas.

Nos giramos todos y vimos cómo Gonzalo hincaba la rodilla en la tierra. Una lanza le había atravesado el gemelo derecho. Se giró hacia los perseguidores y comenzó a descargar las balas que le quedaban en el cargador a discreción contra todo lo que se aproximaba a él. Un infectado le asaltó por su izquierda y le descargó un tremendo golpe con una rama de árbol en la espalda. Gonzalo se echó hacia delante gritando. Ana saltó sobre el infectado y le clavó el cuchillo desbrozador en la cabeza. La mala suerte quiso que el cuerpo cayera por la colina y se llevara consigo el única arma que tenía ella. Ana cogió un palo y se aproximó a Gonzalo. Los infectados comenzaron a rodearles. Gritaban, saltaban, de vez en cuando se acercaban a ellos y los golpeaban o empujaban.

-¡Noo! -gritó Merche.

Comenzó a disparar hacia el grupo de infectados que rodeaba a su hermana y su cuñado. Cuatro de ellos cayeron fulminados por tiros en la cabeza. Dos más cayeron colina abajo heridos. El arma dejó de funcionar. Ya no tenía balas.

-Mierda, mierda, mierda -grité-. Quedaos aquí escondidas, no os mováis -le dije a la madre de Merche, mientras la dejaba en el hueco del tronco de un árbol-. No hagáis ruido.

Salí corriendo detrás de Merche. “Diez balas”. Disparé contra los que se lanzaron contra ella. “Tres balas”. Merche llegó hasta su hermana. Con la fuerza de la carrera estrelló la culata del fusil contra uno de los infectados, que murió en el acto con medio cráneo hundido en su cerebro. El fusil voló de nuevo estrellándose contra otra cabeza. Tres disparos más le quitaron de encima a dos infectados que saltaron sobre ella a su espalda.

-¡Cabrones! -grité cogiendo el fusil por la bocacha, quemándome las manos.

Descargué mi ataque contra uno de los infectados que se volvió hacia mí. Su mandíbula se desencajó y cayó muerto a mis pies. Sin ninguna esperanza comenzamos un combate anárquico cuerpo a cuerpo contra las decenas de infectados que llegaban constantemente a nuestra posición. Con los machetes hacíamos volar manos separadas de sus brazos. La sangre salpicaba por todos lados.

Nos superaban. Una nueva embestida hizo que Gonzalo cayera colina abajo unos cinco metros. Lo suficiente como para que tres infectados lo cogieran en volandas y huyeran con él tratando de escapar.

-¡Gonzalo! -gritó Ana, la hermana de Merche.

Cuando se dispuso a seguirles, dos infectados la agarraron del pelo y las piernas y tiraron de ella colina abajo. La bajada era rapidísima y no nos dio tiempo a reaccionar.

-¡Noooo! ¡Noooo! -Merche gritó desesperada.

Los infectados nos rodearon. No teníamos sitio para blandir los machetes desbrozadores con fuerza y efectividad. Recibí un tremendo golpe en la cabeza. Caí al suelo y traté de darme la vuelta lo más rápido posible. Una nueva patada en el estómago me ayudó a ponerme boca arriba. Vi cómo cuatro infectados cogían a Merche y trataban de arrancarle la ropa.

-¡Os mataré! -grité lleno de ira, pero sin casi poder moverme.

Sentí cómo me clavaban una lanza en cada brazo. Me crucificaron en el suelo. Merche gritaba, pateaba, tratando de quitarse a los atacantes de encima. Apareció Laura detrás de ellos con una piedra en las manos. Le reventó la cabeza al más próximo. Cuando trató de atacar al segundo, éste la esquivó y la golpeó tan fuerte que cayó inconsciente al suelo.

Un infectado se aproximó a mí con una enorme piedra entre las manos. Mi visión se nublaba por momentos y apenas podía mantener los ojos abiertos. El dolor en mis brazos era cada vez más fuerte y se propagaba por todo mi cuerpo. Noté cómo uno de ellos movía las lanzas clavadas en mis brazos.

A punto de desmayarme, la última visión que tuve fue la cabeza del infectado desapareciendo de encima de sus hombros y dejando caer la piedra a mi lado. Un chorro de sangre cayó encima de mí y vi cómo el otro infectado que me torturaba caía acribillado al suelo. Antes de cerrar los ojos me giré hacia Merche. Estaba acurrucada sobre sus rodillas. Lloraba. Tenía la camiseta hecha jirones. Aún mantenía los pantalones intactos. Tres cuerpos yacían a sus pies. Tras ella dos siluetas vestidas con pantalones de color kakhi, gorras y chalecos tácticos se aproximaban, disparando ordenadamente y lanzando granadas.

Una voz sonó a mi lado.

-Asegurad el perímetro -comenzó-. Traed los equipos de evacuación. Eliminadlos hasta dejar veinte metros de seguridad. Moveos, moveos.

Un hombre con gorra, gafas de sol y abundante barba blanca se inclinó sobre mí.

-Código… XXXXXX…. Siete… Personas… Ayuda -no aguanté

más. Me desmayé.

Fin…